serie historia antigua

La rebelión de Espartaco

Juan Luis Posadas

Sílex

Juan Luis Posadas

(Málaga, 1967) es doctor en Historia Antigua por la Universidad Complutense de Madrid, especializado en Historia de Roma. Tras haber sido editor de libros de texto de Geografía e Historia, Lenguas Clásicas y Filosofía durante catorce años, en la actualidad enseña Didáctica en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad Nebrija de Madrid.

Desde 1990 investiga sobre mujeres romanas, sobre algunos historiadores como Salustio y Tácito, y sobre la transición de la República al Imperio. Sus principales trabajos se han publicado, sobre todo, en la revista *Studia Historica* de la Universidad de Salamanca, en la revista *Gerión* de la Universidad Complutense y en los volúmenes que recogen los Coloquios de la *Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos*. Como divulgador de la Historia de Roma, colabora habitualmente en las revistas *Historia National Geographic* y *Memoria Historia de cerca*.

Este es su séptimo libro, tras títulos como *Emperatrices y princesas de Roma* (2008), *Año 69: el año de los cuatro emperadores* (2009), y *Los emperadores romanos y el sexo* (2011), este último en Sílex Ediciones.

Tras la muerte de Cornelio Sila, el optimate que se proclamó dictador tras una cruenta guerra civil en los años 80 a.C., la República romana se enfrentó a enemigos mortales tanto en Hispania (Sertorio) como en Asia menor (Mitrídates). Muerto Sila en el año 78 a.C., la oposición se comprometió en una lucha contra algunas medidas de la dictadura, aunque sin éxito.

En esta coyuntura, un grupo de unos setenta gladiadores de un *Ludus* de Capua huyó de sus celdas en la primavera del año 73 a.C. hacia el Vesubio para librarse de sus destinos en la arena, liberando a cuantos esclavos presos encontraron a su paso. Todos los desesperados de la zona se acercaron a estos bandidos, que, al contrario de lo que hacían otros, repartían su botín a partes iguales. Espartaco, uno de sus cabecillas, emprendió un viaje por la península itálica y durante dos años saqueó ciudades y liberó a los esclavos de sus cadenas y a los pobres de sus miserias.

Un movimiento que empezó con setenta fugitivos llegó a enrolar en sus filas a más de doscientas mil personas, a lo largo de una guerra de dos años contra los romanos. En esa guerra, Espartaco y sus hombres (y mujeres) derrotaron a la milicia de Capua, a tres ejércitos dirigidos por pretores, a dos ejércitos consulares y a un ejército proconsular. Finalmente fue un propretor, Marco Licinio Craso, quien acabó con la rebelión y con la vida de Espartaco. Y otro militar romano, Gneo Pompeyo, quien acabó con los fugitivos de la batalla.

Este libro trata, pues, de la insumisión ante un régimen político cercenador de las libertades, y contra un sistema económico explotador y criminal. Solo unos pocos se levantaron contra el mal. A ellos (y ellas) va dedicado este libro.

ACCESO ABIERTO

Sílex

LA REBELIÓN DE ESPARTACO

Juan Luis Posadas

Sílex

CREATIVE COMMONS

© Juan Luis Posadas, 2012

© Imagen de cubierta: Escultura de Espartaco, gladiador y líder de la revuelta de esclavos de 73-71 a.C., Denis Foyatier, Museo del Louvre, París, Photoaisa
© De la cubierta: Ramiro Domínguez, 2012

© Sílex® ediciones S.L., 2012
C/ Alcalá, n.º 202. 1º C. 28028 Madrid
www.silexediciones.com
silex@silexediciones.com

ISBN: 978-84-7737-586-9
e-ISBN: 978-84-7737-587-6
Depósito Legal: M-7046-2012

Colección: Serie Historia Antigua
Dirección editorial: Ramiro Domínguez
Edición y coordinación: Cristina Pineda y Ángela Gutiérrez
Fotomecánica: Preyfot S.L.
Impreso en España por: Elece, Industria Gráfica, S.L.
(Printed in Spain)

Contenido

Abreviaturas, ediciones y traducciones utilizadas 9

Introducción 11

Capítulo primero
El contexto 15
Las propuestas de ciudadanía de los Gracos 18
Las rebeliones de esclavos en Sicilia e Italia del sur 21
La guerra de los aliados 26
La guerra civil y la dictadura de Sila 33
La época postsilana 39

Capítulo segundo
Las fuentes y los protagonistas 43
Las fuentes escritas 44
Las fuentes arqueológicas 57
Los protagonistas: Espartaco y Craso 62

Capítulo tercero
El comienzo de la rebelión 81
La huida de Capua 81
El Vesubio 85
La lucha contra los pretores 93

Capítulo cuarto
La larga marcha por Italia 111
La lucha contra los cónsules 111
La vuelta al sur 129

Capítulo quinto
Craso contra Espartaco 133
La nueva marcha hacia el norte 133
El intento de pasar a Sicilia 143

El bloqueo y la huida 149
Derrota y ¿crucifixión? 161

Epílogo 179

Repertorio de textos (por orden cronológico) 185

Bibliografía 211

App. *BC*: Apiano de Alejandría, *Guerras civiles.* Traducción de A. Sánchez Royo, *Apiano: Historia romana,* Madrid, Editorial Gredos, vol. II, 1985.

Caes. *BG*: Gayo Julio César, *Guerra de las Galias.* Traducción de J. Calonge-H. Escolar-V. García Yebra, *Julio César: La guerra de las Galias,* Madrid, Gredos, 2010.

Cic. *Verr.*: Marco Tulio Cicerón, *Verrinas.* Traducción de J. M. Requejo Prieto, *M. Tulio Cicerón: Discursos, Verrinas,* 2 vols., Madrid, Gredos, 2000.

Eut.: Eutropio, *Breviario.* Traducción de E. Falque, *Eutropio: Breviario,* Madrid, Gredos, 2008.

Flor. *Ep.*: Lucio Anneo Floro, *Epítome de la Historia de Tito Livio.* Traducción de G. Hinojo Andrés-I. Moreno Ferrero, *Floro: Epítome de la Historia de Tito Livio,* Madrid, Gredos, 2000.

Front. *Strat.*: Sexto Julio Frontino, *Estratagemas.* Traducción propia a partir de la edición de Ch. Bennet, Loeb Classical Library, 1925.

Liv. *Per.*: Tito Livio, *Períocas.* Traducción de J. A. Vidal Villar, *Tito Livio: Períocas-Períocas de Oxirrinco-Fragmentos,* Madrid, Gredos, 1995.

Oros. *Hist.*: Paulo Orosio, *Historias.* Traducción de E. Sánchez Sálor, *Orosio: Historias,* Madrid, ditorial Gredos, 1982.

Plut. *Cat. Min.*: Plutarco de Queronea, *Vida de Catón el menor.* Traducción de A. Ranz Romanillos, *Plutarco: Vidas paralelas,* Madrid, Iberia, vol. 4, 1979.

Plut. *Cras.*: Plutarco de Queronea, *Vida de Craso.* Traducción de A. Ledesma, *Plutarco: Vidas paralelas,* vol. V, Madrid, Editorial Gredos, 2007.

Plut. ***Pomp.***: Plutarco de Queronea, *Vida de Pompeyo.* Traducción de S. Bueno Morillo, *Plutarco: Vidas paralelas,* Madrid, Gredos, vol. 6, 2007.

Sal. ***Hist.***: Gayo Salustio Crispo, *Historias.* Edición y traducción de J. L. Posadas, *Gayo Salustio Crispo: Fragmentos de las Historias,* Madrid, Ediciones Clásicas, 2006.

Suet. ***Aug.***: Gayo Suetonio Tranquilo, *Augusto.* Traducción de R. M. Agudo, *Suetonio: Vidas de los doce Césares,* vol. I, Madrid, Gredos, 1992.

Vel. ***Pat.***: Veleyo Patérculo, *Historia romana.* Traducción de M. A. Sánchez Manzano, *Veleyo Patérculo: Historia romana,* Madrid, Gredos, 2001.

Se han utilizado fugaces referencias a otras obras de Cicerón, Horacio, Juvenal y otros autores, cuyas traducciones se citarán en notas a pie de página.

Introducción

Ad memoriam seruorum seruarumque

Espartaco. La sola mención de este nombre provoca en muchos la idea de libertad, de arrogancia, de vigor. Los que nos iniciamos en la Historia Antigua influidos por películas como *Spartacus* (Stanley Kubrick, 1960) no podemos separar la imagen de Espartaco de la de Kirk Douglas[1]. El guión de la película, debido a Dalton Trumbo, un comunista americano represaliado por McCarthy, y basado en el libro de Howard Fast, incide en los aspectos "socialistas" del líder de los gladiadores. También enfatiza los aspectos militaristas, casi fascistas, del líder romano Craso (interpretado por Laurence Olivier), contrapuesto al líder demócrata "Graco" (Charles Laughton). Otras aproximaciones actuales en televisión *(Spartacus: blood and sand,* 2010), con Espartaco interpretado por el malogrado actor Andy Whitfield[2], han incidido más en el aspecto romántico de la relación de Espartaco con su esposa tracia, en la venganza contra el lanista Batiato, y en una estética sangrienta y sexual, discutible pero no del todo inapropiada. A este interés del cine sobre Espartaco cabría sumar el de la música, con el ballet de Aram Kachaturian (*Espartaco,* 1956) y la pintura.

También la literatura y la historia se han ocupado de Espartaco con mayor o menor fortuna: ya hemos mencionado el libro de Howard Fast, al que habría que añadir otros como el anterior de Arthur Koestler, y el muy actual de Max Gallo[3]. Ahora bien, si las

---

[1] Sobre la película y su utilización didáctica, véase a F. Lillo Redonet, *El cine de romanos y su aplicación didáctica,* Madrid, Ediciones Clásicas, 1994, pp. 57-65. Lillo critica, sobre todo, las carencias del guión en la parte de la rebelión, y alaba la reconstrucción de la vida en el *Ludus* de Batiato.

[2] Muerto de cáncer en septiembre de 2011, con 39 años. Le sustituye en la segunda temporada de la serie (2012) el actor australiano Liam McIntyre.

[3] H. Fast, *Spartacus,* Berlín, Dietz, 1956; A. Koestler, *Spartacus,* París, Editions d'hier et d'aujourd'hui, 1946; M. Gallo, *Espartaco, la rebelión de los esclavos,* Madrid, Alianza Editorial, 2008.

reconstrucciones históricas pueden ser adecuadas para la pantalla o para la novela, a la hora de estudiar el "fenómeno Espartaco" es preciso acudir solo a las fuentes disponibles, que son casi todas textuales (hay poquísimos restos arqueológicos achacables a esta rebelión), y casi todas fragmentarias o muy breves (y tardías). Precisamente, el hecho de haber editado y traducido los fragmentos de las *Historias* de Salustio, la fuente histórica más antigua existente sobre Espartaco[4], fue el primer paso para decidirme a escribir sobre el tracio para Sílex Ediciones. Desde mi punto de vista, hay que analizar a fondo las fuentes, sus intencionalidades y puntos de vista sobre Espartaco y también sobre sus oponentes, los líderes de los optimates de los años 70 a.C., para obtener de ellas la mayor cantidad de información coherente posible. Solo así podremos hacernos una idea real de lo que significó Espartaco para la historia de la república romana de entonces y para el mito de la lucha por la libertad de ahora.

La visión protagónica de Espartaco que nos ofrecen las fuentes, el cine, la literatura o la televisión no es real. Espartaco no estuvo solo; de haber estado solo, no sabríamos nada de él. Incluso al principio de la rebelión, a Espartaco le acompañaban, además de su mujer tracia, más de setenta gladiadores, de los que conocemos algunos nombres: Crixo, Enomao, Casto y Gánico. El hecho de que poco tiempo después llegaran a acompañarle muchos miles de personas, indica tanto su éxito en reunir un ejército suficiente para derrotar a varios generales romanos, como su fracaso porque dicho ejército fue insuficiente para lograr la victoria final. Este libro, pues, no solo versa sobre el líder de la rebelión, sino también sobre su ejército de gladiadores, esclavos fugitivos, campesinos pobres, pastores y desertores, incluidos los hombres, las mujeres (combatientes o no), los ancianos y los niños. Y sobre sus idas y venidas por la bota italiana, sobre sus victorias, sobre sus saqueos y violencias, y sobre sus derrotas y supuesto destino final en la cruz.

En el capítulo de los agradecimientos, quiero mencionar en primer lugar a Ramiro Domínguez, director, y a su coordinadora editorial Cristina Pineda, por su ayuda, por sus correcciones y sugerencias. Mi

[4] J.L. Posadas, *Gayo Salustio Crispo: fragmentos de las Historias,* Madrid, Ediciones Clásicas, 2006.

familia (Isabel, Daniel, Paloma, Paco, Javier y todos los demás) es lo más importante para mí, y agradezco enormemente su apoyo en esta aventura de escribir y publicar libros, tanto por excusar mis ausencias como por sobrellevar mis presencias.

Deseo agradecer especialmente al investigador postdoctoral en la Universidad de Trieste, doctor Miguel Ángel Novillo, experto en la República tardía y autor de un libro sobre César y Pompeyo en esta misma editorial[5], su lectura del manuscrito completo y su sugerencia de muchas mejoras que he incorporado en la medida de lo posible, sin declinar por ello ninguna responsabilidad en el resultado final, que es toda mía.

En último lugar, pero no menos importante, mi enorme agradecimiento a los lectores y lectoras de mis libros de esta editorial y de mis artículos en *Historia National Geographic* y otras revistas, tanto por su número creciente como por su fidelidad.

Juan Luis Posadas
Madrid, diciembre de MMXI

[5] M.Á. Novillo López, *César y Pompeyo en Hispania,* Madrid, Sílex ediciones, 2012. También publicará en breve una biografía sobre Pompeyo en Alderabán. Sobre César, M.Á. Novillo López, *Breve historia de Julio César,* Madrid, Nowtilus, 2011.

Capítulo primero
El contexto

El conflicto político, social y económico en la Roma republicana, centrado en las luchas de poder entre las diferentes familias aristocráticas, los llamados patricios, y entre estas y los grupos desposeídos de todo poder real, los denominados plebeyos, había llegado a su clímax durante el siglo III a.C. La sucesión de conquistas en la península itálica, Sicilia, Cerdeña y Córcega había traído la riqueza y la prosperidad a no pocos aristócratas, pero nada más que sufrimiento a los más pobres. Estos cargaban a la vez con el pesado equipo militar y las duras campañas y con el alza de precios y la insolencia de los aristócratas. Como recompensa a las conquistas, los aristócratas acaparaban las tierras conquistadas y, además, arrebataban las suyas a los campesinos arruinados por la guerra o empobrecidos por la competencia desleal de la producción agrícola a gran escala. El pueblo llano no solo no conseguía hacerse con los lotes de tierras del *ager publicus*, sino que perdía lo poco que tenía y pasaba a engrosar las filas de la plebe urbana.

El siglo II a.C. vio surgir diferentes facciones, denominadas *optimates* y *populares,* que con diferencias de matiz pretendían igualmente seguir sangrando al pueblo romano y a sus vecinos itálicos y sicilianos. Durante décadas, las disputas entre estos dos grupos o facciones del Senado desgarraron la antigua estructura social basada en la lucha entre patricios y plebeyos y dividieron a la aristocracia en dos bandos irreconciliables. Tras cien años de disensión entre estos dos bandos, disensión de la que ciertas instituciones más o menos democráticas habían salido fortalecidas, los romanos habían hallado, sorprendentemente, el modo de acabar a la vez con la libertad y con la tiranía: encumbrar a uno sobre todos los demás para derribarlo después de manera inmisericorde. De esa manera se obtenía por un tiempo una dirección firme para la nave romana, hasta que tal dirección resultaba

incómoda o peligrosa, y se sustituía por otra más acomodaticia a los intereses generales (o particulares) de las élites dirigentes. En todos estos tejemanejes, ni que decir tiene, el pueblo romano cada vez decidía menos y sufría más.

Así fueron encumbrados los Gracos, Mario o Cina. Todos ellos prometieron mucho bueno, hicieron bastante malo y cayeron con estrépito ante la general indiferencia de la plebe, que ya tenía suficiente con proveer de hombres a los ejércitos que dirimían en civil combate el auge de unos y la caída de otros. En todos estos casos se fueron ensayando las fórmulas institucionales que cubrieron las formas del gobierno unipersonal de una supuesta República en la que todo recuerdo de la monarquía sobraba porque, juntamente con los reyes Tarquinios del siglo VI a.C., se había desterrado de Roma el concepto de realeza.

Pero ni los tribunos de la plebe lograron más que la muerte tras su año de gloria, ni los consulados sucesivos de Mario le sirvieron para algo más que para ser arrebatado del poder por generales más ambiciosos o más hábiles que él. Tampoco la guerra de los aliados, ni la de Mitrídates, ni la civil, ni la dictadura y el asesinato de tantos romanos merecieron que Sila se mantuviese en el poder más de tres años. Su renuncia y retiro solo sirvió para que la aristocracia mostrara su cara más desagradable manteniendo las proscripciones, las persecuciones y las medidas contrarias a los tribunos de la plebe.

Tras el retiro de Sila en el año 79 a.C., Roma se preparó para salir del marasmo de guerras civiles, dictaduras y proscripciones políticas. Pero la crisis social no admitía más demoras, y los generales y partidarios de Sila tuvieron que enfrentarse a sediciones políticas en la propia Roma (Emilio Lépido), a rebeliones militares en las provincias (Sertorio), y a las invasiones de ejércitos extranjeros en Oriente (Mitrídates). En todas estas guerras se entrenaron dos de los líderes políticos que acabaron con la República: Craso y Pompeyo. Los dos adquirieron fama militar en estos años y los dos solicitaron del pueblo y del Senado los laureles y las prebendas políticas que les permitieran perpetuarse en el ejercicio del poder.

Fue en esta época cuando estalló, en el año 73 a.C., la rebelión de unos gladiadores en Capua, ciudad situada a unos 26 kilómetros al

norte de Nápoles. Durante más de dos años, esos gladiadores consiguieron reunir un ejército y recorrieron de norte a sur la península itálica al menos en dos ocasiones, derrotando a cuantos ejércitos romanos se interpusieron en su camino, y saqueando a placer las villas, propiedades y pequeñas localidades que encontraron a su paso. Con el tesoro que reunieron intentaron sobornar a una flota de piratas cilicios para pasar a Sicilia, con la probable intención de reavivar las cenizas de la última guerra servil, ocurrida en la isla treinta años atrás. El fracaso de los rebeldes tanto en salir de Italia por el norte como en pasar a Sicilia supuso finalmente la derrota de la rebelión por parte de un ejército de diez legiones comandado por Marco Licinio Craso.

Hasta aquí los hechos, resumidos como podrían haberlo hecho dos historiadores romanos muy posteriores, Eutropio y Orosio (en los siglos IV y V d.C.). Poco más se sabe de esta rebelión: unos pocos nombres de esos gladiadores, los nombres de algunos pretores, cuestores, cónsules y procónsules que se les enfrentaron, algunas ciudades y pueblos que saquearon, ciertamente muy poco. Intentemos primero esbozar un contexto para explicar esta rebelión y su éxito inicial, antes de describir las fuentes disponibles, los protagonistas, los hechos y las consecuencias. Quizá así podamos explicar por qué surgió dicha rebelión, por qué se compuso no solo de esclavos y por qué se extinguió dejando el murmullo de un mito, de un nombre reverenciado por unos y denigrado por otros: Espartaco.

El siglo que media entre el tribunado de Tiberio Sempronio Graco y el final de la República romana en la batalla de Accio (133-31 a.C.) ha sido calificado de revolucionario o de crisis aguda. Un gran historiador de Roma, Geza Alföldi, recientemente fallecido, ha considerado que cuatro grandes luchas caracterizaron este periodo: las guerras serviles, la resistencia de los provinciales contra el dominio romano, las luchas de los itálicos por la plena integración en Roma o por su independencia, y la pugna en la oligarquía gobernante entre las facciones *optimate* y popular por hacerse con el gobierno autocrático de la declinante República romana[1]. El mismo autor considera que entre

[1] G. Alföldy, *Storia sociale dell' antica Roma,* Bolonia, Il Mulino, 1987 (traducción italiana del original *Römische Sozialgeschichte* de 1984), pp. 100-101.

los años 80 y 70 a.C. se puso fin a tres de esos cuatro conflictos (guerra de los aliados, guerra contra Sertorio, guerra de Espartaco), quedando irresoluta solo la lucha interna por el poder, con las figuras emergentes de Pompeyo, Craso y César. Precisamente porque entre el 133 y el 70 a.C. se resolvieron por las armas las tres grandes amenazas de la República, es tan importante repasar cómo ocurrió esto y cómo las secuelas de estas guerras conformaron una Italia dispuesta a seguir a cualquiera que intentara mejorar la situación.

Las propuestas de ciudadanía de los Gracos

En el año 133 a.C., la reforma agraria de Tiberio Sempronio Graco había vuelto a poner sobre la mesa el problema que representaba que una sola ciudad, Roma, imperase sobre centenares de poblaciones, grandes y pequeñas, esparcidas por toda la península itálica. Los itálicos, aliados o no de Roma en el pasado, habían aportado miles de soldados auxiliares a las legiones romanas, y en muchos casos habían derramado su sangre más aún que los propios ciudadanos de Roma en la adquisición de su Imperio[2]. La concesión de la ciudadanía romana a las élites de estas ciudades itálicas, o a sus soldados más distinguidos, había sido una práctica habitual, aunque muy limitada, como forma de agradecer los servicios prestados. Sin embargo, millones de personas esperaban a las puertas de Roma que se les integrase en esa comunidad de derechos y deberes que significaba ser *ciues romanus* [ciudadano romano].

Los romanos habían hecho ley el proverbio de "divide y vencerás". Instituyeron tres tipos de derecho para diferenciar a unos habitantes de Italia de otros. Por supuesto, los ciudadanos romanos eran el primer tipo y único realmente importante. El segundo tipo era el de los habitantes del Lacio (la región en la que se situaba Roma), llamados latinos. Estos, junto con otros muchos habitantes de otras regiones

[2] Muertes que no se solían reconocer en las Actas oficiales. Solo así se explica que muchas de las victorias de la época costasen muy pocas bajas romanas: porque los generales usaban primero de las tropas auxiliares aliadas antes que de las legionarias, y porque aquellas no se contabilizaban a la hora de reclamar un triunfo.

y provincias, disfrutaban del *ius Latii* o ciudadanía latina: derecho a comprar y vender propiedades a ciudadanos romanos, derecho a contraer matrimonios legales con ciudadanos romanos y a que los hijos habidos de esos matrimonios fueran legítimos, y derecho a conseguir la ciudadanía romana si se instalaban en territorio de la ciudad de Roma *(ager Romanus)*. Incluso podían votar en los comicios por tribus en Roma, aunque integrándose todos en una de las treinta y cinco tribus existentes, con lo que su peso político era mínimo. En tercer lugar, y frente a esta especie de "ciudadanía atenuada", el tercer tipo, los itálicos, que eran a todos los efectos extranjeros *(peregrini)*, aunque la mayoría, como aliados de Roma *(socii)*, tenían la obligación de prestar un servicio militar en alguna de las muchas unidades de soldados auxiliares del ejército romano.

Por supuesto, el Senado se opuso con todos los medios, incluido el asesinato de Tiberio Graco, a su reforma. Este fracaso legislativo abrió paso, en el año 125 a.C., a la propuesta de plena ciudadanía para los latinos e itálicos del cónsul Marco Fulvio Flaco, o, para los que no deseasen dicha ciudadanía, el derecho de apelación. Aunque el Senado obvió el debate sobre esta propuesta enviando al cónsul a luchar contra los distantes pueblos saluvios, los habitantes de la ciudad latina de Fregelas se rebelaron contra Roma por el rechazo de la propuesta de Fulvio Flaco. Roma no se dejó amedrentar y, temerosa de que la rebelión se propagase a toda Italia, destruyó la ciudad hasta sus cimientos[3], dejando sin resolver el verdadero problema evidenciado por la propuesta de Flaco: la aspiración itálica de la integración en Roma. Desde este momento, los aliados itálicos enarbolaron la bandera de la ciudadanía como principal reivindicación en su relación con el conservador Senado romano. Una relación difícil que el Senado no hizo sino envenenar con una contramedida tomada en esta misma época: por una ley de fecha desconocida, se concedió de manera automática la ciudadanía romana a los latinos que hubieran desempeñado una magistratura en su ciudad, permitiéndoles, además, mantener la

[3] Algo que pude comprobar personalmente durante mi participación en una temporada de las excavaciones de Fregelas (Ceprano, Italia), dirigidas por Filippo Coarelli, en el verano de 1991.

ciudadanía latina en su municipio (para no coartar sus carreras políticas locales). Esta ley, probablemente aprobada por el Senado para dividir a sus oponentes latinos y reforzar la fidelidad de estos a Roma, realmente sirvió para provocar un mayor encono entre los aliados itálicos, a cuyos magistrados se les había dejado expresamente al margen de esta ciudadanía *per magistratum.*

Poco después, en el año 122 a.C., Gayo Graco, hermano de Tiberio, propuso una medida de compromiso que acabara con esta disensión entre los latinos y los romanos: se otorgaría la ciudadanía romana a todos los latinos y la ciudadanía latina (o al menos el derecho de sufragio en las asambleas romanas) a los aliados itálicos. Si esta medida de Graco se hubiera llegado a poner en marcha, habría supuesto un considerable aumento del número de ciudadanos romanos, y una simplificación en el esquema del derecho en Italia, al dividir a todos los habitantes en solo dos tipos: los ciudadanos romanos y los ciudadanos latinos (o aliados pero con derecho de voto en Roma). Pero los senadores, vigilantes, vieron la trampa: la masiva incorporación de latinos a la ciudadanía romana, sumada al sufragio de los aliados en las asambleas de Roma, le hubieran significado un apoyo masivo a quien había hecho la propuesta: Graco. Por eso, todo el empeño de los optimates y, probablemente, también de muchos populares, fue que esta propuesta no fuera aprobada por la asamblea. El cónsul Fanio, que también fue un analista de cuya obra han quedado algunos fragmentos, se opuso con tal ardor a la medida, apelando a los peores instintos xenófobos de los romanos, amedrentándoles con que los latinos iban a dominar las asambleas populares, que la propuesta de Graco quizá no se llegara ni a presentar a su convalidación en la asamblea.

Estos intentos, que acabaron mal, iban por el buen camino: intentaban reformar las estructuras anquilosadas de una ciudad-estado como Roma, incapaz de gobernar por sí solo un Imperio que se extendía por toda Italia, las islas del Mediterráneo occidental y central, tres cuartas partes de la península ibérica, el sur de Francia, la costa dálmata, las actuales Albania, Grecia, Macedonia y Kosovo, y otras zonas más o menos aisladas en África (Tunicia) y Asia (oeste de Anatolia, partes de Siria). La fallida reforma agraria, la cada vez mayor

participación de los aliados en los ejércitos romanos y su cada vez menor posibilidad de obtener la ciudadanía romana, hizo que se instalara en Italia un encono soterrado hacia Roma, una olla a presión presta a estallar en cuanto alguien intentara una nueva salida legal a la situación y esa salida fuera denegada por tercera vez por el Senado.

Las rebeliones de esclavos en Sicilia e Italia del sur

En esa misma época de los tribunados de los Gracos, comenzaron una serie de levantamientos de esclavos en Sicilia y otros lugares que duraron más de treinta años. La razón de estos levantamientos es variada: reacción contra un maltrato generalizado, superpoblación de esclavos agrícolas en grandes plantaciones y de esclavos pastores en las montañas, ausencia de tropas legionarias estacionadas en las proximidades, inercia de los terratenientes e inacción de los gobernadores provinciales durante su año escaso en el cargo, invasiones y guerras exteriores que impedían el envío de ejércitos para resolver los levantamientos, y una extraña ideología en el Senado que impedía ver en estas revueltas algo serio o algo digno de ser aplastado por las legiones de Roma.

Una de las causas de estos levantamientos, como he señalado, fue la superpoblación de esclavos agrícolas en grandes plantaciones. Las guerras exteriores que había librado Roma en el siglo II a.C. contra estados ricos del este y del oeste habían traído una riqueza y una prosperidad tales a los romanos que hicieron crecer la demanda interna de productos agrícolas de alta calidad. Los pocos que recibieron la mayor parte del pastel de las riquezas provinciales invirtieron sus ganancias en comprar a bajo precio las tierras a los pequeños propietarios de zonas como de Italia y Sicilia, para concentrar dichas parcelas en grandes propiedades que dedicaron al monocultivo cerealístico para satisfacer dicha demanda interna. Una vez hecho lo más difícil, concentrar las parcelas y poner en práctica una nueva filosofía empresarial, los nuevos terratenientes dejaron sus plantaciones en las manos de eficientes administradores (esclavos o libertos) y en las de centenares o miles de esclavos, vigilados por unos pocos guardias y capataces. Sin embargo,

estas plantaciones de esclavos no se dieron en todas las provincias romanas ni con la misma intensidad que en las llanuras de Sicilia o en regiones de la Italia meridional y central como Campania. No se puede hablar, pues, de un modo de producción esclavista, por mucho que a algunos les siga gustando esta categoría de análisis.

Los esclavos que estos terratenientes necesitaban para sus plantaciones se capturaron en guerras exteriores como las que Roma desarrollaba en aquellos momentos en las fronteras de Hispania, Galia, Macedonia, África o Asia menor. Pero también se adquirieron a bajo coste en los puertos esclavistas de todas estas zonas, comprados o raptados por tribus bárbaras fronterizas (o por piratas) que se enriquecieron con este mercado de carne humana. Las zonas de donde provenían principalmente estas personas esclavizadas en vida eran Asia menor (los romanos tendían a llamar a todos estos esclavos "sirios", fuera cual fuera su origen), las zonas fluviales de los ríos Rín y Danubio en el noroeste, y el bajo Danubio y el sur de Ucrania en el noreste, llevados todos a los puertos esclavistas del mar Negro. Otros puertos enriquecidos con el comercio de esclavos, mayoritariamente galos y germanos, fueron Arlés, Marsella o Aquilia (cerca de Venecia).

Aunque en el relato de los acontecimientos de la rebelión de Espartaco nos interesarán mucho estos esclavos galos y germanos, para lo que nos ocupa ahora, las guerras serviles de Sicilia, es importante saber que la mayor parte de los esclavos adquiridos por los terratenientes "esclavistas" de dicha isla provenían de Asia menor o de Siria. Las guerras de Roma contra los Seléucidas durante el siglo II a.C. habían desestabilizado todo el Mediterráneo oriental. La decadencia de los Estados helenísticos en aquella parte del mundo supuso la independencia de pequeñas comunidades marítimas en Cilicia y Chipre que se dedicaron a la piratería como principal medio de vida. Los piratas cilicios, de hecho, fueron los mayores traficantes de esclavos de esta época, raptándolos en *razzias* en las costas asiáticas y vendiéndolos a los mercaderes de esclavos en todos los puertos de la región. Estos esclavos así capturados y vendidos a los propietarios de plantaciones en Campania y Sicilia compartían no solo su origen asiático y quizá rudimentos de alguna *lingua franca* como el griego o el siríaco, sino

también un universo de creencias común en dioses y adivinaciones y, lo más importante, el recuerdo vivo de su perdida libertad.

Así estaba la situación en Sicilia a mediados del siglo II a.C, centenares de miles de esclavos provenientes sobre todo de Oriente dedicados en su mayoría a labores agrícolas en grandes plantaciones, pero también al pastoreo seminómada en las montañas centrales de la isla, mal tratados y mal vigilados, sin mayor control por parte de sus propietarios, en su mayoría ausentes de sus tierras, viviendo el *dolce far niente* en las ciudades de la isla o en la propia Roma. Los levantamientos que protagonizaron estos esclavos, debido a su magnitud y a la necesidad de enviar ejércitos consulares para reprimirlos, recibieron el nombre de guerras serviles. Los romanos dieron este nombre a estas rebeliones porque fueron realmente guerras, pero no contra enemigos exteriores ni tampoco interiores, sino contra esclavos fugitivos. De esa manera las distinguieron de otras revueltas de menor importancia, a las que llamaban tumultos. La razón de dichas diferencias terminológicas era que a los tumultos enviaban tropas milicianas reclutadas al efecto deprisa y corriendo, y que a las guerras serviles podían enviar tropas legionarias, aunque sin esperar sus generales más reconocimiento que la ovación, una especie de triunfo de menor categoría.

La llamada primera guerra servil tuvo lugar en Sicilia entre los años 135 y 132 a.C., y surgió de un grupo de esclavos maltratados, entre los cuales había también pastores armados, que formaron bandas incontroladas de bandidos. Tras un golpe de fortuna, consiguieron apoderarse de la localidad de Enna y proclamaron rey a su jefe, un sirio con aficiones adivinatorias y taumatúrgicas llamado Euno, quien se renombró como Antíoco (el nombre de los reyes Seléucidas de su Siria natal). Tras unírsele otros grupos de esclavos rebeldes bajo la dirección de un cilicio de nombre Cleón, Euno-Antíoco llegó a contar con unos doscientos mil hombres y a emitir monedas con su efigie y nombre[4]. Tras sucesivas derrotas de las milicias enviadas contra el "rey", fue un cónsul, Rupilio, quien, en el año 132 a.C., se encargó de la guerra de

[4] DS 34-35.2, 18. Véase al respecto a P. Green, "The First Sicilian Slave War", *P&P* 20, 1961, pp. 10-29; *Cf.* con la contestación de W.G.G. Forrest-T.C.W. Stinton, "The First Sicilian Slave War", *P&P* 21, 1962, pp. 87-93.

Sicilia, consiguiendo derrotar a los esclavos en la batalla de Enna, tras lo cual reconquistó la ciudad de Tauromenio y crucificó a más de veinte mil esclavos[5].

Es interesante señalar que esta primera guerra servil se extendió a otros grupos de esclavos maltratados en varias partes de Italia (Roma, Minturno y Sinuesa), e incluso en las minas del Laurio cerca de Atenas y en la lejana isla de Delos[6], lo cual indica que el maltrato era generalizado, no solo en los latifundios cerealistas, sino en las minas y otras explotaciones. También se puede conectar esta primera rebelión de los esclavos en Sicilia[7] con la guerra que suscitó un tal Aristónico en el entorno de Pérgamo entre los años 133 y 129 a.C. Este Aristónico era, al parecer, hijo ilegítimo del último rey pergameno. Aristónico reivindicó el trono de su padre, pero la ciudad de Pérgamo permaneció leal a Roma. A Aristónico solo se le adhirieron campesinos pobres y miles de esclavos, con los cuales consiguió también ciertas victorias hasta su derrota final en la batalla de Estratonicea por el cónsul Perperna[8] (murió meses después ahorcado en su prisión por mandato del Senado).

Entre los años 129 y 104 a.C., hubo otros conatos de rebelión de esclavos en la Italia del sur, pero no tan importantes como la llamada segunda guerra servil de Sicilia (104-101 a.C.). Esta guerra comenzó porque la República, necesitada de tropas auxiliares en su lucha contra la invasión de cimbrios y teutones en Galia y norte de Italia, decretó que todos los ciudadanos de Estados aliados de Roma, sobre todo minorasiáticos, que hubieran sido esclavizados de manera ilegal fueran liberados[9]. Sin embargo, los terratenientes sicilianos se negaron

[5] Liv. *Per.* 59.2, DS 34-35.2.1-25-3.11. K.R. Bradley, *Slavery and rebellion in the Roman world,* 149-70 *B.C.,* Bloomington, Indiana University Press, 1989, pp. 47-63. Curiosamente, esta guerra, que fue más importante que la de Espartaco en cuanto a su magnitud y al número de crucificados, no ha merecido ni una sola novela ni una sola película de cine.

[6] Obs. 27, Oros. *Hist.* 5.9.4-5. Este último da las cifras de 450 crucificados en Minturno y de 4.000 ejecutados en Sinuesa.

[7] Pues no está claro de si se trató de una simple revuelta o de si los esclavos querían realmente rebelarse contra Roma e independizarse de la República estableciendo una especie de estado de esclavos (y campesinos pobres) bajo la dirección del rey Euno-Antíoco. Véase al respecto a G.P. Verbrugghe, "Slave rebellion or Sicily in revolt?", *Kokalos* 20, 1974, pp. 46-60.

[8] Tras la derrota y muerte del procónsul de Asia. Véase a Liv. *Per.* 59.3-5, Eutr. 4.20.2, Floro *Ep.* 1.35, Oros. *Hist.* 5.10.4-5.

[9] Según DS 36.3.1, el propio rey de Bitinia rehusó ayudar a los romanos en el año 104 a.C. contra la invasión cimbro-teutona porque gran parte de sus súbditos habían sido esclavizados por los mercaderes de esclavos.

a manumitir a sus muchos esclavos en esa situación, lo cual provocó una doble rebelión. La primera fue liderada por otro adivino, un sirio llamado Salvio; y la segunda por un cilicio, de nombre Atenión. Ambos lograron reunir un gran ejército, y Salvio se proclamó rey con el nombre seleúcida de Trifón. La rebelión se concentró en la parte central de la isla, entre las ciudades de Lilibeo y Leontinos, sin conseguir en ningún momento controlar el norte de Sicilia. En el año 101 a.C., el cónsul Aquilio venció a los rebeldes, ejecutó a Atenión (Trifón había muerto un año antes), y crucificó a miles de esclavos como medio de ganarse una ovación en Roma.

Estas revueltas del último tercio del siglo II a.C., aunque diferentes en muchos aspectos, guardan también varias similitudes: todas ellas prendieron en grupos de esclavos muy concretos que, como los pastores o los gladiadores, tenían acceso a armas y eran difícilmente controlables. Otra similitud es que todas, tras un éxito inicial debido tanto al factor sorpresa como a la lentitud de la respuesta romana, se convirtieron rápidamente en fenómenos de masas. Estas masas, o "ejércitos" (más bien eran muchedumbres semiarmadas e indisciplinadas), se compusieron de esclavos fugitivos, pastores, y campesinos empobrecidos, tanto pequeños propietarios como jornaleros. Su principal medio fue, por tanto, el rural, sus principales problemas los derivados de la explotación cruel por parte de sus amos en las grandes propiedades agrarias. Estos rebeldes nunca consiguieron grandes éxitos en las poblaciones medianas o en las ciudades, cuyos habitantes pobres y esclavos no se solidarizaron con sus iguales, porque en el fondo estos no pretendían acabar con *la* esclavitud en general, sino solo acabar con *su* esclavitud en particular, quizá construyendo un Estado a la medida de su servidumbre, quizá con una ideología más o menos esotérica venida de Oriente. La última similitud fue que ambas rebeliones consiguieron acabar con los ejércitos milicianos de la isla y que solo sucumbieron ante el envío de un ejército dirigido por un cónsul.

El "éxito" de estas guerras fue otro: desestabilizaron la situación social y económica de Sicilia hasta tal punto que la propia estructura de la propiedad quedó dañada. Es difícil de creer que, si Espartaco hubiera desembarcado en la isla treinta años después, habría prendido

la mecha de la insurrección entre los esclavos, dado que estos eran aún pocos en relación con su número anterior, y porque quizá las condiciones de su vida hubieran mejorado debido a que los romanos habían aprendido la importancia de bien tratarlos. Algo muy diferente de lo que, quizá, sucedió en las partes centrales y meridionales de Italia, donde las revueltas habían sido mucho menos importantes, y también menores la represión y el mejoramiento subsiguiente de las condiciones de vida de los esclavos. El hecho de que encontremos esclavos en casi todos los ejércitos que lucharon en Italia entre los años 90 y los años 30 a.C. (guerra de los aliados, rebelión de Lépido, rebelión de Espartaco, conjuración de Catilina, bandas de Milón y Clodio, guerras del triunvirato y guerra siciliana contra Sexto Pompeyo), demuestra que los esclavos de Italia vivían en condiciones miserables, y que los propietarios y el Estado habían hecho poco para acabar con sus sufrimientos. Es probable, además, que durante los años 100-80 a.C., también estas zonas estuvieran superpobladas de esclavos, en este caso provenientes de las guerras contra los germanos de finales del siglo II a.C., y también de otras guerras fronterizas en la Galia y Tracia[10]. Cicerón nos cuenta que, tras las guerras de Sicilia, se aprobaron leyes para prohibir a los esclavos tener o portar armas. La única salida de estos esclavos de la época tardorrepublicana era la huida o la rebelión.

La guerra de los aliados

Si la situación de los esclavos era desesperada cuando empezaba el siglo I a.C., con varias revueltas en Italia y dos guerras a gran escala en Sicilia, saldadas con la crucifixión de miles de personas, la de los latinos y aliados itálicos era casi insoportable. La arbitrariedad con que el Senado y el pueblo de Roma (por medio de sus asambleas) había desestimado las propuestas de ciudadanía romana o latina para muchos

[10] Al parecer, Mario vendió como esclavos al menos a 150.000 cimbrios y teutones, muchos de los cuales probablemente acabaron en los latifundios de Campania y Sicilia (Oros. *Hist.* 5.16.21). ¿Fueron estos los que secundaron a Espartaco o, al menos, los padres de los espartaquíadas germanos que siguieron a Crixo durante su secesión del grupo principal liderado por Espartaco?

de estos habitantes de Italia había enconado, y mucho, la situación. A ello había que sumar el proceso, similar al descrito en lo referente a Sicilia, de concentración parcelaria en grandes latifundios, que dejó sin tierras a muchos campesinos, los cuales solo tuvieron como salida el trabajo como jornaleros, la emigración a Roma para vivir como proletarios urbanos, o la venta de sus personas como esclavos (una salida vital que cada vez se hizo más habitual).

Desgraciadamente para nuestros propósitos, no tenemos suficientes fuentes escritas sobre los primeros años del siglo I a.C. Sabemos, pues, bien poco de cómo el conflicto de la ciudadanía se fue desarrollando tras las propuestas desechadas de Flaco o Graco. Es curioso, en este sentido, que otro de los políticos que usaron el tribunado de la plebe para promover un intenso programa de reformas dirigido a minar el poder de la facción optimate, Saturnino (entre los años 103 y 99 a.C.), no incluyera en dicho programa, en lo que sabemos, la ciudadanía de los latinos e itálicos. Sus propuestas iban más encaminadas a asentar a los veteranos de Mario en las guerras de África y contra cimbrios y teutones en territorios extraitálicos, quizá para evitar problemas con los aliados y latinos, quizá para repoblar regiones de África y, sobre todo, Sicilia. Es significativa esta omisión de la ciudadanía para los itálicos en el programa de un tribuno popular porque, como ya vimos anteriormente, muchos plebeyos romanos no querían que los latinos e itálicos irrumpieran en las asambleas, influyendo de manera desconocida en el sentido del voto.

Durante los primeros años del siglo I a.C., Gayo Mario, que había desempeñado el consulado en varias ocasiones, era el árbitro de la situación política en Roma. Mario, aunque muy popular entre la plebe, no era un político de la facción popular: iba un poco por libre, nadando y guardando la ropa, solo atento a sus propios intereses. Lo mismo apoyó a Saturnino que se encargó de acabar con él por medio de un senadoconsulto último y de una tropa reclutada al efecto. En relación con la cuestión de la ciudadanía para los latinos y los itálicos, su postura había sido más la integración selectiva de algunos de estos

aliados en la ciudadanía romana como premio a su paso por el ejército[11], o como parte de su integración en las colonias que, finalmente, no se llegaron a fundar en África o en Sicilia. El Senado, entre tanto, no se oponía abiertamente a esta concesión selectiva de la ciudadanía, pero sí a cualquier propuesta que incluyera masivamente a los latinos e itálicos en Roma.

Quizá bajo la influencia de Mario se encontraban dos políticos de esta época, Marco Antonio y Lucio Valerio Flaco, quienes, durante su censura del año 97 a.C., incluyeron en el censo de ciudadanos romanos a muchos itálicos a quienes no se les había otorgado legalmente la ciudadanía. Es posible que los censores hicieran suya la política de Mario de integración selectiva o incluso "por la puerta de atrás" de cuantos itálicos fuera posible, como forma de rebajar la presión social. En todo caso, el Senado no estaba dispuesto a pasar por alto esta concesión de ciudadanía ilegal, por lo que los cónsules optimates del año 95 a.C., Lucio Licinio Craso y Quinto Mucio Escévola, hicieron aprobar una ley, la Ley Licinia-Mucia, por la que se excluyó del censo a todos los itálicos inscritos ilegamente en él. Además, se instituyeron tribunales especiales para juzgar todos aquellos casos de concesión de ciudadanía ilegal o fraudulenta. Los juicios subsiguientes privaron de su ciudadanía no solo a los censitarios del año 97 a.C., sino también a muchos veteranos a los que Mario o Saturnino habían favorecido con la ciudadanía. La Ley Licinia-Mucia tuvo un efecto devastador entre los latinos y los itálicos, pues dejaba muy claro quién gobernaba la nave romana y hacia dónde, y también en qué lugar quedaban las aspiraciones de integración en Roma de los habitantes de Italia. A partir de este momento, los líderes de las comunidades aliadas de Roma en Italia empezaron a aspirar, no ya a la integración en la República romana, sino a su independencia de ella.

La ocasión para que este estado de cosas estallara en una rebelión en toda regla no se hizo esperar. En el año 91 a.C., un nuevo tribuno de la plebe, Marco Livio Druso, hijo del tribuno del mismo nombre que se había opuesto a Gayo Graco, lanzó un programa de

[11] Dio la ciudadanía romana a dos cohortes enteras de ciudadanos de la localidad itálica de Camerino.

reformas legislativas de corte popular, pero con importantes apoyos en el Senado, como su líder Emilio Escauro. Se trataba, a todas luces, de reformar la constitución política de la República para ampliar su base social. Los beneficiados de sus propuestas fueron, sobre todo, los miembros del orden ecuestre, el segundo estamento en importancia en la sociedad romana, compuesto fundamentalmente por romanos enriquecidos en el comercio, la banca, el cobro de impuestos, la industria y otros negocios de los sectores terciarios. Además, para garantizar el voto de la plebe en la asamblea, introdujo algunas mejoras en las leyes agrarias existentes.

Pero Livio Druso añadió otra propuesta a su programa. En su reforma agraria, Livio planteó la confiscación del terreno público romano que estaba siendo explotado por agricultores itálicos, con el fin de mejorar el abastecimiento de grano de la capital. Quizá para compensar a los aliados itálicos, Livio presentó una propuesta para conceder la ciudadanía romana a todos los aliados, lo cual fue muy bien visto por estos, pero muy mal por el Senado. Con la oposición del cónsul Lucio Marcio Filipo y de gran parte del Senado, la plebe se decantó por dar la espalda a la propuesta de Livio, temerosa de perder sus privilegios de ciudadanos. Al año siguiente, Livio retiró su propuesta y murió asesinado por un desconocido.

Pero, antes de morir, Livio ya había prevenido a los cónsules de una conjuración contra ellos. Uno de los líderes itálicos, el marso Quinto Popedio Silón, llegó a reunir un ejército para marchar contra Roma, aunque finalmente fue disuadido de hacerlo. Pero la mecha de la rebelión ya había sido encendida. Un incidente menor con una delegación romana en la ciudad de Ásculo, en el Piceno, sirvió de excusa para un alzamiento de sus habitantes, que masacraron a todos los ciudadanos romanos de la localidad. La guerra de los aliados había comenzado.

En Roma, este estallido de violencia dio paso a un ajuste de cuentas en la élite: el tribuno de la plebe Quinto Vario hizo aprobar una ley ilegal (porque pasó por encima del veto de sus colegas) por la que instituyó tribunales que juzgaron y condenaron a todos los políticos que hubieran alentado la rebelión con sus propuestas o actitudes. Marco Antonio y Emilio Escauro fueron ejecutados.

La guerra de los aliados duró tres años (90-88 a.C.), aunque la resistencia continuó aislada por lo menos hasta el año 82 a.C. Durante estos años, al menos la mitad de las comunidades itálicas del centro y sur de la Península se rebelaron contra Roma y fueron tanto víctimas como verdugos de matanzas sin cuento, violaciones y devastaciones que dejaron una Italia central sumida en la desolación. De las cenizas de esta guerra surgirían unos años después muchos partidarios de Lépido o Catilina.

Desde el principio de la guerra, las comunidades de derecho latino permanecieron fieles a Roma. Los líderes de estas comunidades eran todos ciudadanos romanos, por haber desempeñado las magistraturas locales (la ciudadanía *per magistratum* ya comentada). Los principales pueblos en guerra, además de la ciudad picena de Ásculo, fueron las tribus de los marsos, vestinos, pelignos, marrucinos, frentanos, samnitas e hirpinos, pero otros muchos pueblos siguieron fieles a Roma. Los rebeldes se concentraban en el centro de Italia, a ambos lados de la cadena de los Apeninos y en la costa del Adriático. No sorprenderá que Espartaco, quince años después de acabada la guerra, encontrara a tantos campesinos que se le unieran espontáneamente en estas regiones, y que él mismo con su ejército las recorriera de sur a norte y de norte a sur en dos ocasiones.

La guerra se concentró en el centro de Italia, en torno a los marsos y a su líder Popedio Silón, y en el sur, en torno a los samnitas y a su líder Papio Mutilo. La capital del Estado que crearon (llamado Italia, con un toro como emblema) se fijó en la ciudad peligna de Corfinio, en el centro de la Península, a la que dieron el nombre de Itálica. Los "italianos" reunieron un ejército de cien mil hombres, mientras que los romanos, privados de muchos auxiliares itálicos, lograron reunir catorce legiones, guarnecidas con auxiliares galos, sicilianos, hispanos y africanos.

En el año 90 a.C., los "italianos" lograron algunas victorias contra los ejércitos consulares romanos. En una de ellas, consiguieron incluso matar al cónsul Rutilio. La principal consecuencia de estas victorias fue que casi toda Campania, Lucania y Apulia se unieron a la rebelión. Sin embargo, los romanos consiguieron mantener la lealtad de

Etruria y de Umbría. Además, fueron hábiles aprobando la Ley Julia de Ciudadanía, por la que se concedió la ciudadanía romana a todas las comunidades latinas e itálicas que hubieran permanecido leales a Roma, y que así lo solicitaran formalmente. Esto fue decisivo porque mantuvo en el campo romano a más de la mitad de la península. Otras dos leyes, en este caso tribunicias, completaron esta acción política cuyo objetivo último era dividir a los rebeldes: por la Ley Calpurnia se concedía la ciudadanía romana a todos aquellos latinos o itálicos que hubieran luchado en el ejército a favor de Roma; y por la Ley Plaucia Papiria, se concedía dicha ciudadanía a todos aquellos que la solicitaran individualmente al pretor urbano; es decir, a todos aquellos itálicos de las comunidades en pugna con Roma que se rindieran.

Durante el año 89 a.C., estas leyes supusieron una importante merma de los efectivos "italianos". Además, el cónsul Pompeyo Estrabón consiguió vencer a todas las tribus del centro de Italia, llegando a tomar la ciudad picena de Ásculo, origen de la rebelión, tras un largo asedio. Como consecuencia, los "italianos" tuvieron que trasladar su capital más al sur, a la ciudad samnita de Boviano. El propio Pompeyo Estrabón (padre del Magno), reforzó sus clientelas en el Piceno y en la Galia Cisalpina (situada entre el río Po y los Alpes), concediendo a estos galo-italianos la ciudadanía latina en masa. Esto, además, incluía la ciudadanía *per magistratum* a sus líderes locales.

También en el sur, los romanos, por medio del legado Lucio Cornelio Sila, consiguieron derrotar a todas las tribus rebeldes, tomando la capital de Boviano. Sila fue recompensado con su elección como cónsul para el año 88 a.C. Los samnitas, últimos en rendir la espada, crearon entonces un Estado independiente con capital en Esernia, hasta su derrota final en el año 88 a.C. y la muerte de su líder Popedio Silón. Aún hubo rebeldes samnitas en los ejércitos de la guerra civil entre Sila y los marianistas, y en los montes del sur de Italia por lo menos hasta el año 82 a.C., si no hasta la época del propio Espartaco.

Interesa saber que esta guerra no tuvo como objetivo una revolución social, tanto porque en ella participaron parte de las aristocracias locales, que como toda aristocracia veía la revolución con aprensión, cuanto po que lo que pretendían muchos de sus contendientes era

solo integrarse en la ciudadanía romana. Pero la masa de los itálicos pobres, incluso los esclavos, lucharon contra Roma porque veían en ella la clave de todos sus problemas sociales y económicos. Solo ese odio indisimulado explica la violencia que se desató en las localidades tomadas a los romanos, con la matanza indiscriminada de todos los ciudadanos eminentes. El origen social y económico de la rebelión también explica que, en muchas de esas localidades romanas, los pobres e incluso los esclavos se unieron en masa a los rebeldes itálicos[12].

Del final de la guerra de los aliados no derivó ningún cambio significativo en el ordenamiento social romano, más bien al contrario: la ciudadanía romana de las élites de los nuevos municipios itálicos reforzó el sistema de dominio al engrosar sus filas y acercar físicamente los dominadores a los dominados. Tampoco se resolvieron todos los problemas políticos que esta integración itálica en Roma hacían prever: los nuevos ciudadanos fueron inscritos, al principio, en ocho de las treinta y cinco tribus, con lo que su influencia en las votaciones no era significativa. Además, la resolución de la siguiente guerra civil entre Sila y los marianistas trajo consigo la persecución de muchos ciudadanos de origen itálico por parte de los silanos, y la proscripción de centenares de ellos.

Por otra parte, la guerra arruinó la economía agrícola de las zonas implicadas, porque muchos propietarios perdieron sus tierras en las devastaciones de la guerra, y porque otros muchos se arruinaron con la incautación de sus cosechas y rebaños por parte de ambos ejércitos en lucha. Como consecuencia, los terratenientes arruinados no pudieron devolver las deudas que contrajeron, y los prestamistas, sobre todo miembros del orden ecuestre, también vieron cómo sus economías mermaban. La moneda romana sufrió una importante devaluación en el año 89 a.C., y el tema de la deuda y la usura continuó siendo objeto de debate hasta cuarenta años después, cuando la dictadura de César.

Otra consecuencia importante fue la conversión de todas las ciudades itálicas y latinas en municipios de ciudadanos romanos *(municipia ciuium Romanorum),* con lo que empezó un imparable proceso

[12] App. *BC* 1.186, 190.

de romanización de la península itálica que duró gran parte del siglo I a.C. y que significó el abandono de los particularismos locales (incluidas las lenguas autóctonas) en favor de la cultura romana y de su lengua, el latín.

Finalmente, la guerra convirtió a todos los itálicos en ciudadanos romanos, con lo que el ejército legionario incrementó en muchos efectivos su recluta, que ya había incluido a muchos proletarios (ciudadanos sin recursos) por la necesidad de soldados durante la guerra. A partir de este momento, los auxiliares del ejército romano fueron reclutados fuera de la península itálica, entre las comunidades de derecho latino y los aliados de Galia, Hispania, África y otras regiones bajo el control de la República.

La guerra civil y la dictadura de Sila

La guerra de los aliados tuvo consecuencias inmediatas en la política interna romana. Ya he comentado que las leyes que pusieron fin a la guerra abrieron las puertas a la ciudadanía romana a los itálicos y latinos, pero inscribiéndoles a todos en unas pocas tribus, con lo que su influencia real en las votaciones de las asambleas populares quedó diluida.

En el año 88 a.C., la facción popular, que había recuperado al viejo Gayo Mario como líder, volvió a la carga contra la facción optimate por medio de un nuevo tribuno de la plebe, Publio Sulpicio Rufo. Este tribuno, probablemente de acuerdo con Mario, quien quería que se le encomendase el ejército de la guerra contra Mitrídates en Asia, ya adjudicado a Cornelio Sila, consintió en apoyar la ilegítima aspiración de Mario, a cambio del apoyo de sus veteranos y de los ecuestres a sus reformas políticas. La *rogatio* que planeaba Sulpicio consistía en inscribir a los nuevos ciudadanos en todas las tribus sin distinción, tanto las urbanas como las rurales, e incluir en la medida, probablemente, también a los libertos que, en número creciente, atiborraban las calles de Roma. Es decir, Sulpicio planteaba, con el apoyo de Mario y la facción popular, la plena ciudadanía política para los latinos, itálicos y, quizá, incluso para los libertos. Esta propuesta habría desequilibrado

la relación de fuerzas en las asambleas populares, por lo que la facción optimate, mayoritaria en el Senado, se opuso rotundamente. Los cónsules, Pompeyo Rufo y Cornelio Sila, intentaron retrasar la votación mediante el recurso a proclamar festivos los días que debía realizarse. Sulpicio, previsoramente, visto lo ocurrido con los Gracos o con Saturnino, se rodeó de una especie de ejército privado, y con él ocupó el Foro y proclamó ilegal el decreto consular. Hubo derramamiento de sangre, y murió el hijo del cónsul Pompeyo Rufo. Sila, uno de los que se habían opuesto a la ley, abandonó la ciudad para refugiarse en Nola, en Campania. Y Sulpicio consiguió que la *rogatio* se aprobase en la asamblea popular. Como demostración de que Mario apoyaba a Sulpicio desde un comienzo, la misma asamblea le quitó el mando del ejército de Asia a Sila, un cónsul en ejercicio, para otorgárselo a Mario, un ciudadano privado con imperio (es decir, un ex cónsul con mando militar en la guerra de los aliados). Esta decisión de la asamblea no era ilegal, pues contaba con precedentes no muy lejanos, pero sí polémica y discutible.

Inmediatamente, Gayo Mario envió legados a Nola para hacerse cargo del ejército de Sila, pero este fomentó la idea de que Mario iba a desmovilizar a sus soldados para reclutar otros nuevos más leales a él. Así que, como consecuencia de estas intrigas, los legados de Mario, al fin y al cabo en misión oficial y legal porque actuaban a las órdenes de un procónsul designado por la asamblea popular, fueron asesinados por la soldadesca de Sila. A este no le quedaba más remedio (probablemente ya lo había decidido así desde el momento en que la *rogatio* fue votada) que marchar hacia Roma para anular la legislación de Sulpicio. La medida, extraordinaria y sin precedentes, ni siquiera contó con el apoyo de sus oficiales, todos los cuales, salvo uno, le abandonaron. El mismo Senado, que no era favorable a Sulpicio y que estaba dominado por la facción optimate, intentó disuadir a Sila de su avance enviándole emisarios. Pero Sila no quiso seguir salvo a su fortuna y entró en Roma sin oposición armada por parte de Mario o Sulpicio, quienes no contaban con un ejército regular. Los plebeyos que se le opusieron a pedradas desde los tejados fueron quemados vivos en sus casas. Esta

fue la primera ocupación armada de la ciudad desde la invasión de los galos trescientos años antes.

Sila proclamó enemigos públicos a los líderes populares, entre ellos a Mario, seis veces cónsul y reconocido como refundador de Roma, y a un tribuno de la plebe en ejercicio, Sulpicio. Mario y su hijo Mario Gratidiano pudieron escapar a África, pero Sulpicio fue asesinado. Además, la legislación sulpiciana fue abolida con la excusa de que había sido aprobada mediante el uso de la fuerza, lo cual no dejaba de ser irónico, ya que Sila pudo hacerlo con un ejército de partidarios rodeando el Foro. Además, Sila y su colega Pompeyo Rufo aprobaron una serie de medidas que, en la práctica, reducían a la nada el papel de los tribunos de la plebe y quitaban todas las competencias a la asamblea popular *(concilium plebis)* para dárselas a la asamblea por centurias, una especie de concilio censitario fácilmente manipulable por la aristocracia. El gran beneficiado fue el Senado, que tenía que aprobar todas las decisiones de las asambleas populares, y cuyo número de miembros se incrementó hasta formar un cuerpo de seiscientos senadores.

Una vez realizada esta reforma mediante el recurso del golpe de Estado ilegal, Sila volvió a partir con su ejército hacia Campania, creyendo dejar todo atado y bien atado en Roma, para dirigirse hacia Asia a batallar contra Mitrídates invasor. La guerra contra este pugnaz adversario de Roma duró varios años, hasta el 84 a.C. Se desarrolló íntegramente en el Ática, con la toma de Atenas tras un duro asedio, en Tracia, donde los romanos tuvieron que vencer la resistencia de tribus aliadas a Mitrídates (entre ellas la tribu natal de Espartaco), y en Asia, donde la destrucción generalizada de la provincia y el empobrecimiento de sus habitantes crearon las condiciones idóneas para el surgimiento de la piratería a gran escala en la zona; piratería que tendrá una gran importancia, como se verá, en el desarrollo de la rebelión de Espartaco y, en general, en toda la crisis que acabó con la República.

En Roma, mientras tanto, y aun antes de que Sila abandonara la ciudad para su guerra en Asia, las cosas ya se le habían torcido. Las asambleas que eligieron tribunos de la plebe le fueron desfavorables, aunque todavía pudo evitar que saliera elegido su enemigo Quinto

Sertorio. En cuanto a las elecciones consulares, los candidatos silanos fueron derrotados ante el senatorial Gneo Octavio y el popular Lucio Cornelio Cina. Sila, antes de marchar contra Mitrídates, pudo sin embargo (quizá porque había varios miles de sus soldados en la ciudad) transferir el mando del ejército proconsular que había en Italia acabando la guerra de los aliados a su colega en el consulado Pompeyo Rufo, a la vez que hacer jurar a los dos nuevos cónsules que respetarían la legislación aprobada por él para reforzar el papel del Senado.

Pero las promesas hechas a punta de espada valen poco, y antes incluso de que Sila hubiera abandonado Italia, su títere Pompeyo Rufo fue asesinado por sus tropas en un oscuro motín, y un tribuno de la plebe, Marco Vergilio, acusó al propio Sila de alta traición y le intentó privar de su imperio militar y, en definitiva, trató de invalidar su legislación por haberla aprobado a la fuerza. En esa situación, Cina se sintió libre de su juramento y volvió a presentar la misma legislación en favor de los ciudadanos itálicos que había hecho aprobar Sulpicio, con otra ley para favorecer la vuelta de los exiliados políticos del golpe de Sila, con Gayo Mario a la cabeza. Sin embargo, el cónsul de Cina, Octavio, y una parte del Senado, se opusieron a estas medidas, y uno o dos tribunos de la plebe afectos a Octavio pusieron su veto. Hubo un enfrentamiento armado en el Foro y Cina tuvo que abandonar la ciudad. Octavio consiguió que el Senado depusiera a Cina de su consulado, nombrándose como sustituto a Lucio Cornelio Mérula.

Esta vez, Cina encontró seguidores entre los soldados acantonados en Campania, los mismos que habían apoyado a Sila, y también entre los ciudadanos itálicos, que querían defender ahora con las armas sus derechos de plena ciudadanía. A ellos se les unió Mario, quien desembarcó en Etruria y levantó un ejército privado con sus veteranos. La ciudad, esta vez, sí estaba presta a defenderse de este golpe de Estado, pues Pompeyo Estrabón, el procónsul del ejército de Italia depuesto por Sila, recuperó el control de sus tropas y acudió al llamado del Senado de Roma.

Tras un asedio en el que se propagó una grave epidemia en la ciudad, epidemia en la que murió el propio Pompeyo Estrabón, el Senado tuvo que rendir Roma a Cina a finales del año 87 a.C. Los soldados

vencedores cometieron pillajes en la ciudad, y el propio cónsul en ejercicio, Octavio, fue asesinado, junto con varios de los senadores prominentes de la facción optimate. Otra vez, la violencia partidaria se hacía sentir dentro del pomerio de la ciudad, creando nuevas querellas personales que se añadían a las ya muchas existentes tras cincuenta años de violencia institucionalizada desde el asesinato de los Gracos. Por supuesto, Cina recuperó su consulado, la legislación silana fue abolida, y el propio Sila fue declarado enemigo público sin imperio, algo que Sila ignoró en su lejana Asia.

En las elecciones del año 86 a.C., Mario y Cina fueron (cómo no) elegidos cónsules, aunque la temprana muerte del viejo Mario dejó a Cina como amo indiscutido de Roma hasta el año 84 a.C. Su gobierno casi degeneró en una tiranía, debido a la iteración consecutiva de consulados (que tenían, sin embargo, el precedente de los de Mario), y muchas de sus medidas legislativas solo pretendían su mantenimiento en el poder. En todo caso, intentó reformar la sociedad romano-itálica y conciliarse con el Senado, en una política de compromiso que difícilmente podía tener éxito ante el derramamiento de sangre de los últimos años. Por otra parte, esta política de conciliación imposible con el Senado se construyó sacrificando, una vez más, a los ciudadanos romano-itálicos, ya que la negativa de los censores de incluir a muchos de estos nuevos ciudadanos en el censo no fue vetada por Cina en su intento de no enfrentarse directamente con el Senado.

La política más exitosa del trieno de Cina (86-84 a.C.) fue la económica. Cina logró la aprobación de una Ley que condonaba las tres cuartas partes de las deudas vivas de los ciudadanos, algo que alivió mucho la desastrosa situación de muchos pequeños propietarios, que iban a perder sus tierras o incluso su libertad por no poder pagar sus empréstitos. Además, el hijo adoptivo de Mario, el pretor Mario Gratidiano, emitió un edicto para frenar la devaluación galopante de la moneda romana, lo cual benefició grandemente a los sectores más desfavorecidos de la plebe urbana, que dependían del valor de las pocas monedas en que basaban su subsistencia.

Pero, claro está, la legislación cinana estaría en peligro mientras Sila anduviera por Asia con un ejército a sus órdenes (ilegales). En el

año 85 a.C., ante la inminente victoria de Sila contra Mitrídates, los cónsules Cina y Gneo Papirio Carbón empezaron a reclutar un ejército para luchar contra Sila, si a este se le ocurría reanudar la guerra civil. El Senado, mientras tanto, intentó mediar en el conflicto en ciernes mandando emisarios a Sila, ante lo cual este anunció magnanimidad con los nuevos ciudadanos romano-itálicos, pero también represalias contra sus enemigos. En esto, en el año 84 a.C., los soldados reclutados por Cina y Carbón se amotinaron y asesinaron al primero, quedando el segundo como jefe del gobierno legal y líder único de la facción popular. Aunque el Senado intentó mediar en el conflicto aprobando una Ley por la que, finalmente, se incluía a los ciudadanos romano-itálicos en todas las tribus (la propuesta de Sulpicio de hacía unos años), el camino de la guerra estaba servido: el hijo de Pompeyo Estrabón, Gneo Pompeyo (más tarde llamado Magno), Marco Licinio Craso y Metelo Pío levantaron ejércitos propios en Piceno, Hispania y África y arribaron a Italia invocando el nombre de Sila. La llegada de este a Italia en la primavera del año 83 a.C. con su ejército experimentado en Asia hizo que gran parte del Senado viera en él la salvación ante el caos político y social que se estaba viviendo en la propia Roma.

La guerra civil subsiguiente duró todavía un año y medio. Desde el principio, los acontecimientos se inclinaron del lado de Sila. El sur de Italia se pasó en bloque al bando silano, los ciudadanos romano-itálicos se abstuvieron de la guerra porque Sila prometió respetar su plena ciudadanía, y solo los samnitas (a quienes Sila excluyó expresamente de dicha promesa, probablemente por su irreductible papel en la guerra de los aliados, recientemente sofocada) opusieron alguna resistencia a Sila. En noviembre del año 82 a.C., tras la sangrienta batalla de Puerta Colina, en la que murieron decenas de miles de samnitas, Sila entró en Roma triunfador. El cónsul Mario Gratidiano, hijo adoptivo del gran Gayo Mario, murió desangrado debido a las torturas de los silanos, que le fueron desmembrando poco a poco. El otro cónsul, Carbón, logró huir a África. El gobierno despótico y sangriento de Sila había comenzado con dicha muerte y la proscripción de casi dos mil senadores y ecuestres.

Sila hizo ajusticiar en masa a sus adversarios samnitas y a los habitantes de Preneste (más de veinte mil ejecutados entre ambos colectivos) y asumió plenos poderes como dictador del año 82 al 79 a.C., para asegurar el régimen oligárquico con drásticas medidas de reforma. Sus leyes buscaron la restauración del dominio senatorial: el Senado fue ampliado con la admisión de cerca de trescientos nuevos senadores procedentes del orden ecuestre; los cargos senatoriales y la carrera administrativa senatorial tuvieron una nueva reglamentación; la legislación fue ligada a la aprobación del Senado; los poderes de los tribunos de la plebe fueron fuertemente limitados; las decisiones en materia criminal fueron sustraídas de los ecuestres y restituidas al Senado; y, para evitar el surgimiento de un poder militar en Italia, este poder no fue asignado a los cónsules ni a los pretores en ejercicio, sino solo a los procónsules y a los propretores, que debían ejercitar dicho poder militar por un año como gobernadores en sus provincias. Pero estas reformas minaron la base de la República aristocrática, y el poder absoluto de Sila representó en realidad el primer paso decisivo del Estado romano en el camino hacia la monarquía.

La época postsilana

La dictadura de Sila acabó cuando este abdicó (ya que su poder era casi el de un rey) en el 79 a.C. para escribir sus memorias y morir de una enfermedad muy dolorosa al año siguiente. La desaparición del sátrapa trajo consigo, como siempre que un sátrapa ha desaparecido y desaparecerá en la Historia, el afloramiento de las tensiones internas entre sus segundones. El primero que se significó en esta lucha por el poder fue el cónsul Marco Emilio Lépido, quien había sido elegido cónsul con la oposición de Sila pero con el apoyo de silanos destacados como el emergente Gneo Pompeyo. Su colega Quinto Lutacio Catulo, este sí había contado con el apoyo de Sila, propuso un funeral público para glorificar al tirano, algo a lo que se opuso sin éxito Lépido. El cónsul, lejos de desanimarse por este revés, propuso inmediatamente después un programa de reformas que incluía la reanudación del reparto gratuito de trigo a los plebeyos, la vuelta de todos los exiliados

y la devolución de sus bienes expropiados (de los que el propio Lépido se había beneficiado), así como la restitución de los poderes a los tribunos de la plebe (una demanda de los sectores populares que empezaron a apoyarle). Es decir, salvo el ataque a las prerrogativas del Senado, las propuestas de Lépido significaban, esta vez sí, un verdadero y más justo funeral público de la obra política de Sila. Aunque las propuestas de Lépido no fueron aprobadas por el Senado, celoso de sus competencias y avaro de las riquezas expropiadas a los marianistas, sí pueden interpretarse como un intento de paliar algunas consecuencias injustas de la obra silana.

En ese momento estalló en Etruria una rebelión de los antiguos propietarios de tierras expropiadas por Sila por el apoyo de la región al difunto Mario. Las tierras expropiadas habían sido otorgadas a los veteranos silanos, no sin el comprensible enfado de los expropiados. Durante la rebelión en la localidad de Fiésole, algunos colonos silanos fueron asesinados y otros muchos expulsados de sus tierras. Los colonos acudieron a Roma a pedir ayuda, por lo que el Senado encargó a los dos cónsules, todavía enfrentados por el intento de reforma de Lépido, que sofocaran la rebelión. Pero Lépido, de modo algo incomprensible, no solo no se enfrentó a los etruscos rebeldes, sino que se puso a la cabeza de la rebelión, dirigiéndose a Roma para presentarse a la reelección como cónsul para el año siguiente, el 77 a.C. Por supuesto, ni Lépido contaba en Roma con apoyos ni siquiera entre la plebe, ni el Senado se privó de hacer piña en torno a sus intereses de clase. Como no se habían celebrado las elecciones, se nombró a un *interrex,* Apio Claudio, quien decretó el senadoconsulto último contra Lépido y encargó a su excolega Catulo la represión de la rebelión.

La guerra civil, que es lo que realmente fue, se desarrolló durante escasos meses de ese año. En Mutina (Módena), el legado de Lépido, Bruto, que había sido mandado a la Galia cisalpina para reclutar tropas para la causa, fue sitiado por el omnipresente Gneo Pompeyo, otra vez al mando de tropas como ciudadano privado por orden del Senado. El sitio acabó con la toma de la ciudad y la ejecución de Bruto por parte de Pompeyo ("adolescente carnicero" fue el apelativo que le dio Cicerón). Por su lado, Catulo logró evitar la llegada de Lépido a

Roma. Este, entonces, se desvió por Etruria hacia el norte, quizá para enlazar con las tropas de Bruto, pero fue copado por las fuerzas de Catulo y de Pompeyo en Cosa, en Etruria. Su derrota no fue definitiva, pues Lépido pudo embarcar con gran parte de su ejército hacia Cerdeña, donde él murió poco después. Su lugarteniente Perperna se hizo cargo de los restos de sus tropas y se trasladó a Hispania para unirse a Quinto Sertorio, quien había conseguido resucitar la llama de la guerra civil como heredero de Cina. Pompeyo mismo se negó a licenciar sus tropas y se dirigió también a Hispania para combatir de manera inmisericorde a Sertorio y a Perperna.

Los años inmediatamente anteriores a la rebelión de Espartaco (77-74 a.C) se dedicaron exclusivamente al debate sobre la restauración de los poderes tribunicios, piedra clave de todo el edificio legislativo silano, ya que la restauración del poder del Senado descansaba básicamente en el menoscabo del poder de las asambleas y de los tribunos. Este debate nos interesa poco en este libro, porque no aporta nada a entender el caldo de cultivo en Italia central y meridional que explican el éxito inicial de los espartaquíadas. Sí es importante resaltar que la época postsilana vio resurgir dos guerras que parecían ya acabadas y consumidas por sus propios fuegos: la guerra civil entre los populares y los optimates (liderada por Sertorio en Hispania) y la guerra en Asia entre Mitrídates del Ponto y Roma. La primera guerra fue confiada a Gneo Pompeyo, y la segunda al cónsul del año 74 a.C. Lucio Licinio Lúculo. Ambos terminaron con dichas guerras justo cuando Espartaco se desangraba en la batalla final contra Craso. Aún pudo, no obstante, el "adolescente carnicero" (Pompeyo) acabar con cinco mil fugitivos de la guerra de Espartaco y atribuirse, como se verá, el éxito de finalizar la guerra. Lúculo intentó también sacar tajada de la rebelión de Espartaco desembarcando con su ejército en Brindisi, sin conseguir pasar del papel de convidado de piedra a las matanzas protagonizadas por Pompeyo y Craso, que les sirvieron para lograr el consulado para el año 70 a.C.

Capítulo segundo
Las fuentes y los protagonistas

En el capítulo anterior he intentado describir los hechos sociopolíticos y económicos que contextualizan el escenario donde la rebelión de Espartaco tuvo lugar: el sur y el centro de Italia. Espartaco se movió entre la ciudad de Mutina (Módena), en el valle del Po, y los Abruzzos, en la punta de la bota italiana. Justo las regiones donde las guerras civiles de finales del siglo II y comienzos del I a.C. (rebelión de Fregelas, disturbios tribunicios, guerra de los aliados, guerra entre Mario y Sila, proscripciones, rebelión de Lépido) habían tenido lugar, provocando destrucciones y no poco encono.

Hemos visto también que las dos guerras serviles de finales del siglo II a.C. en Sicilia habían comenzado por la superpoblación esclava de la isla y por las malas condiciones de vida de los siervos, y habían acabado con la muerte de decenas de miles de estos esclavos y con el probable mejoramiento del trato hacia ellos. Pero esto no había ocurrido en el centro y sur de Italia. Las revueltas que también se dieron en esta zona durante el último tercio del siglo II a.C. (en Nola, Nuceria, Capua, etc.) no produjeron sino escaramuzas aisladas y, probablemente, un empeoramiento de las condiciones de vida servil, debido al temor de los propietarios a nuevos conatos de rebelión. Junto a una masa de esclavos trabajando en los nuevos latifundios cerealistas, muchos de ellos procedentes de Germania y la Galia tras la victoria de Mario sobre cimbrios y teutones, había también una muchedumbre desocupada, compuesta por pequeños propietarios desposeídos por los veteranos vencedores en las guerras civiles, por desertores de los bandos perdedores de las mismas, por itálicos y latinos supervivientes de la guerra de los aliados y que no habían podido recuperar sus propiedades, y por proletarios romanos sin saber a quién encomendarse para sobrevivir. Este era el caldo de cultivo de la revolución. Solo hacía

falta una excusa para que esta marea de perdedores se uniera con la esperanza de subvertir la República o, al menos, de saquearla.

Las fuentes escritas

Antes de ceder la palabra a las fuentes escritas que nos dicen una cosa u otra sobre esta rebelión, sobre la "guerra de los fugitivos" como se la llamó en la época, habrá que ver qué fuentes son esas, qué criterios siguieron, y qué persiguieron con sus narraciones. Para hacerlo, es imprescindible repasar una a una dichas fuentes, conocer a esos autores y criticar las narraciones que nos transmitieron para separar la paja del grano en esta historia de Espartaco y sus setenta mil seguidores. También es importante resumir qué acontecimientos narra cada fuente y qué aportan de nuevo a los principales relatos disponibles (los de Salustio, Plutarco y Apiano) otros autores como Veleyo Patérculo, Tito Livio, Frontino o Floro. Los textos principales de estos autores se hallan al final de este libro.

Finalmente, será interesante repasar las fuentes no escritas sobre la rebelión, que son muy pocas: algunos tesorillos de la época escondidos deprisa y corriendo, alguna destrucción provocada por los rebeldes, e incluso un *graffito* pompeyano que alude a un gladiador tracio llamado Espartaco justo de la época de la rebelión.

En primer lugar, hay que decir que no tenemos ninguna fuente escrita por simpatizantes de Espartaco, sean estos esclavos o no esclavos[1]. Todos los autores que nos han transmitido su visión sobre esta guerra fueron ricos propietarios, políticos en activo o en retiro, griegos ilustrados, profesores de retórica o incluso un miembro del clero católico muy posterior[2]. Casi todos ellos poseyeron esclavos, alguno quizá

[1] En esto coinciden dos de los autores contemporáneos que más he utilizado en este libro: B. D. Shaw, *Spartacus and the slave wars. A brief history with documents*, Boston-Nueva York, Bedford St. Martin's, 2001, pp. 25-27; y N. Fields, *Spartacus and the slave war 73-71 BC*, Nueva York, Osprey Publishing, 2009, p. 89. Hay que remarcar el hecho de que, en casi todo, Fields sigue demasiado al pie de la letra lo escrito por Shaw, un reconocido especialista en la materia.

[2] De hecho, según F. Millar, *A study of Cassius Dio*, Oxford, Oxford University Press, 1964, p. 5, el denominador común de todos los historiadores romanos, desde Fabio Píctor a Dión

centenares. La historia de un esclavo rebelde que liberaba a esclavos de las plantaciones, y a quien se le unieron campesinos y "chusma", como dice uno de los autores[3], con el objetivo de saquear a los ricos para repartirlo entre los pobres, no podía gustarles lo más mínimo. Por eso, es imposible que encontremos en estas narraciones simpatía alguna por la rebelión; aunque sí por la figura personal de Espartaco, quien desde los comienzos de la tradición historiográfica suscitó comentarios favorables entre los historiadores[4]. Porque todos los autores que escribieron sobre la rebelión se situaron al otro lado de la trinchera, mostrando simpatía por los romanos y repulsa por los rebeldes, casi sin matices. Incluso en el siglo IV y V, los autores cristianos manifestaron repulsa por Espartaco, porque, al parecer, el antiguo *metus seruilis* (miedo a los esclavos) les traía a la mente el nuevo *metus barbari* (miedo al bárbaro), propio de su tiempo[5].

Hay que decir, antes de empezar a hablar de cada autor, que las más antiguas historias de Espartaco que conocemos (las de Salustio y Tito Livio) aparecen en obras de época triunviral o augústea, es decir, cuarenta o más años después. Si bien casi todos los autores posteriores siguen a Salustio o a Livio indistintamente, hay muchos casos en que parece que hubo una tercera fuente desconocida, hoy perdida, quizá anterior a estos. Es lo que ocurre, fundamentalmente, con el número de gladiadores fugados de Capua, con el número de legionarios ejecutados por Craso o con la descripción de las batallas que aparece en Frontino[6]. Esta fuente intermedia entre Salustio y Livio ha sido identificada con varios analistas tardíos como Licinio Macro o Tanusio Gémino, pero es más probable que se trate del historiador y político itálico de época triunviral Asinio Polión[7]. En definitiva, como veremos

Casio, fue su pertenencia (o vinculación) a los más altos estamentos de la sociedad romana.

[3] App. *BC* I.117.

[4] G. Stampacchia, *La tradizione della guerra di Spartaco da Sallustio a Orosio,* Pisa, Giardini, 1976. Veremos a lo largo del capítulo en qué consiste esa tradición historiográfica de "simpatía" por Espartaco. Entre los autores que no mencionaré en este libro y que citan a Espartaco por su bravura están Frontón, Amiano Marcelino, la *Historia Augusta,* Claudiano y Sidonio Apolinar.

[5] G. Stampacchia, *La tradizione,* p. 160.

[6] Ibídem, p. 153-155.

[7] E. Gabba, *Appiani Bellorum Civilium liber primus,* Florencia, La Nuova Italia, 1958, pp. 103-108.

a lo largo de este libro, las divergencias entre las fuentes en cada uno de los acontecimientos de la guerra de Espartaco, forman parte de esta historia casi tanto como ella misma.

La fuente más antigua de que disponemos sobre las guerras de Sicilia y la rebelión de Espartaco es la colección de discursos pronunciados por Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.) hacia el año 70 a.C. contra el gobernador de Sicilia, Gayo Verres, durante el juicio que se siguió contra él por corrupción. Aunque las alusiones a la rebelión de Espartaco no son muchas, son muy significativas, tanto por la proximidad cronológica de los hechos, como por la proximidad geográfica del acusado (Sicilia) al protagonista de la rebelión (sur de Italia). Cicerón había nacido en Aquino, a mitad de camino entre Roma y Nápoles, y tenía unos treinta y tres años cuando comenzó la rebelión de Espartaco. Ya era senador y quería ser cónsul. Su postura política y moralista le situaba dentro de la corriente optimate, pero su condición de *homo nouus*, es decir, el primer hombre de su familia que conseguía ser senador, y su ambición ilimitada de llegar a cónsul, le hacía jugar a todas las bandas posibles. Por eso, él, un rico terrateniente optimate, se atrevió a actuar de fiscal contra Verres, un miembro de la aristocracia de su propia facción, para congraciarse con los nuevos amos de Roma, Craso y Pompeyo. La rebelión de Espartaco, cuyo nombre no menciona en las *Verrinas*[8], solo aparece para desarticular la defensa del acusado, quien clamaba que gracias a él los rebeldes no habían podido desembarcar en Sicilia. Para Cicerón, los rebeldes no eran sino esclavos fugitivos que habían comenzado una guerra violenta y peligrosa para Roma y que no habían pasado a Sicilia gracias a la acción de Craso, no a las medidas tomadas por Verres, que según él no fueron de mucha utilidad[9]. Hay que resaltar el hecho de que Cicerón y sus parientes poseían tierras en su región natal de Aquino y en el sur

[8] Según M. Doi, "Spartacus' uprising in Cicero's works", *Index* 17, 1989, pp. 191-203, Cicerón fue el primero en utilizar como nombre común el nombre de Espartaco para calificar a un hombre que amenazó el orden social romano, sobre todo en las *Filípicas* 3.21, 4.15 y 13.22.

[9] Cic. *Verr.* 2.5.5-6. Según L.P. Wilkinson, "Cicero and the relationship of oratory to literature", en E. J. Kenney (Ed.), *The Cambridge History of Classical Literature,* Cambridge, Cambridge University Press, vol. II, 1982, pp. 56-93, Verres fue gobernador de la isla en el año 73 a.C., pero su mando fue prorrogado hasta el año 70 a.C. precisamente por el peligro de contagio de la rebelión de Espartaco.

de Italia, justo las zonas por donde pasaron las bandas de Espartaco. Es más que posible que sus propiedades sufrieran destrozos por el paso de los rebeldes y por el de las tropas legionarias que les persiguieron, por lo que la postura de Cicerón quizá estaba condicionada por una experiencia personal y por sus propios intereses de terrateniente sur-italiano.

Es interesante, en este análisis por necesidad breve de Cicerón, el nombre con el que aludió a la rebelión de Espartaco: guerra de esclavos fugitivos. El calificativo de guerra servil lo pone en boca de Verres, quien, al parecer, consideraba la de Espartaco la tercera guerra servil de Roma, tras las dos acaecidas en Sicilia. No hay ninguna alusión en Cicerón a la composición social del ejército de Espartaco, a si en él había solo esclavos o también campesinos, desertores y otros elementos no serviles. Para Cicerón eran esclavos fugitivos que merecían la muerte por su osadía y sus desmanes. Y, finalmente, solo se debía a Craso y, curioso que lo mencionara, a Pompeyo, el final de dicha guerra. Hay que señalar que Cicerón solo menciona a Espartaco (y es importante que así lo haga porque es el autor más antiguo que lo utiliza) como sinónimo de asesino y de bandido para aludir a su enemigo acérrimo Marco Antonio, el que había de ordenar su asesinato poco después[10].

Marco Terencio Varrón (116-27 a.C.), un autor algo mayor que Cicerón, nació en Reate, en la Sabina, justo la región por la que Espartaco y sus rebeldes pasaron probablemente en dos ocasiones. Varrón fue un pompeyano ilustre que escribió una extensa obra enciclopédica, cuyo máximo exponente fueron sus *Antiquitates* en cuarenta y un libros[11]. De Varrón se conserva una cita de una obra suya desaparecida, en la que afirma que Espartaco había sido condenado *ad gladiatorium*, es decir, que había sido vendido como esclavo a un lanista propietario de gladiadores, o que había sido condenado a ser gladiador, por algún crimen cometido, pese a ser inocente de dicho crimen. El fragmento, transmitido por el gramático del siglo IV Flavio Carisio, no se conserva íntegramente, y las palabras *ad gladiatorium* son una inferencia de los

[10] Cic. *Phil.* 3.21, 4.15 y 13.22.
[11] J.L. Posadas, "La República, días dorados de los Anales", *Historia 16,* 266, 1998, pp. 28-33.

eruditos expertos en dicho gramático[12]. Pero, fuera cual fuera la condena, sí que aparece claramente en Varrón la inocencia de Espartaco. Estamos aquí con la primera fuente positiva de la figura de Espartaco, una fuente cercana a los hechos que quizá tuvo influencia en otros autores, y que comenzó una tradición mitificadora de la figura del líder de los esclavos. Es posible que la filiación pompeyana de Varrón, al fin y al cabo el máximo rival de Craso en la época de la guerra de Espartaco, influyera en la mitificación del rebelde, para contraponer su figura mítica a la denostada de Craso.

Gayo Julio César (100-44 a.C.) no necesita presentación. Fue el último dictador romano y, para muchos incluido yo mismo, el primer "emperador" de Roma, aunque sin ostentar dicho título más que en su sentido de "general" *cum imperium*[13]. César fue contemporáneo a los hechos de la rebelión de Espartaco. Consta que fue elegido en el año 72 a.C. (con veintiocho años) uno de los veinticuatro tribunos militares. Como tribuno militar, es posible que César participara, bien en alguno de los ejércitos dirigidos por los pretores, bien en los consulares que aquel año intentaron vencer a Espartaco[14]. No sabemos a ciencia cierta si esto fue así, pero es posible, porque en su obra sobre la guerra de las Galias, César menciona la rebelión de los esclavos y parece conocer cómo se desarrolló. En esa obra, en medio de una arenga a los soldados antes de una batalla contra Ariovisto y sus germanos, César se enfrenta al miedo de sus subordinados. Su argumento fue preciso: ya se había vencido a los germanos, primero en la guerra contra cimbrios y teutones, y segundo en la rebelión de los esclavos, rebelión que él llama *seruili tumultu*, es decir, un levantamiento armado y servil improvisado. También es de reseñar que coloque como ejemplo de victoria de los romanos sobre los germanos y galos a la rebelión de Espartaco. Quizá se viera contemporáneamente a esta como una guerra protagonizada mayoritariamente por galos y germanos. De ahí, quizá,

[12] Char. 1.133 Keil. Inferencia de Niebuhr.

[13] J.L. Posadas, *Los emperadores romanos y el sexo,* Madrid, Sílex ediciones, 2011, p. 35 y nota 1.

[14] J.M. Roldán, *Césares,* Madrid, La esfera de los libros, 2008, p. 42. Por ahora, es imposible saberlo de cierto, aunque, según una certera anotación a este libro del doctor Miguel Ángel Novillo, "conociendo como era, César habría dejado testimonio de su participación en el conflicto".

la insistencia de las fuentes posteriores en los contingentes galos de Criso o germanos, derrotados por separado por varios generales romanos, entre ellos Craso.

El político romano Gayo Salustio Crispo (hacia 86-hacia 35 a.C.) nació en Amiterno (Sabina), en el centro de Italia. Aunque es probable que en la época de la rebelión de Espartaco, cuando tenía entre 13 y 16 años, es decir, en su mayoría de edad, Salustio residiera ya en Roma, donde había comenzado sus estudios, quizá su familia y amigos continuaran viviendo en Amiterno. El paso de los ejércitos de Espartaco, los cónsules y Craso pudieron dejar huella en las propiedades familiares o en las aldeas y pueblos de su región natal, cosa que le pudo marcar e influir a la hora de escribir sobre la rebelión.

Salustio fue un político de poca fortuna. Militó siempre en la facción popular, pero primero fue simpatizante de Craso, y luego de César, en cuyas filas sirvió durante la guerra civil. Salustio consideraba que la literatura estaba al servicio de la política, y sus primeras obras, dos cartas a César, están trufadas de consejos políticos dirigidos a su líder. Sin embargo, tanto la actuación de Salustio durante la guerra, con más reveses que victorias en su haber, y su nefasto gobierno provincial del África Nova, la nueva provincia creada por César en la zona de Túnez occidental, hizo que se viera obligado a dejar la política activa para refugiarse en su villa y jardines de Roma, y en la escritura de libros de historia.

Sus primeras obras, monografías dedicadas a la guerra de Jugurta, en la que descolló Mario, el tío de César, y a la conspiración de Catilina, en la que su líder aparece limpio de culpa y de implicación en dicha conspiración, no fueron sino intentos de seguir influyendo en la política de la época prestando servicios ideológicos a la facción cesariana. Porque dichas monografías aparecieron durante los convulsos años que siguieron a la muerte de Julio César, época en que la facción cesariana se disputaba el poder espada en mano. Salustio sobrevivió a estos años y a las crueles proscripciones del triunvirato porque pasó a formar parte, probablemente, del bando liderado por

Marco Antonio[15]. Fue tras el reparto de las provincias de la República entre Octavio, Lépido y Antonio, durante los primeros años 30 a.C., cuando Salustio comenzó a escribir una ambiciosa obra histórica en varios volúmenes: las *Historias*. Esta obra, que al parecer narraba los hechos de la historia reciente romana, entre la guerra de los aliados y, probablemente, la guerra civil de César y Pompeyo, quedó inacabada debido a la muerte del historiador hacia el año 35 a.C.[16], poco después del final de la última gran "guerra servil" de la República romana en Sicilia: la guerra contra Sexto Pompeyo y sus treinta mil esclavos. Es posible que los hechos de esta guerra le inspiraran para escribir sobre Espartaco. Sin embargo, son muy pocos los fragmentos de esta obra que han llegado hasta nosotros, y una ínfima parte la que habla de la rebelión de Espartaco, aunque algunos muy significativos.

Salustio había sido simpatizante de Craso, por lo que sus simpatías estaban quizá más del lado de este que del de Espartaco. Además, pese a la admiración que el líder de la rebelión le suscitaba por sus dotes de mando y su ecuanimidad, Salustio no evita detalles sangrientos en sus descripciones de los saqueos protagonizados por los esclavos. Su postura, pues, es contraria a la rebelión, quizá por motivos personales derivados de estas destrucciones en los campos y villas del sur y centro de Italia, destrucciones que quizá afectaron a sus intereses como terrateniente sabino.

En los fragmentos de las *Historias* que se han conservado y que hablan de la rebelión de Espartaco, Salustio menciona al líder rebelde como *princeps gladiatorum*[17], es decir como primero entre iguales de ellos (término de la época referido al *princeps Senatus,* al primero en hablar en el Senado). Salustio, pues, sostenía que Espartaco no era el líder absoluto de los gladiadores, sino el primero de ellos. La fortuna ha querido que se conservaran algunos fragmentos extensos del relato salustiano, sobre todo de la parte referida al comienzo de la rebelión. En ellos aparecen los rebeldes como bandidos bastante sanguinarios

[15] J.L. Posadas, "Las Historias de Salustio como documento antoniano", en *Arx. World Journal of Prehistoric and Ancient Studies* 1, 1995, pp. 47-51.
[16] B. Segura Ramos, *Salustio: Conjuración de Catilina, Guerra de Jugurta, fragmentos de las Historias,* Madrid, Gredos, 1997, pp. 30-31; J.L. Posadas, *Gayo Salustio Crispo*, p. 21.
[17] Sal. *Hist.* 3.90.

a los que Espartaco, moderado, intentaba refrenar en sus excesos. El resto de fragmentos ofrecen algunos detalles interesantes, como que Verres, el gobernador de Sicilia acusado por Cicerón, sí que tomó medidas para fortificar la isla y prevenir el desembarco de los rebeldes, o que Craso estaba impaciente por terminar la guerra para atribuirse el mérito.

Tito Livio (hacia 60 a.C.-12 d.C.) provenía de Padua, en el norte de Italia. Es el primer autor que no fue contemporáneo de Espartaco. Además, Padua no llegó a sufrir el paso de los ejércitos de esta guerra, por lo que Livio también es el primer autor que no vio su tierra devastada por los esclavos. Tito Livio probablemente tenía recursos financieros basados en la explotación de tierras, pero no fue un político como Cicerón o Salustio, ni desempeñó cargo alguno[18]. En este sentido, podemos suponer que Livio fue lo más cercano a la clase media que había en la República de entonces, con una ideología algo conservadora y provinciana. En los años 30 a.C., Tito Livio se trasladó a vivir a Roma para escribir su monumental *Historia de Roma desde su fundación* (*ab Urbe condita libri*), aunque es más que probable que volviera a su Padua natal y muriera allí, alejado de la Urbe a la que había dedicado la más extensa Historia escrita hasta la fecha.

De la obra de Tito Livio se conserva sobre todo la parte referente a los orígenes míticos de Roma y a la monarquía, desgraciadamente para el propósito de este libro. Del resto de su obra, hay algunos libros enteros que llegan hasta las guerras púnicas, y de otros muchos solo quedan breves resúmenes muy posteriores, llamados periocas, que transmiten los hechos narrados por Livio de manera sumaria. Sobre la guerra de Espartaco quedan precisamente estas periocas en las que se nos informa de algunos hechos que no aparecen en los otros historiadores. De esos resúmenes no se infiere la postura de Livio frente a Espartaco o a sus seguidores. Livio solo se refiere a los esclavos fugitivos, pero nos dice también que a estos esclavos se unieron muchos prisioneros de los ergástulos[19], lugares angostos donde permanecían

[18] A. Sierra-J.A. Villar Vidal, *Tito Livio: Historia de Roma desde su fundación*, Madrid, Gredos, 1990, vol. I, pp. 20-22.
[19] Liv. *Per.* 95.2.

encadenados muchos esclavos por las noches, pero también prisioneros de guerra que todavía no habían sido vendidos e incluso hombres libres que cumplían así penas por delitos cometidos. Había, además, algunos ergástulos donde terratenientes sin escrúpulos mantenían prisioneros a hombres libres e inocentes de toda culpa, simplemente para pedir rescate por ellos o para vengarse por alguna ofensa real o ficticia. Por tanto, Livio nos ofrece en esta perícopa un dato fundamental que quizá explique la popularidad de Espartaco: que liberaba a los presos que se encontraba.

Veleyo Patérculo nació en Campania el año 19 a.C. y murió después del año 30 d.C. Aunque por edad está ya alejado de la época de Espartaco en casi un siglo, su lugar de nacimiento fue muy castigado en esa guerra, por lo que es posible que tuviera información de primera mano de los estragos causados por los esclavos fugitivos. Veleyo fue un oficial de caballería y después legado en las guerras augústeas y, sobre todo, bajo Tiberio. Llegó a ser senador de rango pretorio, es decir, un miembro de la alta administración del Imperio, aunque no alcanzó el deseado cargo de cónsul. Probablemente murió tras la caída del prefecto del Pretorio Sejano, el privado de Tiberio, a quien aduló en su *Compendio de Historia romana*, la única obra de Veleyo que nos ha llegado. La ideología de Veleyo, que alaba la virtud personal de los protagonistas de la Historia, con independencia de su origen social, es propia de un miembro de la clase media (los Veleyos eran ecuestres)[20], y es posible que haya influido en la visión no muy negativa de personajes como Espartaco (quien aparece como único líder de la rebelión).

En su libro en dos volúmenes, con numerosas lagunas y errores de la transmisión manuscrita, Veleyo trata desde la caída de Troya hasta la muerte de la emperatriz Livia en el año 29 d.C., aunque dedicándole mucha más atención a los años anteriores a esta, sobre todo desde la guerra civil entre César y Pompeyo. Por tanto, la alusión a la guerra de Espartaco es breve, pero interesante, porque da la cifra exacta de los rebeldes en la batalla final contra Craso: cuarenta mil ochocientos.

[20] M.A. Sánchez Manzano, *Veleyo Patérculo: Historia romana*, Madrid, Gredos, 2001, pp. 14 y 18-19.

Sexto Julio Frontino (hacia 40-103 d.C.) vivió más de siglo y medio después de finalizada la guerra de Espartaco. Senador de alto rango, por lo menos pretorio, Frontino fue gobernador de Britania durante el Imperio de Vespasiano, al menos entre los años 75 y 78 d.C. Después fue encargado por Nerva de los acueductos de Roma; es decir, de cuidarse del suministro de agua de la capital. Un cargo importante que desempeñó con tanto interés que llegó a escribir un tratado sobre el tema que se ha conservado. Aparte de esa obra, Frontino escribió un libro sobre estrategia militar que también se ha conservado en gran parte. Como el libro analiza diversas estrategias, no estudia la guerra de Espartaco en sí, sino solo algunos aspectos de dicha guerra. Nos lega así importantísimos relatos de cómo Espartaco engañó a los romanos durante el episodio del Vesubio o cuando se zafó de la trampa que construyó contra él Craso en el Bruccio. También nos ha legado una narración de la batalla final en Lucania en la que murieron Espartaco y treinta y cinco mil fugitivos. Ya analizaremos la disensión entre estas cifras y las de otros autores como Veleyo.

Gayo Suetonio Tranquilo (hacia 70-hacia 126 d.C.) fue un ciudadano romano nacido en Hipona, África. Como ecuestre distinguido, hizo una carrera literaria en la capital. Gracias a la protección de Septicio Claro, llegó a ser secretario de la correspondencia del emperador Adriano hacia el año 120 d.C., hasta que fue despedido de dicho cargo por tener demasiada familiaridad con la emperatriz Sabina. Suetonio escribió varios libros, el más conocido de todos fue su colección de biografías de los doce primeros emperadores, de César a Domiciano. En la de Augusto transmite una noticia interesante sobre Octavio, el padre del emperador, quien al parecer, en el año 60 a.C., exterminó a los últimos supervivientes de la guerra de Espartaco, quienes sobrevivían como bandidos en los montes de Turios, en el sur de Italia.

Plutarco de Queronea (hacia 50-hacia 120 d.C.) fue un filósofo moralista griego nacido en Queronea de Beocia. Viajó por todo el mundo mediterráneo y fue un intelectual protegido por varios emperadores. Fue sacerdote de Delfos, magistrado de Queronea y, probablemente, procurador de Acaya, un cargo de rango consular. Plutarco vivió ciento cincuenta años después de la rebelión de Espartaco, pero

debido a sus viajes y a su conocimiento del griego, pudo consultar fuentes diferentes a las de Livio o Salustio, que, en todo caso, fueron las fuentes principales de todos los que historiaron sobre Espartaco.

El relato de Plutarco en sus *Vidas paralelas* es muy importante porque es el primero que se conserva íntegramente sobre la rebelión de Espartaco, y además con una cantidad importante de detalles (tomados seguramente de Tito Livio más que de Salustio). Lo primero que sorprende es la simpatía que el líder gladiador provoca en Plutarco: "no solo poseía gran valor y fuerza, sino que incluso, por su inteligencia y buen carácter, merecía mejor suerte que la que corrió y era más griego que de su propia estirpe"[21]. Este comentario, que era más griego que tracio, es clave para entender la simpatía plutarquiana por Espartaco. Para Plutarco, Espartaco era un casi griego que se enfrentó a los romanos y que les venció en varias ocasiones para terminar siendo derrotado: una especie de Pirro. Si tenemos en cuenta, además, que la narración de la rebelión de Espartaco aparece en la *Vida de Craso,* un personaje que Plutarco critica abiertamente porque ve en sus carencias morales la causa de su desastroso final[22], podemos comprender que claramente Plutarco prefiere a Espartaco frente a Craso. Y eso, pese a los desmanes y tropelías que un ejército de esclavos realizó en Italia, que, a un hombre de la clase superior griega, no podían sino suscitarle horror y repulsa. Hay que resaltar, en todo caso, que también en la *Vida de Pompeyo* hay un texto sobre su papel en la rebelión de Espartaco, importante porque nos da la cifra de espartaquíadas muertos por el romano: cinco mil[23]; y también en la *Vida de Catón el Menor* se nos informa de su papel en la represión de la rebelión.

La simpatía de Plutarco por Espartaco en parte se extendía a sus seguidores. De ellos dice que la mayoría fue esclavizada a la fuerza sin tener culpa alguna, y que se sublevaron por lo inhumano e injusto de su tratamiento. Es, además, el único autor que habla de "guerra de Espartaco"[24]. En definitiva, Plutarco, nacido relativamente cerca de la

[21] Plut. *Cras.* 8.
[22] J. Cano Cuenca *et alii, Plutarco: Vidas paralelas,* Madrid, Gredos, vol. V, 2007, p. 274.
[23] Plut. *Pomp.* 21.
[24] Plut. *Cras.* 8 y 36. En Plut. *Cat. Min.* 8 incluso habla de "guerra civil, llamada de Espartaco", lo cual sería una prueba indirecta de la participación de romanos libres en el bando de Espartaco.

patria de Espartaco, puede considerarse cercano a la figura del rebelde, aunque por supuesto fue un acérrimo partidario de Roma.

Apiano de Alejandría (hacia 95-hacia 165 d.C.) fue un abogado y funcionario grecorromano de Egipto, que llegó a ser procurador de dicha provincia bajo el emperador Antonino Pío. Escribió una monumental *Historia de Roma* en griego en veinticuatro volúmenes, de la cual se ha conservado más o menos la mitad. Por fortuna, la parte de las guerras civiles, donde se encuentra la historia de Espartaco, ha llegado hasta nosotros íntegramente.

Apiano no es un historiador propiamente dicho, aunque bebe de fuentes históricas como Livio, Salustio y otros historiadores. Es un compilador de hechos y datos que quiso explicar las guerras que habían protagonizado los romanos, por lo que su escrito es una narración de cómo estos se habían hecho con el control de casi todo el mundo conocido[25]. En una obra de estas características, pese a haber sido escrita por alguien que consiguió puestos en la administración romana de su tierra, es bastante probable que se deslizaran simpatías por quienes pugnaron con Roma en su ascenso al poder imperial. No es el caso de Espartaco y sus esclavos. Aunque Apiano sí concede a estos hechos la categoría de guerra, con una interesante reflexión sobre cómo los romanos se negaban a darle esta categoría y trataron la rebelión como una incursión de bandidos[26], por algunos de los datos que proporciona sobre la crueldad de los rebeldes y el sacrificio de los prisioneros, no cabe considerarle como muy afín al bando de los esclavos. Aún así, como en otros historiadores ya vistos (Varrón, Salustio, Plutarco), Apiano manifiesta cierta simpatía por la figura individual de Espartaco, tanto por sus cualidades personales cuanto por su valentía y arrojo como soldado. En definitiva, el relato de Apiano aporta bastante a lo ya conocido, probablemente porque se nutre de alguna fuente desconocida por los otros autores como Livio o Plutarco.

[25] A. Sánchez Royo, *Apiano: Historia romana,* Madrid, Gredos, vol. I, 1980, p. 17.

[26] App. *BC* 1.116. Y eso que se han interpretado sus palabras como que a Espartaco se unieron campesinos asalariados libres, que trabajaban para los propietarios itálicos desposeídos por las guerras de los aliados y las guerras civiles. Véase al respecto a J. Burian, "*Eléutheroi ek tón agrón* und der Aufstand des Spartacus", *LF* 5, 1957, pp. 197-203.

Lucio Anneo Floro (hacia 70-hacia 145 d.C.) tampoco fue un historiador, sino un retórico, es decir, un profesor de escuela secundaria. Nació, probablemente, en África y, tras una estancia en Tarragona, de la cual muchos infirieron que Floro era hispano[27], vivió el resto de su vida en Roma, ocupándose de sus clases y, sobre todo, de escribir un compendio de *Historia romana* resumen de la monumental obra de Tito Livio. Sus intentos de beneficiarse de la munificencia imperial, de obtener incluso algún cargo académico del emperador Adriano, no tuvieron éxito, por lo que la situación económica de Floro no fue nunca boyante[28]. Floro es, probablemente, la fuente más cercana socialmente a los rebeldes, ya que solo con benevolencia se le puede considerar perteneciente a la exigua "clase media" romana.

Floro narra en su estilo recargado la rebelión de Espartaco entre la postura oficial de repugnancia por los esclavos y de desdén por su rebelión, y una postura más favorable a ellos. En efecto, sorprende de su texto la reflexión sobre la condición "humana" de los esclavos como "hombres de segunda categoría", y sus dudas sobre el nombre a dar a la guerra de Espartaco: "la guerra promovida por Espartaco no sé con qué nombre designarla"[29]. Además, la figura del líder rebelde le suscita, como a otros muchos, cierta simpatía, y su muerte en batalla incluso admiración.

Además de estas consideraciones sobre la opinión de Floro de la rebelión de Espartaco, el texto que nos transmite contiene muchos detalles interesantes que no aparecen en otros autores y que, al parecer, sí lo hacía en la obra de Tito Livio (de la que recordemos es deudora principal la de Floro), como, por ejemplo, los posibles objetivos de Espartaco o su intento de negociar con Craso[30]. Ya los iremos comentando detalladamente en los siguientes capítulos.

---

[27] J.L. Posadas, "Floro, Lucio Anneo", en *Diccionario Biográfico Español,* Madrid, Real Academia de la Historia, vol. XX, 2009, pp. 304-305. El *DBE* incluyó a Floro en su catálogo de personajes por su vinculación con Hispania, pese a no ser hispano.

[28] G. Hinojo Andrés-Isabel Moreno Ferrero, *Floro: Epítome de la Historia de Tito Livio,* Madrid, Editorial Gredos, 2000, p. 18.

[29] Flor. *Ep.* 2.8.

[30] H.T. Wallinga, "Bellum Spartacium: Florus' text and Spartacus' objective", *Athenaeum* 80, 1992, pp. 25-43.

Ateneo nació en la ciudad greco-egipcia de Náucratis y vivió durante el siglo II d.C. Como sofista y retórico, escribió muchas obras, pero solo ha llegado hasta nosotros una en quince libros titulada *Banquete de los eruditos.* Esta obra realmente es un compendio de materias relacionadas con el buen vivir, y también con la cultura. Dado que la mayoría de los temas que trata Ateneo proceden de fuentes secundarias, es difícil que pueda aportar algo sobre Espartaco que no conozcamos. Sin embargo, Ateneo es el único que relaciona a Espartaco con Euno de Sicilia, el líder esclavo que se proclamó rey durante la Primera Guerra Servil, por lo que, al menos en esto, es de cierta importancia para la historia de esta rebelión.

Eutropio (hacia 320-hacia 390) es ya un autor muy alejado cronológicamente de Espartaco. Su *Breviario*, o compendio de historia romana, no aporta mucho más a lo que ya sabemos de Espartaco, aunque confirma algunos extremos.

Lo mismo ocurre con la obra del diácono cristiano Paulo Orosio (hacia 375-hacia 418), *Historia contra los paganos*, el cual da el nombre de "guerra de los fugitivos" a la rebelión de Espartaco. Orosio, pese a ser el autor más alejado cronológicamente de los acontecimientos, o quizá por ello, nos da el relato más coherente de todos, además con cierta extensión. Por ejemplo, comenta que la mayor parte del ejército rebelde (liderado por los galos Crixo y Enomao y el tracio Espartaco, según sus palabras y en ese orden) estaba compuesto por desertores. Que Crixo lideraba a unos diez mil galos y Espartaco a unos treinta mil combatientes. Y que también había unos treinta mil germanos con sus propios jefes. Iremos viendo lo que aporta Orosio a la historia de la rebelión, que es bastante habida cuenta la longitud de su relato (aproximadamente un tercio o menos del de Plutarco o del de Apiano).

Las fuentes arqueológicas

La rebelión de Espartaco ha dejado pocas, poquísimas huellas materiales que podamos identificar sin dudar a esta guerra. En el caso de las dos guerras serviles de Sicilia, sí hay más fuentes arqueológicas,

como monedas emitidas por los "reyes" esclavos o balas de proyectil romano utilizadas en la represión de las rebeliones[31].

El primer tipo de fuentes de la rebelión de Espartaco son las referidas a las destrucciones provocadas por los rebeldes, o al temor que su paso provocaba en las poblaciones locales. En el primer caso tenemos la destrucción del templo de Apolo Aleo de la localidad calabresa de Crimisa, asignada en una primera fase a la guerra púnica y en una segunda fase y definitiva al paso de los espartaquíadas[32]. La segunda fuente arqueológica, interesante porque sitúa a los rebeldes justo en el empeine de la bota italiana, entre Turios y Metaponte, es el tesorillo enterrado en la localidad de Policoro, en la Basilicata[33]. Este tesorillo, de más de quinientas monedas, está datado en el año 72 a.C. (año de la última emisión de las mismas), y parece que fue enterrado deprisa y corriendo por algún rico propietario ante la inminente llegada de rebeldes, que sabemos que por esas fechas saquearon la región. Estas dos son muestras del miedo que inspiraban los rebeldes en los ricos del lugar, y de la impiedad mostrada por estos a la hora de saquear incluso los templos y santuarios.

Sin embargo, la fuente arqueológica más importante sobre la rebelión de Espartaco es la pintura parietal encontrada en una casa pompeyana, la casa atribuida a M. Fabio Amandio. Esta pintura, en muy mal estado y bajo varias capas de pintura posterior, fue descubierta en los años treinta del siglo pasado. En ella se ve a dos hombres a caballo con escudo redondo grande y pesado, cabalgando uno detrás de otro, y portando una larga lanza el segundo de ellos. Frente a ambos, un trompetero con una indumentaria que podría parecer una piel de animal (en cuyo caso representaría a un músico del ejército romano).

---

[31] B.D. Shaw, *Spartacus*, pp. 105-106, menciona una bala de proyectil aparecida en Enna (Sicilia) con la inscripción "Lucio Pisón, hijo de Lucio, cónsul" (*CIL* I.847); p. 116, la moneda del año 70 a.C. conmemorando la victoria de Manio Aquilio en la segunda guerra servil; y pp. 128-129, las varias balas de proyectil encontradas en diversos lugares de Sicilia con textos en griego y latín referentes a las divinidades a las que se encomendaron los esclavos en la segunda guerra civil: Zeus Keraunos, Athena, Artemis, Heraklés, Koré y Athenion, así como otras balas con textos en griego de los soldados de esa lengua que lucharon en el bando romano, con la mención de las tribus ciudadanas de dichos soldados.

[32] P. Orsi, "Templum Apollinis Alaei ad Crimisa-Promontorium", *ASMG*, 1932, pp. 7-182.

[33] A. Siciliano, "Ripostiglio di monete repubblicane da Policoro", *AIIN* 21-22, 1974-1975, pp. 103-154

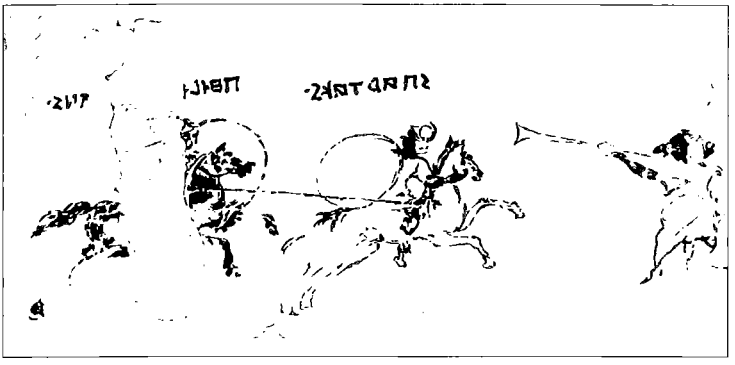


Figura 1. Graffito encontrado en la entrada de la casa de M. Fabio Amandio (Región, I, ínsula 7. Reproducido del libro de B.D. Shaw, *Spartacus and the slave wars*, p. 15. Según mi hipótesis, Espartaco sería el primer jinete de la izquierda, y aparecería persiguiendo a Cosinio, el oficial romano que escapó milagrosamente de ser apresado en el año 73 a.C.

También aparecen, algo distanciados, dos hombres luchando que podrían ser gladiadores o soldados, e incluso podrían pertenecer a una pintura distinta.

La pintura presenta, además, dos textos en lengua osca, propia del sur de Italia. La figura ecuestre central presenta encima de ella el texto SPARTAKS (*Espartaco* en osco). La segunda figura presenta el texto PHILI(CS) ... NS (*afortunado ...ns*). El hecho de haber encontrado una pintura con un jinete con el nombre *Espartaco* inscrito arriba seguido (o perseguido) por otro al que se denomina afortunado, en lengua osca (hablada por oscos y samnitas y desaparecida a mediados del siglo I a.C.), y en un contexto arqueológico de la primera mitad de dicho siglo, ha llevado a la conclusión lógica de que dicho *graffito* representa al líder de la rebelión de los gladiadores de Capua. Hay que añadir, además, que Capua y los primeros momentos de la rebelión (la huida al Vesubio, la derrota romana, el saqueo de Nocera y otras localidades) están muy cerca de Pompeya, por lo que los hechos no solo eran muy conocidos en la localidad, sino que probablemente inspiraron a los esclavos y habitantes oprimidos de la misma. Quizá lo suficiente para que un admirador de Espartaco que hablara y escribiera la lengua osca (probablemente la de los peones agrícolas de la ciudad) decidiera homenajearle en la pared de una casa.

Esta identificación con el Espartaco de la rebelión ha sido apoyada por algunos autores, entre ellos B.D. Shaw, de cuyo libro tomo la imagen[34]. Otros, sin embargo, refutan esta identificación creyendo que se trata de una representación de "algún tipo de combate de gladiadores"[35]. La lucha de gladiadores a caballo existía, y en el siglo I a.C. había por lo menos dos tipos de gladiadores a caballo, los *andabatae* y los *equites*[36], por lo que es posible que en este *graffito,* Espartaco fuera un *andabata* a caballo. En cuanto al trompetista, hay en la misma Pompeya varios ejemplos de *graffiti* con combates de gladiadores donde aparecen músicos[37]. Pero los músicos de dichos *graffiti* parecen flautistas, no trompetistas.

Otros estudiosos han convenido en que el tal Spartaks (nombre tracio) era tracio, sí, y gladiador, también, pero desconocido, no el gladiador tracio Espartaco que todos conocemos[38]. Siguiendo el argumento de la navaja de Ockham, que la explicación más sencilla es la más probable, aunque no necesariamente la verdadera, parece lógico suponer que una pintura de la primera mitad del siglo I a.C. sobre un gladiador tracio de nombre Espartaco, sin duda ha de referirse al Espartaco de la rebelión. Pero hay un argumento definitivo que podría suponer la final adscripción de dicha representación a "nuestro" Espartaco.

El alfabeto osco se lee al revés que el alfabeto latino: de derecha a izquierda. Es posible, pues, suponer que la lectura del texto no debe hacerse en relación con las figuras inmediatamente inferiores a cada grupo de letras. Quizá deba leerse: "Espartaco [...] afortunado [...] ns". Si ese es el orden de la frase leyendo en osco, el orden de las imágenes tiene que ser al revés, siguiendo el sentido de la marcha de los caballos. En este caso, el primer jinete lleva una lanza y persigue al segundo jinete, que parece desarmado. Mi hipótesis es que la pintura

[34] B.D. Shaw, *Spartacus and the slave wars,* p. 15. Siguiéndole de cerca, N. Fields, *Spartacus,* p. 28.

[35] M. Beard, *Pompeya. Historia y leyenda de una ciudad romana,* Barcelona, Editorial Crítica, 2009, p. 67.

[36] M. Grant, *Gladiators,* Nueva York, Barnes & Noble, 1995, pp. 61-62.

[37] *CIL* 4.1071.

[38] J. Kolendo, "Uno Spartaco sconosciuto nella Pompei osca. Le pitture della casa di Amando", *Index* 9, 1980, pp. 33-40.

pompeyana representa un famoso episodio de la guerra de Espartaco. Este episodio lo relata Plutarco:

> "Después, cuando Cosinio fue enviado con un gran ejército como consejero y colega de Publio, Espartaco estuvo espiándolo y, mientras Cosinio se estaba bañando cerca de Salinas, estuvo a punto de capturarlo. Cosinio logró escapar a duras penas y con dificultad; pero Espartaco se apoderó inmediatamente de su bagaje, lo siguió de cerca y lo persiguió; se adueñó de su campamento y mató a muchos de sus hombres. Cosinio también cayó." (Plut. *Cras.* 9.5-6)

En efecto, la pintura pompeyana muestra a un hombre a caballo con una gran lanza persiguiendo de cerca a otro hombre desarmado, en presencia de un trompetista que podría ser romano. Y el texto dice: *Spartaks phili [...] ns*. Sin ser un experto en lengua osca, ¿podríamos reconstruir el texto que falta como *philics Cosins*? ("afortunado Cosinius" en osco)? Si es así, la pintura representaría el más famoso episodio de la rebelión para muchos, porque no había mayor hazaña bélica que un general apresase a otro en el campo de batalla o le arrebatase el escudo o el caballo[39]. Si Cosinio se escapó a duras penas de Espartaco (de ahí lo de "afortunado"), la gloria para este último sería extrema, dado que pocas semanas antes el gladiador penaba en una escuela de Capua y el romano disfrutaba de su posición en la ciudad de Roma. ¿No merecería dicho episodio un dibujo garabateado en Pompeya?

Como argumento final, y casi definitivo, hay que recordar que el lugar donde sucedió la persecución de Espartaco a Cosinio, Salinas, está entre Pompeya y Herculano[40]. De hecho, en Pompeya hay una Puerta Salina (*Veru Sarinu* en osco)[41] que da precisamente al camino que se dirigía a esa localidad. Por tanto, en mi opinión, la pintura

[39] El propio Espartaco fue alabado por capturar el caballo de otro general romano, Varinio Glabro: App. *BC* 1.116. La escena ha sido bien relatada por B. Strauss, *La guerra de Espartaco,* Barcelona, Edhasa, 2010, pp. 19-20.

[40] En concreto, Plutarco habla de que se estaba dando un baño cerca de Salinas. Salustio, *Hist.* 3.94, comenta que el episodio ocurrió en la fuente de una villa cercana.

[41] R. Etienne, *La vida cotidiana en Pompeya,* Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1996, p. 118.

parietal de Pompeya no solo representa a Espartaco (desgraciadamente no se le aprecia el rostro), sino a Cosinio, el oficial romano que escapó "afortunadamente" de su captor, aunque después fuera muerto en combate con los gladiadores. Y lo que aporta históricamente, aparte de la representación de las armas de Espartaco y de su caballo, es que los samnitas y oscos, que en aquella época eran ya minoría en Pompeya, y minoría oprimida por los romanos[42], encontraron tan estimulante el episodio que decidieron inmortalizarlo en la entrada a la casa de sus señores.

Los protagonistas: Espartaco y Craso

Una vez repasadas las fuentes escritas y las arqueológicas, conviene trazar una breve semblanza sobre la vida anterior a la guerra de los protagonistas de esta historia de rebeldía y represión: el propio Espartaco y su verdugo Marco Licinio Craso.

Espartaco fue, como sabemos, el líder de la rebelión o de la guerra que lleva su nombre. Y digo líder porque Salustio, como hemos visto, le llama *princeps gladiatorum* [príncipe de los gladiadores]: príncipe en el sentido de *primus inter pares*, el primero entre iguales; o bien en el de *princeps Senatus*, el primero en hablar en el Senado[43]. Del Espartaco anterior a la rebelión sabemos bien poco, y lo que sabemos bien puede ser un conjunto de inferencias, suposiciones, leyendas, rumores y todo lo que acompaña a un mito.

El mismo nombre, Espartaco, puede ser falso, aunque eso casi ningún estudioso lo ha afirmado categóricamente. La mayoría de los que han investigado sobre el tema aluden al carácter tracio de dicho nombre debido a oscuros personajes tracios del siglo v a.C. de nombres Spartokos y Sparodokos[44]. La etimología de Spartokos es escita,

[42] Hay que recordar, además, que Pompeya se sumó a la rebelión samnita contra Roma en el año 90 a.C. y que fue sitiada y tomada por el propio Sila en el año 89 a.C., con gran mortandad y destrucción en la ciudad. Tras lo cual se estableció en la misma una colonia de romanos, que desplazaron del poder económico, social y político a la población samnita de lengua osca. *Cf.* con M. Beard, *Pompeya*, pp. 61-65. Sobre los oscos, N. Fields, *Spartacus and the slave war*, pp. 25-26.

[43] Este es el más seguro. Sal. *Hist.* 3.90.

[44] DS 12.31.1 y 12.36.1; Tuc. 2.101.5. Por ejemplo, N. Fields, *Spartacus*, p. 27.

del Bósforo, y puede significar "aquel que ataca con fuerza"[45], algo al parecer común a dichos personajes y a nuestro gladiador. El que Espartaco fuera tracio podría llevar a la conclusión de que ese nombre, de procedencia tracia o al menos escita, es auténtico. No olvidemos, además, la "prueba" de la pintura en osco de Pompeya, que alude al líder rebelde con el nombre de Spartaks... Pero, ¿era este su nombre de nacimiento o se lo pusieron más tarde los romanos? ¿Pudo, incluso, intitularse como Espartaco?

Analicemos primero la posibilidad de que los romanos impusieran ese nombre al rebelde. Esto lo pudieron hacer cuando entregaron a Espartaco al lanista, quien le impondría ese nombre por alguna razón, o después, cuando los primeros analistas decidieron imponerle ese nombre al hasta entonces anónimo rebelde esclavo que había puesto en jaque a los romanos durante dos años. Pero, si alguna de estas posibilidades fuera la cierta, ¿cómo y por qué escogieron el nombre de un rey tracio del siglo V a.C. para ponérselo a un esclavo rebelde? Personalmente, no creo que los romanos del siglo I a.C., Salustio el primero, conocieran a los reyes tracios de cuatrocientos años antes. En primer lugar, por su desprecio de la historia ajena, y más de la historia de los pueblos considerados "bárbaros" (como los tracios). En cuanto a que el lanista Léntulo Batiato impusiera dicho nombre al gladiador, la posibilidad de que aquel conociera a los reyes Espartácidas es mínima. Tampoco era corriente en época republicana que los lanistas cambiaran sus nombres a los gladiadores. Esa costumbre se impuso posteriormente, en época imperial, y generalmente se hizo para dotar a los gladiadores de nombres con significados eróticos o viriles, circunstancia que no concurre en este nombre de Espartaco[46].

Sin embargo, como veremos más adelante, el hecho de que quizá Espartaco fuera un líder tracio que luchara contra o a favor de los romanos en Tracia pudo hacer que él mismo se impusiera dicho nombre,

[45] J.M. Des'atikov, "L'origine de la dynastie des Spartocides", *KSIA* 182, 1985, pp. 15-18.

[46] A menos que se considere *Spartacus* una forma corrupta o mal transcrita de *Spartanus*, "Espartano", natural de Esparta. Si fuera así, "Espartaco" sí podría hacer referencia a las virtudes militares de luchadores heroicos de los habitantes de Esparta, como Leónidas. En este sentido, es admirable el destino similar de ambos líderes, muerto uno en Lucania, y el otro en las Termópilas.

vinculado a una dinastía, la de los Espartácidas, conocida por su vigor militar. Con esa acción, quizá quisiera reinvindicarse como heredero de los reyes tracios, o como descendiente de ellos, para justificar así su liderazgo sobre sus hombres[47]. Una vez capturado y llevado a Roma, seguiría usando el nombre de Espartaco, que es con el que la historia le conoce.

Otra posibilidad es que el rebelde se autonombrara Espartaco, como un rey de su patria, tras erigirse en líder de los esclavos, de la misma manera que el líder de la primera guerra servil siciliana, Euno, se autonombró Antíoco, el nombre de un rey de su Siria natal[48]. También el líder de la rebelión en Pérgamo contra los romanos decía ser Aristónico, el hijo bastardo del último rey de dicho Estado, Átalo III. Contra esta posibilidad se erige el hecho de que Euno o Aristónico escogieron sus nombres o sus reivindicaciones dinásticas porque quisieron instaurar Estados propios, lo cual no ocurrió en el caso de Espartaco, quien nunca quiso ser rey de un Estado de esclavos, sino liderar un ejército que huyera de Italia por el norte o por el sur.

Como conclusión, mi hipótesis es que el tracio conocido como Espartaco nació con otro nombre y se autotituló él mismo Espartaco, bien en Tracia, durante su lucha contra o a favor de los romanos, bien en Italia, después de rebelarse y como forma de reforzamiento de su autoridad sobre los rebeldes, fundamentalmente sobre el contingente tracio de los mismos.

Espartaco era tracio, de eso cabe poca duda[49]. A no ser que creamos, siguiendo el estilo de Floro, que le llama "mirmillón" (un apelativo probablemente genérico equiparable a "gladiador")[50], que "tracio" fuera una alusión a que Espartaco luchaba como un *thraex* ("tracio"),

---

[47] Una variante a este argumento la ofrece K. Ziegler, "Die Herkunft des Spartacus", *Hermes* 83, (1955), pp. 248-250, quien cree que el nombre de Espartaco se lo impusieron los romanos tras capturarle, por considerar que un líder militarmente tan hábil solo podría proceder de la dinastía de los Espartácidas.

[48] El paralelismo con Espartaco lo establece, además, una fuente antigua, Ateneo de Náucratis 6.273.

[49] En ello coinciden tres fuentes del siglo II d.C, Plutarco, Apiano y Floro.

[50] Flor. *Ep.* 2.8.12. Véase la nota 60 de G. Hinojo Andrés-Isabel Moreno Ferrero, *Floro: Epítome*, p. 269, sobre el carácter genérico del apelativo "mirmillón". *Cf.* con B. Strauss, *La guerra*, p. 31, quien acepta sin discusión el carácter de *murmillo* de Espartaco citando, sin entenderlo, a Floro.

un tipo de gladiador con escudo pequeño y *sica* o espada curva. Ambas posibilidades no son excluyentes, quizá el lanista colocó a Espartaco entre los "tracios" por provenir de Tracia.

Podemos, incluso, saber de qué tribu tracia provenía Espartaco gracias a Plutarco, que fue cronológicamente el primero que aporta algo más al origen de Espartaco, siglo y medio después de los hechos:

> "Espartaco, un tracio de la tribu meda que no solo poseía gran valor y fuerza, sino que incluso, por su inteligencia y buen carácter, merecía mejor suerte que la que corría y era más griego que de su propia estirpe." (Plut. *Cras.* 8.3)

El texto de Plutarco, que ha sido corregido recientemente en este aspecto, pues antes los exégetas leían *Νομαδικοῦ* [nómada], y ahora leen *Μαιδικοῦ* [medo][51], establece la adscripción de Espartaco a esta tribu iliria-tracia, localizada en el suroeste de la actual Bulgaria[52]. Ahora bien, no se sabe nada de en qué lugar nació Espartaco o en qué fecha, si bien puede colegirse que, si Espartaco participó en esas luchas contra Mitrídates del lado romano, como veremos (hacia el año 86 a.C.), debía de haber nacido por lo menos en el 110 a.C.[53] Tendría, pues, cerca de cuarenta años en el comienzo de su rebelión.

Tras pasar su primera juventud en su Tracia natal, Espartaco, al parecer, sirvió como soldado auxiliar en alguna unidad destacada en la zona durante la guerra contra Mitrídates[54]. Pero algo pasó y Espartaco dejó el ejército romano, quizá por las buenas, quizá por las malas. Un retórico sin mayor credibilidad que la de sus fuentes (¿Tito Livio?) escribió:

---

[51] K. Ziegler, "Die Herkunft", p. 248. No aparece así en otra traducción, muy utilizada antes de la aparición de la de la Editorial Gredos, la de A. Ranz Romanillos, *Plutarco: Vidas paralelas,* Barcelona, Iberia, vol. 3, 1979, p. 111: "natural de un pueblo nómada de Tracia".

[52] J. Boardmann e. a. (eds.), *The Prehistory of the Balkans, and the Middle East and the Aegean world, tenth to eighth centuries B.C,* Cambridge Ancient History, vol. 3, parte 1, 1982, p. 601.

[53] I. Azmanov, "Sklave: the birthplace of Spartacus", *Kodai* 8-9, 1997-98, pp. 57-63.

[54] App. *BC* 1.116: "Espartaco, un hombre de Tracia que había servido en cierta ocasión con los romanos como soldado".

> "Él, convertido de mercenario tracio en soldado, de soldado en desertor, después en bandolero, luego por gracia de la fuerza física, en gladiador." (Flor. *Ep.* 2.8.9)

Si esto es cierto, y hay dudas de que lo sea porque Floro utilizó una frase similar para caracterizar a otro general de origen humilde, Viriato[55], Espartaco fue primero un mercenario tracio, bien a las órdenes de los romanos, bien a la de Mitrídates. Después se convirtió en ese soldado auxiliar que menciona Apiano. De lo que no hay duda es de que, en algún momento, desertó del ejército romano. Quizá no quiso acompañar a Sila a Italia para su guerra civil. Quizá vio que los romanos eran incluso peores que los pontinos de Mitrídates para su propio pueblo, sobre todo cuando se anexionaron parte de su Tracia natal en el año 76 a.C. El caso es que Espartaco, bien o mal, dejó el ejército romano y se convirtió en bandolero: se "echó al monte". Este episodio es claramente un paralelismo con lo que ocurrió tras su rebelión en el *Ludus* de Batiato en Capua: se escapó al "monte" Vesubio en compañía de otros gladiadores. Un ejemplo más de "cimarronismo", como el de otros muchos de la Antigüedad y de la Edad Moderna[56]. Una vez hecho bandolero, su lucha contra los romanos debió de ser de cierta intensidad, pues no a todos los rebeldes se les prendía y llevaba como prisioneros a Roma[57]. La suerte de estos prisioneros de una guerra no declarada era siempre la misma: ser vendidos como esclavos. De ahí la afirmación del sofista Ateneo de Náucratis de que Espartaco era un

[55] Flor. *Ep.* 1.33.15: "Viriato, hombre de sutilísima sagacidad que, tras convertirse de cazador en bandolero y luego de bandolero en caudillo y general y, si la Fortuna lo hubiese permitido, en un Rómulo para Hispania". Si Floro utilizaba estas frases para caracterizar a los rebeldes contra Roma que habían tenido cierto éxito en su lucha, pese a su extracción humilde o servil, podemos dudar de los datos que nos proporciona sobre Espartaco. Hay que resaltar que solo Floro dice que Espartaco fue mercenario, soldado, desertor y bandolero.

[56] Véase al respecto a O. Lapeña Marchena, "Espartaco y el fenómeno del bandolerismo social", *Habis* 35, 2005, pp. 145-158.

[57] Según Ziegler, "Die Herkunft des Spartacus", p. 250, Espartaco habría sido hecho prisionero por los romanos en el valle central del río Strymon, en el suroeste de Bulgaria, bien en las campañas del año 85 o en las del 76 a.C. (más cercanas a los acontecimientos). Quien más ha estudiado esta fase vital de Espartaco es la historiadora japonesa marxista M. Doi, "La rivolta di Spartaco e l'antica Tracia", *AIGC* 17, 1980-1981, pp. 7-20; ídem, "The origins of Spartacus and the anti-roman struggle in Thracia", *Index* 20, 1992, pp. 31-40.

esclavo de origen tracio: porque lo era cuando llegó a Roma, no porque hubiera nacido en tal condición[58].

Una vez en Roma, se produjo el célebre episodio del sueño de Espartaco. Al parecer, "cuando fue llevado a Roma por primera vez para ser vendido, se le apareció mientras dormía una serpiente y se enroscó alrededor de su cara" (Plut. *Cras.* 8.4). Este tipo de relaciones con una serpiente entroncan con las de otros famosos personajes de la Antigüedad, como Hércules o Alejandro Magno, por lo que podría ser simplemente una forma de amenizar el relato introducida por Plutarco. El pasaje aporta, por otro lado, un elemento significativo: Espartaco fue llevado a Roma para ser vendido como esclavo. Lo cual, unido a lo dicho anteriormente sobre el pasaje de Floro, indica claramente que Espartaco llegó desde Tracia prisionero para alimentar el mercado de esclavos en la capital.

Al parecer, Espartaco no llegó a Roma solo. Con él debían de ir otros miembros de su comunidad tracia, pues Plutarco, acto seguido, nos dice lo siguiente:

> "Una mujer que era de su misma estirpe, profetisa e inspirada en los misterios dionisíacos, anunció que (ese sueño) era presagio de que en torno a él surgiría un poder grande y terrible que tendría un fin desgraciado. Esta mujer también estaba con él en aquel momento y lo acompañaba en la huida." (Plut. *Cras.* 8.4).

El texto en griego *ἡ γυνὴ δ' ὁμόφυλος οὖσα τοῦ Σπαρτάκου* significa realmente que era de su familia, lo cual puede indicar que esa mujer era su esposa. Este dato es realmente interesante. Además, Plutarco indica que "Espartaca" (llamémosla así) era una mujer con dotes videntes e iniciada en los misterios de Dionisos, y que su visión fue más bien pesimista. Sabemos que en los ambientes esclavos había una cierta predilección por los misterios dionisíacos y que la religión esotérica tenía gran predicamento. Ya hemos comentado, además, que los líderes de las dos guerras serviles en Sicilia también eran videntes, lo cual parece

[58] Algo que, sin embargo, en la película de Kubrick se nos dice casi al comienzo de la misma.

cuadrar con este dato de Plutarco[59]. Que Espartaco estuviera casado o fuera familiar de una adivina podría, junto con sus al parecer evidentes cualidades guerreras y su vinculación "nominal" con una dinastía reinante en su Tracia natal, haberle dotado de un aureola mística y casi mesiánica, al menos entre los suyos. Porque, al parecer, Dionisos era adorado en Tracia bajo el nombre de Sabacio, y el episodio de la serpiente se relaciona con un rito de iniciación en el culto de dicho dios[60]. No hay que olvidar, además, que el culto a Dionisos estaba prohibido en la República romana salvo para mujeres, extranjeros y esclavos; y que las dos rebeliones de Sicilia y también la guerra de Aristónico en Pérgamo habían invocado como dios tutelar a Dionisos, por lo que la asociación de Espartaco con dicho dios a través de su mujer y de la famosa serpiente, le convertía en todo un Mesías para los marginados del sur de Italia.

Como vemos, a partir de unos pocos textos aislados se puede reconstruir, con algo de imaginación, una imagen del Espartaco prerrevolucionario: un ex soldado tracio bajo las órdenes romanas (donde pudo adquirir conocimientos tácticos y militares de las legiones), desertor y bandido (o mejor dicho, guerrillero) después contra los propios romanos invasores de su tierra, que adoptó el nombre de un rey tracio para reivindicar su liderazgo sobre sus hombres, casado o familiar de una adivina dionisíaca de su misma tribu, prendido y llevado a Roma junto con dicha mujer para ser vendidos como esclavos, y con una aureola mística proporcionada por las visiones más bien interesadas de su parentela. ¿Es de extrañar que dicho personaje tuviera, ya antes de ser gladiador, un gran carisma y un liderazgo nato?

En este sentido, casi todas las fuentes aluden al carácter de Espartaco. Salustio, por ejemplo, contemporáneo suyo, dice de él que tenía un ánimo y una fuerza ingentes; Plutarco, que tenía gran valor, fuerza, inteligencia y buen carácter, y que era fuerte, temible, prudente y razonable; y Diodoro Sículo, que sabía ser agradecido y devolver

[59] P. Masiello, "L'ideologia messianica e le rivolte servili", *AFLB* II, 1966, pp. 179-196. Según este autor, los líderes serviles de Sicilia (y Espartaco) se apoyaron en los cultos de la diosa madre Siria y de Dionisos, junto con sus títulos de reyes, para dirigir a los rebeldes.

[60] A. Fol-I. Marazov, *Thrace and the thracians,* Nueva York, St. Martin's, 1997, pp. 28-29. *Cf.* P. Masiello, "L'ideologia messianica", pp. 190-193.

los favores recibidos[61]. Los demás autores confirman su valentía en la batalla y en el momento de su muerte, su intento de mediar para evitar las violencias y saqueos, su prudencia y templanza. En definitiva, todas las cualidades para ser un líder.

Hay otro detalle que nos cuenta Plutarco en el párrafo citado anteriormente: Plutarco fue llevado a Roma "por primera vez" para ser vendido como esclavo. ¿Significa eso que fue llevado por segunda vez para lo mismo? Quizá fuera un esclavo corriente, al servicio de algún señor, y cometiera alguna torpeza que le llevara a ser vendido de nuevo; quizá fuera juzgado por algún crimen. En ese sentido, cobra importancia la única fuente contemporánea a Espartaco, aparte de Salustio, Marco Terencio Varrón. Varrón nos cuenta que Espartaco fue condenado a ser gladiador (*ad gladiatorium,* según la inferencia ya comentada en el apartado de fuentes), o bien a la escuela de gladiadores pese a ser inocente[62]. Sabemos que los gladiadores podían ser esclavos entrenados para ello, personas libres que se "vendían" temporalmente para librarse de deudas, o bien condenados por delitos de sangre que redimían su condena luchando como gladiadores. Es bastante posible que Espartaco, quizá por su carisma mesiánico y su liderazgo nato, quizá porque asustaba a su señor debido a su pasado rebelde, fuera condenado a ser gladiador en la propia Roma de manera injusta. Por tanto, Espartaco fue vendido al lanista Léntulo Batiato, de Capua, pese a ser inocente del crimen que se le acusaba. Esto explicaría una de las causas de su rebelión. Porque no solo Varrón dice que Espartaco era inocente, sino también Plutarco. Y Plutarco dice más: los gladiadores del *Ludus* de Capua, "en su mayoría galos y tracios" eran inocentes y habían sido reunidos allí a la fuerza para combatir como gladiadores[63]. Buena razón para rebelarse y escapar de aquel destino.

Léntulo Batiato (o Vatia), lanista del *Ludus* de Capua, vivía en una ciudad a 200 kilómetros al sur de Roma por la famosa Vía Apia. Capua era la capital del negocio de los gladiadores, ya que se consideraba

[61] Sal. *Hist.* 3.93, Plut. *Cras.* 8.3 y 9.7, DS 38-39.21.
[62] Varro Char. 1.133 Keil.
[63] Plut. *Cras.* 8.1.

más seguro que estos se entrenaran y vivieran lejos de la capital[64]. Su anfiteatro, el primero del mundo romano, sigue en pie[65], testigo mudo del sangriento espectáculo que tenía su origen en las luchas de los condenados a muerte y en un recuerdo de los sacrificios humanos practicados de antiguo en Etruria. En realidad, los condenados a luchar en la arena por algún delito grave, generalmente de sangre, tenían una mínima oportunidad de salvarse luchando contra los gladiadores, personas entrenadas al efecto. Mínima, pero alguna había, y eso otorgaba cierta dignidad al espectáculo gladiatorio, ya que en otras culturas los penados a muerte son simplemente asesinados a tiros o en la horca, amarrados a una silla eléctrica o a una camilla con una sonda letal[66].

La vida en un *Ludus* o escuela de gladiadores se nos escapa. Algo podemos inferir gracias a ciudades como Pompeya que conservan uno (o quizá dos) de estos establecimientos. En Pompeya, ciudad desaparecida el año 79 d.C. por la erupción del Vesubio, hubo por lo menos dos *Ludi*. El primero era una mansión al norte de la ciudad que se transformó para albergar a una familia gladiatoria (una comunidad de gladiadores) en habitaciones en torno a un peristilo. En las paredes de las habitaciones hay más de cien *grafitti* de o sobre gladiadores. Pero a mediados del siglo I d.C. este *Ludus* cerró. Es posible que entonces los gladiadores se trasladaran al segundo edificio. Este otro tenía también habitaciones en torno al peristilo. Algunas de esas habitaciones, demasiado estrechas para albergar a más de un gladiador, tenían una galería interna de madera, por lo que probablemente tuvieran dos pisos. Como no se han encontrado camas, los gladiadores dormían en el suelo, quizá sobre colchonetas o jergones de paja. Además, había unas estancias más amplias, quizá la zona común o la vivienda del lanista y sus guardias. Y, lo que más nos interesa, unos calabozos estrechos con grilletes donde aparecieron algunos esqueletos, aunque no

[64] B. Strauss, *La guerra*, p. 39.

[65] Si bien el que se puede ver en la actualidad es una reconstrucción de época antonina.

[66] Aprovecho para manifestar mi total oposición a la pena de muerte, en todas las circunstancias (guerra, terrorismo, asesinato múltiple, violación, genocidio). La vida para mí es un bien que el Estado debe proteger a toda costa, sin excepciones, porque no procede del Estado sino que es consustancial al individuo, base de dicho Estado y, por tanto, anterior a él.

encadenados[67]. Es posible que el *Ludus* de Batiato fuera, además de una escuela de gladiadores, un gimnasio o palestra donde ciudadanos libre se entrenaban en juegos o luchando. Eso también se ha propuesto para la palestra anexa al anfiteatro de Pompeya: campo de entrenamiento gladiatorio y lugar de esparcimiento gimnástico ciudadano[68].

En todo caso, la arqueología pompeyana no ofrece una imagen acogedora de los *Ludi:* en ellos la vida debía de ser bastante miserable, y es dudoso que ni siquiera las damas de la alta sociedad más incontenibles (como llegó a afirmar Juvenal de la esposa de un senador[69]) visitaran a los gladiadores pompeyanos (o capuanos) de más fama en esas estancias. En efecto, el hallazgo de una dama rica en una habitación pompeyana con un gladiador, que siempre se supuso ejemplo de estas aventuras arriesgadas, se ha demostrado algo fortuito. Quizá la dama se refugiara allí de la caída de ceniza y piedra pómez incandescente, porque con ella y su supuesto amante se encontraron ¡diecisiete personas más y dos perros![70]

Una vez satisfecha nuestra curiosidad de cómo podía ser el *Ludus* de Batiato (al fin y al cabo, Pompeya estaba cerca de Capua), parece ser que Espartaco tuvo que compartir su destino con más de doscientos gladiadores, muchos de ellos galos y tracios, como él, muchos de ellos inocentes y retenidos allí a la fuerza, también como él. Esta expresión de Plutarco quizá implicara que se les mantuviera encerrados en habitaciones exiguas, quizá incluso con cepos o grilletes (al menos por la noche). Y eso lo podemos intuir de una expresión que utiliza Floro: "Espartaco, Criso y Enomao, tras descerrajar el gimnasio de

---

[67] M. Beard, *Pompeya*, pp. 376-381; *Cf.* con R. Etienne, *La vida cotidiana en Pompeya*, p. 434, quien sí afirma que había un esqueleto sujeto con un cepo. Esto no es extraño, ya que la erupción del Vesubio se produjo por la mañana, y a los esclavos se les solía encadenar solo por la noche. En otras ciudades bien excavadas, como Ostia, no se ha encontrado todavía un *Ludus,* aunque es evidente que había luchas gladiatorias por los *graffiti* encontrados en la ciudad. Véase a C. Pavolini, *La vita quotidiana a Ostia,* Roma-Bari, Editori Laterza, 2.ª edición, 2005, p. 241.

[68] M. Beard, *Pompeya,* pp. 369-370.

[69] Juv. *Sat.* 6.82-114 narra el caso de Epia, la esposa del senador Veyento, que abandonó a su marido e hijos para seguir al gladiador Sergio a Alejandría a vivir con él entre incomodidades. La explicación de Juvenal a la pasión de Epia por un gladiador ya viejo y con deformidades y heridas bien visibles: "Pero era gladiador; esta profesión les convierte en Jacintos". Traducción de M. Balasch, *Juvenal-Persio: Sátiras,* Madrid, Editorial Gredos, 1991, p. 207.

[70] J.L. Posadas, "El fin de dos ciudades. Pompeya y Herculano", *HNG* 91, 2011, pp. 60-71, esp. p. 70.

Léntulo" (Flor. *Ep.* 2.8.3); es decir, tras romper los cerrojos tras los cuales, sin duda, vivían los gladiadores.

Que Espartaco sufrió en aquel encierro no hay duda; que su carisma pronto hizo de él, junto con otros gladiadores galos como Crixo o Enomao[71], uno de los líderes de los condenados, tampoco. Ni siquiera la presencia de "Espartaca", su mujer o pariente, le serviría de mucho[72], pues rara vez le era permitida la visita femenina a un gladiador. La vida miserable en aquellos muros, encerrado con sus compañeros bajo siete llaves, penando por morir rápido en vez de vivir lento, y con la conciencia medio impuesta a sí mismo de su alto destino como "Espartácida" y como protegido de Dionisos, hicieron el resto. En el siguiente capítulo veremos la sucesión de acontecimientos conocida como "rebelión de Espartaco".

Marco Licinio Craso nació en una fecha indeterminada, pero que puede fijarse hacia el año 115 o comienzos del 114 a.C. Algunos escritores, ya en la Antigüedad, le apellidaron Dives ("rico"), debido a su riqueza, y le asignaron a la rama familiar de los Licinios Crasos Dives (como el cónsul del año 131 a.C.), pero erróneamente, pues no pertenecía a esa rama, sino a otra menos ilustre[73]. El padre de Craso fue Publio Licinio Craso, cónsul del año 97 a.C., un noble de extracción plebeya[74] que había seguido la senda trillada de mezclar su altiva sangre con la nobleza que da el dinero. La madre de Craso, Vinuleya, al parecer procedía de Etruria[75]. Uno de los hermanos de Craso se casó con otra rica italiana, Tértula, con la que, tras la muerte del hermano, se casó nuestro Craso.

Durante su juventud, Craso recibió cierta educación en historia y filosofía, y también un buen entrenamiento en retórica[76], pero sin mayor interés que el que se esperaba de un joven que quería hacer política. Su principal aprendizaje fue el militar, ya que acompañó a

[71] Oros. *Hist.* 5.24.1.
[72] Pues ya hemos citado el texto de Plutarco (*Cras.* 8.4) en el que afirma que esta mujer estaba con él en el momento de su huida y después.
[73] B.A. Marshall, "Crassus and the cognomen Dives", *Historia* 22, 1973, pp. 459-467.
[74] A.M. Ward, *Marcus Crassus and the late roman Republic,* Columbia-Londres, University of Missouri Press, 1977, pp. 49-50.
[75] Cic. *Ad Att.* 12.24.2.
[76] Cic. *Brut.* 233, 308.

su padre durante su proconsulado en Hispania entre los años 96 y 93 a.C., luchando contra los lusitanos. En esta época, los Crasos establecieron una red de relaciones clientelares en Hispania, con la posibilidad incluso de que uno de sus campamentos militares albergara luego una colonia o municipio romano, pues Ptolomeo cita una ciudad a unos sesenta y cuatro kilómetros al norte de Mérida llamada Castra Liciania[77].

Esta "inmersión" de Craso en la milicia se completó cuando el comando de su padre en la guerra de los aliados en el año 90 a.C[78]. Durante la guerra, el padre de Craso sufrió una derrota mientras actuaba como legado de Lucio César, aunque sin consecuencias en su carrera senatorial, pues al año siguiente alcanzó la máxima magistratura, la censura. Craso padre ya destacaba como miembro fundamental del partido optimate, dado que su colega en la censura fue el mismo Lucio César que le comandó un año anterior. Sin embargo, el censo que ambos hicieron de los nuevos ciudadanos romanos (los itálicos que depusieran las armas o que no las hubieran tomado contra Roma), fue inútil pues su intento de adscripción a unas pocas tribus, para devaluar su influencia en las votaciones, fue contestado por el partido popular.

El padre de Craso y su hijo mayor cayeron en el año 87 a.C. cuando la toma de la ciudad por Cina y los miembros de la facción popular. A Craso le cercenaron la cabeza, que colocaron en los Rostra del Foro[79]. ¿Cómo escapó nuestro Craso a esta matanza? No lo sabemos, pero quizá su juventud (no tenía más de 27 años) y, sobre todo, su mínima carrera política (no había ni siquiera entrado en el Senado), le salvaron. Quizá Craso, que después fue lo bastante listo para estar en buenas relaciones con ambas facciones, ya tenía amigos poderosos en el bando popular. O quizá, como Ward recalca, Craso tenía uno o dos hijos de su matrimonio con su antigua cuñada, Tértula, y no quería someter a su joven familia a los rigores del exilio[80].

[77] Ptolom. 2.56. ¿Sería más bien Castra Licinia o Liciniana?
[78] Cic. *Font.* 43, App. *BC* 1.40-41, Front. *Strat.* 2.4.16.
[79] Cic. *Tusc. Disp.* 5.55.
[80] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 55.

Craso permaneció en Roma por lo menos dos años. Es posible que, tras las primeras ejecuciones de dos años antes, el gobierno popular de Cina en la capital tolerara la presencia de algunos optimates de poca importancia como nuestro Craso. Pero, en el año 85 a.C, Sila tomó el mando del ejército de Asia, amenazando a la propia Roma con una nueva guerra civil. En este escenario, los pocos optimates que permanecían en la ciudad debieron optar entre el exilio y las represalias de la facción popular. Craso, pues, tuvo que dejar a su mujer y dos hijos pequeños en Roma y partir a un exilio inseguro en Hispania.

Durante ocho meses, Craso permaneció escondido en nuestra tierra, protegido por uno de sus clientes hispanos, un tal Vibio Pacieco (o Pacciano según Ward). El relato de Plutarco (*Cras.* 4.4-5.6) sobre la vida de Craso en una cueva cerca del mar, alimentado por un esclavo del tal Pacieco, es más que sospechosa por su dramatismo ficticio[81]. Es curioso, sin embargo, resaltar este periodo de la vida de Craso, no muy alejado del "cimarronismo", del echarse al monte, de Espartaco y sus setenta y cuatro gladiadores.

En todo caso, en cuanto Cina murió, Craso salió de su escondrijo para organizar un ejército privado de clientes y amigos formado por unos dos mil quinientos hombres. Hay que resaltar que Craso era un ciudadano romano privado, sin ninguna magistratura, y que ni siquiera había entrado en el Senado. Su acto, pues, fue de pura usurpación ilegal (como el de Espartaco diez años después). Con su "ejército" comenzó a tomar algunas poblaciones hispanas hasta llegar a Málaga, donde obtuvo por las buenas o por las malas (se dice que saqueó la ciudad) barcos con los que cruzó el estrecho para juntar sus tropas con las de Metelo Pío, el procónsul de África perteneciente a la facción optimate. Pero Craso, un joven sin casi experiencia militar y que no era ni siquiera senador, fue despreciado por Metelo, un noble bastante altivo, por lo que nuestro protagonista decidió embarcarse con su ejército para sumarse directamente a las tropas de Sila en Grecia.

Con Sila, Craso obtuvo reconocimientos y distinciones. Una vez desembarcados ambos en Bríndisi, en Italia, Craso fue enviado por

[81] Parece ser que Plutarco utilizó como fuente la obra del analista Fenestela, de la misma época que Tito Livio, y algo dado a dichas "reconstrucciones" históricas.

Sila a reclutar tropas leales entre los marsos, una tribu itálica enemiga de los samnitas, que apoyaban a la facción popular. En el año 82 a.C., Craso, junto con otros destacados silanos como Pompeyo y Metelo, fue enviado a combatir a los populares en Umbría y la Galia Cispadana, con éxito. El propio Craso sitió la ciudad umbra de Tuder y la capturó. Después derrotó al lugarteniente del cónsul Carbón, Carrinas, cerca de Spotelium. Tras unirse al ejército de Sila en el sitio de Preneste, Craso dirigió el ala derecha del ejército optimate en la batalla de Puerta Colina, a las afueras de Roma, donde su decidida acción contra el ala izquierda de los samnitas decidió la victoria de su facción. Sin duda, Puerta Colina fue la cima de su carrera militar, una victoria mucho más decisiva que la que obtuvo contra Espartaco. Una victoria, además, que le abrió las puertas al gobierno optimate durante los siguientes diez años.

En efecto, en el año 81 a.C., con Sila ya en el poder, Craso pudo por fin entrar en el Senado, quizá como cuestor[82]. Pero hacerlo con treinta y cuatro años y en un Senado que había quedado reducido a la mitad por las muertes en la guerra civil y por las crueles proscripciones silanas, no tenía mucho mérito. Es posible que Craso, por su avanzada edad para dicho cargo y, sobre todo, por lo ocurrido durante años de guerras, exilio y matanzas, no estuviera tampoco muy interesado en la carrera senatorial, pues no se conoce que ejerciera luego la edilidad, el paso siguiente en la carrera senatorial, aunque no necesario para ejercer el consulado. Es posible, por otra parte, que la historia que cuenta Plutarco (*Cras.* 6.7) sobre la actuación de Craso durante las proscripciones, cuando incluyó a un rico propietario en las listas solo para quedarse con sus bienes, con el desagrado de Sila, que le apartó de su lado, fuera cierto. Por ello, quizá Craso no obtuvo la edilidad, simplemente porque el nuevo amo de Roma, Sila, no le avaló. De hecho, hasta el año 73 a.C., Craso no accedió a un nuevo cargo senatorial, la pretura.

Así que Craso, que al parecer había perdido el favor de Sila, se dedicó a los negocios (quizá como paso previo para retomar con más fuerza su carrera política). Su fortuna, que no era pequeña cuando se

[82] H. Hill, "Sulla's new senators", *CQ* 26, 1932, pp. 170-177.

fue al exilio (Plutarco habla de más de siete millones de sestercios), probablemente se vio incrementada durante la guerra civil con el botín obtenido del saqueo de Málaga y el de Tuder, así como con las primeras proscripciones. A partir de su posición en el nuevo régimen, del apoyo de personas próximas a Sila y, sobre todo, de su habilidad innata para los negocios, construyó Craso la más fabulosa fortuna de la historia de Roma, cercana en algún momento a los doscientos millones de sestercios[83]. Claro que el deseo de dinero en Craso está más relacionado, según Cicerón, con su ambición política, que el orador considera más que justa:

> "Se desea la riqueza o bien para satisfacer las necesidades de la vida o bien para gozar de los placeres. Pero aquellos que poseen un ánimo elevado y alientan nobles designios la desean para adquirir crédito y aumentar el número de sus partidarios. Así, Marco Craso decía que ninguna riqueza es suficiente para quien aspira a ser el primero en el Estado, si con las rentas que aquella produce no puede mantener un ejército." (Cic. *Off.* 1.25)[84]

Pero, ¿qué quería decir Craso con esta frase? En primer lugar, es evidente que Craso ya había demostrado lo que se podía hacer con dinero durante su exilio, pagando un ejército de dos mil quinientos hombres (media legión) en Hispania, construyendo así la base de su carrera político-militar en el bando de Sila. En segundo lugar, en aquellos turbulentos años, muchos hombres sin un gran bagaje político como Craso o Pompeyo pudieron erigirse en líderes del régimen como ciudadanos privados levantando ejércitos con sus clientes, amigos y, probablemente, incluso sus esclavos. Lo que no está tan claro es que esta frase que Cicerón pone en boca de Craso sea una medida de la riqueza de dicho personaje. Al parecer, Cicerón no quería señalar cuán rico era Craso, sino comentar irónicamente que él no pudo pagar

[83] Plin. *NH* 33.134.
[84] Traducción de J. Santa Cruz Teijeiro, *Marco Tulio Cicerón: Tratado de los deberes,* Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 47.

de su bolsillo las seis legiones que utilizó contra Espartaco[85]. Es interesante en este sentido señalar que Plinio el Viejo (*NH* 33.134) sustituyó la palabra "ejército" de Cicerón por "legión". Según esta apreciación de Plinio, uno sería rico si pudiera pagar, con las rentas de sus propiedades, el sustento de una legión durante todo un año. El coste de mantener una legión romana durante un año se ha calculado en cuatro millones de sestercios[86], por lo que, por muy rico que fuera Craso en el año 73 a.C., es difícil que sus rentas anuales le produjeran los veinticuatro millones de sestercios para pagar por sí solo las seis legiones que utilizó en la guerra contra Espartaco.

Lógicamente, por muy turbulentos que fueran los tiempos, los políticos optimates no necesitaban el dinero solo para pagar ejércitos privados con los que "salvar" a la República de supuestos enemigos externos o, sobre todo, internos. La necesidad de ganarse a la plebe para obtener cargos en las votaciones hacía deseable poseer dinero en efectivo para sufragar juegos, obras públicas, larguezas: en definitiva, para comprar los votos necesarios para obtener dichos cargos. También había que comprar a los jurados en los juicios que los rivales comenzaban contra ellos, armar bandas de guardaespaldas y sicarios para atemorizar a los contrarios, y otras argucias de semejante tenor.

Como he dicho, la base de la fortuna de Craso había sido la herencia de su padre[87] y el botín obtenido en la guerra civil. Con ello comenzó su carrera "empresarial". Craso no invirtió solo en propiedades agrícolas, como otros aristócratas romanos del momento. Su principal negocio fue adquirir a bajísimo precio propiedades urbanas en la propia Roma, la mayor parte de ellas sacadas a subasta de los bienes confiscados de los miles de personas ejecutadas durante las proscripciones silanas. Con un batallón de quinientos esclavos altamente cualificados (arquitectos y obreros), compraba las propiedades derruidas o incendiadas a bajo precio para luego construir mansiones que vendía, pro-

[85] D. Whitehead, "The measure of a millionaire. What Crassus really said", *LCM* 11, 1986, pp. 71-74. *Cf.* Cic. *Paradox.* 6.45.

[86] El cálculo, basado en el coste de las seis legiones de Pompeyo en el año 52 a.C., según Plut. *Pomp.* 55.7), es de N. Fields, *Spartacus*, pp. 31-32.

[87] Estimada, como dije, en más de siete millones de sestercios, probablemente casi todo en propiedades rurales, según A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 71.

bablemente, a los nuevos senadores de Sila, venidos de Italia pero sin casa en la ciudad. También puso en marcha un servicio privado de bomberos con los que apagaba los incendios de muchas viviendas, una vez llegado a un acuerdo con los propietarios para comprarles el edificio a un precio irrisorio.

Al parecer, Craso poseía otros muchos esclavos especializados, que podrían servirle a él o a quienes él podría "alquilar" para realizar sus trabajos. Si es así, podemos ver en Craso un germen de capitalista, pues fue de los primeros en valorar la fuerza del trabajo, el valor añadido diríamos hoy, como una propiedad en sí misma. Como otras fuentes de recursos conocidos, Craso invirtió en minas de plata, probablemente en Hispania, también explotadas por esclavos. Como vemos, la base del poderío económico de Craso fue su colección de esclavos especializados. No es de extrañar que combatiera con tanta saña a Espartaco, el liberador de los esclavos: su riqueza descansaba en estos y no podía permitir que la rebelión se extendiera a Roma y que sus esclavos se unieran a ella.

Con su riqueza, Craso pudo adquirir nuevas amistades, crear una red de relaciones clientelares en Roma, y reforzar las antiguas amistades de su padre y de su *gens*. Con esos apoyos, no es de extrañar que en el año 73 a.C., Craso fuera elegido pretor[88], el paso previo para poder optar al consulado. Aunque Craso tenía ya casi la edad mínima para ser elegido cónsul, necesitaba pasar primero por la pretura para poder tener opciones. Claro que no contaba con Pompeyo, quien obtendría su consulado directamente desde su condición de ciudadano privado (no era ni siquiera senador).

Y durante su pretura estalló lo impensable: una rebelión de gladiadores en Capua que pronto se extendería por todo el sur, liberando a su paso a todos los esclavos que se encontraban a mano. Sus colegas pretores se hicieron con el mando de la guerra: de los ocho pretores ordinarios, cuatro lucharon contra Espartaco (Publio Varinio, Lucio

[88] I. Shatzman, "Four notes on Roman Magistrates", *Athenaeum* 46, 1968, p. 349; *Cf.* con la discusión de E. Badian, "Additional notes on Roman Magistrates", *Athenaeum* 48, 1970, pp. 6-7.

Cosinio, Gayo Clodio Pulcro, Marco Claudio Marcelo)[89], de los que murió por lo menos uno (Cosinio, quizá el Cosins del *graffito* de Pompeya). Craso no participó en la guerra en este año, pero lo tenía claro: había que aniquilar esa amenaza a su fortuna.

[89] C. López Delgado, *Annales ab Urbe condita usque ad Augustinum mortem. Apuntes de cronología romana,* Madrid, Ediciones Clásicas, 2006, pp. 188-189. Este autor también otorga a Craso el rango de pretor en el año 73 a.C.

Capítulo tercero
El comienzo de la rebelión

La huida de Capua

Durante la primavera del año 73 a.C., los gladiadores del *Ludus* de Léntulo Batiato, en Capua, se entrenaban duramente, quizá para participar en los Grandes Juegos anuales de Roma, que empezaban el 5 de septiembre[1]. Las condiciones del entrenamiento, unidas a la dureza de Batiato y al hecho de que muchos de ellos estuvieran allí a la fuerza, condenados injustamente, debieron de hacer mella en la moral de la *familia gladiatoria* (compañía de gladiadores). Sabemos que los gladiadores podían ser muy competitivos, y que no tenían amigos en vida, aunque en la muerte de un compañero, toda la familia se unía como una piña para pagar su entierro e, incluso, para dar dinero a su viuda (si la había). Pero un grupo humano encerrado, sometido a una presión intolerable, sin esperanzas ni de una vida larga ni de una muerte rápida, puede unirse en una reacción natural de supervivencia.

Algo debió de ocurrir, algo grave. Las novelas y Hollywood han señalado que quizá hubo una lucha a muerte entre ellos y que el deceso de algún gladiador especialmente respetado por la familia afectó a la moral de los luchadores. Las fuentes no dicen nada de eso, pero Apiano que, recordemos, no era un historiador sino un abogado, comenta que fue el propio Espartaco el que "convenció a unos setenta de sus compañeros a arriesgarse por la libertad más que por la gala de un

[1] S.I. Kovalev, "Sur la date du début de la révolte de Spartacus", *VDI* 56, 1956, pp. 12-17, propone la primavera o el verano del año 73 a.C. En la misma fecha coincide A.A. Motus, "Sur la date du commencement de la révolte de Spartacus", *VDI* 57, 1957, pp. 158-167. La hipótesis de F.E. Adcock, *Marcus Crassus, Millonaire,* Cambridge, Heffer, 1966, p. 21, basada en Eutr. 6.7, de que la rebelión comenzó a finales del año 74 a.C., está ya definitivamente abandonada.

espectáculo" (App. *BC* 1.116). Lo cual podría confirmar que los gladiadores estaban entrenándose para unos juegos en concreto.

Plutarco es el que proporciona la narración de la huida más completa, aunque autores como Salustio, Apiano, Floro u Orosio también aportan datos complementarios, o confirman o refutan los de Plutarco:

> "Un cierto Léntulo Batiato adiestraba en Capua gladiadores, en su mayoría galos y tracios, que no eran culpables de delito alguno, sino que por la injusticia de quien los había comprado se hallaban allí reunidos a la fuerza para pelear en la arena. Doscientos de estos gladiadores decidieron escaparse, pero se produjo una delación y hubo setenta y ocho que se enteraron de ello a tiempo, cogieron de una cocina cuchillos y pinchos y lograron huir." (Plut. *Cras.* 8.1-2)

Analicemos este párrafo de Plutarco. Ya he comentado la primera parte, sobre el número de gladiadores que podía haber en el *Ludus,* más de doscientos, y sobre la injusticia de su condición y sus condiciones de vida. De todos los gladiadores de Batiato, doscientos (quizá esos eran todos) decidieron escaparse, "descerrajar" el *Ludus* según Floro, "romper las puertas" según Eutropio[2]. Y no todos eran hombres. Sabemos por Plutarco que al menos una mujer les acompañaba: "Espartaca", la esposa o pariente tracia de Espartaco[3]. Pero lo siguiente es confuso.

Según Plutarco, "se produjo una delación y hubo setenta y ocho que se enteraron de ello a tiempo". Esto puede significar que el primer plan de los gladiadores era escaparse simplemente escalando los muros, o mediante un túnel o rompiendo las puertas sin mayor violencia. Pero los guardias fueron avisados de que iba a haber una fuga en masa, y pudieron encerrar o evitar la huida de la mayoría de los gladiadores (ciento veintidós, concretamente). El resto de los doscientos, setenta

[2] Flor. *Ep.* 2.8.3, Eutr. 6.7.2.

[3] Plut. *Cras.* 2.8.4: "Esta mujer también estaba con él en aquel momento y lo acompañaba en la huida".

y ocho, consiguieron zafarse de la reacción preventiva de la guardia y cambiaron el plan: ahí entra el dato que proporciona Plutarco de los pinchos y cuchillos de la cocina. La huida fue violenta, hubo lucha. Pero el número de los gladiadores fugados, setenta y ocho, es controvertido, pues las fuentes difieren en la cantidad de rebeldes. Setenta y cuatro es el número de gladiadores que dan las fuentes más antiguas, como Salustio y Tito Livio, y las más recientes, Eutropio y Orosio (quienes probablemente utilizaron a Livio). Las fuentes del siglo II d.C. dan otras cifras: Floro habla de treinta o más, Veleyo Patérculo dice que fueron sesenta y cuatro (puede ser un error del copista, no haber copiado una X del número LXXIV), y otros dos se acercan a las cifras de Salustio: Apiano con "setenta y pico", y Plutarco con los ya citados setenta y ocho[4]. Es probable que las fuentes más cercanas a los acontecimientos fueran las mejor informadas a este respecto, y que el número de los fugados fuera setenta y cuatro. También es posible que los setenta y ocho de Plutarco fuera el número de los que intentaron fugarse, dejando por el camino a cuatro que murieron en la lucha con los guardias. Y los "treinta o más" de Floro son claramente erróneos.

Lógicamente, los gladiadores fugados, más de setenta, eran una fuerza importante... si hubieran tenido armas. Afortunadamente para ellos, los gladiadores armados tan solo con pinchos y cuchillos de cocina, bien se encontraron con un carro con armas de gladiadores que se dirigía a otra ciudad (según Plutarco), bien saquearon el almacén de armas del *Ludus* (según Veleyo Patérculo), o cogieron las porras y espadas de todos los viandantes que se encontraron a su paso (según Apiano). Es posible que Espartaco escogiera entonces para él una *sica,* la espada curva de los gladiadores "tracios", pues una fuente de finales del siglo V d.C., Sidonio Apolinar, nos lo muestra blandiendo ese tipo de arma en la batalla[5].

Con esas armas, los gladiadores huyeron a un lugar seguro, según Plutarco. No se sabe si ese lugar seguro era el Vesubio, o si el episodio

[4] Sal. *Hist.* 3.90; Liv. *Per.* 95.2, Eutr. 6.7.2, Oros. *Hist.* 5.24.1, Floro *Ep.* 2.8.3, Vel. Pat. 2.30.4, App. *BC* 1.116, Plut. *Cras* 8.2.

[5] Sid. Ap. 9.253. De dónde pudo sacar ese dato Sidonio Apolinar, que vivió en la segunda mitad del siglo V d.C., es un misterio.

de su ascenso al volcán es algo posterior. En todo caso, según el relato de Plutarco, en ese "lugar seguro" eligieron a tres jefes, de los que el "primero de ellos" (*πρῶτος* según Plutarco), o el "príncipe" (*princeps* según Salustio)[6], fue Espartaco. Los otros dos, casi sin ninguna duda, fueron los galos Crixo y Enomao[7], dos gladiadores como Espartaco que desempeñarían importantes papeles en la rebelión, sobre todo el primero de ellos.

Hasta después de ese momento no hubo ningún enfrentamiento armado con tropas, salvo la breve lucha con los guardias del *Ludus*. Pero, entonces, los magistrados de Capua decidieron enviar a la milicia contra los fugados. Estos, al menos en el primer momento, no constituían una guerra seria. Era un brote repentino de violencia, lo que los romanos conocían como un *tumultus*[8], y además uno protagonizado por gladiadores fugitivos. Aunque los capuanos ya se habían enfrentado a una rebelión similar en el año 104 a.C., y fueron necesarios cuatro mil cuatrocientos hombres para reducirla, parece ser que no aprendieron la lección. Para enfrentarla, convocaron a la milicia ciudadana mediante una llamada *ad tumultum* (para enfrentarse al *tumultus)*. Esta milicia, probablemente menos de doscientos hombres, fue enviada a interceptar a los gladiadores fugados. El caso es que los setenta y cuatro gladiadores que habían escapado con vida del *Ludus* pudieron con los soldados de la milicia capuana que tuvieron la mala suerte de encontrárselos. El envío de esta tropa reclutada deprisa y corriendo fue un error, porque los gladiadores, según Plutarco, cogieron las armas de los soldados, sus escudos, cascos y corazas, y sobre todo sus lanzas (armas que no figuran en el arsenal de un gladiador), y con ellas reforzaron su armamento, desechando aquellas armas propias del gremio de gladiadores (salvo quizá la *sica* de Espartaco). Veremos cómo el desprecio de los romanos por los esclavos y los rebeldes les llevaría a cometer este error varias veces, enviando tropas sin ton ni son simplemente a ser destruidas por Espartaco y sus seguidores.

[6] Plut. *Cras.* 8.3, Sal. *Hist.* 3.90.
[7] Liv. *Per.* 95.2, Flor. *Ep.* 2.8.1, Eutr. 6.7.2, Oros. *Hist.* 5.24.1.
[8] César llamó *seuili tumultu* a la rebelión de Espartaco: Caes. *BG* 1.40.6.

El Vesubio

Tras la victoria de Espartaco, Crixo y Enomao contra la milicia capuana, los gladiadores decidieron huir y refugiarse de otras tropas que pudieran ser enviadas en su búsqueda. Las rutas de escape de los fugitivos desde Capua podían llevarles al sur, por la Vía Apia, hacia Nola

Figura 3. Baco vestido con racimos de uvas frente al Vesubio. Pintura pompeyana de la llamada "Casa del Centenario". Museo Arqueológico Nacional de Nápoles. Obsérvese el contenido "dionisíaco" de dicha pintura, quizá relacionada con esclavos o extranjeros, a los que el culto a Dionisos estaba permitido: aparecen Baco y las serpientes, junto con el Vesubio. ¿Estamos ante un caso de evocación de una temática "espartaquíada"?

y Nuceria, y al norte, hacia el valle del Volturno y Roma[9]. Lógicamente, los rebeldes decidieron dirigirse al sur, no a Puteoli, puerto marítimo con una importante guarnición. Lo que ellos buscaban era "echarse al monte", convertirse en asaltadores o bandidos. El "monte" más alto que había cerca, siguiendo la Vía Ania, era el Vesubio. Los romanos de la época todavía no sabían que aquel no era un monte, sino un

[9] B. Strauss, *La guerra*, pp. 62-63.

volcán. De esto se enteraron una mañana de agosto del año 79 d.C. Pero en aquella jornada de ciento cincuenta años antes, el monte era una altura considerable a menos de cuarenta kilómetros de Capua, y su aspecto era del todo diferente al que presenta hoy: cubierto de vegetación, arboleda y con viñedos salvajes en su cima. Un vergel que podría proporcionar protección, frutos y raíces, caza, madera, agua, y todo lo necesario para sustentar a un contingente importante de fugitivos. Así, al menos, aparece en una pintura pompeyana que lo representa verde y fructífero.

Espartaco, Crixo y Enomao, una vez llegados al Vesubio, probablemente discutieron qué hacer. Es posible que en aquel momento se contentaran con repartir las armas y el botín conseguido de las tropas capuanas. Quizá decidieron realizar incursiones por el territorio circundante para conseguir comida, armas, dinero. Pero una cosa estaba clara: con setenta hombres no iban a aguantar mucho el asedio de las tropas que, seguramente, enviaría Capua o la misma Roma a las faldas del Vesubio. Así que en aquellas jornadas históricas de la primavera o el verano del año 73 a.C., tomaron una importante decisión: liberarían a todos los esclavos y presos que encontraran por los alrededores, y llamarían a la rebelión a los pobres, a los campesinos arruinados, a los pastores que malvivían de sus cabras, a los peones agrícolas y a cualquiera cuya vida presente le importara menos que la promesa de una mejor vida futura.

Tito Livio dice que Espartaco reunió a una multitud de esclavos y presos de los ergástulos (prisiones privadas)[10]. La región donde se produjo la rebelión, Campania, estaba llena, como he dicho en el capítulo primero, de grandes propiedades cerealísticas explotadas por mano de obra esclava. Es posible que en el camino de Capua al Vesubio, y en los alrededores de dicho "monte", hubiera miles de esclavos agrícolas que malvivían encerrados en barracones por las noches y esparcidos por los campos por el día, poco y mal vigilados[11]. Los más rebeldes, junto con

[10] Liv. *Per.* 95.2.

[11] Como ocurría en Sicilia en la época de las dos guerras serviles, según E. Maróti, "De suppliciis. Zur Frage der sizilianischen Zusammenhänge des Spartacus-Aufstandes", *AAntHung* 9, 1961, pp. 41-70. Maróti se basó en el estudio de las menciones a los esclavos agrícolas en el *De suppliciis* de Cicerón.

ciudadanos libres secuestrados y también criminales menores, solían ser encerrados en esos ergástulos, prisiones que podían ser desde un

Figura 4. Vista de las excavaciones en el bajo de un palacio en Rione Terra, con una calle de la antigua Puteoli, actual Pozzuoli

barracón de madera a una estructura en piedra abovedada (como el ergástulo de Astorga, en León), pasando por simples pozos excavados en la roca de tufo volcánico de Campania (como el de Pozzuoli).

Lógicamente, los esclavos y presos que se unieron a Espartaco y sus gladiadores serían cientos, si no miles. Tito Livio habla de una multitud, Veleyo Patérculo de una gran muchedumbre, Ateneo de un gran número. Pero Floro, otra vez, es el que desentona: según él se reunió una muchedumbre de diez mil hombres[12]. Puede que, en este caso, Floro no fuera el equivocado, pues es factible que hubiera esa cantidad de desesperados en el entorno del Vesubio. La razón del éxito de Espartaco en reunir tal cantidad de esclavos pudo ser su carácter mesiánico, su vinculación con los ritos dionisíacos tan en boga entre los esclavos[13]. Un esclavo no se arriesgaba a ser crucificado, pena reservada a los esclavos fugitivos, o a ser ejecutado en la arena, solo porque un grupo de setenta gladiadores pasara por las tierras donde servía. Tenía que haber alguna otra razón. Lo mismo pasaba con los encerrados en los ergástulos. A no ser que librarse de la pena impuesta compensara

[12] Liv. *Per.* 95.2, Vel. Pat. 2.30.4, Athen. 6.273, Flor. *Ep.* 2.8.3.
[13] P. Masiello, "L'ideologia messianica", pp. 190-192.

el riesgo de seguir a los fugitivos, tampoco seguirían muchos libremente a Espartaco. Es posible que, ya en estos primeros momentos, una aureola mística, mesiánica, acompañara a Espartaco y a su mujer iniciada en los ritos de Dionisos.

Los esclavos así reunidos pertenecían, fundamentalmente, a tres grupos étnicos: galos, germanos y tracios. Eso lo sabemos por varias alusiones a ellos en las fuentes. Como hemos visto en el capítulo I, el comercio de esclavos se basaba sobre todo en el rapto de campesinos y pescadores por parte de piratas en las costas del Mediterráneo oriental, o de tribus del norte de Europa que se dedicaban a dicho negocio. Fundamentalmente, los esclavos de Sicilia e Italia provenían de Marsella (galos y germanos), del norte de Grecia (galos, tracios e ilirios) y de Cilicia (sirios y anatolios). A estas fuentes de "aprovisionamiento" de mano de obra esclava se unían los capturados en las guerras fronterizas de la época, como el propio Espartaco y su mujer, y también los apresados tras las invasiones de cimbrios y teutones de finales del siglo II a.C., muchos de los cuales podían vivir todavía en época de la rebelión, y, con toda probabilidad, sus hijos y sus nietos[14]. Podemos ir más lejos: el contingente germano podía ser mayoritario durante la rebelión. Contamos como argumento para ello un texto de Julio César, el dictador romano que en el año 72 a.C. fue tribuno militar y que, posiblemente, participara en la represión de la rebelión en alguno de los ejércitos de aquel año:

> "Y si, movido por un furor demente, hacía la guerra, ¿por qué habían de temer?, o, ¿ por qué desconfiaban de su propio valor o de la vigilancia de César? Ya se había probado a este enemigo en tiempo de nuestros padres, cuando, derrotados por Gayo Mario los cimbrios y teutones, había cosechado el ejército laureles no inferiores a los de su general; y recientemente en Italia, en la sublevación de los esclavos, los cuales, sin embargo, tenían a su favor la pericia y disciplina que habían aprendido de nosotros." (Caes. *BG* I.40.4-5)

[14] B. Strauss, *La guerra*, pp. 40-42; N. Fields, *Spartacus*, p. 35.

Si César está arengando a sus soldados antes de una batalla contra los germanos, y les dice que por qué temen a estos, si ya los han derrotado en dos ocasiones; y si las dos ocasiones que cita César son la invasión de cimbrios y teutones y la rebelión de los esclavos... ¿no significará esto que la mayoría de dichos esclavos rebelados con Espartaco eran germanos, o germanos y galos (si atendemos al contexto "gálico" de la obra de César)? Desde mi punto de vista, la alusión de César, un contemporáneo de la rebelión y quizá uno de sus contendientes, es significativa de la composición étnica del ejército de Espartaco, por lo menos en el año 72 a.C., año de su tribunado militar.

En el ejército de Espartaco no había solo hombres. También estaban las mujeres de los galos, germanos y tracios. Ya he mencionado que "Espartaca", la mujer o pariente tracia de Espartaco, les acompañó en la huida del *Ludus*. Con ella pudieron escapar también otras mujeres empleadas por Batiato para limpiar, cocinar o servir de "diversión" a los gladiadores. Aunque más adelante ya comentaré ampliamente el hecho, tanto Salustio como Plutarco mencionan a dos mujeres galas que, antes de la batalla final, subieron a un monte cercano a efectuar un ritual preparatorio para la lucha. Esto indica no solo que las mujeres del contingente galo acompañaron a sus hombres en el periplo por Italia, sino incluso que muchas de ellas formaban parte de la fuerza de combate. Si esto ocurrió con las parientes de los gladiadores del *Ludus*, ¿no pasaría lo mismo con las esclavas liberadas por Espartaco y los suyos, fuera cual fuera su nacionalidad de origen? Cabe suponer, pues, que en el ejército de Espartaco había un número considerable de mujeres, tanto esclavas como pastoras y campesinas de especial rudeza[15].

Pero el ejército de Espartaco, Crixo y Enomao no se componía solo de esclavos y presos liberados de ambos sexos. Había también ciudadanos libres[16]. ¿Pero quiénes y por qué? Las fuentes mencionan que en

[15] M. Doi, "Female slaves in the Spartacus army", en M. Mactoux-É. Geny (eds.), *Mélanges Pierre Lévêque, Anthropologie et société,* París, Les Belles Lettres, vol. II, 1989, pp. 161-172.

[16] Según P. Oliva, "Die charakteristischen Züge der grossen Sklavenaufstände zur Zeit der römischen Republik", en H.J. Diesner *et alii* (eds.), *Neue Beiträge zur Geschichte der alten Welt. Zweite Internationale Tagung der Fachgruppe Alte Geschichte der Deutschen Historiker-Gesellschaft vom 4. bis 8,* Berlín, Akad-Verl., 1964, pp. 75-88, la participación de campesinos y otros grupos sociales legalmente libres pero oprimidos, como los esclavos en la práctica, fue concluyente.

este primer momento del Vesubio se unieron a Espartaco, bien antes de la primera batalla contra los romanos, bien inmediatamente después, dos grupos de personas que no eran esclavos ni presos liberados: "[...] algunos campesinos libres" (App. *BC* I.116), y "muchos vaqueros y pastores del lugar." (Plut. *Cras.* 9.4).

Vayamos en primer lugar con los campesinos. En el primer capítulo he comentado que la expansión de la agricultura extensiva, del latifundio explotado por esclavos, dejó sin tierras y sin trabajo a muchos campesinos pequeños propietarios. La salida de algunos de ellos había sido marchar a Roma como plebe urbana ociosa y dispuesta a venderse al mejor postor. Otros se habían enrolado en el ejército que, tras la reforma de Mario de treinta años antes, acogía también a los ciudadanos libres sin recursos y les proporcionaba una paga. Pero muchos otros habían optado por quedarse en su región de origen, como pequeños labriegos en fincas de subsistencia situadas en las lindes de los bosques, en las laderas de los montes, o en zonas pantanosas que nadie quería[17]. Sus actividades en sus huertos podían combinarse, además, con su participación en vendimias, en la recogida de la uva[18], como aparceros o peones agrícolas que cobraban por día trabajado (por "peonada"). Magra ganancia podrían obtener por ello, habida cuenta la super abundancia de mano de obra esclava procedente de las guerras de la República o del comercio esclavista. Se ha llegado a decir que la mayoría de los rebeldes de Espartaco eran pequeños agricultores, peones y jornaleros italianos hartos de malvivir de la roca desnuda y del pantano[19].

En cuanto a los vaqueros y pastores, es posible que muchos de ellos fueran esclavos que, por su trabajo en los montes, sometidos a los peligros de bandidos y lobos, estuvieran armados con bastones, arcos

[17] En los alrededores de Pompeya se ha constatado la existencia de numerosas huertas y finquitas casi de subsistencia, una parte importante del total de 150 fincas localizadas. Estas huertas eran probablemente cultivadas por los habitantes de la ciudad, quizá incluso en su tiempo libre, como un suplemento a sus ingresos por otras actividades. *Cf.* M. Beard, *Pompeya*, pp. 224-228.

[18] Así lo señalan dos tratadistas en agricultura, Varro *Rr.* 1.17.2, y Cato *Agr.* 144.3.

[19] A. Bodor, "Contribution to the history of the slave revolt led by Spartacus", *StudClas* 8, 1966, pp. 131-141.

y espadas[20]. Parece ser, según el gran historiador británico Arnold J. Toynbee, que estos vaqueros y pastores libres o esclavos, constituyeron, tras la segunda guerra púnica y el paso de Aníbal por Italia con efectos devastadores en la economía campesina, la base del bandidaje en Sicilia y la Italia peninsular durante decenios, si no siglos[21].

Fueran esclavos o libres, ¿por qué se unieron todos esos campesinos, vaqueros y pastores a Espartaco? La respuesta está clara: por la esperanza de un botín suculento. En esta primera fase, y quizá durante toda la rebelión, muchos espartaquíadas (término con el que se suele aludir a los seguidores de Espartaco) perseguían única y exclusivamente el objetivo de saquear, violar, devastar y exprimir las pequeñas aldeas, villas agrícolas y ciudades que se les rindieran a su paso. Apiano nos ha dejado la clave del éxito de Espartaco en reclutar campesinos pobres, vaqueros y pastores:

> "Puesto que él repartía el botín en partes iguales, tuvo pronto una gran cantidad de hombres." (App. *BC* 1.116)

Es decir, que a él afluyeron no solo esclavos de las propiedades circundantes, sino también campesinos y pastores, porque oyeron que Espartaco repartía de manera justa el botín, y que este, sin duda, era abundante. La justicia en el reparto del botín fue, sin duda, la clave del éxito de Espartaco en esta primera fase de la rebelión.

La historiografía antigua, sobre todo Salustio[22], ha querido presentar a Espartaco como un líder que se oponía a dichos saqueos. Quizá esta oposición fue la clave de las continuas desavenencias entre el grupo de Espartaco y los contingentes galos y germanos, más proclives al saqueo. O quizá esta oposición, que solo comenta Salustio, forme parte de una tradición historiográfica que denostaba a los fugitivos como bandidos y criminales, pero salvaba a la figura individual de Espartaco, un hombre noble, valiente y "de estirpe casi griega" (según

[20] DS 35.2.1.
[21] A. J. Toynbee, *Hannibal's Legacy: the Hannibalic War's Effects on Roman Life*, Londres, Oxford University Press, vol. 2, 1965, pp. 296-312.
[22] Sal. *Hist.* 3.98.3: "Espartaco, imposibilitado para evitar estos excesos".

Plutarco). Porque, a pesar de que la fama de los rebeldes de acabar con todo a su paso se estableció firmemente, todavía en época de Horacio, cincuenta años después de la muerte de Espartaco, el poeta aludía a él de forma no especialmente acerba:

> "Busca, niño, perfumes y coronas
> y un jarro que recuerde pugnas marsas
> si es que alguno escapar a los saqueos
> pudo de Espartaco." (Hor. *Od.* 3.14.17-20)[23]

A ello hay que añadir otra alusión a Espartaco de Horacio en la que le llama "Espartaco el Bravo" (Hor. *Ep.* 16.4). Estas alusiones con simpatía a Espartaco formarían parte de un imaginario popular que no solo se reflejó en la tradición historiográfica, sino en la mente de los campesinos italianos. Horacio, como se sabe, nacido en Venusia, en Lucania (sur de Italia) en el año 65 a.C., poco después de muerto Espartaco, era hijo de un esclavo liberado, un liberto. Su bajo origen social y su nacimiento en la zona donde la rebelión fue desbaratada por Craso pudo influir también en su visión de Espartaco como un bribón, un ladrón por lo demás simpático y valiente, que repartía el botín a partes iguales[24]: un Robin Hood. Pero un Robin Hood puede provocar simpatía en los pobres del lugar como Horacio, y una antipatía mortal en los ricos de la zona, como se observa en el siguiente pasaje de Cicerón en el que alude a su enemigo Marco Antonio justo antes del triunvirato:

> "Por consiguiente, ciudadanos, el pueblo romano, vencedor de todos los pueblos, lucha solo con un asesino, con un bandido, con un Espartaco. Pues en cuanto al hecho de que suele gloriarse de ser semejante a Catilina, es igual a aquel en lo criminal, inferior en lo diligente. Aquel, aunque no tenía ningún ejército, de

[23] Traducción de M. Fernández-Galiano, *Horacio: Odas y epodos,* Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p. 182.

[24] G. Stampacchia, "Spartacus acer. A proposito di Hor. epod. 16,5 e carm. 3,14,19-20", *Klio* 63, 1981, pp. 331-346.

repente lo organizó; este perdió el ejército que recibió." (Cic. *Phil.* 4.15)[25]

La lucha contra los pretores

De las dos visiones (la de Horacio y la de Cicerón), el Senado del año 73 a.C. compartía, sin duda, solo la segunda: para ellos, Espartaco era tan solo un bandido y un asesino, había que acabar con su banda de criminales y exterminarlos. Por eso, alarmado por las noticias de esta nueva insurrección de esclavos fugitivos en Capua, como la del año 104 a.C., el Senado decidió mandar un verdadero ejército reclutado *ad tumultum,* pero esta vez dirigido por un pretor: Gayo Claudio Glabro[26]. Ha habido cierta confusión con respecto al nombre de este general, pues Tito Livio le llama Claudio Pulcro, Frontino y Plutarco le citan como Clodio, y Apiano fue más lejos juntando el *nomen* de un pretor posterior, Varinio, con el *cognomen* de Glabro[27]. El único que dio el nombre correcto, y otra vez en esto Floro no se equivocó, pues fue Floro quien le llama Clodio Glabro[28]. Y, aparte de su nombre, poco más se sabe de él.

Los rebeldes, en número indeterminado pero todavía no muy alto (más que nada porque el Vesubio no podía alimentar a muchos), se encontraban acampados probablemente en el cráter apagado del volcán. En la época anterior a la gran erupción del año 79 d.C., en que una explosión destruyó el cráter formando la actual configuración en dos cumbres, el Vesubio solo tenía una cumbre y un cráter. Ya he comentado antes que la inactividad volcánica de siglos había conformado un paisaje verde, con arboledas y un tipo particular de vides silvestres, *Vitis vinifera sylvestris,* originaria del sur de Italia, y conocida por los lugareños por la naturaleza fibrosa de sus vástagos, utilizados por ellos para deshilacharlos formando fibras que podían tejerse. Una

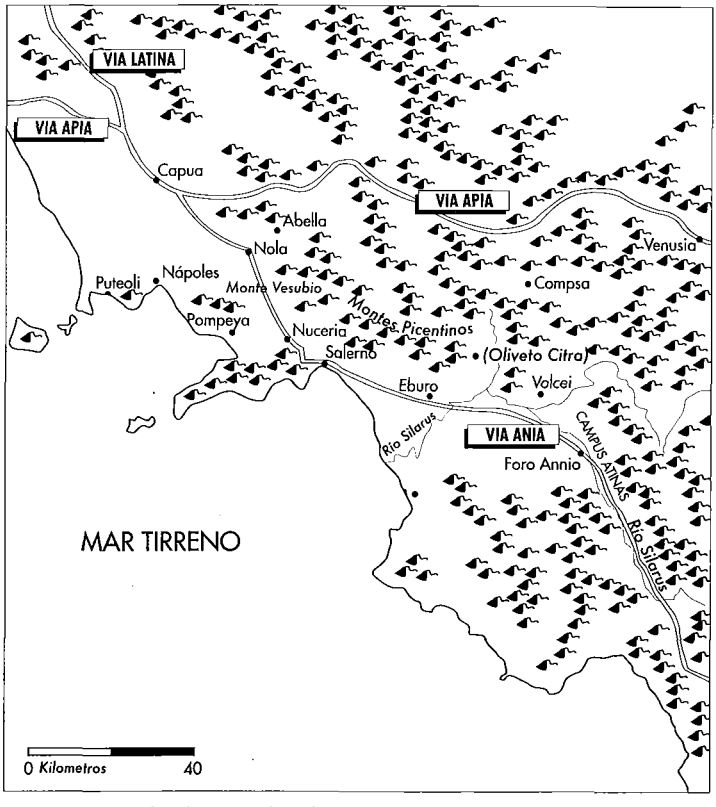
[25] Traducción de M.J. Muñoz Jiménez, *Cicerón: Discursos,* Madrid, Gredos, vol. VI, 2006, p. 215.
[26] T.R.S. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic,* Cleveland, American Philological Association, vol. II, 1952, p. 109 (a partir de ahora MRR II.109, etc.).
[27] Liv. *Per.* 95.2, Front. *Strat.* 1.5.21, Plut. *Cras.* 9.2, App. *BC* 1.116.
[28] Flor. *Ep.* 2.8.4.

banda de algunos cientos o miles de hombres y mujeres podían vivir temporalmente refugiados en el volcán, cazando, recolectando frutos y raíces..., pero no indefinidamente. Recordemos que era ya verano, que el Vesubio, aunque dormido, era un volcán (por tanto, no había muchos manantiales de agua que no fuese sulfurosa), y que el calor debía de ser asfixiante. Las fuentes insisten en que el número de los rebeldes aumentaba día a día, atraídos por el botín y por el reparto igualitario del mismo. Así que la clave de la potencia de la rebelión, el número de sus componentes, podía ser también la causa de su debilidad, ya que Espartaco no era capaz de alimentar ni de saciar a tantas personas refugiadas en el Vesubio.

Mientras tanto, el pretor Claudio Glabro, al mando de una milicia reclutada en Roma y por el camino ("fuerzas reunidas con precipitación y al azar", según Apiano)[29], avanzaba al frente de unos tres mil hombres (según Plutarco) o "varias cohortes" (según Frontino) hacia el Vesubio[30]. Es posible que Glabro emitiese un decreto ordenando la leva tumultuosa; también es posible que en su avance hacia el sur incorporase soldados veteranos de las guerras civiles, sobre todo a los colonos de Sila que tenían tierras asignadas en el territorio samnita e, incluso, en la misma Campania. Estos silanos no podían estar muy conformes con luchar contra un esclavo, pero las correrías de Espartaco y sus primeros saqueos debieron de inquietarles lo suficiente para que algunos decidieran enrolarse en el ejército de Glabro.

El plan del pretor, poco atrevido pero sin duda eficaz con otro jefe que no fuera él mismo, era "asediar" a los rebeldes en dicho monte, colocando a su ejército en la base del mismo, justo en el lugar donde desembocaba el único camino que, al parecer, subía a la cumbre. Demos la palabra a Plutarco, quien otra vez es el que da más detalles de lo sucedido:

[29] App. *BC* 1.116.
[30] Plut. *Cras.* 9.2, Front. *Strat.* 1.5.21.



Mapa 1. Región donde se produjo la rebelión de Espartaco durante las campañas pretorianas del año 73 a.C. Tomado de B. Strauss, *La guerra de Espartaco, op. cit.*, p. 14.

> "Después, el pretor Clodio fue enviado desde Roma con tres mil hombres y los sitió en un monte que tenía un único acceso, difícil y estrecho, que Clodio sometió a vigilancia. De todas partes había precipicios escarpados y lisos; pero en la cima crecían muchas vides silvestres". (Plut. *Cras.* 9.2)

La idea de Glabro era conseguir la rendición de Espartaco y sus hombres por hambre, o al menos la escisión de la banda de rebeldes y que algunos desertaran de ella. Pero es sabido cuán difícil es asediar una montaña. Harían falta más de tres mil hombres para evitar que los asediados encontraran un camino de bajada y sorprendieran a los

asediantes por la noche. Además, los rebeldes no estaban dispuestos a dejarse morir de hambre. Se ha supuesto que Espartaco profirió la siguiente frase, en el caso de que los romanos les asediaran en el Vesubio y no pudieran mantenerse allí por falta de alimento:

> "Si encontraran resistencia, sería preferible morir por el hierro que por hambre". (Sal. *Hist.* 3.93)[31]

El problema, claro está, era cómo salir del encierro en el Vesubio, habida cuenta lo escarpado de las laderas del monte y la vigilancia del único camino practicable de bajada. La respuesta, como en el dicho latino *in uino ueritas,* estaba en las vides que crecían asilvestradas en el Vesubio. Es posible que los esclavos y campesinos pobres que se habían unido a Espartaco en estos primeros momentos conocieran la costumbre de tejer cestos y otros aperos rústicos con las trenzas sacadas de los sarmientos tiernos de estas vides silvestres. La idea que le dieron a Espartaco, Crixo y Enomao fue tejer cuerdas con los sarmientos para descolgarse de la cima del Vesubio y sorprender a las tropas de Glabro en su propio campamento, por la noche. Las fuentes cuentan prácticamente la misma historia: según Plutarco, "los gladiadores cortaron la parte útil de los sarmientos y trenzaron con ellos unas escalas tan fuertes y largas, que se podían suspender desde la cima a lo largo del precipicio y llegaban hasta la llanura" (Plut. *Cras.* 9.2); según Frontino, "el mismo Espartaco, sitiado en las cuestas de Vesubio en el punto donde la montaña es más escarpada y que por eso no estaba custodiado, trenzó cuerdas de los mimbres de los bosques" (Front. *Strat.* 1.5.21); y según Floro, "cuando allí se vieron asediados por Clodio Glabrón, descolgándose con cuerdas formadas por sarmientos a través de las gargantas de la hueca montaña, descendieron hasta su misma falda" (Flor. *Ep.* 2.8.4). Esta historia, sin duda, procede de una fuente común, quizá Tito Livio, aunque el interés por lo anecdótico y lo

[31] Frase asignada a Espartaco por B. Strauss, *La guerra,* op. cit., p. 72.

etnográfico de las trenzas y los mimbres recuerda, y mucho, a otro relato de Salustio referente a la guerra de Espartaco[32].

Pero las fuentes, que más o menos cuentan que los rebeldes se descolgaron con cuerdas por los precipicios del Vesubio, justo en los lugares donde no había vigilancia, hasta llegar a las faldas del monte o a la llanura, sí difieren en el material de las cuerdas: Plutarco y Floro, siguiendo a la fuente común, coinciden en la historia de los sarmientos de vid; pero Frontino, quizá desconocedor de este detalle o quizá queriendo resumir el relato, alude solo a "mimbres de los bosques". Otra cuestión es la continuación de la historia, pues al parecer, según el pasaje de Plutarco antes citado, mediante las cuerdas bajaron todos los rebeldes salvo uno, que se hizo cargo de las armas y que, luego de arrojarlas precipicio abajo, descendió igualmente por dichas cuerdas. Ello podría ser factible si habláramos solo de los setenta y pico gladiadores escapados de Capua, pero no si contamos con los varios cientos, quizá miles, de esclavos liberados, campesinos y pastores que ya habían afluido al Vesubio atraídos por la esperanza de botín. La única explicación posible es que el episodio de las cuerdas fuera protagonizado tan solo por los gladiadores. Estos, una vez en la falda de la montaña, podrían haber acabado con los guardias de Glabro, momento en el que el resto del ejército rebelde descendería por el camino, ya sin impedimento, para tomar al asalto el mal guarnecido campamento de Glabro. Así parecen confirmarlo las fuentes, que hablan de que el descenso de los gladiadores les llevó a unas gargantas que conducían a un camino oculto, con lo que los rebeldes pudieron rodear el campamento y asaltarlo por sorpresa y en mitad de la noche, consiguiendo un gran botín[33]. Solo así se explica que varias cohortes, tres mil hombres romanos, fueran derrotadas por un manojo de rebeldes.

Esta victoria, además, supuso para el ejército de Espartaco un aporte inmediato de armas, corazas, escudos y cascos, en cantidades suficientes para rearmar a los rebeldes[34]. Además, consiguieron, sin duda,

[32] Sal. *Hist.* 3.102: "Estos, habituadísimos a la práctica de aquellos lugares y a trenzar recipientes rústicos con mimbres, en aquella circunstancia –dada la carencia de escudos– recurrieron a aquel artificio y se fabricaron escudos similares a los de los jinetes".
[33] Flor. *Ep.* 2.8.4, Oros. *Hist.* 5.24.1.
[34] Sal. *Hist.* 3.101.

caballos, víveres y las insignias y estandartes, las fasces, del pretor. Con estas armas e impedimenta, la banda de Espartaco comenzó a parecerse a un ejército romano. Además de estas ventajas importantísimas, la batalla del Vesubio supondría una gran victoria propagandística. Los desesperados de la zona, que debían de ser muchos habida cuenta las expropiaciones de tierras realizadas unos siete u ocho años antes por Sila para dárselas a sus veteranos, acudieron en masa a Espartaco. Plutarco, otra vez, nos comenta:

> "Se les unieron, además, muchos vaqueros y pastores del lugar, hombres belicosos y ágiles, que, o bien recibieron el armamento pesado, o bien fueron usados como tropas de vanguardia y de infantería ligera." (Plut. *Cras.* 9.4)

Fue, pues, en este momento cuando los pastores y vaqueros se unieron a Espartaco. Muchos de ellos recibieron armas pesadas (coraza y escudo legionario, casco, *pilum* o lanza, y espada). Pero otros fueron utilizados como exploradores y como infantería ligera, experta en el manejo de la honda, el arco y todo tipo de armas arrojadizas.

Eso en cuanto a los rebeldes. En cuanto a los romanos, algunos de ellos escaparon, sin duda, y se sabe que en aquel mismo otoño, quizá el 15 de octubre del año 73 a.C., el mismo Claudio Glabro compareció ante el Senado, quizá para informar de su deshonroso comando y de su derrota ante un ejército de esclavos[35].

Pero el Senado, solo atento a que la majestad del pueblo romano (y a sus intereses particulares como terratenientes dueños de latifundios en Campania), no tomó nota y volvió a mandar otro ejército pretoriano. En efecto, el Senado eligió en otoño del año 73 a.C. a otro de los veinticuatro pretores de aquel año: Publio Varinio[36]. Sabemos algo más de su campaña, incluso conocemos el nombre de dos de sus oficiales (el legado Lucio Furio y el cuestor Gayo Toranio), porque

[35] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 83, nota 1.

[36] *MRR* II.119. Es curioso que Fast y Kubrik usaran el nombre de Varinio para llamar así a la mujer de Espartaco: Varinia. Quizá para empatizar más con los espectadores anglosajones con la esclava, en la película Varinia es britana, lo cual añade aún más confusión, pues Varinia es un nombre totalmente romano. ¡Y eso que la mujer de Espartaco o su pariente era tracia!

se conservan dos fragmentos manuscritos de las *Historias* de Salustio (los llamados *Fragmentos Vaticanos)* con parte del relato de este episodio. A pesar de lo impresionante que resultaba que una rebelión de gladiadores, una guerra de bandidos, un "tumulto servil" (como lo llamó César), provocara el envío de dos ejércitos pretorianos sucesivos (los de Claudio Glabro y Publio Varinio), Apiano asegura que este ejército tampoco estaba formado por tropas regulares, sino que fue reclutado *ad tumultum* mediante un edicto del pretor. Este tipo de edictos obligaban al alistamiento a los ciudadanos romanos que se encontrasen en el camino, así como a los aliados y unidades auxiliares próximas.

Pero, ¿de cuántos hombres se podía componer el ejército de Varinio? Tenemos dos testimonios: Salustio habla de que las tropas directamente a las órdenes de Varinio eran cuatro mil soldados "voluntarios" *(uolentibus*, "los que quisieron"), y Plutarco, que su legado Furio tenía bajo su mando a tres mil soldados[37]: es decir, a más de dos veces las tropas del pretor anterior que, como ya dije, eran tres mil hombres. Varinio probablemente reclutó a gran parte de sus tropas, pero también distribuyó entre las mismas a los reclutas que pudieron volver de la derrota de Glabro en el Vesubio. Las tropas convocadas *ad tumultum* se organizaban también en cohortes, como las legiones[38]. Estas, desde la época en que Mario reorganizó el ejército romano legionario, se componían de un máximo de cuatrocientos ochenta hombres[39]. Por lo tanto, el ejército de Varinio incluía casi quince cohortes, es decir, legión y media. El envío de más de una legión a combatir a una banda de esclavos ya da cierta idea de cuán seriamente se empezaba a tomar el Senado la rebelión. Es posible, incluso, que las tropas de Varinio pudiesen llegar a las dos legiones, unos diez mil hombres, porque, como veremos, su cuestor Toranio fue enviado a Roma y volvió de ella con refuerzos.

[37] Sal. *Hist.* 3.96.1, Plut. *Cras.* 9.5.
[38] Front. *Strat.* 1.5.21, llamó cohortes a las tropas del pretor anterior contra Espartaco, Claudio Glabro.
[39] Ph. Matyszak, *Legionario. El manual del soldado romano,* Madrid, Akal, 2010, p. 20.

Mientras Varinio se ponía en marcha desde Roma por la Vía Apia hacia el sur, Espartaco, Crixo y Enomao continuaban saqueando Campania. El ejército rebelde podía ya contar con los diez mil efectivos que, para esta fase inicial de la rebelión, le dio Floro. La principal preocupación de Espartaco y sus comandantes era alimentar a dicha multitud. Dos o tres meses de saqueos en las villas, latifundios y aldeas de la región podían haberles proporcionado víveres, sobre todo en aquella época del año en que la siega y las primeras vendimias proporcionaban abundante alimento. Pero diez mil hombres, mujeres y niños eran la población de una pequeña ciudad, por lo que se hacía necesario, perentorio, buscar nuevas fuentes de aprovisionamiento. El otro gran problema de dicho ejército era el de las armas. Ya he comentado que en su primera fase, durante la huida, los setenta y cuatro gladiadores y sus seguidores pudieron armarse con el contenido de un carro o más de pertrechos capturados en Capua, y con las armas de cuantos viandantes se encontrasen por el camino (y también las de los capataces y guardias de las plantaciones). La derrota de la milicia de Capua, unos pocos cientos de hombres no muy bien armados, y, sobre todo, la del ejército de Claudio Glabro, les pudo suministrar armas, corazas y escudos para unos dos o tres mil hombres como máximo. Además, los campesinos y, sobre todo, los pastores y vaqueros probablemente llevaban sus propias armas ligeras: arcos y flechas, hondas, pértigas, venablos, pequeñas espadas, azadones y otras por el estilo. Pero aún quedaban varios cientos, quizá miles de combatientes, hombres y mujeres, sin armar. Así que Espartaco y sus secuaces decidieron fabricarse sus propias armas.

Hay varios testimonios de ello: Salustio nos dice que los rebeldes fabricaron lanzas con pértigas de madera, endureciendo sus puntas al fuego (una práctica conocida desde la Prehistoria: la madera quemada es más dura que la madera seca)[40]; también nos relata cómo aquellos campesinos, "habituadísimos a la práctica de aquellos lugares y a trenzar recipientes rústicos con mimbres, en aquella circunstancia –dada la carencia de escudos– recurrieron a aquel artificio y se fabricaron escudos

[40] Sal. *Hist.* 3.96.1.

similares a los de los jinetes" (Sal. *Hist.* 3.102). Pero el relato más completo de esta actividad armera lo tenemos en Floro:

> "Al haberse reunido el número adecuado para un ejército regular, toda vez que sus tropas se habían acrecido día a día, fabricaron unos toscos escudos de mimbres y pieles de animales, y del hierro de sus cadenas fundido, espadas y dardos y para que no faltara ornato alguno a un ejército regular, tras domar, incluso, las manadas que encontraban en su camino, se organiza una caballería, y las insignias y las fasces arrebatadas a los pretores las entregaron a su jefe." (Flor. *Ep.* 2.8.6-7)

El tema de las pieles de animales que encolaban a los escudos de mimbre para hacerlos más fuertes también está atestiguado por Salustio[41]. Lo que es curioso es que utilizaran el hierro de las cadenas, lo cual indica que muchos de los evadidos todavía llevaban sus grilletes, con los que probablemente permanecían encadenados durante la noche en los ergástulos; o quizá sea una inferencia retórica de Floro, al considerar inherente a la condición de los esclavos llevar cadenas y grilletes de hierro. También es interesante que Espartaco organizara sus tropas al modo romano, con hombres armados a la manera romana, con caballería auxiliar, y con las insignias y fasces arrebatadas al pretor Glabro. César, contemporáneo a los hechos y posible participante en los mismos como tribuno militar de alguno de los ejércitos pretorianos o consulares, insistió en que los espartaquíadas luchaban con pericia aprendida de los romanos y que empezaron sin tener armas, pero luego se hicieron con ellas:

> "Y recientemente en Italia, en la sublevación de los esclavos, los cuales, sin embargo, tenían a su favor la pericia y disciplina que habían aprendido de nosotros. De lo cual podía deducirse cuán grandes eran las ventajas que la constancia llevaba consigo, pues a los mismo que al principio habían temido, a pesar de estar sin

[41] Sal. *Hist.* 3.103.

> armas, habíanlos vencido más tarde armados y victoriosos." (Caes. *BG* 1.40.5-6)

La campaña del pretor en otoño del 73 a.C. es algo confusa. Los detalles que aportan Plutarco, Frontino, Floro y Apiano al relato general de Salustio a veces son contradictorios. Intentemos la reconstrucción de los hechos. Publio Varinio partió de Roma y fue alistando por el camino hasta a siete mil hombres, con los que llegó a Campania. Una vez en la zona, y con un ejército de Espartaco de varios miles de hombres armados pobremente y organizados al modo romano, Varinio, quizá intentando cubrir más terreno o perseguir a algunas bandas dispersas del ejército rebelde, dividió imprudentemente sus tropas, y envió a su legado Furio con dos mil hombres en pos de los fugitivos[42]. Según Plutarco, Espartaco atacó a este Furio y puso en fuga a sus hombres (Plut. *Cras.* 9.5): lo cual sin duda indica que muchos escaparon de la derrota y se unieron a Varinio en su campamento.

Salustio (*Hist.* 3.96.1) dice que las tropas de Varinio estaban enfermas, bien por lo malsano del lugar elegido por el pretor para acampar, bien porque el otoño avanzado (¿quizá era ya noviembre?) provocara una epidemia de gripe o alguna enfermedad pulmonar parecida. Las bajas de dicha epidemia, el hecho de que ningún otro ciudadano se había alistado al ejército romano "a pesar de la dureza del edicto del pretor", y el relajamiento de la disciplina militar, incitaron a Varinio a mandar a Roma a su cuestor, Gayo Toranio, es decir, a un senador con mando militar pero con funciones más administrativas y económicas, para solicitar el envío de refuerzos. Aunque no sabemos el resultado de las gestiones de Toranio, Floro comenta de pasada que Espartaco derrotó a este Toranio y tomó su campamento[43], por lo que es posible que el cuestor recibiera una tropa para enviarla como refuerzo a Varinio, pero que fuera cogido por sorpresa por Espartaco y derrotado por él. Las armas del ejército de Toranio vendrían muy bien para reforzar las fabricadas por los rebeldes con mimbres, pértigas, pieles y cadenas.

[42] *Διαχιλίους στρατιώτας:* dos mil soldados. Es un error, pues, la traducción "tres mil" que da A. Ledesma, *Plutarco*, p. 355.
[43] Flor. *Ep.* 2.8.5.

Mientras esperaba la llegada de los refuerzos a sus cuatro mil hombres, Varinio decidió hacer lo que Glabro unas semanas antes: sitiar a Espartaco en algún lugar de Campania, bien elegido porque, al parecer, los rebeldes no podían escapar del sitio del pretor. Varinio hizo otra cosa bien, además de elegir el sitio adecuado para su acción: fortificó su campamento por medio de una trinchera, un foso y robustas fortificaciones. Espartaco, bien conocido en la Antigüedad por sus estratagemas y sus acciones audaces, decidió escapar por la noche del asedio de Varinio. Dejemos a Salustio el relato de lo acontecido:

> "Los rebeldes, agotados ya todos sus víveres, para no dejarse sorprender por un ataque sorpresa de parte de un enemigo tan cercano, y dado que estaba este ocupado en montar la guardia y en llevar a cabo todo lo acostumbrado en la milicia, tras la medianoche salieron todos con un gran silencio, dejando solo a un bocinero. Antes de todo ello, habían plantado delante de la puerta, izados sobre palos, los cadáveres de los últimos caídos, de tal forma que parecieran centinelas a la vista de cualquier observador lejano, y habían encendido muchas hogueras, para asustar y alejar a los soldados de Varinio [...] Luego se alejaron por lugares impracticables. Pero Varinio, cuando había ya amanecido, advirtiendo que habían cesado los gritos de la parte de los fugitivos y, con ellos, el lanzamiento de piedras a su campamento, así como que el alboroto, la agitación y el estrépito del enemigo venían ahora de todas partes, envió unos jinetes a una colina cercana para que explorasen y siguiesen cualquier pista". (Sal. *Hist.* 3.96.2-3)

Este relato de cómo Espartaco consiguió zafarse del asedio de Varinio y de cómo este decidió levantar su campamento para perseguirle, está atestiguado también por Frontino, quien, en su obra *Estratagemas,* precisamente para ilustrar este tipo de desplantes, nos transmite otro relato interesante:

> "Este mismo Espartaco, estando acorralado por las tropas del procónsul Publio Varinio, colocó estacas a intervalos cortos antes de la entrada al campamento; luego colocó cadáveres, vestidos con ropa y armados, y los ató a las estacas para dar el aspecto de centinelas, vistos a la distancia. También encendió fuegos en todas partes del campamento. Engañando al enemigo con este espectáculo vacío, Espartaco al finalizar la noche condujo silenciosamente a salvo a sus tropas." (Front. *Strat.* 1.5.22)

Por lo que puede deducirse de los dos textos de Salustio y Frontino, sumado al episodio de las cuerdas del Vesubio, Espartaco empezaba a ser conocido por sus tretas estratégicas, una manera de luchar poco ortodoxa en quien había sido entrenado en el ejército romano, pero efectiva. Estas tretas recuerdan un poco las del Ulises homérico, y quizá fuera eso lo que los autores romanos intentaran: comparar el periplo de Espartaco por Italia con el de Ulises por el Mediterráneo.

Fuera como fuera lo que Espartaco hiciera, consiguió zafarse del cerco de Varinio y alejarse del lugar. Quizá entonces Espartaco se encontró con Toranio y sus tropas de refuerzo que iban camino de reunirse con Varinio. Según el texto brevísimo de Floro ya comentado, Espartaco no solo derrotó a Toranio sino que tomó su campamento, reforzando así a su ejército con armas nuevas y sin gastar.

Mientras esto sucedía, Varinio se replegó un poco al norte, a la ciudad griega de Cumas, protegida por una muralla. Como vemos, toda la campaña del otoño del 73 a.C. se desarrolló entre el sur del territorio samnita y el norte de Campania. Una vez en Cumas, Varinio, que había perdido el ejército de su legado Furio, y también los refuerzos de Toranio, se dio cuenta de que le quedaban solo cuatro mil de los más de nueve mil hombres que el Senado le había encomendado. Sus hombres, en la seguridad de Cumas, comenzaron a rebelarse contra la disciplina militar y a sentirse confiados en derrotar ellos solos a Espartaco. Así que Varinio tomó la decisión de enfrentarse a los rebeldes en campo abierto.

Una escena similar se desarrolló en el campamento de Espartaco. Los rebeldes estaban divididos entre los que apoyaban a Crixo,

fundamentalmente los galos y germanos, que querían enfrentarse a Varinio en batalla campal, y los que apoyaban a Espartaco, la minoría, que preferían seguir con sus tretas y atacar por sorpresa o nocturnamente a los romanos. Se conserva un texto fragmentario de Salustio interesante porque resume las tres posibles opciones de los espartaquíadas:

> "En el temor de que, dedicándose a las correrías que estaban haciendo [...] fueran rodeados y exterminados [...] por lo que debían partir apresuradamente. Unos pocos hombres prudentes, de ánimo liberal y noble, pensaban que era preciso retirarse en el modo que Espartaco aconsejaba, por lo que aprobaban su parecer. Otros, en cambio, confiaban estúpidamente en los refuerzos que llegaban y en su propio carácter belicoso; y los últimos y más numerosos, olvidados vergonzosamente de su patria, nada alejados de su mentalidad servil, no querían sino robos y sangre [...] parecía el mejor partido." (Sal. *Hist.* 3.98.1)

Según este texto, había tres partidos: los que deseaban retirarse, guiados por Espartaco y unos pocos hombres "de ánimo liberal y noble"; los que esperaban que los refuerzos que se les unían día a día les hicieran más fuertes y, por tanto, confiaban en vencer a Varinio; y los que no querían nada más que seguir saqueando. Al parecer, los segundos y los terceros convencieron a los restantes. Había que derrotar a Varinio en Campania y saquear la región.

Mientras tanto, el Senado, preocupado por la huida de los rebeldes del cerco de Varinio, decidió enviar otro ejército pretoriano, dirigido por Lucio Cosinio[44], con tropas reclutadas también urgentemente, hacia el sur. La orden de Cosinio era unirse a Varinio como comandante del ejército, "consejero y colega" de Varinio según Plutarco[45]. Pero los acontecimientos son confusos. Es posible que Cosinio se uniera a Varinio, pero que este, olvidando lo ocurrido con su legado Furio, decidiera dividir sus fuerzas para cubrir más territorio. El caso es que

[44] *MRR* II.110.
[45] Plut. *Cras.* 9.5.

Cosinio, avanzando hacia el sur con cierta despreocupación, fue seguido secretamente por Espartaco, quien cayó sobre él, desprevenido dándose un baño en Salinas, cerca de Pompeya. Es el famoso episodio de la persecución del pretor por Espartaco plasmado en el *graffito* de Pompeya. En un primer momento, Cosinio escapó de su perseguidor (de ahí el "afortunado" del *graffito*), pero este tomó su bagaje (más armas y provisiones para los rebeldes). Finalmente, Espartaco asaltó el campamento de Cosinio, derrotando a sus tropas y matando al propio pretor. Toda una hazaña para un gladiador.

Poco después, al parecer, Espartaco se enfrentó al propio Varinio. Los romanos, lejos ya del ardor guerrero que les había hecho rebelarse contra el pretor y obligarle a marchar hacia el sur contra Espartaco, estaban desmoralizados[46]. No sabemos dónde fue la batalla, pero el rebelde consiguió derrotar al pretor, tomar su campamento y a sus lictores (los que portaban las fasces, símbolo del estatus del magistrado romano), e incluso el propio caballo de Varinio. Este, al parecer, escapó con vida para volver a Roma a reportar su derrota. Espartaco tenía ya un ejército probablemente de veinte o treinta mil hombres, con armas y bagajes suficientes, incluso con fasces y una incipiente caballería[47].

Los rebeldes, una vez derrotados los ejércitos pretorianos y ante la inminencia del invierno, decidieron seguir otro plan, audaz porque suponía abandonar la región que les había visto nacer como grupo y crecer como ejército. El plan consistía en marchar hacia el sur, atravesando Campania, y llegar a Lucania, la región que hoy conocemos como Basilicata, de donde era natural el poeta Horacio, nacido poco después de la rebelión. Por el camino, el ejército de Espartaco consiguió saquear las poblaciones de Nola, Nuceria y Abella (las tres, en la Vía Ania).

Nuceria y, sobre todo, Abella, estaban en manos de colonos, veteranos del ejército de Sila que habían despojado de sus tierras a los

[46] Sal. *Hist.* 3.95: "En ese momento, como sucede en los más graves, sobre todo, cada uno recordaba a sus seres más queridos, a los que aguardaban en casa, y todos, cada cual en su fila, hacían los últimos preparativos".

[47] *Cf.* Sal. *Hist.* 3.101. Sobre el ejército de Espartaco en esta época, véase a A. Kunisz, "De servorum seditione anno 73 a. Chr. n. facta eiusque ducibus", *Meander* 13, 1958, pp. 3-14.

agricultores campanos y lucanos, y por tanto fueron saqueadas por los campesinos desposeídos que iban en el ejército de Espartaco con cierta lógica. En cuanto a Nola, al norte de Pompeya, se hizo famosa bastante después por ser el lugar donde murió el emperador Augusto en el año 14 d.C. Al parecer, Augusto fue a morir a una casa que había pertenecido a su padre Octavio, quien murió en la misma habitación que él en el año 59 a.C.[48], catorce años después del saqueo de Espartaco. Esto indica bien que los romanos pudientes habían reconstruido sus villas después del paso de los rebeldes y las habitaban con toda normalidad, o bien que las destrucciones provocadas por Espartaco no fueron graves, dada la prisa que tenían en llegar a Lucania.

En Lucania, tierra rica en trigo y ganado, explotados por esclavos[49], el ejército rebelde debía reabastecerse y liberar más esclavos con los que reforzar el ejército para poder enfrentarse a los romanos. Para lograrlo, sin embargo, hacía falta un guía que les enseñara el camino, alejándose de la Vía Ania, peligrosa porque por ella podían venir más ejércitos romanos. Para internarse por los montes Eburinos, los rebeldes consiguieron la ayuda de un misterioso guía. Salustio dice que era un prisionero de los montes Picentinos, al norte de Eburum. El que fuera prisionero puede indicar que fuera un hombre al servicio de alguno de los ejércitos romanos derrotados anteriormente, o bien que fuera un esclavo liberado de un ergástulo. En otro fragmento, Salustio escribe que solo había un hombre que conociera bien Lucania, un cierto Publípor[50]. Este nombre significa "chico de Publio", y se utilizaba cariñosamente para nombrar a los esclavos de confianza[51]. Por tanto, con la ayuda de este Publípor, los rebeldes marcharon hacia el sur, cruzaron el río Silarus, y llegaron a Nares de Lucania, una población famosa quizá por sus aguas termales. Poco después se produjo el saqueo de la localidad de Foranio (Foro de Annio), descrito con detalles escalofriantes por Salustio:

---

[48] Suet. *Aug.* 100.1.
[49] B. Strauss, *La guerra*, p. 99.
[50] Sal. *Hist.* 3.99. Es posible, no obstante, que ambos guías no fueran el mismo, y que el picentino del fragmento 3.98.2 no fuera el Publípor del fragmento 3.99.
[51] B. Strauss, *La guerra*, p. 106.

> "Y, enseguida, los fugitivos, en contra de las órdenes de sus jefes, comenzaron a violar a las jóvenes y a las viejas y otros hacían burla de los que aún vivían, les hurgaban en sus heridas de un modo atroz, sin cuidarse tampoco de los que agonizaban con el cuerpo mutilado. Otros aplicaban fuego a las casas, y muchos esclavos de aquel lugar, aliados de los invasores en virtud de su índole servil, sacaban fuera de sus escondrijos los tesoros de sus señores, y a los señores mismos: nada, en suma, parecía inviolable o sacrílego al furor y a la bajeza servil de aquellos bárbaros. Espartaco, imposibilitado para evitar esos excesos, aún les rogaba de todas las formas posibles para que se dispusieran a la fuga." (Sal. *Hist.* 3.98.2-3)

Este texto es sospechoso por muchos motivos. En primer lugar, Espartaco con sus seguidores "de ánimo liberal y noble", quiso evitar el saqueo y el exceso de los rebeldes. En segundo lugar, los rebeldes galos y germanos partidarios de la violencia aparecen como asesinos, violadores, torturadores... "en virtud de su índole servil". Es decir, un bando de los rebeldes era noble, el otro era servil. El uno quería evitar los excesos y daba órdenes en ese sentido, el otro no quería más que robar, violar y asesinar... Demasiado blanco o negro, lo cual, como siempre, siembra la duda y la sospecha sobre las simpatías y antipatías de la fuente sobre Espartaco como figura individual y sobre sus esclavos fugitivos como ejército. Sin duda, la historia del saqueo y destrucción de Foranio y de otras aldeas saqueadas por los rebeldes es bastante cierta. Pero si estos actuaron con tanta crueldad contra simples campesinos, tampoco es creíble que muchos de estos se les unieran. Finalmente, es posible que Foranio, como Abella[52], fuera un pueblo habitado por los odiados colonos romanos de Sila o gentes similares que habían desposeído a los habitantes lucanos del lugar, de donde se entiende el odio y la saña con la que se condujeron en el saqueo.

Los rebeldes, tras estos actos de barbarie, se asentaron en el territorio lucano, probablemente reforzados con muchos campesinos desposeídos de la zona y esclavos liberados. Una vez alejados los colonos

[52] Sal. *Hist.* 3.97.

y los propietarios de sus tierras, muchos de los cuales se refugiaron en los montes cercanos[53], los rebeldes se ocuparon de recolectar la cosecha de la zona y de aprovisionarse de alimentos en la región de Campus Atinas.

Así terminó el otoño del año 73 a.C. En unos pocos meses, Espartaco y sus hombres habían derrotado a la milicia de Capua, a los ejércitos pretorianos de Claudio Glabro, Lucio Cosinio y Publio Varinio, y a las tropas de refuerzo comandadas por el legado Furio y el cuestor Gayo Toranio. En alguna de estas batallas, quizá en la de Glabro, uno de los comandantes rebeldes, Enomao, había muerto[54]. Desde ese momento, el ejército rebelde tenía dos jefes: Espartaco y Crixo. Espartaco tenía el apoyo de unos cuantos jefes más o menos prudentes, y Crixo el de los galos y germanos, que ya entonces no eran mayoría, pero que sabían imponer su criterio a la hora de saquear o de enfrentarse a los romanos en campo abierto.

La disyuntiva planteada en el campamento rebelde, en Lucania, era qué hacer durante el invierno que se avecinaba. Claramente, había que reforzar el ejército con varios miles de hombres más, y controlar un territorio en el que pudieran abastecerse de armas (o materiales para fabricarlas), de alimentos (trigo, pasto, ganado), y de más hombres (esclavos, campesinos, pastores). La opción estaba clara: dirigirse al sur de Lucania (el "arco" de la bota italiana), de clima más templado, y zona muy poblada y algo alejada de las vías romanas por donde podían llegar ejércitos enemigos. Así que los rebeldes se dirigieron a Metaponte, Turios y Cosentia, ciudades que sí lograron tomar y que, tras saquearlas, fueron la base donde se asentaron para entrenar a su ejército y pasar el invierno[55]. Es posible que fuera en este momento (diciembre del 73 o enero del 72 a.C.) cuando algún habitante medianamente rico de Polícoro, aldea situada en el golfo de Tarento entre Metaponte, primera ciudad saqueada de la zona, y Turios, segunda ciudad tomada al asalto por los rebeldes, enterrara el jarroncito con las monedas, hecho ya comentado en el capítulo 2 sobre las fuentes arqueológicas.

[53] Sal. *Hist.* 3.98.4.
[54] Oros. *Hist.* 5.24.2.
[55] J. Scarborough, "Reflections on Spartacus", *AncW* 1, 1978, pp. 75-81.

Parece que la furia asesina de los espartaquíadas se había calmado, y los habitantes del lugar no temían tanto por sus vidas como por sus posesiones. Si hubiera sido al revés, los ricos habrían huido a las montañas con sus monedas, no las habrían enterrado sin más a la espera de que el ejército rebelde pasara de largo.

Capítulo cuarto
La larga marcha por Italia

La lucha contra los cónsules

A comienzos del año 72 a.C., Espartaco, Crixo y sus rebeldes fugitivos se hallaban asentados en la zona de Turios, en el golfo de Tarento, probablemente entrenando a sus tropas. Ya he citado el texto de Floro en el que se habla de la organización de un "ejército regular" con fasces, insignias, caballería. Las fuentes hablan de que los diez mil hombres y mujeres de la época del Vesubio se habían multiplicado por cuatro:

> "Se dice, en efecto, que bajo el mando de Criso había una multitud de diez mil hombres y bajo el de Espártaco el triple número de ellos." (Oros. *Hist.* 5.24.2)

Es decir, cuarenta mil hombres, pero divididos en dos contingentes. Probablemente, Crixo acaudillaba a los esclavos galos y germanos y Espartaco a los tracios, a los esclavos de otros orígenes (muchos de ellos italianos de varias generaciones), a los campesinos itálicos, a los desertores romanos y a los pastores y vaqueros. Esta disparidad de las cifras, y el hecho de que todas las fuentes indiquen que Crixo era el líder de los galos y germanos (una minoría), han llevado a pensar a algunos estudiosos que el principal contingente de la rebelión de Espartaco fueran los campesinos pobres itálicos o italiotas, hasta el punto de considerar la rebelión una especie de alzamiento "italiano" o, incluso, una revolución agraria[1]. Es posible, además, que el asentamiento de Espartaco en Turios en el invierno del 72 a.C. y después en el invierno del 71 a.C. tuviera como objetivo incitar a la población

[1] P. Oliva, "Die charakteristischen", pp. 78-80.

local, vinculada a cultos órficos y dionisíacos, a unirse a su ejército, invocando precisamente su carácter mesiánico[2]. En este sentido, el carácter "dionisíaco" de Espartaco y de su mujer o pariente pudieron haber provocado un cierto culto a su personalidad que explicaría tanto su importancia en la historiografía como líder de la rebelión (hasta el punto de que muchos se refirieran a ella como "la guerra de Espartaco"), cuanto su distanciamiento de Crixo y el choque de sus dos, sin duda, poderosas personalidades.

Pero, ¿cuántos eran los rebeldes en este momento? Si Orosio dice que eran cuarenta mil, otras fuentes hablan incluso de más: Apiano, por ejemplo, dice que los rebeldes eran ya setenta mil y hacían acopio de material de guerra (App. *BC* I.116). En cuanto a la cifra, es quizá más factible que se refiera al final del periodo en el golfo de Tarento, cuando el ejército se dirigió hacia el norte, que al comienzo. Y eso porque sabemos que Crixo acaudillaba a veinte o treinta mil hombres cuando se desgajó del ejército de Espartaco y fue derrotado en la batalla del monte Gargano[3], por lo que pasó de diez mil al comienzo del invierno del año 72 a.C. a veinte o treinta mil a comienzos de la primavera. Es posible que Espartaco, a su vez, pasara de los treinta mil que dice Orosio a cincuenta mil justo cuando comenzó la larga marcha hacia el norte.

Y, en cuanto al material de guerra... ¿se refiere Apiano a maquinaria bélica de asedio? Hasta el momento, el ejército de Espartaco se había equipado ligeramente con armas fabricadas por ellos mismos (pértigas de punta de madera endurecida al fuego, escudos de mimbre con pieles, espadas hechas de las cadenas de los esclavos), o bien con las armas de los soldados romanos de tres ejércitos pretorianos muertos en sus emboscadas y asaltos a los campamentos. Es difícil que estos ejércitos llevaran maquinaria de asedio, pues habían sido reclutados *ad tumultum* y no constaba que Espartaco se hubiera refugiado en ninguna ciudad amurallada. Por tanto, es posible que durante el invierno del año 73 a.C., Espartaco se hiciera con algunas máquinas de asedio

[2] Es lo que defiende P. Piccinin, "Les Italiens dans le Bellum Spartacium", *Historia* 53, 2004, pp. 173-199.
[3] Liv. *Per.* 96.1. O treinta mil hombres según App. *BC* I.117.

ligeras, o incluso con artillería de la época. Sabemos, por ejemplo, que cerca de Metaponte había una factoría de balas de proyectil[4]. ¿Usaron los espartaquíadas estas balas con catapultas y escorpiones requisados en las ciudades del golfo de Tarento? Solo así se explicaría la toma de la ciudad de Turios, la única con murallas conquistada por Espartaco.

En todo caso, tanto las cifras del ejército de Espartaco, multiplicadas por cuatro al comienzo del invierno y por siete al comienzo de la primavera del año 72 a.C., como el entrenamiento de aquel "ejército regular" y su rearme solo pueden significar una cosa: la rebelión había triunfado al atraer a ingentes cantidades de hombres y mujeres al campamento de Espartaco, y al conseguir también armas, o materiales para fabricarlas, y poder suministrárselas al equivalente a ¡catorce legiones! De la magnitud de este ejército se hicieron eco ya en la Antigüedad quienes compararon a Espartaco con Aníbal[5], y eso que Aníbal solo contaba con unos cuarenta mil hombres cuando invadió Italia.

Pero, en Roma, ¿qué hacía el Senado? Al parecer, estaba sobrecogido, en un mar de dudas y temores, oscilando sus sentimientos entre "la indignidad y la vergüenza"[6] porque unos esclavos hubieran derrotado a tres de sus ejércitos dirigidos por pretores. Esta turbación del Senado no parecía, sin embargo, incitarles a hacer nada. Es cierto que los meses del invierno no eran propicios para enviar ejércitos, ni siquiera al sur de Italia, región templada. Lo más posible es que la inminencia de la toma de posesión de los nuevos magistrados en enero hiciera aconsejable dejar la solución de la rebelión a los nuevos cónsules y pretores.

En efecto, los cónsules del año 73 a.C., Marco Terencio Varrón Lúculo y Gayo Casio Longino, más preocupados de la guerra contra Mitrídates en Asia, dirigida por Lucio Licinio Lúculo, habían sido incapaces de dar una respuesta definitiva a la rebelión. Ni siquiera la primera derrota de Claudio Glabro les llevó a tomar el mando de un ejército legionario para acabar con Espartaco. Los nuevos cónsules del año 72 a.C., Lucio Gelio Poplícola y Gneo Cornelio Léntulo

[4] B. Strauss, *La guerra*, p. 109.
[5] Oros. *Hist.* 5.24.5.
[6] Plut. *Cras.* 9.8

Clodiano[7], iban a tomar otro rumbo, encargándose ellos mismos de la rebelión. Pero esto no ocurrió hasta los meses de primavera, cuando Espartaco y su ejército se dirigieron hacia el norte. Parece que la política del Senado durante diciembre del 73-febrero del 72 a.C. consistió en dejar a Espartaco y los suyos que se adueñaran del golfo de Tarento, del Bruzzio y de Lucania. Su dominio de la zona era absoluto, aunque sin llegar a fundar un reino, como los rebeldes de las dos guerras serviles anteriores habían hecho en Sicilia.

Los romanos también necesitaban formar un ejército regular con el que combatir a Espartaco. Las levas *ad tumultum* no habían dado resultado. Para acometer una guerra en toda regla, por más que les costase admitir que aquello era una guerra, hacían falta legiones. Y cada cónsul debía llevar consigo al menos dos legiones: por lo que hablamos de cuatro legiones, unos veinte mil hombres. Pero todas las legiones romanas estaban combatiendo en Ultramar: en Hispania con Pompeyo y en Asia con Lúculo. Así que las cuatro legiones necesarias había que reclutarlas en la propia Roma, súper poblada en la época con muchos proletarios recién convertidos en ciudadanos tras la guerra de los aliados, y en las zonas circundantes de Etruria, Piceno y Samnio, regiones muy amenazadas por Espartaco. El ejército estaría, seguramente, reforzado por veteranos de Sila y por hombres venidos de la guerra sertoriana en Hispania (83-72 a.C.) y de la guerra contra el rey Mitrídates en Grecia (74-65 a.C.). Así que los meses de aquel invierno también fueron de actividad febril en Roma y sus cercanías.

Ambos bandos se preparaban para un enfrentamiento inevitable, pero nadie sabía dónde tendría lugar. Si los espartaquíadas se quedaban *sine die* en el golfo de Tarento, los romanos tendrían que bajar por la vía Ania hasta Turios, o bien por la Vía Apia hasta Brindisi, para girar allí a la derecha y dirigirse a Metaponte. Los rebeldes tendrían, entonces, dos opciones: intentar pasar a Sicilia por el golfo de Mesina, intentar ir a Brindisi y pasar a Grecia cruzando el mar Adriático, o dirigirse al norte para escapar de Italia por los Alpes, hacia la Galia a la izquierda, o por Aquilea, hacia la costa iliria por la derecha. Sin

[7] Sobre estos cónsules y sus nombres completos, véase el útil libro de C. López Delgado, *Annales*, pp. 188-189.

embargo, los dos primeros planes eran difíciles al no disponer los rebeldes de una flota con la que cruzar cualquiera de esos estrechos. Solo quedaba la ruta terrestre hacia el norte.

En el bando de Espartaco, conforme avanzaba el invierno y se veía claro que los romanos enviarían uno o más ejércitos hacia el sur para atacarlos, había disensiones. Es posible, incluso, que estas se vieran favorecidas porque en el ejército rebelde no había una lengua común: los tracios, galos y germanos hablaban cada grupo en su propia lengua, y los itálicos, quizá, en osco, lucano y un sinfín de dialectos. Solo el latín, mal hablado por muchos de ellos, podía unirles. En todo caso, hablaran la lengua que hablasen, los esclavos galos y germanos, dirigidos por Crixo, seguían con su idea de saquear Italia, mientras que Espartaco y sus incondicionales preferían ir hacia el norte para escapar de los ejércitos romanos, y dirigirse hacia Galia y Tracia. Plutarco lo explica bien:

> "Ya para entonces Espartaco se había hecho fuerte y temible, pero se mantenía prudente y razonable. Como no esperaba poder sobrepasar el poder de los romanos, trataba de llevar a su ejército hacia los Alpes porque pensaba que debían cruzarlos y regresar a casa, unos a Tracia y otros a Galia. Pero sus hombres, que se creían fuertes por ser muchos y se habían llenado de soberbia, no lo obedecieron, sino que se dedicaron a saquear Italia mientras la recorrían." (Plut. *Cras.* 9.7-8)

Por supuesto, el texto se refiere al comienzo de la marcha de los rebeldes hacia el norte. A comienzos de la primavera, Espartaco y los suyos se pusieron otra vez en marcha. Es posible que Espartaco quisiera regresar a Tracia dando un rodeo por Iliria. Pero es dudoso que muchos de sus compañeros quisieran volver a sus supuestos hogares en Galia o Germania. La mayoría de ellos habían nacido en Italia, de padres o abuelos cautivos. Su interés, según el texto de Plutarco anterior, residía en saquear y desvalijar Italia, incluso en marchar contra Roma y hacerse con un fabuloso botín. La larga marcha hacia el norte, el cruce de los Alpes, y enfrentarse a un más que frío recibimiento en la

Galia o en Germania, se les hacía insufrible. Era preferible, para Crixo y los suyos, refugiarse en las montañas y vivir de la rapiña, lo cual no deja de tener su propia lógica. Pero, entonces, ¿por qué se dirigieron finalmente al norte?

Mi hipótesis es la siguiente: Espartaco podría querer volver a Tracia, pero sus compañeros, la mayoría itálicos o esclavos nacidos en Italia y, por tanto, "italianos" de varias generaciones, no[8]. La zona del Bruzzio, ya saqueada, ofrecía poco. Además, no era conveniente arruinar aquella región que les había proporcionado tantos soldados, armas y provisiones. Si el partido de Crixo había triunfado en el debate, era perentorio reclutar más hombres y saquear regiones alejadas de su base de operaciones. El norte, sin duda, con la zona costera del Adriático, el Samnio, el Piceno, estaban pobladas de itálicos descontentos con el régimen de Sila, de refugiados populares que odiaban al Senado, de campesinos empobrecidos por las confiscaciones de tierras para los veteranos de Sila, y, por supuesto, de esclavos y prisioneros deseosos de ser liberados[9]. La marcha al norte de la primavera del año 72 a.C. no fue un intento de huir de Italia, sino un intento de sublevar la Península contra Roma. Al fin y al cabo, Aristónico había intentado lo mismo en Pérgamo (rebelar una provincia entera contra Roma) sesenta años antes. Y algo similar estaba haciendo Sertorio en las Hispanias.

Si Espartaco buscaba la huida de Italia o la rebelión de la península contra Roma poco importa, porque sus compañeros solo querían saquearla. Por eso, es posible que también la autoridad personal de Espartaco se resintiera. Aún así, durante la marcha, llena de saqueos y violaciones, Espartaco pudo imponerse a sus compañeros en algunos momentos. Las fuentes cuentan que una matrona romana, avergonzada de la violación a la que fue sometida, se suicidó. Espartaco, que se había convertido de gladiador en organizador de juegos según un texto de Floro ya visto, decidió organizar un funeral magnífico por la

[8] Es más, según M. Willing, "Spartacus und der Heimkehrplan der Sklaven", *Altertum* 38, 1992, pp. 29-38, el supuesto plan de Espartaco de regresar a sus patrias de origen es un mito actual.

[9] Es la misma hipótesis de P. Piccinin, "Les Alpes, l'Étrurie et le Picenum dans le Bellum Spartacium", *REA* 108, 2006, pp. 559-580, quien aporta, además, como prueba, que estas regiones tenían una larga tradición de cultos dionisíacos que le sería de gran ayuda a Espartaco para reclutar seguidores, dadas sus vinculaciones con dicho culto.

matrona. Así es como lo cuenta, cinco siglos después de los hechos, Paulo Orosio:

> "Pues bien, tras haberlo arrasado todo con matanzas, incendios, robos y violaciones, con ocasión de las exequias de una matrona prisionera que se había suicidado ante el dolor de la pérdida de su pudor, organizaron, como entrenadores de gladiadores que eran más que jefes militares, un espectáculo de gladiadores con cuatrocientos prisioneros, disponiéndose a ser espectadores los que antes habían sido el objeto del espectáculo." (Oros. *Hist.* 5.24.3)

Es decir, convirtieron a sus prisioneros (¿los rebeldes tomaban prisioneros?) en gladiadores y les hicieron combatir hasta la muerte en honor a la matrona muerta. Este hecho, que puede parecer cruel para los parámetros del siglo XXI, era frecuente en la sociedad romana arcaica, siendo las luchas gladiatorias un sustitutivo de los primitivos sacrificios humanos. Pero el hecho de que se ofrecieran por una prisionera, encima una mujer, es significativo. Espartaco tenía que estar detrás de ello. Quizá intentara con este acto hacer que sus hombres dejaran de lado su ansia asesina y violadora, que su marcha hacia el norte fuera lo menos violenta posible. Su intención, además, era política: hacerse pasar por hombre respetuoso con la población local, para atraerse a más soldados, y a la vez asemejarse a sus enemigos romanos organizando sus propios juegos gladiatorios y sus propios funerales públicos. Esto, como veremos más adelante, se repitió cuando la muerte de Crixo.

En Roma, mientras tanto, el Senado decidió encomendar el ejército reclutado, cuatro legiones, a los dos cónsules del año, los ya mencionados Gelio y Léntulo. Sabemos poco de estos ejércitos y de los mandos intermedios. Junto con los cónsules iban algunos pretores, como el Quinto Arrio lugarteniente de Gelio que derrotó a Crixo, o el Gneo Manlio lugarteniente del procónsul Gayo Casio Longino, ambos mencionados por Tito Livio[10]. Quinto Arrio había sido designado

[10] Liv. *Per.* 96.1 y 96.6.

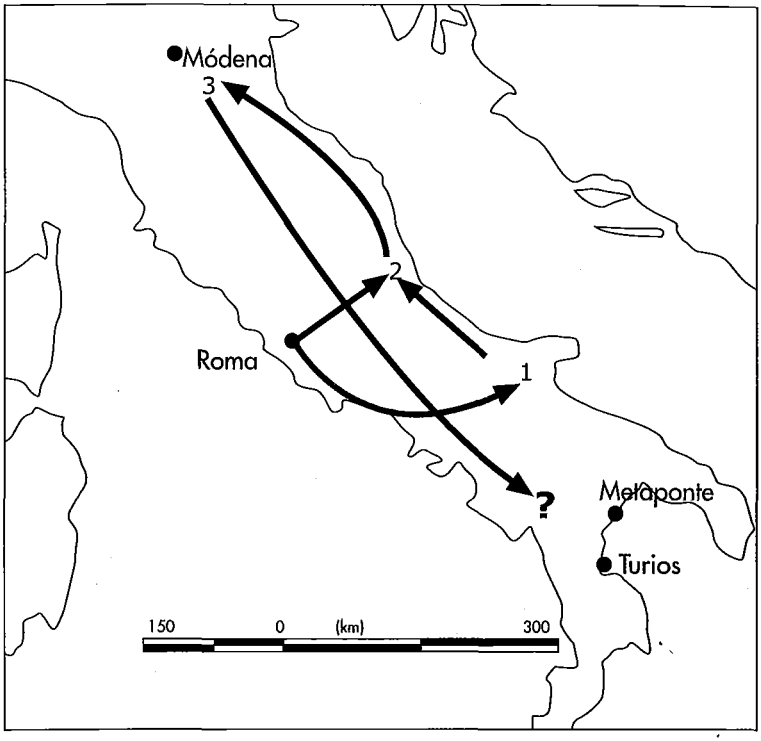
gobernador de Sicilia en ese año, pero se le cambió el destino para ser lugarteniente de Gelio, debido a su carácter fiero, a su constitución corpulenta[11] y a su experiencia militar. Con Gelio iba, además, el tribuno militar Quinto Servilio Cepión, medio hermano de Catón el joven, quien se alistó para servir con su pariente como agregado. Otro tribuno militar del año 72 a.C., Gayo Julio César[12], pudo participar en alguna de las expediciones de este año, como miembro de las fuerzas de alguno de los dos cónsules, aunque de esto no dicen nada las fuentes. Sin embargo, el texto de la *Guerra de las Galias* ya comentado en el capítulo de las fuentes parece indicar que César conocía la pericia militar de Espartaco, y eso probablemente indica que vio maniobrar a su ejército en alguna ocasión.

En todo caso, las fuerzas romanas, más de veinte mil hombres si sumamos los efectivos de cuatro legiones más los auxiliares y la caballería, se dividieron en dos partes, de dos legiones cada una, dirigida cada parte por uno de los cónsules. Ya hemos visto durante la fase de los ejércitos pretorianos, en el año 73 a.C., que Varinio tuvo que dividir sus fuerzas para abarcar más territorio. Es posible que esto se debiera a que los romanos no podían encontrar desertores del ejército de Espartaco que informaran de sus movimientos, por lo que tenían que cubrir todas las vías posibles del avance enemigo. Al contrario, Espartaco conocía bien los movimientos de los romanos porque, según Orosio, muchos desertores de los ejércitos de Roma acudían al campamento rebelde y le ayudaban[13].

[11] Cic. *Verr.* 2.4.42, *Ad Brut.* 242-243.

[12] M.Á. Novillo López, *Breve historia de Julio César,* Madrid, Nowtilus, 2011, p. 53, da como seguro que César había sido elegido el año 73 a.C. como miembro del colegio de Pontífices, y en el año 72 a.C. como tribuno militar.

[13] Oros. *Hist.* 24.1. Apiano, sin embargo, dice que Espartaco "no admitió a ninguno de los muchos desertores que trataron de unirse a él" (App. *BC* 1.117). Es posible que Apiano, siguiendo la tradición historiográfica favorable a Espartaco, quisiera mostrarle como desdeñoso de la ayuda de los desertores, considerada indigna entonces y ahora. Orosio, mucho después, y desconocedor de esta tradición, porque poco importaba ya en el siglo V, pudo utilizar fuentes como Tito Livio o el propio Salustio, contemporáneas y no sospechosas de simpatía por Espartaco.



Mapa 2. Las campañas del año 72 a.C.
1. Batalla de monte Gargano. 2. Derrota de Léntulo. 3. Derrota de Casio

En suma, Espartaco y Crixo, seguidos por setenta mil rebeldes (o quizá por menos, alcanzándose esa cifra a lo largo del camino), muchos de ellos galos y germanos, también tracios y orientales, esclavos nacidos en Italia, campesinos itálicos, pastores y vaqueros libres o esclavos, gentes pobres y desposeídas, se dirigió hacia el norte, desde Metaponto hasta alcanzar la Vía Apia, cerca de la costa Adriática. Al parecer, las disensiones que habían surgido entre Espartaco y Crixo ya en la época del Vesubio y, sobre todo, cuando el enfrentamiento por la violencia de los saqueos en Campania y Lucania, habían ido creciendo con el tiempo. Espartaco quería dirigirse al norte para dispersar a sus fuerzas en Galia, Germania y Tracia (o para sublevar a toda Italia

contra Roma). Pero muchos galos y germanos, y otros más que no conocemos, querían saquear Italia y, quizá, vengarse de los romanos en su propia capital. Salustio, en un fragmento que podría aludir a esta marcha incómoda por la rivalidad entre los jefes, dice que ambos "comenzaron a discutir entre ellos y a no consultarse nada"[14]. El caso es que Crixo comenzó a liderar el contingente galo y germano, muy numeroso por una doble razón: porque Galia era una región que suministraba tradicionalmente esclavos a los latifundios italianos, y porque los germanos eran muy habituales en los campos del sur de Italia desde que Mario apresara a decenas de miles de ellos tras su victoria sobre cimbrios y teutones. Las fuentes dicen que Crixo llegó a acaudillar una fuerza de entre veinte y treinta mil hombres[15], lo cual significaría que su contingente era entre un tercio y la mitad del ejército rebelde. Queda sin explicar, de todas formas, por qué las fuentes indican que los rebeldes no secundaban en los debates la postura prudente de Espartaco, y sin embargo el mayor número de hombres seguía a este en la marcha y no a Crixo.

Con el ejército rebelde dividido, Espartaco se dirigió al norte con más de cuarenta mil hombres y mujeres, siguiendo un camino difícil por las montañas del interior para evitar la Vía Apia, pero Crixo y sus entre veinte y treinta mil seguidores se dirigió desde el golfo de Tarento a la región de Apulia y el Samnio para saquear la costa del Adriático. En cuanto a los romanos, el ejército del cónsul Gelio Poplícola, con su lugarteniente el pretor Quinto Arrio, el primero de la *gens* Arria en conseguir la pretura, y con un ejército en el que iba como agregado militar el mismísimo Catón, intentó interceptar a los rebeldes siguiendo la Vía Apia hacia el sur. Al parecer, el ejército de Gelio no marchaba con toda la marcialidad debida, ya que Catón censuró el lujo y cobardía de sus conmilitones[16]. En todo caso, con Espartaco seguramente a su espalda, Gelio decidió atacar, quizá sorpresivamente, a las bandas rebeldes de Crixo cerca de la costa del Adriático. La zona elegida fue el monte Gargano, una crestería

[14] Sal. *Hist.* 4.37.
[15] Veinte mil: Liv. *Per.* 96.1; treinta mil: App. *BC* 1.117.
[16] Plut. *Cat. Min.* 8.

rocosa fácilmente defendible contra un enemigo que cargara desde el llano[17]. Según el relato de Plutarco:

> "Gelio, uno de los cónsules, cayó por sorpresa sobre el ejército germánico, que por soberbia y presunción se había separado de las tropas de Espartaco, y lo aniquiló totalmente." (Plut. *Cras.* 9.9)

Este relato es poco creíble en varios aspectos. El primero de ellos es que fuera Gelio el que dirigiera el ejército, pues Tito Livio, autor mucho más cercano a los hechos, deja muy claro que fue el lugarteniente de Gelio, Quinto Arrio, al parecer un general de más fuste que el cónsul, quien dirigió a los romanos en aquella jornada[18]. Otro aspecto poco creíble es que el ataque romano fuera por sorpresa, dada la evidente superioridad en este campo de los rebeldes, quienes conocían de antemano los movimientos enemigos por la afluencia de desertores a su lado. Aparte del hecho de que Plutarco solo mencione al ejército "germánico", sin citar a los galos, el aspecto que menos creíble resulta es que Gelio (o Arrio) aniquilara totalmente a los rebeldes. Y ello porque Espartaco sin duda acogió a los supervivientes del ejército de Crixo, entre otras cosas porque volveremos a tener noticia del contingente galo y germánico más adelante, y porque fue por los supervivientes por quienes se enteró de esta derrota y de la muerte de Crixo.

En este sentido, hay que confrontar varias fuentes. Tito Livio, el primero en darnos noticia de la batalla del monte Gargano, dice claramente que "el pretor Quinto Arrio aplastó a Crixo, jefe de los esclavos fugitivos, y a veinte mil hombres". Plutarco, que los aniquiló totalmente. Y Apiano, el más interesante, dice que "Crixo, al frente de treinta mil hombres, fue derrotado por uno de los cónsules cerca del monte Gargano, y perecieron él en persona y los dos tercios de su ejército"[19]. Si se comparan estos datos, parece que Crixo, al frente de treinta mil rebeldes, se enfrentó a las dos legiones de Gelio y Arrio, en el monte

[17] Véase la fotografía del lugar en N. Fields, *Spartacus*, p. 63.
[18] Liv. *Per.* 96.1.
[19] Liv. *Per.* 96.1, Plut. *Cras.* 9.9, App. *BC* 1.117.

Gargano, y fue derrotado. De sus treinta mil hombres y mujeres (el dato de Apiano), pudieron perecer veinte mil (el dato de Livio), pero el resto escaparon y, o bien se dispersaron por los montes en bandas pequeñas, convirtiéndose en bandidos, o bien se unieron al ejército de Espartaco (lo más probable). También es posible que, como dice un autor actual, los treinta mil seguidores de Crixo no fueran todos combatientes, y esa cifra incluyera a mujeres, niños y ancianos[20], por lo que el dato del aniquilamiento total se refiera solo a los combatientes.

Antes he comentado que Crixo, el galo que acompañó a Espartaco desde el primer momento de la huida del *Ludus* de Batiato, pereció en esta batalla. Ya sabemos que Crixo, probablemente un galo apresado cuando era libre y vendido al *Ludus* poco antes de la rebelión, fue elegido el segundo en el mando ya antes de que los gladiadores rebeldes se dirigieran al Vesubio en la primavera del año 73 a.C. Sus actos desde entonces habían estado encaminados a promover el saqueo de las aldeas y villas cercanas. También había defendido la estrategia del ataque directo a los romanos, sin las precauciones que la prudencia de Espartaco aconsejaba. A partir de la estancia en Turios, Crixo comenzó a distanciarse de Espartaco hasta su separación definitiva en la primavera del año 72 a.C., cuando comenzó la marcha hacia el norte. Crixo decidió dirigirse a la costa adriática, en cuyas cercanías se produjo la mencionada batalla del monte Gargano, donde él y otros veinte mil rebeldes sucumbieron a la metódica carnicería de las legiones romanas. Al parecer, Crixo combatió con gran dureza, de tal manera que su nombre llegó a ser considerado sinónimo de galo irreductible[21].

Una vez conocida la muerte de Crixo y de sus veinte mil seguidores, y reabastecido su propio contingente con los supervivientes del ejército derrotado, Espartaco decidió repetir los funerales que había

[20] N. Fields, *Spartacus*, p. 55. Es curioso que Fields, acto seguido, asigne el fragmento 3.106 de las *Historias* de Salustio a esta acción cuando, como veremos más adelante, en dicho fragmento se menciona expresamente a Léntulo, por lo que debe asignarse a la batalla que tuvo este contra Espartaco.

[21] Según G. Lucas, "Crixus le Gaulois", en G. Lachenaud-D. Longrée (Dirs.), *Grecs et Romains aux prises avec l'histoire: représentations, récits et idéologie*, Rennes, Pr. Universitaires de Rennes, 2003, vol. 2, pp. 447-458, el cónsul y poeta Silio Itálico, del siglo I d.C., *Punica* 4.148-156, utilizó el nombre de Crixo como referente galo de un general irreductible, descendiente de Brenno, el galo que tomó el Capitolio en el siglo IV a.C.

celebrado por la matrona romana que se suicidó por la pérdida de su honor. Pero esta vez, el funeral fue por la muerte de Crixo. Floro es el que transmite el hecho con mayor claridad:

> "Incluso llegó a celebrar con la pompa propia de las exequias de los generales los funerales de sus jefes caídos en la batalla y ordenó que los soldados prisioneros lucharan a muerte alrededor de la pira, como si quisiera expiar por completo toda su infamia anterior, si de gladiador se convertía en organizador de juegos de gladiadores." (Flor. *Ep.* 2.8.9)

Si despojamos al relato de Floro de la hojarasca retórica habitual en dicho autor, parece ser que no fueron estos los únicos funerales celebrados en honor de los jefes del ejército rebelde. Quizá, al de Crixo y la matrona romana haya que sumar otro por Enomao, caído el año anterior en una batalla sin determinar. En todo caso, Floro afirma que Espartaco se convirtió en organizador de juegos de gladiadores, como un medio de quitarse la "infamia" de haber sido gladiador. Y que los prisioneros lucharon a muerte alrededor de la pira de Crixo, sin especificar su número. Este dato nos lo da Apiano, pero en forma algo ambigua. Según él, "Espartaco sacrificó a trescientos prisioneros romanos en represalia por la muerte de Crixo"[22]. Apiano, en representación de una corriente bastante contraria a Espartaco, al menos en este párrafo, nos presenta al líder rebelde como ejecutor de trescientos prisioneros, como si los hubiera mandado sacrificar (sacrificios humanos), y no les hubiera dado la posibilidad de luchar entre ellos para salvar sus vidas. Uno de los autores que han estudiado este hecho ha considerado que tanto el sacrificio humano como los juegos fúnebres a muerte formaban parte del ritual funerario tracio, por lo que fueron organizados por Espartaco a la manera de su nación de origen[23]. Otro, sin embargo, los pone en relación con sacrificios rituales célticos, de

[22] Aunque Apiano, *BC* 1.117, sitúe este juego fúnebre después de la derrota de los dos cónsules en la batalla del Piceno.

[23] R. Kamienik, "Gladiatorial games during the funeral of Crixus. Contribution to the revolt of Spartacus", *Eos* 64, 1976, pp. 83-90; Ídem, "Beiträge zur Geschichte des Spartacusaufstandes", *ACD* 23, 1987, pp. 31-41.

la patria del propio Crixo[24]. Sea como fuere, parece evidente que Espartaco se inspiró en costumbres funerarias no romanas, al menos en esta época, porque ya se ha dicho que en siglos precedentes, también los romanos organizaban juegos fúnebres cuando moría algún líder de su propio pueblo. En todo caso, el hecho de que un gladiador tracio organizara un combate gladiatorio con trescientos romanos no solo le provocaba rechazo a Floro dos siglos después. En la propia época de los hechos, Cicerón, contemporáneo a los mismos, se lamentó de los acontecimientos con todo su aparato retórico[25].

Apagados los últimos humos del funeral por Crixo, con docenas de cadáveres romanos, por no decir algún centenar, esparcidos cerca de la pira durante aquella jornada sacrificial, el ejército de Espartaco volvió a ponerse en marcha hacia el norte. A los cuarenta mil hombres y mujeres que acompañaban al líder rebelde se sumaron ahora los supervivientes del ejército de Crixo, quizá unos diez mil. El plan de Espartaco era seguir por el interior de la Península hacia el norte, con el doble objetivo de sublevar a los campesinos pobres y a los esclavos del centro de Italia, y de alcanzar el río Po para que, los que quisieran, pudieran dirigirse por los Alpes hacia la Galia y Germania, o por Iliria hacia Tracia. Pero los romanos, animados por la victoria de Gelio y Arrio sobre Crixo, decidieron intentar una pinza sobre Espartaco. El plan romano consistía en que el cónsul Léntulo, con sus dos legiones intactas, cerrara el paso de Espartaco en algún lugar del Lacio o de la región del Piceno, en el centro de Italia, mientras que Gelio, con sus tropas (algo menores que las de Léntulo por las pérdidas sufridas en la batalla del monte Gargano), le atacara por detrás. Pero las fuentes son unánimes en decir que Espartaco, otra vez, pudo zafarse del cerco romano.

Al parecer, Espartaco atacó sorpresivamente a Léntulo en algún lugar de los Apeninos. Es posible que el cónsul intentara cerrar el paso a los rebeldes, esperando que Gelio llegara a su vez y pudiera rematar el trabajo. Pero algo salió mal. Léntulo, que defendía el paso por los

[24] E. Maroti, "Zur Problematik des Gladiatorenkampfes zur Ehrung des Andenkens des Crixus", *ACD* 28, 1992, pp. 41-44.
[25] Cic. *Har. resp.* 25-26.

Apeninos para cortarle el camino a Espartaco, dispuso a sus tropas en formación de doble *acies*: es decir, con las cohortes formadas de dos en dos, y no en triple fila como era lo habitual. Con ello, sin duda, pretendía cubrir más terreno. Sin embargo, esto hacía que las líneas romanas, estiradas, no tuvieran una resistencia en profundidad suficiente para aguantar las cargas de cincuenta mil rebeldes. Salustio dice que Léntulo defendía este paso elevado con grandes pérdidas, y que confundió a sus propios bagajes con las tropas de vanguardia, quizá de Gelio[26]. El caso es que, finalmente, Espartaco pudo superar al cónsul Léntulo, aunque sin derrotarle totalmente[27]. Según Plutarco, Espartaco derrotó a los lugartenientes de Léntulo: quizá se refiera a una de sus alas, y tomó su campamento, apoderándose del bagaje al que se refiere Salustio[28].

Retirado Léntulo con grandes pérdidas, pero no derrotado del todo, las fuentes no son unánimes sobre qué ocurrió después. Al parecer, Espartaco se volvió contra Gelio y Arrio y los derrotó también parcialmente[29]. Hay que comprender que un ejército irregular como el de Espartaco, que quizá era superior en caballería al romano, no estaba en disposición de derrotar a un ejército legionario romano, que era muy superior en táctica y disciplina. Las armas de los rebeldes, muchas de ellas improvisadas, no podían con el muro de acero que presentaban al frente unas legiones bien adiestradas. Las lanzas y flechazos de los romanos supondrían una sangría para las filas rebeldes. Sus estocadas entre el muro de escudos eran mortales para aquellos campesinos y esclavos liberados. Por eso, es comprensible que, aunque derrotados, los romanos pudieran retirarse en formación con parte de sus fuerzas intactas, y que los rebeldes no se atrevieran a perseguirlos.

Después de esto, ya en el Lacio, cerca de Roma, los cónsules decidieron unir sus tropas en un desesperado intento de frenar el ataque de Espartaco sobre la ciudad. No cabe duda de que el recuerdo de Aníbal (*Hannibal ad portas!*, les decían a los niños romanos para asustarlos)

[26] Sal. *Hist.* 3.106.
[27] Liv. *Per.* 96.2.
[28] Plut. *Cras.* 9.9.
[29] Liv. *Per.* 96.3, App. *BC* 1.117.

estaba aún presente en muchos romanos. O quizá el recuerdo mucho más cercano de los sitios sufridos por la ciudad en los años 80 a.C. durante la guerra civil. Apiano, que es el único que nos transmite esta supuesta marcha de Espartaco contra Roma, dice lo siguiente:

> "Después se apresuró a marchar hacia Roma con veinte mil soldados de infantería, tras quemar los enseres inútiles, matar a todos los prisioneros y degollar a los animales de carga para que el ejército tuviera libertad de movimiento. No admitió a ninguno de los muchos desertores que trataron de unirse a él." (App. *BC* 1.117)

Por supuesto, este texto de Apiano, el único que habla de ello, es inverosímil. Por muchas bajas que las dos batallas anteriores hubieran supuesto a los romanos, es probable que estos tuvieran por lo menos dos legiones en total, más las tropas que se pudieran convocar *ad tumultum* para la defensa de la ciudad. El ejército de Espartaco, con solo veinte mil soldados de infantería, y sin el impedimento del bagaje ni armas de artillería o ingenios de asedio, no podría haber tomado Roma al asalto. No sabría decir si, en este pasaje, Apiano es contrario a Espartaco o favorable. Suponerle a un gladiador la capacidad de poner sitio a Roma en su época de mayor auge, con los grandes líderes romanos César, Pompeyo, Craso y Cicerón en su juventud, es sin duda suponerle mucho. Por otra parte, los detalles del asesinato de los prisioneros (un rasgo negativo) y de la no admisión de los "muchos desertores" (rasgo positivo) son ambiguos y denotan tanto una admiración por el liderazgo de Espartaco como una repugnancia por sus métodos.

El caso es que los dos cónsules, en algún lugar indeterminado del Lacio o de la Sabina, quizá cerca de Amiterno, la patria de Salustio, se enfrentaron sin esperanzas de éxito a Espartaco y su ejército. Es posible que los rebeldes, a pesar de sus pérdidas, vieran su ejército renovado por la afluencia de esclavos y campesinos pobres, de resentidos de la guerra de los aliados, y de desertores (a pesar del testimonio de Apiano). Espartaco ayudado por todos estos elementos, pudo derrotar

a los cónsules, que huyeron con sus tropas en desbandada[30]. En este momento es cuando el texto de Apiano se muestra como es: poco fundamentado. Pues Apiano dice que Espartaco, tras esta batalla, desistió de atacar Roma y se retiró al sur. Y nos consta por Livio, Plutarco, Floro y Orosio, que Espartaco no se dirigió al sur, sino al norte, en su plan de abandonar Italia o de sublevarla contra Roma.

En aquella época, Italia limitaba al norte con el río Rubicón, y la primera provincia era la llamada Galia Cisalpina (actual norte de Italia), gobernada por el procónsul Gayo Casio Longino[31], el que había sido cónsul el año anterior y no había hecho nada más que mandar pretores contra Espartaco. En Mutina, la actual Módena, controlando el puente sobre el río Po, verdadera frontera natural que separaba el norte cisalpino de Italia del centro y sur de la Península, Casio congregó a todo su ejército proconsular, dos legiones, unos diez mil hombres. En la misión le ayudaba un pretor, Gneo Manlio[32]. Espartaco, al frente de sus tropas, y no sabemos ya cuántas podrían quedarle en este momento, tras la derrota de Crixo y tras haber librado tres batallas contra un total de veinte mil romanos (si no más), se movió hacia el norte. Es posible que liberara a todos los esclavos que se encontrara, y que lograra sublevar a cuantos descontentos se cruzaran en su camino. La superioridad numérica de Espartaco sobre Casio parecía suficiente en este momento para una derrota sin paliativos, pero no sabemos si esta realmente ocurrió. Porque, en este aspecto, también las fuentes disienten.

En efecto, según Plutarco, Casio, con diez mil hombres, "resultó vencido, perdió a muchos hombres y a duras penas logró salvarse él mismo" (Plut. *Cras.* 9.10). Esta derrota sin paliativos resulta en Orosio mucho peor, porque "el mismo Espártaco quitó la vida al procónsul Gayo Casio tras derrotarle en el campo de batalla" (Oros. *Hist.* 5.24.4). Esta disensión en las fuentes debe resolverse a favor de Plutarco, pues sabemos que este Casio no murió. Pero en este momento es oportuno mencionar a la tercera fuente, Floro, quien dice claramente que

[30] Oros. *Hist.* 5.24.4.
[31] *MRR* 2.109 y 117.
[32] Liv. *Per.* 96.6, Plut. *Cras.* 9.10.

Espartaco "junto a Módena, destruyó el campamento de Gayo Casio" (Flor. *Ep.* 2.8.10). Fuera lo que fuera lo que pasara en Módena, Espartaco tomó el campamento de Gayo Casio, derrotó a este y a su pretor Gneo Manlio, casi mató al procónsul y tomó su campamento[33]. Es decir, rearmó a su ejército y lo reabasteció. Es interesante añadir que, a partir de la derrota de Crixo en la batalla del monte Gargano, las fuentes no vuelven a citar los saqueos y matanzas al paso del ejército rebelde. Esto quizá porque los propios campesinos alimentaban al ejército de Espartaco, o porque los saqueos de los diferentes campamentos consulares y de Casio Longino hacían innecesario el saqueo de la campiña italiana.

Este fue el momento crucial de la rebelión de Espartaco. Tras derrotar a varios ejércitos romanos durante el último año y pico, el ejército rebelde había saqueado Campania y se había establecido en el golfo de Tarento. Las disensiones en el ejército se habían acabado con la derrota y muerte de Crixo. Pero no parece que los rebeldes quisieran seguir el consejo de Espartaco de dirigirse a los Alpes y dispersarse en territorio bárbaro. Las hipótesis que se han barajado sobre este momento y por qué Espartaco no siguió hacia los Alpes para perderse en la bruma de la Historia son múltiples[34]. Hay autores que opinan que Espartaco no tenía el respaldo de su ejército para embarcarse en tal aventura[35]. Otros, apoyándose en el testimonio de Floro, sostienen que se sintió lo suficientemente fuerte como para volver al sur a saquear Roma. En mi opinión, el otoño se le había echado encima y Espartaco no podía afrontar el paso de los Alpes en invierno. Además, su objetivo principal era reclutar tropas, y eso lo había conseguido. Cabe, incluso, la posibilidad de que los romanos, pese a haber sido derrotados, conservaran los puentes sobre el Po y Espartaco no pudiera cruzarlos sin graves pérdidas.

---

[33] K. Bradley, *Slavery and Rebellion*, p. 96.

[34] Véase al respecto a A. Deman-M. Th. Raepsaet-Charlier, "Notes sur la révolte de Spartacus (73-71 av. J.-Chr.): Les problèmes d'itinéraires", en G. Viré, *Grec et latin en 1982: études et documents dédiés à la mémoire de Guy Cambier*, Bruselas, Univ. Libre de Bruxelles, 1982, pp. 59-103.

[35] B. Strauss, *La guerra*, p. 136.

La vuelta al sur

El caso es que Espartaco, sin una razón aparente, se volvió hacia el sur. Floro escribió que "engreído por tales victorias proyectó –suficiente es esto para nuestra deshonra–, invadir la ciudad de Roma" (Flor. *Ep.* 2.8.11). Aunque en este caso, Floro y Apiano estén de acuerdo con la intención de Espartaco de tomar Roma es poco creíble, dada la incapacidad del ejército de Espartaco de tomar ninguna ciudad, incluida la propia Módena. Además, tampoco Plutarco u Orosio dicen nada al respecto. Apiano proporciona una posible razón para este cambio de planes de Espartaco:

> "Espartaco cambió su plan de marchar contra Roma, pues pensaba que no estaba aún en condiciones de luchar y que no tenía todo su ejército con armamento adecuado –pues no se le había unido ninguna ciudad–, sino esclavos, desertores y chusma." (App. *BC* 1.117)

Es decir, que ni su ejército estaba lo suficientemente instruido, ni tenían las armas necesarias para tomar una ciudad amurallada como Roma, ni sus hombres eran más que "esclavos, desertores y chusma". Es decir, una banda más que un ejército. Apiano vierte aquí sus evidentes prejuicios contra los esclavos y la gente de baja extracción, pues olvida que ese ejército de "chusma" había derrotado a tres pretores, dos cónsules y un procónsul en casi diez batallas.

Sin rechazar que el ejército de Espartaco no se viera con fuerzas para tomar al asalto una ciudad como Roma, rodeada por murallas de cuatro metros de grosor y nueve de altura, es más factible que, ante la inminencia del mal tiempo, Espartaco decidiera volver sobre sus pasos. Su plan consistía, otra vez, en arrasar la campiña cercana a Roma, reclutar más tropas de camino a las familiares ondulaciones de Campania y a los montes de Lucania y volver a pasar su invierno en el sur, en la zona amiga del golfo de Tarento, en la propia ciudad de Turios donde ya había pasado el invierno anterior.

En Roma, sin embargo, se avecinaban cambios, pues el Senado, irritado con los cónsules por sus fracasos ante Espartaco, decidió, a finales del año 72 a.C., encomendar la guerra a otro pretor; pero no a uno cualquiera: a la anterior mano derecha de Sila, a Marco Licinio Craso. Al parecer, este había maniobrado tanto con el Senado como con el pueblo para obtener este comando militar[36], en parte porque otros generales rehusaron aceptarlo:

> "Se prolongaba ya por tres años, y de manera temible para los romanos, esta guerra que había sido ridiculizada en sus comienzos y menospreciada como cosa de unos gladiadores. Cuando se propuso la elección de otros generales, les entró miedo a todos y nadie se presentó como candidato hasta que Licinio Craso, hombre destacado por su alcurnia y riqueza entre los romanos, asumió el generalato." (App. *BC* I.118).

Es decir, Craso, que era un hombre experimentado en la milicia, y que poseía suficientes recursos militares para suplir las carencias del Senado en este momento de necesidad, consiguió el apoyo de los senadores más recalcitrantes, como los optimates que no confiaban en él[37], y consiguió el comando contra Espartaco. Craso había sido pretor en el año 72 a.C., aunque hay quienes piensan que lo había sido el año anterior. Al parecer, Craso, que ya era inmensamente rico, había descartado tener un gobierno provincial (cargo que muchos aprovechaban para enriquecerse ilícitamente), y había preferido quedarse en Roma. Esto vale tanto para el caso de que Craso fuera pretor en el 73 a.C. y en el 72 estuviera en Roma como ciudadano privado, como para el caso de que ya fuera pretor en el 72 a.C. y decidiera no irse a provincias en el 71 a.C. En definitiva, Craso pudo pensar que un comando militar extraordinario contra Espartaco en el año 71 a.C. le

[36] E. Badian, "Additional notes on roman magistrates", *Athenaeum* 48, 1970, pp. 7-8, cree que el pueblo fue inducido a apoyar la elección de Craso. Z. Rubinsohn, "A note on Plutarch Crassus X.1", *Historia* 19, 1970, pp. 625-626, cree que Craso llegó a un acuerdo transaccional con el Senado para que este recomendara el comando militar de Craso frente a la posible reivindicación legal de los cónsules de seguir luchando contra Espartaco.

[37] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 84.

valdría para contrapesar a la figura emergente de Pompeyo, vencedor de la guerra contra Sertorio en España y también ciudadano privado[38].

Otra vez, durante aquel invierno de hace veintiún siglos, se repitieron las mismas escenas: en Turios y sus alrededores, los rebeldes acampaban, se entrenaban, se rearmaban y acogían a los fugitivos y a los desposeídos de todo el sur de Italia; en Roma, el Senado allegaba recursos, los reclutadores llamaban a filas a los ciudadanos, y Craso se preparaba física, anímica y financieramente para la campaña que comenzaría en la primavera del año 71 a.C. contra aquel grupo de "esclavos, desertores y chusma".

[38] B.A. Marshall, "Crassus and the command against Spartacus", *Athenaeum* 51, 1973, pp. 109-121.

Capítulo quinto
Craso contra Espartaco

La nueva marcha hacia el norte

Marco Licinio Craso, un hombre de la nobleza romana curtido en la lucha civil contra los populares, pero heterodoxo en sus propias filas optimates, estaba enfrentado por el poder en la República con el joven Pompeyo, otro heterodoxo. El Senado, consciente de esta rivalidad, no quería ni podía dejar a Espartaco en el sur sin enfrentarse a él, por lo que no dudó en acudir a Craso[1]. Pero este quería un comando extraordinario en su lucha contra Espartaco, porque ello le proporcionaría una superioridad legal sobre Pompeyo. Plutarco, en su comparación entre Nicias y Craso, es muy esclarecedor:

> "En cambio, Craso, que todo el tiempo deseó conseguir el mando militar, no lo obtuvo más que en el caso de la guerra de los esclavos y por necesidad, ya que Pompeyo, Metelo y los dos Lúculos estaban ausentes, y eso que entonces disfrutaba del máximo prestigio y del poder más amplio. Lo cierto es, según parece, que incluso sus partidarios lo consideraban un hombre, según dice el poeta cómico, "excelente en todo menos en el escudo." (Plut. *Cras.* 36.7)

Según Plutarco, pues, Craso solo obtuvo este comando por la ausencia de los mejores jefes militares de la República de aquellos años: Pompeyo, Metelo y los Lúculos. Y ello a pesar de su pésima reputación como militar según los optimates. Ya he comentado que esa mala reputación era inmerecida, dado que la victoria de la batalla de Puerta

[1] En efecto, y tal y como señala B. Baldwin, "Two aspects of the Spartacus slave revolt", *CJ* 62, 1967, pp. 289-294, durante toda la crisis de Espartaco, y a pesar de lo mal que le salieran las campañas pretorianas y consulares, el Senado romano nunca cejó en sus funciones y obligaciones con respecto a su misión de garantizar el orden y la paz en Italia frente a los rebeldes.

Colina se debió a su exitoso comando del ala derecha del ejército silano, a pesar de que Sila después le escamoteó la victoria.

En cuanto al cargo que obtuvo Craso del Senado, es posible que fuera el de propretor con imperio proconsular, es decir alguien que sustituía a un pretor pero con el poder de un excónsul[2], o bien el de propretor procónsul (que es como le llama Eutropio)[3]. Su Estado mayor se llenó de jóvenes oficiales debido a su nobleza y a su amistad, según detalla Plutarco[4]. Conocemos por lo menos el nombre de cinco de estos jóvenes oficiales: Quinto Marcio Rufo, Mummio, Gayo Pomptino o Pomptinio, Lucio Quincio y Gneo Tremelio Escrofa. Otra cuestión es su ejército. Por varios testimonios, sabemos que Craso reclutó a seis legiones y las equipó a sus expensas, aunque ya he explicado en el capítulo 2 que los mismos romanos (como Cicerón o Plinio el viejo) dudaban de que pudiera haberlo hecho con las rentas de su fortuna. Es más plausible, si se me permite la hipótesis, que Craso hubiera pagado personalmente el equipo de esas tropas (unos treinta mil hombres), y no sus pagas de un año. O bien que hubiera pagado a ese ejército la campaña del año 71 a.C., que no duró un año completo, y no con sus rentas, sino con su capital, que era muy superior a los veinticuatro millones de sestercios necesarios para pagar a seis legiones.

El ejército de Craso, seis legiones según Apiano[5], no pudo ser reclutado totalmente *ex novo*. Pudo contar con el apoyo de los veteranos de Sila, al menos de aquellos que no eran ya demasiado viejos[6]. Según escribió Salustio, de "todos a los que su cuerpo anciano no contribuía a disminuir su ánimo militar" (Sal. *Hist.* 4.21). Además de estos treinta mil hombres aproximadamente, pagados o equipados a sus expensas, Craso se hizo cargo de los restos de los ejércitos consulares de Gelio y Léntulo, unas dos legiones, con lo que contaba con unos cuarenta mil legionarios bajo su mando frente a Espartaco y sus rebeldes. Durante el resto del invierno de aquel año, Craso se ocupó de adiestrar a sus legionarios y

[2] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 85.
[3] Eutr. 6.7. *Cf.* Z. Rubinsohn, "A note", p. 625.
[4] Plut. *Cras.* 10.1.
[5] App. *BC* 1.118.
[6] F.E. Adcock, *Marcus Crassus: Millionaire,* Cambridge, Heffer & Sons, 1966, pp. 22-23.

de cohesionar a sus tropas, compuestas, como ya he dicho, por reclutas, veteranos y los hombres de Gelio y Léntulo.

En cuanto a los rebeldes, se habían vuelto a asentar en Turios, en el golfo de Tarento. Apiano es el único que alude a este momento del invierno del año 72 al 71 a.C.:

> "Se apoderó de las montañas que rodeaban Turios y de la misma ciudad, e impidió que los mercaderes introdujeran oro o plata y que sus hombres los adquirieran, pero compró gran cantidad de hierro y bronce y no puso obstáculo a los que llevaban estos artículos. Por lo cual, como disponían en abundancia de madera, se pertrecharon bien e hicieron frecuentes correrías. Habiendo trabado combate, de nuevo, con los romanos, los vencieron también en esta ocasión y regresaron cargados de botín." (App. *BC* I.117)

Este texto es muy interesante porque induce a pensar que Espartaco, que tenía a su ejército acampado a las afueras de Turios (pues recordemos que su ejército se componía de varias decenas de miles de personas, y Turios era una ciudad pequeña que no podría albergar a muchas más de veinte mil personas), controlaba no solo el adiestramiento de sus hombres, sino el comercio de la zona. El texto de Apiano, además, indica que Espartaco se opuso a la economía monetaria o a los productos de lujo, solo atento a rearmar a su ejército con puntas de lanza y espadas de hierro y con escudos, corazas y cascos de bronce. Con las astas de madera de los bosques cercanos y estas puntas de hierro pudo fabricar miles de lanzas y flechas, con las que se lanzaron a realizar correrías, fundamentalmente para requisar cereales y otros alimentos para su ejército. Incluso es posible que Espartaco construyera, por primera vez, máquinas de asedio aprovechando los conocimientos de los desertores romanos y la experiencia local (recordemos el taller de balas de proyectil cercano a Metaponte).

El texto de Apiano es, además, el único que alude a que en estas primeras semanas del año 71 a.C., Espartaco venció nuevamente a los romanos. Pero, ¿a qué ejército? ¿Quizá a alguna milicia organizada

por las ciudades de los alrededores? ¿A un ejército levantado por los ricos terratenientes de la zona? Son preguntas interesantes, pero que quedan, como tantas otras suscitadas por esta rebelión, sin respuesta por el momento.

En algún momento de finales del invierno, Espartaco decidió volver sobre sus pasos y enfrentarse directamente a los romanos, quizá incluso atacar la misma Roma, como ya apuntaron las fuentes con respecto al año 72 a.C. La misma posibilidad de que los esclavos saquearan Roma había hecho temblar a la población de la capital y había obligado al Senado a mandar a los cónsules contra él. Ahora, las derrotas de las seis legiones romanas de los dos cónsules del 72 a.C. y del procónsul de la Galia Cisalpina, habían hecho aconsejable concentrar un ejército similar, seis legiones, reforzado por otras dos, bajo el mando de un solo general, con el objetivo de defender Roma del ataque de Espartaco y, después, darle caza.

El plan de Espartaco, probablemente, consistía en volver hacia el norte, reclutando hombres por el camino, y enfrentarse a Craso para tomar, posteriormente, Roma y liberar a cuantos esclavos hubiera en ella para hacerse con un ejército de más de cien mil hombres. El tamaño de su ejército, en todo caso, era de unos sesenta mil hombres y mujeres, aunque no sabemos la proporción de combatientes y no combatientes. Un ejército impresionante, pero quizá no suficiente para derrotar a ocho legiones romanas bien pertrechadas y dirigidas por un mando único. La magnitud del ejército romano hacía, por lo demás, aconsejable que se mantuviera apostado en algún lugar, esperando cortar el paso del ejército de Espartaco. Eso fue exactamente lo que hizo Craso: situarse en el "Piceno", como declara Plutarco[7]. Actualmente, sin embargo, se considera más probable que Plutarco confundiera el Piceno, una región que no está situada en el camino entre Turios y Roma, con la localidad campana de Picentia, en la Vía Ania, entre Salerno y Eburum, situada en plenos montes Picentinos, por donde Espartaco ya había pasado en el año 73 a.C. camino del sur[8].

[7] Plut. *Cras.* 10.1. También le sitúa en el Piceno, equivocadamente, N. Fields, *Spartacus*, p. 63.
[8] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 86; B. Strauss, *La guerra*, p. 157.

A comienzos del año 71 a.C., en pleno invierno, Espartaco y su ejército se puso en marcha otra vez por la Vía Popilia o la Vía Ania, hacia Roma. ¿Cuántos eran los efectivos rebeldes en esta época? Las cifras que dan las fuentes no se refieren al ejército en marcha hacia el norte, sino a los muertos de las diversas batallas de aquella campaña. Según Tito Livio, el autor más cercano a los acontecimientos y cuyo relato siguieron otros historiadores posteriores, en la derrota de los galos y germanos dirigidos por Casto y Gánico murieron treinta y cinco mil rebeldes, y en la batalla final donde murió Espartaco otros sesenta o setenta mil[9]. Si sumamos los supervivientes de la última batalla (seis mil que fueron crucificados y cinco mil muertos por Pompeyo), los muertos en otras acciones como la primera batalla contra Mummio, los que se ahogaron intentando pasar a Sicilia o los que cayeron cruzando el muro que Craso construyó en el Bruzzio, el tamaño del ejército de Espartaco durante el año 71 a.C. pudo superar ampliamente los ciento veinte mil hombres y mujeres (no todos ellos combatientes). Los más de cien mil seguidores de Espartaco son citados también por Paulo Orosio[10]. Otros autores, sin embargo, fueron más prudentes con las cifras. Así, Veleyo Patérculo cifra en menos de cincuenta mil los caídos en la última batalla de la guerra[11]. Es más probable que el ejército de Espartaco partiera de Turios con más de cien mil seguidores, reclutados de entre los esclavos, pastores, vaqueros y campesinos pobres del Bruzzio, Calabria y Lucania. En todo este relato, la localidad de Turios parece ser la clave de la rebelión, la *capital* de Espartaco. No olvidemos, como se verá más adelante, que los últimos rebeldes supervivientes fueron capturados o muertos en los montes cercanos a Turios en el año 60 a.C., más de una década después de la rebelión[12].

Mientras Craso y sus cuarenta mil hombres cortaban el paso a Espartaco en el límite de Campania con Lucania, en las cercanías de Picentia, los rebeldes subían por la Vía Ania con unos cien mil hombres y mujeres, ancianos y niños, arrasando las propiedades agrícolas y

[9] Liv. *Per.* 97.1-2.
[10] Oros. *Hist.* 5.24.19, en total. En otro pasaje, *Hist.* 5.24.6-7, divide esos cien mil muertos entre los treinta mil del contingente galo-germano y los setenta mil del contingente de Espartaco.
[11] Vel. Pat. 2.30.4.
[12] Por parte de Gayo Octavio, padre del posterior emperador Augusto: Suet. *Aug.* 3.1.

libertando esclavos y presos de los ergástulos. Es posible, incluso, que algunos desertores de Craso se les unieran, informando a Espartaco de su posición y planes. Porque Craso tenía un plan: rodear a Espartaco por la espalda mientras él se mantenía quieto con el grueso de sus fuerzas. Era la típica estrategia del yunque: un ejército en posición defensiva, el ejército enemigo golpeándole con fuerza, y un tercer ejército que actuaría como el martillo contra el enemigo. Pero algo salió mal. Con Craso se encontraba un tal Mummio, descendiente del cónsul del 146 a.C. saqueador de Corinto. Este Mummio era, quizá, uno de los legados del año 72 a.C.[13]. Es curioso que Plutarco, en su comparación de Craso con Nicias, saque a colación que Mummio Acaico arrebatase el mérito de la conquista de Corinto a Metelo[14]: quizá quería insinuar que parecía que nuevamente un Mummio quería arrebatarle el mérito de la victoria a su jefe.

Mientras Espartaco avanzaba hacia el norte por la Vía Ania, Craso encomendó a Mummio que diera un rodeo por las montañas del interior y emboscase a Espartaco por detrás. El plan, como he dicho, era el del yunque y el martillo. A Mummio le dio, con tal fin, dos legiones, quizá las dos consulares. Las órdenes de Mummio eran rodear a Espartaco pero no entablar combate con él, sino atacarle por detrás mientras este entablaba batalla con Craso en Picentia. Pero Mummio, al parecer, quería catar las mieles del triunfo, por lo que no esperó y cargó contra Espartaco. El relato de los acontecimientos lo encontramos en Plutarco:

> "Envió a su lugarteniente Mummio con dos legiones, en un movimiento envolvente, ordenándole que siguiera a los enemigos, pero que no entablara batalla *ni provocara ninguna escaramuza*. Sin embargo, tan pronto como cobró esperanzas, Mummio entabló batalla y resultó vencido. Cayeron muchos hombres y muchos otros lograron salvarse huyendo sin sus armas." (Plut. *Cras.* 10.2-3)

[13] MRR II.118.
[14] Plut. *Cras.* 36.2.

Este texto de Plutarco aclara varios puntos. Mummio era lugarteniente de Craso, pero no como el legado Lucio Furio y el cuestor Gayo Toranio del ejército pretoriano de Varinio del año 73 a.C. En un ejército de ocho legiones, y al frente de dos de ellas como nos cuenta Plutarco, solo podía ser lugarteniente de Craso un pretor. Por eso Mummio fue probablemente pretor en el 71 a.C. o lo había sido el año anterior[15]. Pues bien, este legado o pretor, con diez mil hombres bajo su mando, se creyó en posición de derrotar él solo a Espartaco. Quizá sus guías, de manera interesada o directamente al servicio de los rebeldes, le indujeron a pensar que con un ejército de las mismas proporciones que el de Gelio en la batalla del monte Gargano, derrotaría a una multitud de cien mil rebeldes. El caso es que Mummio, ni siquiera contando con su "movimiento envolvente", pudo vencer a Espartaco. La última frase de Plutrarco es siniestra: huir abandonando las armas era un crimen de traición, un delito de cobardía, un equivalente a la deserción. Luego veremos en qué acabó ese acto. Pero antes comentaré qué dicen otras fuentes sobre esta primera batalla de Picentia. Ninguna más la menciona, ni siquiera a Mummio. Pero Apiano dice algo que da que pensar:

> "Algunos piensan que no fue así, sino que atacó con todo el ejército y, al ser también derrotado, echó las suertes entre todos y dio muerte a la décima parte, unos cuatro mil hombres, sin ceder por causa de tan elevado número". (App. *BC* I.118)

Según este texto de Apiano, esta primera derrota del ejército de Craso no se debió a la incompetencia o a la impaciencia de su lugarteniente, sino al mismo Craso, que atacó a Espartaco con sus ocho legiones (que son cuarenta mil hombres, de ahí el dato de los cuatro mil como la décima parte), y fue derrotado por él. Porque lo que queda sin determinar es grave: ¿esconden las divergencias sobre la dirección del ejército romano en esta batalla (Mummio según Plutarco, Craso según Apiano) un intento del propio Craso de declinar la responsabilidad de

[15] Según *MRR* II.119, Mummio era legado de Craso, no pretor.

esta primera derrota asignándola a un lugarteniente? Y las divergencias sobre la entidad del ejército romano derrotado (dos legiones según Plutarco, ocho según Apiano), ¿no esconderán un intento del propio Craso de ocultar su propia incompetencia? Porque ya hemos comentado lo que algunos decían de Craso como militar, que era "excelente en todo menos en el escudo"[16].

Vayamos ahora al espinoso asunto del castigo a los cobardes. Algunos estudiosos de la guerra de Espartaco han considerado que Craso castigó a las dos legiones de Mummio por haber huido aplicando la *decimatio,* es decir, ejecutando a la décima parte de los supervivientes[17]. El texto más explícito es el de Plutarco:

> "Craso recibió con dureza al propio Mummio y, en el momento de armar de nuevo a sus soldados, les exigió una garantía de que protegerían sus armas: dividió en cincuenta grupos de diez a los quinientos que habían sido los primeros y los que habían sentido más pánico, y, echándolo a suertes, mató a un hombre de cada grupo. Después de mucho tiempo, recuperaba así para sus soldados este castigo tradicional. A este tipo de muerte se añade la vergüenza, pues en torno al castigo se realizan actos siniestros y terribles a la vista de todos los hombres." (Plut. *Cras.* 10.4)

Según Plutarco, de los diez mil hombres de Mummio, Craso escogió a los quinientos más cobardes y mató a la décima parte de ellos, es decir, a cincuenta. La *decimatio* consistía en que, en presencia de todo el ejército, los elegidos eran ejecutados a palos por sus compañeros. Salustio mismo alude a este castigo cruel en un fragmento de las *Historias*[18]. Pero el texto de Apiano, que ha sido ignorado frecuentemente porque no cita a Mummio y se salta la supuesta derrota de sus dos legiones desafiando las órdenes de Craso de no atacar a Espartaco, aporta datos creíbles. Según Apiano, fue Craso con todo su ejército (ocho

[16] Plut. *Cras.* 37.7.
[17] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 88; B. Strauss, *La guerra*, pp. 158-159; N. Fields, *Spartacus*, p. 63, ni siquiera menciona el hecho.
[18] Sal. *Hist.* 4.22: "Hizo matar a bastonazos a los que designó la suerte".

legiones, cuarenta mil hombres), quien fue derrotado por Espartaco en la primera batalla de Picentia. Por eso, Craso aplicó la *decimatio* (ejecución de la décima parte de un ejército), a todo su contingente legionario: de ahí la cifra de cuatro mil ejecutados.

Personalmente, creo que Plutarco, pese a no ser muy partidario de su biografiado Craso, se dejó llevar por algún testimonio de que el castigo contra sus hombres no fue tan acerbo, y de que los muertos por *decimatio* fueron solo cincuenta; y que Apiano, que no tenía ni simpatía ni antipatía por Craso, transmitió la realidad de que Craso hizo ejecutar a muchos más. Quizá no a los cuatro mil legionarios que menciona, sino a la décima parte de estos cuatro mil, es decir, cuatrocientos (casi una cohorte entera). Fueran cuatrocientos o cuatro mil, ambas cifras son creíbles: Craso se había distinguido por las matanzas de la guerra civil, por la ejecución de los supervivientes samnitas de la batalla de Puerta Colina y el saqueo y degüello de los habitantes de Preneste. ¿Qué más le daba a él matar a cuatrocientos o a cuatro mil soldados, si al fin y al cabo los pagaba él de su propio peculio? La controversia ya en la Antigüedad sobre la crueldad de Craso en este caso cuadra más, por otra parte, con la cifra de los cuatro mil ejecutados de Apiano que con la de los cincuenta de Plutarco.

Los acontecimientos posteriores son también mal conocidos. Al parecer, el correctivo aplicado a las legiones por su cobardía en la batalla de Picentia dio resultado. La prueba evidente es que Espartaco desistió de su avance hacia Roma y se volvió al sur. Pero, antes de eso, hay algunos testimonios confusos de una segunda batalla de Picentia, en la que Craso habría derrotado, si bien no definitivamente, como es lógico, a Espartaco. Plutarco no menciona ninguna batalla, solo dice que Craso, "tras aplicar este correctivo al comportamiento de sus hombres, los condujo contra los enemigos. Pero Espartaco se retiró hacia el mar a través de Lucania"[19]. Plutarco, pues, no habla de ninguna batalla, aunque sí alude a que Craso se dirigió contra Espartaco y este huyó. Pero Apiano, en un texto algo ambiguo, comenta:

[19] Plut. *Cras.* 10.6.

> "Sea cual fuera su proceder, apareció más terrible para los soldados que una derrota ante los enemigos, y venció de inmediato a diez mil hombres de Espartaco que estaban acampados en una posición avanzada, mató a las dos terceras partes y avanzó con desprecio contra el mismo Espartaco. Y, venciendo también a este con brillantez, lo persiguió cuando huía en dirección al mar con la intención de navegar a Sicilia." (App. *BC* 1.118)

Es decir, según Apiano, Craso derrotó primero a la vanguardia de Espartaco, unos diez mil hombres, de los que mató a las dos terceras partes. Y después volvió a vencer al mismo Espartaco en otra batalla, antes de que este se retirara hacia el sur. Según Floro, los rebeldes de Espartaco, "derrotados y puestos en fuga por él, los enemigos –avergüenza concederles este nombre– se refugiaron en los confines de Italia"[20]. Es decir, que sí que hubo al menos una batalla en la que Espartaco fue derrotado y puesto en fuga (expresión que es similar a la de Apiano de la "huida" de Espartaco en dirección al mar). Y, finalmente, Orosio remata la cuestión diciendo que Craso, "luego que entró en combate con los desertores, aniquiló a seis mil de estos y capturó a novecientos"[21]. Lo cual casa muy bien con el dato de los dos tercios del ejército muerto por Craso, proporcionado por Apiano. Porque, como es evidente, los seis mil novecientos caídos de Orosio (entre muertos y prisioneros) equivalen, casi exactamente, a las dos terceras partes de los diez mil de Apiano.

Tras esta derrota parcial (o derrotas) de Espartaco, en la que perdió al menos los siete mil hombres que mencionan las fuentes, y probablemente más si la segunda derrota de los rebeldes fue con tanta brillantez como menciona Apiano, el ejército de Espartaco se dirigió hacia el sur. Sus efectivos eran ya de menos de cien mil hombres y mujeres, algunos de ellos incluso no combatientes. Esta tercera marcha hacia Lucania y el Bruzzio no fue, ni mucho menos, como la primera, tras derrotar a los ejércitos pretorianos, ni como la segunda, tras derrotar a los cónsules y a un procónsul. Ahora eran ellos los derrotados

[20] Flor. *Ep.* 2.8.12.
[21] Oros. *Hist.* 5.24.6.

y llevaban a sus espaldas a más de treinta mil legionarios romanos dirigidos con mano de hierro por un propretor procónsul con gran experiencia militar.

El intento de pasar a Sicilia

El plan de Espartaco no está muy claro. El sur les llamaba, eso sí parece confirmado; quizá tuvieran allí una base permanente de aprovisionamiento de alimentos, hombres y armas. Turios vuelve a aparecer como la posible *capital* rebelde. El plan de escapar por mar, que ya se intuía en la segunda marcha al sur del año 72 a.C., volvía a cobrar fuerza, toda vez ahora que les perseguía un ejército romano potente y victorioso. Craso, por su parte, solo quería dar caza a los rebeldes, vencerlos definitivamente, devolver los supervivientes que se pudieran identificar a sus legítimos dueños, y vender como esclavos al resto. La crucifixión solo se reservaba a los rebeldes más conspicuos y a los líderes de la rebelión.

Mientras tanto, en el Mediterráneo, la piratería cilicia se había convertido en un lucrativo negocio, debido a que la desaparición de muchos Estados helenísticos había provocado una inseguridad creciente en los mares. En el año 74 a.C., el Senado había mandado a Marco Antonio Crético, padre del triunviro, a Creta con un comando especial sobre los mares y costas para acabar con los piratas. Antonio, sin embargo, fracasó debido a su incompetencia y murió en Creta. Pero los piratas cilicios no solo actuaban en el Mediterráneo oriental, pues su audacia no tenía límites. Poco más o menos por estas fechas, un pirata llamado Heraclión hizo encallar a la flota romana del gobernador Verres en Sicilia y entró en la rada de Siracusa con una flotilla de cuatro barcos, amenazando a sus habitantes con el saqueo, y marchándose después impunemente[22].

Es posible que el tal Heraclión citado por Cicerón, o el Pirganión que poco después tomara la propia Siracusa y saqueara la isla

[22] Cic. *Verr.* 6.97. Sobre la actividad de los piratas en Sicilia en época de Verres, véase a E. Maróti, "Das Piratenunwesen um Sizilien zur Zeit des Proprätors C. Verres", *AAntHung* 4, 1956, pp. 197-210.

venciendo incluso al nuevo gobernador[23], enviaran emisarios a Espartaco para aliarse con él. Al fin y al cabo, Roma estaba en guerra con los piratas desde el año 74 a.C., y en una guerra es habitual buscarse aliados. Lo mismo, al parecer, había intentado Mitrídates con Sertorio y, quizá, con el propio Espartaco. Los rebeldes pudieron, pues, reunirse con los emisarios de los piratas cilicios una vez llegados al Bruzzio, con Craso pisándoles los talones. Pero no está claro de lo que hablaron. Espartaco quizá seguía con su vieja idea de volver a Tracia por el norte, algo que había intentado y que, por la oposición armada de los romanos y por la oposición de sus propios compañeros, no había conseguido el año anterior. Pero la opción de volver a Tracia por mar se abría ahora, poderosa, mediante la alianza con los piratas. Quizá se habló de eso con ellos[24], pero lo más probable es que, por el momento, las conversaciones fueran acerca de facilitar el paso del estrecho de Mesina a una pequeña fuerza expedicionaria rebelde que encendiera los fuegos, casi extintos, de la segunda guerra servil en la isla. Los hechos aparecen bien resumidos en Plutarco:

> "Pero Espartaco se retiró hacia el mar a través de Lucania; se encontró en el estrecho con las naves de unos piratas cilicios y se propuso atacar Sicilia. Pretendía desembarcar en la isla con dos mil hombres y reavivar allí la guerra de los esclavos, apagada no hacía mucho tiempo todavía, por lo que se necesitaba solo una pequeña llama para inflamarse de nuevo. Sin embargo, después de ponerse de acuerdo con él y de aceptar sus regalos, los cilicios lo engañaron y se marcharon. Así que Espartaco se alejó de nuevo del mar y estableció su ejército en la península de Regio." (Plut. *Cras.* 10.6-7)

Plutarco es el único autor que menciona el intento de acuerdo de Espartaco con los piratas. Según esta fuente, la idea de atacar Sicilia partió de Espartaco tras encontrarse con los piratas en el estrecho de

[23] Oros. *Hist.* 6.3.5.
[24] Es lo que opina E. Maróti, "Zum Scheitern des ersten Übersetzversuches des Spartacus nach Sizilien", *Klio* 71, 1989, pp. 442-445.

Mesina. Su plan consistía en desembarcar en la isla con un pequeño contingente rebelde que consiguiera sublevar a los esclavos de la zona, como dice Plutarco, para "reavivar la guerra de los esclavos", terminada hacía treinta años justos. Pero, al parecer, los piratas cogieron el dinero y se marcharon con él, dejando a Espartaco sin su apoyo logístico y sin sus barcos. Esta actitud podría esconder una traición, y sin duda lo fue. Pero, al fin y al cabo, Heracleo y sus piratas eran eso: piratas.

Esto, sin embargo, no desanimó a los rebeldes. Porque las fuentes que no mencionan a los piratas, sí dicen algo de un intento de desembarco de Espartaco en Sicilia utilizando balsas, cuya descripción aparece fugazmente en un fragmento de Salustio:

> "Bajo los maderos colocaron barriles, atándolos con cordajes hechos con sarmientos o tiras de piel." (Sal. *Hist.* 4.30)

Es decir, los rebeldes, haciendo gala de su habilidad como carpinteros e improvisadores de todo (les hemos visto construyendo escudos, trenzando escalas y fabricando lanzas, utilizando para ello simples sarmientos, palos, mimbres y cueros), fabricaron unas toscas balsas con barriles vacíos, atados entre sí, para sostener una plataforma de madera sobre la que irían los soldados. Esta manufactura de las balsas está, además, atestiguada por otro autor, Floro, quien pudo haber utilizado a Salustio como fuente. Según Floro, las balsas estaban "hechas de maderos y toneles unidos con juncos"[25]. Según Cicerón, que cita el hecho en uno de sus discursos contra el gobernador de Sicilia Gayo Verres, Espartaco utilizó "barcas unidas"[26], es decir, pequeños botes unidos con cuerdas y con una plataforma encima para albergar más hombres.

Fuera con barcas unidas según Cicerón, o con las toscas balsas hechas con barriles y maderos según Floro y Salustio, Espartaco intentó cruzar el estrecho de Mesina, un paso marítimo de tres kilómetros de anchura, pero muy peligroso por las corrientes marinas. Desde la Antigüedad se había identificado el lugar como la morada de dos monstruos, Caribdis y Escila, que se tragaban los barcos sin dejar casi rastro.

[25] Flor. *Ep.* 2.8.13.
[26] Cic. *Verr.* 5.2.5.

Salustio mismo nos ilustra, en dos fragmentos de sus *Historias,* sobre estos fenómenos seminaturales y semimíticos:

> "Los indígenas llaman Escila a un escollo que se eleva sobre el mar, el cual presenta a distancia una forma similar a la de aquella legendaria criatura, encontrándose en ella las características del ser mítico, cuerpo humano con cabezas de perro, las cuales emiten una especie de ladrido, dada la acción de las olas. Caribdis es un vórtice marino que engulle a las naves que pasan cerca y las traslada, por medio de corrientes submarinas, a más de sesenta millas de distancia, hasta la playa de Tauromenio, en donde emergen del fondo del mar sus restos." (Sal. *Hist.* 4.27-28)

Entre esos dos escollos tenían que cruzar dos mil hombres armados, sobre el Mediterráneo en torno a enero o febrero del año 71 a.C. Los que hemos nacido y crecido a orillas de este mar sabemos cuán fuertes son sus corrientes, y más en los días grises y fríos del invierno. Unos tablones sujetos con cuerdas improvisadas sobre barriles, llevando cada uno de ellos dos docenas de hombres, con un total de casi doscientas balsas, aun en un día de buena mar, habrían requerido de una pericia marinera de la que, sin duda, carecían los esclavos, gladiadores y campesinos del ejército de Espartaco. Cicerón deja muy claro este extremo:

> "Todo acceso resultaba a los hombres, no ya dificultoso, sino impracticable sin contar con naves, de forma que a aquellos a quienes dices que Sicilia estaba próxima les era más fácil llegar al océano que acercarse a Peloro." (Cic. *Verr.* 5.2.6)

Con un estrecho de corrientes muy rápidas, como dice Floro, y cuya travesía no era ya dificultosa, sino impracticable sin contar con naves, como dice Cicerón, no es de extrañar que el paso del estrecho de Mesina fuera un fracaso y muchos hombres murieran[27].

[27] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 90.

La impericia de los rebeldes también tuvo su parte en el fracaso de la invasión siciliana ya que, al parecer, "las balsas, chocando unas con otras, obstaculizaban la maniobra"[28]. El caso es que, fuera por la inestabilidad de las balsas, fuera por la impericia de los marineros, fuera por lo peligroso de las aguas que había que cruzar, la expedición a Sicilia se fue al traste. ¿O hubo alguna otra razón?

Ya en aquella época se suscitó una fuerte controversia sobre el papel desempeñado por el gobernador de Sicilia, Gayo Verres, en el fracaso de la expedición de Espartaco a la isla. Verres había sido pretor el año 74 a.C. Como propretor, consiguió bajo sobornos el gobierno de la rica provincia de Sicilia, donde esperaba enriquecerse a base de exprimir a los propietarios agrícolas de la isla. Debido a la rebelión de Espartaco, los gobernadores que debían sucederle en los años 72 y 71 a.C. no llegaron, por lo que su gobierno fue prorrogado por el Senado durante tres años. Tras su vuelta a Roma en el año 70 a.C., los sicilianos le denunciaron por latrocinio en la isla y fue juzgado. El abogado de los sicilianos fue Cicerón, y el de Verres, Hortensio Hórtalo, ambos reputados como los mejores oradores de la época[29]. El juicio subsiguiente nos ha dejado dos volúmenes de discursos de Cicerón contra Verres que son preciosos para reconstruir la fase "siciliana" de la rebelión de Espartaco.

Al parecer, Verres tomó –o pretendía haber tomado– varias medidas para evitar la propagación de la rebelión a la isla. Según él, crucificó a algunos esclavos de Sicilia que pretendían unirse a la misma (e incluso a un ciudadano romano, un tal Publio Gavio)[30] y encerró a los propietarios que podían estar enterados del asunto. Verres también alegó que había fortificado los accesos a Mesina y los principales puertos del área para evitar un desembarco de Espartaco. Es posible, incluso, que Verres lograra que los piratas desistieran en su intento de pasar a los rebeldes a Sicilia. O que les pagara para que no lo hicieran[31], siendo así el responsable de la "deserción" de los piratas cilicios que había contactado con Espartaco. Contamos con un fragmento muy significativo de Salustio al

[28] Sal. *Hist.* 4.31.
[29] L. Havas, "Verrès et les cités de Sicile", *ACD* 5, 1969, pp. 63-75, esp. pp. 63-66.
[30] Cic. *Verr.* 6.164-166.
[31] Según Cicerón, *Verr.* 6.5.64-76, Verres estaba en buenas relaciones con los piratas.

respecto, en el que relata de forma explícita que "G. Verres fortificó las costas cercanas a Italia"[32]. Cicerón negó tal extremo con su acostumbrada vehemencia:

> "¿Qué dices? ¿Que Sicilia se libró de la guerra de los esclavos fugitivos por tu valentía? Gloria insigne y honrosas palabras, pero, ¿qué guerra, al cabo?, pues nosotros tenemos noticia de que, después de aquella guerra que liquidó Manio Aquilio, no hubo en Sicilia ninguna guerra de esclavos fugitivos. Pero la hubo en Italia. De acuerdo, y grave por cierto, y violenta. ¿Conque pretendes obtener alguna porción de gloria de aquella guerra? ¿Acaso crees que la aureola de aquella victoria está compartida por ti con Marco Craso o Gneo Pompeyo? No creo que le falte a tu descaro el que te atrevas a decir algo semejante. Impediste, sin duda, que los contingentes de fugitivos pudieran pasar de Italia a Sicilia. ¿Dónde, cuándo, de qué parte? ¿Cuándo intentaban acercarse con balsas o con naves? Nosotros, desde luego, no hemos oído nada en absoluto, excepto aquello de que gracias al valor y a la estrategia de un hombre esforzadísimo, Marco Craso, se logró que los esclavos fugitivos no pudieran pasar a Mesina por el estrecho con barcas unidas, intento del que aquellos no hubieran tenido por qué ser rechazados con tanto esfuerzo si se hubiera creído que se había colocado en Sicilia alguna guarnición para oponerse a su llegada." (Cic. *Verr.* 5.2.5)

Este texto es muy sustancioso. En primer lugar, porque Cicerón reconoce que la rebelión de Espartaco fue una guerra, y grave y violenta. Ya hemos visto que esto no estaba tan claro y que muchos romanos se negaban a llamar "guerra" a una acción violenta de una banda de esclavos fugitivos. Según Cicerón, Verres no tuvo ninguna parte en evitar el desembarco de los rebeldes, que solo debe atribuirse a la acción de Marco Craso. Y, finalmente, Cicerón llega a decir que la falta

[32] Sal. *Hist.* 4.32.

de guarniciones en la isla debida a Verres tuvo una especie de "efecto llamada" para que Espartaco intentara el desembarco en la misma.

Se pueden decir las cosas más altas pero no más claras. Por algo Cicerón fue un maestro de la elocuencia entonces y ahora. Pero es muy posible que la elocuencia de Cicerón no estuviera a la altura de la verdad. La cita de Salustio sobre la fortificación de la isla por Verres, a pesar de que proviene de un enemigo acérrimo de Cicerón como Salustio (quien podía estar atacando al orador por la fama de sus discursos contra Verres), no puede ser pasada por alto. Es posible, incluso, que Verres tomara disposiciones adicionales a la fortificación de los puertos cercanos al estrecho. Una pequeña flotilla de barcos romanos pudo hostigar a las balsas y separarlas. Las tropas del gobernador, que recordemos consistían en dos legiones completas, pudieron perseguir y aniquilar a los hombres que consiguieron desembarcar en la isla, fueran estos muchos o pocos de los dos mil que lo intentaron. Así que es posible que fuera en parte cierta la alegación de Verres de que tuvo algo que ver en el fracaso de la travesía del estrecho de Mesina por parte de los rebeldes de Espartaco, y, sobre todo, en la prevención de la insurrección esclava en la isla mediante diversas medidas preventivas[33].

El bloqueo y la huida

Antes de que los piratas engañaran a Espartaco y antes de la intentona de cruzar el estrecho de Mesina, o durante, o incluso después de todo ello, Craso y su ejército de más de treinta mil hombres habían llegado a la punta de la bota italiana. Frente a ellos se encontraban los rebeldes, y detrás de los rebeldes, el mar. No había escapatoria por allí, porque no había flota en el Mediterráneo que pudiese trasladar a casi cien mil personas. Si el gobernador de Sicilia, Gayo Verres, quien quizá pertenecía a la familia Licinia, y por tanto un posible pariente de Craso, cumplía con su papel e impedía el embarque de las tropas de Espartaco hacia la isla, los rebeldes tendrían, por fuerza, que volver hacia el norte. Y ello porque la punta de la bota italiana, aquella

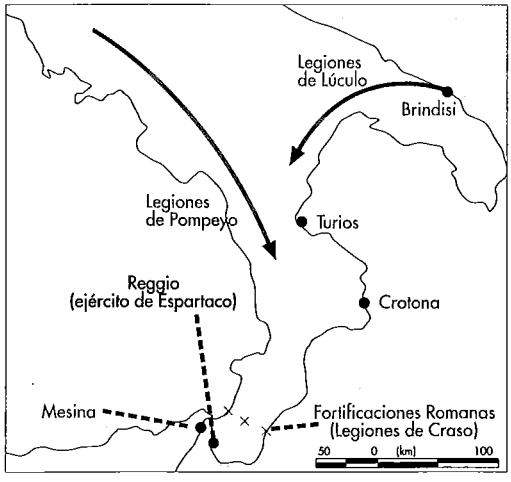
[33] B. Strauss, *La guerra*, pp. 168-169 y 175.

península de Reggio di Calabria donde Espartaco se había refugiado[34], de no más de cincuenta kilómetros de ancho por ochenta de largo, no podía alimentar a una multitud de cien mil personas por mucho tiempo. Así que Craso se encontraba en una disyuntiva. Si se jugaba el todo por el todo y presentaba batalla a las tropas de Espartaco, podía ser derrotado y su carrera caería tan rápido como lo habían hecho las de Claudio Glabro, Cosinio, Varinio, Gelio, Léntulo y Casio. Pero si Espartaco era obligado a quedarse en aquella minúscula región, se le podría doblegar por hambre, y quizá una parte de su ejército desertara y se entregara a los romanos.

Como todos los generales romanos, Craso estaba acostumbrado a planificar obras de ingeniería, a levantar campamentos, a construir puentes y carreteras, a abrir zanjas y excavar trincheras. Cualquiera que haya leído los *Comentarios* de César a sus campañas militares podrá atestiguar que, la mitad del tiempo disponible, los legionarios se dedicaban a estos trabajos, más que a batallar o a desfilar[35]. Así que Craso decidió sitiar a los rebeldes en aquella esquina olvidada de Italia para que murieran de hambre o se rindieran. Y, para evitar que toda aquella muchedumbre abandonara su encierro, ordenó construir un muro y una trinchera de parte a parte de la zona más estrecha de la península. La naturaleza de esta obra titánica fue bien descrita por Plutarco:

> "Cuando Craso llegó y vio que la naturaleza del terreno indicaba lo que había que hacer, se dispuso a cerrar el istmo con un muro, con lo que impedía al mismo tiempo la ociosidad de sus soldados y el libre paso de los enemigos. Pues bien, lo cierto es que la obra era grande y difícil, pero la realizó y la terminó, sorprendentemente, en poco tiempo. De mar a mar, a través del istmo, abrió un foso de trescientos estadios de largo, y de quince pies por igual de anchura y profundidad. Por encima del foso levantó un muro extraordinario tanto por su altura como por su solidez". (Plut. *Cras.* 10.7-8)

[34] Plut. *Cras.* 10.7.
[35] Véase al respecto a Ph. Matyszak, *Legionario*, pp. 151-153.



Mapa 3. El bloqueo de Espartaco por Craso y la llegada de las tropas de Pompeyo y Lúculo, según la interpretacion de que el muro estaba situado entre Pizzo y Soverato

En esta ocasión, tenemos la confirmación del hecho por otras fuentes: Frontino, que habla de una "zanja" y Apiano, que se refiere a un "foso, un muro y una empalizada"[36]. La mención de Apiano a la empalizada, que no aparece en Plutarco, puede ser tan solo una referencia a los palos puntiagudos que solían colocarse frente al enemigo, entre el foso y el muro, para que, en caso de ataque, estorbaran el asalto a la muralla, y sirvieran para que algunos asaltantes quedaran ensartados en los palos o, al menos, heridos por ellos. O, quizá, a que en puntos escarpados con una defensa natural, se consideró suficiente construir una empalizada en vez de un terraplén y un muro de obra.

Curiosamente, las fuentes antiguas no se asombraron tanto de tal obra de ingeniería como lo hacen los autores modernos. Solo Plutarco dice que, a pesar de que la obra era grande y difícil, Craso la terminó en poco tiempo. Estamos hablando de un foso y muralla de casi cincuenta y cinco kilómetros. Pero no hay que olvidar que Craso disponía de una fuerza de trabajo de más de treinta mil hombres, a los que habría que sumar las gentes de la zona, reclutadas al efecto.

[36] Front. *Strat.* 1.5.20, App. *BC* 1.118.

Podemos pensar que, para abrir una zanja de unos cuatro metros y medio de anchura por cuatro y medio de profundidad (quince pies romanos[37]) y un muro o terraplén de entre cuatro y siete metros de altura tras la zanja, Craso podía disponer de cuadrillas de más de quinientos legionarios y algunas docenas de lugareños por kilómetro. No parece trabajo imposible que casi seiscientos romanos excavaran mil metros de zanja y levantaran mil metros de murallas de palos y barro en pocos días, sobre todo si, como dice Salustio quizá refiriéndose a este momento, los romanos "trabajaban noche y día sin tregua"[38]. Lo que no quedaba claro entonces, y mucho menos ahora, es dónde se realizó dicha proeza ingenieril.

Plutarco dice que Craso hizo el muro "a través del istmo". Las dos líneas más estrechas que pueden delimitar dicho istmo son la línea Pizzo-Soverato, la más estrecha, tanto que sus treinta y cinco kilómetros se quedan cortos para los trescientos estadios de Plutarco (aunque, si sumamos las curvas del terreno, podrían aumentar hasta los cincuenta kilómetros), y la línea, más al norte, que va de Maratea-Roseto Capo Spulico, con sesenta y cinco kilómetros de anchura[39]. La primera línea, sin embargo, recibió en su día el respaldo de Emilio Gabba[40]. La segunda línea, siguiendo las crestas de Melìa, a cincuenta y cinco kilómetros al noroeste de Reggio, ha recibido el apoyo reciente de Strauss[41]. Hay autores, sin embargo, que dudan de este trabajo porque hubiera supuesto desplazar más de un millón de metros cúbicos de tierra y rocas, algo impensable para un ejército que debía estar en guardia ante el posible ataque de cien mil enemigos[42]. Estos autores se preguntan si la obra de Craso no fue algo mucho más sencillo: una zanja que rodearía a Espartaco en su localización de Reggio, o incluso en los montes Aspromonte, cercanos a esa ciudad. La idea de "sitiar" un monte nos resulta ya familiar, pues es lo que hicieron otros

[37] Un pie romano medía 29,7 centímetros. De donde 15 pies romanos correspondían a 4,45 metros.
[38] Sal. *Hist.* 4.34.
[39] N. Fields, *Spartacus*, pp. 66-67, aporta una experiencia personal buscando restos del muro y fotografías de las localidades apuntadas como terminales de la obra.
[40] E. Gabba, *Appiani*, p. 318.
[41] B. Strauss, *La guerra*, pp. 183-186.
[42] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 90, nota 20.

pretores dos años antes: Claudio Glabro ante el Vesubio, y Varinio en un lugar montañoso indeterminado de Campania. Sin embargo, esta idea más factible de sitiar a Espartaco en un monte por medio de una zanja es tan parecida a los dos ejemplos anteriores citados que produce sospecha.

Como conclusión, podemos suponer que Craso, efectivamente, cerró el istmo en algún lugar, por medio de una zanja continua de unos cincuenta kilómetros de largo y unos cuatro metros de anchura y profundidad, reforzada por un terraplén y una empalizada, construidos con la tierra y las rocas sacadas de la zanja, y con un muro más sólido y alto cerrando los caminos, calzadas y lugares no defendidos por las montañas o los barrancos. La obra podría haberse realizado en pocos días con el concurso de los treinta mil legionarios y los lugareños, trabajando obligados o de grado.

Espartaco y su ejército se encontraban acampados entre la ciudad de Reggio, que al estar amurallada es difícil que hubieran podido tomar salvo al asalto o por la traición de alguno de los numerosos esclavos que allí habitaban, los montes Aspromontes de las cercanías, y un bosque denso y salvaje que cubría casi toda aquella península del Bruzzio, llamado bosque Sila. Al menos eso parece atestiguar un oscuro fragmento de Salustio: "[...] se ocultaron en el bosque Sila" (Sal. *Hist.* 4.33).

El crudo invierno del año 71 a.C. (era ya enero o febrero) y la pobreza de la zona hacía difícil mantener a cien mil hombres y mujeres en aquellas soledades boscosas y aquellos páramos montañosos. El bloqueo de Craso con su muralla y su zanja impedía la comunicación de Espartaco con su base en Turios y las zonas de las que se abastecía. Al principio, Espartaco no se había preocupado de las obras de los romanos, tomándolas por una locura, pero ahora se daba cuenta de que aquella zanja podía ser el final de su rebelión. Era imperioso romper el bloqueo y marchar hacia el norte otra vez, quizá hacia Roma, para acabar lo que había empezado dos años atrás.

Entre tanto, Craso proseguía con las obras de fortificación del istmo. No quería, bajo ningún concepto, que Espartaco saliera de aquel rincón de Italia y volviese a saquear Lucania, Campania o el Lacio. Su

comando se lo había confiado el Senado para acabar con la rebelión de raíz y crucificar a sus líderes. Así que había que resistir cualquier ataque de los rebeldes contra el muro y evitar que pudieran escapar del sitio, como ya habían hecho en el pasado en el Vesubio y en Campania. Para ello disponía de treinta mil o más legionarios, una zanja de unos metros de profundidad y un terraplén y muro. No es gran cosa si tenemos en cuenta que su enemigo era una multitud de cien mil desesperados. Así que Espartaco, "cuando el botín escaseaba", tomó la única decisión posible en aquel caso: atacar el muro en sus puntos más débiles cargando contra él, sin más protección que los escudos de mimbre y pieles y las armaduras que pudieran haber arrebatado a los romanos muertos durante la guerra. Apiano es el que da más detalles de los primeros combates para salir del cerco:

> "Al tratar Espartaco de romper el cerco en dirección al territorio samnita, Craso mató a otros seis mil hombres al amanecer, y por la tarde a otros tantos, sufriendo el ejército romano tan solo tres bajas y siete heridos. Tan grande fue el cambio en su moral de victoria a causa del castigo." (App. *BC* I.119)

Lógicamente, no es creíble que Espartaco perdiera doce mil hombres, su mayor derrota hasta el momento (si excluimos la de su lugarteniente Crixo), y que los romanos solo sufrieran diez bajas, entre muertos y heridos. Y eso aun teniendo en cuenta que en un asalto a cuerpo descubierto contra una zanja erizada de púas, un terraplén y un muro, los asaltantes tendrían que asumir un alto precio, debido a las lanzas y flechas de los defensores, a las trampas escondidas en las zanjas (los romanos solían enterrar púas, ganchos y picas en sus trincheras), y a las espadas de los soldados apostados en el muro. Pero que los romanos no sufrieran también por las lanzas y flechas de los atacantes y sus espadas mientras subían al muro parece cosa de la propaganda. A no ser, como a veces se piensa, que los generales romanos solo consignaran en sus victorias las muertes de los soldados romanos, y no la de los auxiliares no ciudadanos, a quienes solían colocar en primera fila, sobre todo en los asedios y asaltos, porque eran quienes manejaban los

arcos, las hondas y los ingenios de artillería. En todo caso, murieran los que murieran del bando de Craso, podemos estimar sus bajas en al menos un diez por ciento de las de Espartaco: en aquellos asaltos al muro de Craso pudieron morir doce mil combatientes rebeldes de los cien mil de su ejército, y unos mil hombres de los treinta mil romanos. Fue una gran victoria de Craso.

A partir de ese momento, Espartaco decidió esperar su momento. Apiano nos da algunos detalles más de cómo continuó el sitio en el Bruzzio:

> "Entretanto, Espartaco, que estaba a la espera de que le llegasen de algún lugar jinetes de refuerzo, ya no entabló combate con todo el ejército, sino que incordiaba a los sitiadores, en numerosas ocasiones, aquí y allá. Caía sobre ellos de improviso continuamente y, arrojando en el foso haces de leña, les prendía fuego dificultando el trabajo. Crucificó a un prisionero romano en el espacio que mediaba entre los dos ejércitos, mostrando a los suyos la suerte que iban a correr en el caso de que no vencieran." (App. *BC* 1.119)

Es decir, se desarrolló una guerra de posiciones en la que Espartaco, esperando unos refuerzos de caballería ¿de su base en Turios?, atacaba por doquier, intentando obstaculizar las obras y reparaciones del muro y rellenando el foso con leña y otros materiales. Apiano menciona, además, la crueldad de Espartaco en esta guerra psicológica, con el detalle macabro de la crucifixión de un romano ante el muro para mostrar a su ejército cuál sería su suerte si Craso se salía con la suya. Lógicamente, este espectáculo exacerbaría también a los romanos y al propio Craso, quien decidiría, quizá en este momento, la suerte de los rebeldes en caso de vencerles. Sin embargo, el hecho de que sea Apiano el que transmite esta historia de la crucifixión y que mencione que ese sería el destino que les esperaba a los rebeldes si eran vencidos, y el hecho de que solo fuera Apiano el que transmitiera esta historia hace que me asalte una duda: ¿realmente se produjo esta crucifixión? ¿No estaría Apiano preparando el camino de su historia posterior de los seis

mil crucificados por Craso? Desde luego, la coincidencia en el mismo autor de ambos sucesos, y el hecho de que no aparezcan en ningún otro, induce a pensar que la crucifixión, tanto la del prisionero romano como la de los rebeldes después, es un añadido literario posterior.

Fuera lo que fuera que pasara, finalmente llegaron los refuerzos de caballería de Espartaco. Este es el único momento en que las fuentes mencionan el modo en que le llegaban suplementos y nuevas tropas a los rebeldes. Al parecer, Espartaco tenía en la zona reclutadores y gentes que le procuraban nuevos efectivos y, como este caso indica, también caballos de refresco en cantidades suficientes como para organizar unidades de caballería. Con estos refuerzos solo tuvo Espartaco que esperar una oportunidad para volver al asalto contra el foso y el muro, quizá en la parte más débil del mismo. Esta parte débil del muro de Craso, por fuerza, no podía ser la zona llana del istmo, donde habría mayor vigilancia y el muro sería más alto, sino los montes centrales, donde lo abrupto del terreno y lo denso del bosque podrían facilitar el paso de un contingente decidido a todo.

Mientras Espartaco esperaba ese momento oportuno para volver a la carga, en Roma se vivía una gran agitación. Las noticias de que Craso no presentaba batalla para acabar definitivamente con aquella "banda de fugitivos" exasperaba a los senadores y provocaba el miedo en los ciudadanos[43]. Estos todavía temían una marcha de los rebeldes contra Roma; aquellos temían aún más que Craso quisiera aprovechar el comando especial contra Espartaco para hacerse con el poder en la República. Así que el Senado mandó recado a sus generales en Hispania y Asia, Pompeyo y Lúculo, para que, una vez acabadas las guerras contra Sertorio y Mitrídates, volvieran a Italia a exterminar a los rebeldes. Al parecer, Pompeyo estaba a punto de llegar a la península desde Hispania, si no había llegado ya, por lo que fue el primero en acudir a la llamada del Senado[44]. En cuanto a Lúculo, se embarcó con destino a Brindisi, el gran puerto romano situado en el tacón de la bota italiana,

[43] App. *BC* 1.119.

[44] E. Gabba, *Appiani*, p. 330, piensa que el Senado debió de otorgar a Pompeyo un acta legal para que no disolviera su ejército al cruzar los Alpes con el fin de que ayudaran a destruir a Espartaco.

cerca por tanto del escenario del sitio de Craso a Espartaco[45]. En esta tesitura, Craso se dio prisa en acabar él solo con la guerra para que otros no le hurtaran el mérito y, sobre todo, la victoria, la cual abriría para él la posibilidad de optar al consulado del año siguiente, el año 70 a.C. En este momento fue cuando se produjeron unas oscuras conversaciones de paz entre Espartaco y Craso, de las que solo conocemos lo poco que nos dice Apiano:

> "A causa de esta votación, Craso, para que la gloria de la guerra no fuera de Pompeyo, se dio prisa y trató de atacar a Espartaco a cualquier precio. Y Espartaco, a su vez, juzgando conveniente anticiparse a Pompeyo, invitó a Craso a llegar a un acuerdo. Mas, al ser rechazada por este su propuesta con desprecio, decidió arriesgarse." (App. *BC* 1.120)

Según Apiano, Craso quería atacar, pero Espartaco, temiendo la llegada de Pompeyo, de la que, al parecer, tuvo noticia, intentó negociar una rendición o una amnistía o el paso del ejército para escapar por el norte. Son varias las hipótesis posibles. Quizá Espartaco intentara que Craso le facilitara el paso de su ejército a Sicilia o a África; quizá el acuerdo consistiera en que, con la aquiescencia de Craso, Espartaco marchara al norte y derrotara y matara a su enemigo Pompeyo, para escapar después hacia los Alpes. Quizá la petición de acuerdo salió de Espartaco, pero fue rechazada por el Senado. A este respecto tenemos el valioso testimonio de Tácito, el gran historiador de Roma, que dice lo siguiente:

> "Ni siquiera a Espartaco, que tras derrotar a tantos ejércitos consulares ponía fuego impunemente a Italia, y a pesar de que el Estado se hallaba resquebrajado por las tremendas guerras de

[45] Según A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 91, los populares habrían votado a favor del comando especial para Pompeyo, a cambio del cual los optimates habrían impuesto también la presencia de Lúculo en Italia por la misma razón.

> Sertorio y Mitrídates, se le había concedido un armisticio pactado." (Tac. *Ann.* 3.73.2)[46]

Este texto es importante porque Tácito documenta el grave peligro que corría Italia en ese momento por la confluencia de la rebelión de Espartaco con las guerras de Sertorio y Mitrídates, y por confirmar que no se le había concedido un *pacto in fidem:* una paz y una alianza. Pero también conllevaba una rendición, un tratado que confería una dignidad como enemigo a Espartaco y sus rebeldes que el Senado nunca aceptaría[47].

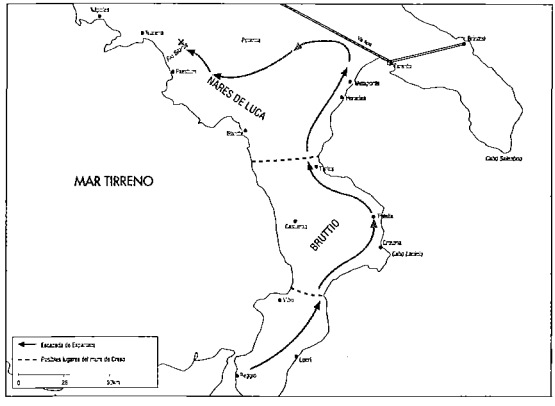
Es posible, finalmente, que fuera Craso el que propusiera a Espartaco la disolución de su banda, la entrega de las armas, a cambio de un castigo menor a los esclavos fugitivos y la amnistía a los campesinos y ciudadanos libres que estuvieran con los rebeldes. Es factible, también, que Craso intentara llegar a un acuerdo con Espartaco para ponerse al mando de los rebeldes y avanzar con ellos hasta Roma a imponerse como cónsul, sino como dictador[48]. ¿Por qué no? Pocos años antes, en el 77 a.C., Lépido había sido enviado a Etruria a sofocar una rebelión de los campesinos expropiados por Sila, y no solo no acabó con ellos, sino que se puso al frente de los rebeldes y avanzó contra Roma para conseguir sus objetivos políticos. Esta posibilidad de que Craso y Espartaco unieran sus ejércitos para marchar contra Roma y acabar con Pompeyo y con el Senado optimate es factible según los precedentes de Lépido, y políticamente hubiera sido un golpe terminal contra el gobierno tiránico de la facción optimate. Según Apiano, Craso rechazó indignado la proposición de Espartaco. Así que a los rebeldes solo les quedaba atacar y romper el bloqueo.

El segundo ataque al muro por parte de Espartaco está narrado por Apiano, pero también por otros autores como Plutarco y Frontino. El relato de Apiano insiste en la versión del primer ataque: fue una carga frontal del ejército rebelde contra las fortificaciones romanas, pero en

[46] Traducción de J.L. Moralejo, *Cornelio Tácito: Anales,* Madrid, Gredos, vol. I, 1984, pp. 258-259.

[47] B. Strauss, *La guerra*, p. 190.

[48] La posibilidad de que las negociaciones partieran de los romanos y no de Espartaco, o incluso del Senado romano y no de Craso, fue apuntada ya por M. Doi, "On the negotiations between the Roman state and the Spartacus army", *Klio* 66, 1984, pp. 170-174.



Mapa 4. El avance de Espartaco hacia el norte y la batalla del río Silaro. Tomado de N. Fields, *Spartacus*, p. 64

esta ocasión apoyada por la caballería que acababa de reforzar sus filas[49], probablemente llegada de Turios. Si esto fue así, cabría imaginar a la infantería de Espartaco cargando contra la parte más débil del foso, donde quizá solo hubiera una empalizada, mientras su caballería de refuerzo hostigaba a los defensores por detrás con sus lanzas o espadas. Sin embargo, Plutarco y Frontino dicen que la ruptura del bloqueo de Craso por Espartaco fue más sutil, más en la línea ya conocida de sus artimañas como las del Vesubio o las del asedio de Varinio en Campania: Espartaco esperó a una noche de ventisca y nieve[50] para colmatar el foso y hacer pasar a su ejército, o a parte de él, por encima y acabar con los defensores del muro, tras lo cual se escabulliría con todos sus hombres, mujeres y niños, en dirección al golfo de Tarento[51]. La única diferencia en este relato de huida entre Plutarco y Frontino estriba en el "material" que utilizó Espartaco para rellenar el foso y hacer pasar a su ejército. Plutarco, quien representa la tradición más favorable a la humanidad de Espartaco y a sus condiciones de líder generoso y

[49] App. *BC* 1.120.

[50] Plut. *Cras.* 10.9. *Cf.* Sal. *Hist.* 4.35.

[51] A pesar de que Plutarco, *Cras.* 10.9, dice que solo cruzó un tercio del ejército de Espartaco, lo lógico es que solo utilizara ese contingente para la carga, pero que después escaparan todos sus hombres por la brecha. Es la opinión también de E. Maróti, "Bemerkungen zur späten Periode des Aufstandes des Spartacus: zur Problematik des Durchbruchs der Festungslinie von Crassus", *Helikon* 28, 1988, pp. 311-314.

valiente, dice que lo hizo con "tierra, madera y ramas de árboles"[52]. Frontino, interesado más en las estratagemas bélicas inusuales, detalla que fue con "los cuerpos de los prisioneros y del ganado que él había matado"[53]. No podemos saber, por supuesto, cómo se desarrolló la escena, puesto que en otro momento las fuentes atestiguan que Espartaco mató a los prisioneros romanos para avanzar más rápidamente, o que crucificó a uno ante el muro, por lo que los rebeldes no parecían tener escrúpulos a la hora de ejecutar a sus presos. En todo caso, parece más práctico que utilizaran materiales convencionales para rellenar el foso, como madera, tierra, los haces de leña que en otra ocasión citara Apiano, sin perjuicio de que también se arrojaran al foso cuerpos de muertos en el asedio y carcasas de ganado ya consumido.

Con todo ello, Espartaco y su ejército, que podría haber quedado reducido a unos ochenta mil hombres debido a las derrotas en el estrecho de Mesina, en los dos asaltos fallidos al muro, y a los caídos en las escaramuzas anteriores y en este tercer asalto, se dirigió hacia el golfo de Tarento, con ánimo de alcanzar Brindisi, quizá para apoderarse de los barcos allí anclados y cruzar con ellos a Grecia. Y todo ello con el ejército de Craso recuperándose de la sorpresa y reuniéndose desde todas partes de aquel muro de cincuenta kilómetros para perseguirles con rabia.

Los acontecimientos posteriores a la ruptura del cerco no están muy claros. Según Apiano, Espartaco se dirigió hacia Apulia, hacia la ciudad de Brindisi, quizá para hacerse con las naves allí atracadas y cruzar a Grecia. Es la única indicación que tenemos de su ruta. Plutarco, que es quien da más datos de los acontecimientos finales de la rebelión, sitúa las batallas siguientes en Lucania, es decir, un poco al norte del Bruzzio, antes de llegar a Campania, la región donde había comenzado la guerra. A todos los efectos, el relato de Plutarco es el más fiable, dado que, por desgracia, las fuentes "primarias", Salustio y Tito Livio, se han perdido con respecto al lugar de los hechos. Habrá que imaginarse, pues, con Apiano y Plutarco, que Espartaco y sus rebeldes se dirigieron primero hacia el este, para alcanzar Brindisi.

[52] Plut. *Cras.* 10.9.
[53] Front. *Strat.* 1.5.20.

Pero, ante la llegada de Lúculo a dicho puerto, y para evitar quedar atrapados en una pinza entre las legiones de Craso por el oeste y las de Lúculo por el este, decidieron dirigirse al norte por la Vía Popilia, quizá en dirección a Roma, como temía Craso[54]. Y digo "decidieron" porque, en aquel momento, había una nueva disensión en el mando del ejército rebelde.

Derrota y ¿crucifixión?

Hay que tener en cuenta que la rebelión del año 73 a.C. había estallado en un *Ludus* de gladiadores, una escuela en la que las individualidades, como en toda escuela, quedaban diluidas ante la disciplina de grupo. Por muy carismática que fuera la personalidad de Espartaco, y a pesar de la aureola mística que se había formado en torno suyo por las historias que se contaban sobre la serpiente de Dionisos y por su mujer o pariente tracia iniciada en dichos ritos, junto a Espartaco había otros gladiadores de fuerte personalidad. Desde el comienzo mismo de la rebelión, los fugados habían elegido a Espartaco, a Crixo y a Enomao como sus líderes. En toda esta historia, el contingente galo-germánico, pese a ser inferior en número al resto de los rebeldes (como demuestra el menor número de efectivos de los ejércitos galo-germánicos liderados por Crixo en el 72 a.C.), había tenido un importante papel en la rebelión: el hecho de que dos de los tres jefes tuvieran esos orígenes así lo prueba.

Las fuentes, otra vez, difieren en el relato de esta nueva disensión, porque Plutarco solo habla de que una parte del ejército de Espartaco se separó de él, sin especificar quiénes fueron estos disidentes. Salustio, Apiano, Floro o Veleyo no dicen nada de esta división del ejército de Espartaco. Y otros autores, comenzando por Livio y siguiendo por quienes lo utilizaron como fuente, sobre todo Frontino y Orosio, especifican que los disidentes eran galos y germanos dirigidos por unos tales Casto y Gánico. Que hubo una disensión es bastante posible, ya que el mando del ejército rebelde había sido siempre compartido entre

[54] Plut. *Cras.* 11.1.

Espartaco y, al menos, otro líder. Tras la muerte de Crixo, sin embargo, Espartaco había asumido un mando supremo que la heterogeneidad del movimiento rebelde no aceptaría fácilmente (aunque ninguna fuente habla de que en ningún momento se cuestionara el liderazgo de Espartaco). Por eso es muy posible que, tras la huida del cerco de Craso en el Bruzzio, y ante el peligro supremo de quedar atrapados entre el ejército de Craso al suroeste y el de Lúculo al este, las tensiones en el bando rebelde estallaran y una parte del ejército se separara del cuerpo principal. Pero, estos disidentes ¿eran, otra vez, los galos y germanos?

Ya hemos visto cómo los galos y germanos habían provocado las primeras discusiones entre los rebeldes tras las derrotas de los ejércitos pretorianos en el año 73 a.C., pues estos querían dedicarse a saquear, robar, violar y asesinar, mientras Espartaco y los demás solo querían huir al sur. Al año siguiente, el ejército rebelde se dirigió al norte y, otra vez, los galos y germanos, capitaneados por Crixo, se opusieron a los planes de huir hacia los Alpes, y se separaron del ejército principal, solo para ser derrotados y aniquilados por Gelio en la batalla del monte Gargano. Aunque algunos supervivientes se unieron a Espartaco, ¿de dónde salían estos nuevos galos y germanos que volvían a separarse del ejército rebelde?

Hay varias hipótesis al respecto. La más radical es que Tito Livio pudo identificar este contingente con los galos y germanos solo porque ya había habido una disensión similar un año antes bajo el mando de Crixo, o simplemente por confusión. Tras Tito Livio, los autores que le siguieron como fuente repitieron esa composición étnica del ejército de Gánico y Casto. Otra posibilidad es que en el ejército disidente, el contingente galo y germánico, compuesto por los supervivientes de la derrota de Crixo más otros que se unieron a la rebelión durante los meses siguientes, fuera el grupo étnico más numeroso, pero no el mayoritario. Esta posibilidad es la más factible, en mi opinión.

Sabemos que el ejército de Espartaco se nutría de esclavos fugitivos de las zonas por donde pasaba, así como de campesinos empobrecidos que preferían la vida salvaje del saqueador a la vida paupérrima del jornalero. Ya vimos en su momento que Apiano escribió que en la batalla del monte Gargano murieron dos tercios del ejército de Crixo, cifrado

por este autor en treinta mil hombres[55], por lo que es posible que los diez mil supervivientes se reunieran con Espartaco. A estos diez mil galo-germánicos habría que sumar los que se unieron a la rebelión durante el resto del año 72 y comienzos del año 71 a.C. El ejército así resultante, formado por entre veinte y treinta y cinco mil hombres, mujeres, niños y ancianos, fue puesto bajo el mando de Gayo Gánico y de Casto.

Los acontecimientos se sucedieron vertiginosamente. El ejército disidente, aproximadamente un tercio del total de los rebeldes, se dirigió hacia Lucania, y estableció su campamento a los pies de un lago cuyas aguas tenían la extraña característica de cambiar de dulces a saladas según la época del año (probablemente por influjo del agua marina en el acuífero subterráneo). Este lago ha sido identificado como el antiguo lago di Palo, cerca de Volcei, al este de la Vía Popilia, un lago que, hasta su desecación en 1881, cambiaba de tamaño y de contenido en sal según las estaciones[56]. También se ha intentado identificar dicho lago con las marismas que había entre Paestum y la desembocadura del río Silaro hasta su desecación en la década de 1930[57].

Según Plutarco, Craso se dirigió contra este ejército disidente y logró apartarlo del lago. Quizá hizo esto por evitar el suministro de agua potable a los rebeldes (en el caso de que en aquella época del año el agua del lago fuera dulce), o por evitar que estos tuvieran una protección para un ataque envolvente a la caballería romana. El relato de Plutarco de lo que siguió después es el siguiente:

> "Así pues, decidió atacar en primer lugar a los que habían abandonado a Espartaco y luchaban por su cuenta, guiados por Gayo Gánico y Casto. Envió a seis mil hombres para que se apoderaran de una colina y les dio orden de que pasaran desapercibidos. Ellos trataron de ocultarse a la vista tapando sus cascos, pero dos mujeres que estaban haciendo un sacrificio para los enemigos los vieron; y habrían corrido peligro, si no llega a ser

[55] App. *BC* 1.117.
[56] A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 93, nota 28.
[57] B. Strauss, *La guerra*, p. 199.

> porque Craso apareció repentinamente y entabló una batalla, la más encarnizada de todas, en la que abatió a doce mil trescientos hombres, de los cuales solo se encontró a dos que hubieran sido heridos por la espalda. Todos los demás murieron en su posición de batalla luchando contra los romanos". (Plut. *Cras.* 11.4-5)

Según Plutarco, pues, Craso intentó sorprender a los rebeldes en marcha desde el lago tomando posiciones en una colina, pero unas mujeres que estaban en dicho monte realizando un sacrificio dieron la voz de alarma a Gánico y Casto, quienes se dirigieron contra los seiscientos romanos que ocupaban dicha colina. Ante esa situación, Craso avanzó con el grueso de sus hombres y se produjo una batalla encarnizada en la que murieron doce mil trescientos rebeldes, todos ellos muertos de frente, sin huir.

Hay varios aspectos que comentar. Está claro, por ejemplo, que el contingente dirigido por Casto y Gánico, según Plutarco, no podía ser mucho mayor de quince o veinte mil hombres si al parecer murieron poco más de doce mil, y no se dice nada de los que huyeron, o de si alguno lo consiguió. En segundo lugar, para el episodio de las dos mujeres realizando sacrificios, Plutarco utilizó claramente a Salustio como fuente para su relato, pues de lo poco que queda de las *Historias* de Salustio, hay un fragmento que alude a estas mujeres:

> "Mientras, entre que amanecía, dos mujeres galas salieron al monte para recorrerlo pidiendo que no les viniese su menstruación". (Sal. *Hist.* 4.40)

Este fragmento clarifica algunos aspectos. En primer lugar, las mujeres eran galas, lo cual verifica el componente étnico mayoritario del grupo disidente. Y en segundo lugar, el sacrificio que dice Plutarco era, según Salustio, referente a retrasar la menstruación[58], una función corporal propiamente femenina que Salustio utilizó en otros textos para conformar una imagen heroica de estas mujeres bárbaras frente a los

[58] *Cf.* B. Strauss, *La guerra*, pp. 197-198, quien cita también la posibilidad de que dicho sacrificio fuera por un culto lunar de carácter céltico.

ejemplos degradados de mujeres romanas[59]. Fuera cual fuera la intención historiográfica de Salustio, este pasaje es el único en el que se citan mujeres en el ejército rebelde y ha sido, generalmente, interpretado como que las mujeres luchaban como soldados en dicho ejército, ya que intentar retrasar la menstruación podría haberles conferido mayor vigor físico en el combate[60].

En todo caso, el relato de Plutarco presenta algunos problemas si se compara con otras fuentes. En primer lugar, sobre el sitio de la batalla, ya que no sabemos exactamente dónde se ubicaba dicho lago. Plutarco dice que estaba en Lucania, pero no sabemos si al este o al oeste de la Vía Apia, o si realmente los galos y germanos se habían separado totalmente del ejército de Espartaco o si solo eran una columna que guardaba el flanco derecho del avance del ejército rebelde hacia el norte. En segundo lugar, la cifra que da Plutarco de los muertos de esta primera batalla que marca el final de la rebelión, doce mil trescientos caídos, no tiene nada que ver con otra cifra que aparece en Tito Livio y también en Frontino y en Orosio, treinta y cinco mil muertos[61].

Desde mi punto de vista, esta controversia sobre la batalla del Lago, como podríamos llamarla, se resolvería si entendiéramos que hubo un primer combate contra la facción galo-germánica, en la que Casto y Gánico perdieron los doce mil trescientos hombres que menciona Plutarco. Las demás fuentes no mencionan dicho combate porque los caídos en él representaban poco en relación con el ejército de Espartaco, que contaba con más de cien mil efectivos. Tras esta batalla, Casto y Gánico y sus supervivientes se reunieron con Espartaco, formando un ejército de unos ciento veinte mil hombres (esto lo sabemos por las cifras de los muertos, huidos y crucificados, que veremos más adelante). En este sentido, Frontino aporta algunos datos preciosos, que casan bien con esta batalla del Lago:

[59] J.L. Posadas, "Las mujeres en la acción y la narración de César, los cesarianos y Salustio", *SHHA* 29, 2011, 249-274, esp. pp. 272-273. El otro texto donde aparece la renuncia de mujeres bárbaras a las funciones de su sexo (en este caso eran hispanas, y las funciones, amamantar y parir) es en *Hist.* 2.92.

[60] J.L. Posadas, *Gayo Salustio Crispo*, p. 187. *Cf.* M. Doi, "Female slaves", pp. 163-164.

[61] Liv. *Per.* 97.1 y *Per.* Fr. 97.25, Front. *Strat.* 2.5.34, Oros. *Hist.* 5.24.6. Orosio dice exactamente que fueron treinta mil los muertos de esta primera batalla.

> "Cerca de la ciudad de Camalatrum, durante la guerra contra los esclavos fugitivos, Licinio Craso planeó conducir sus tropas contra Casto y Gánico, los líderes de los galos. Envió doce cohortes bajo el mando de sus legados Gayo Pomptinio y Quinto Marcio Rufo para rodear por detrás la montaña. Cuando la batalla ya había comenzado, esos hombres aparecieron de repente a espaldas del enemigo con tal estruendo aterrorizador que los fugitivos se escaparon en todas direcciones del campo de batalla y no pudieron terminar la lucha." (Front. *Strat.* 2.4.7)

Frontino sitúa esta batalla en una ciudad, Camalatrum, de ubicación desconocida, pero probablemente situada al norte de Lucania[62]. Como también habla de una montaña, es posible que Camalatrum sea solo el nombre de la localidad más cercana, y por tanto se pueda identificar este paraje con el del lago plutarquiano. En un relato parecido al de Plutarco, Frontino narra cómo Craso intentó rodear a Espartaco con una parte de sus tropas. En el de Plutarco eran seiscientos hombres, es decir, una cohorte con sus auxiliares; en este texto de Frontino eran doce cohortes, es decir, más de una legión. Frontino menciona a dos legados, de los cuales sabemos que uno, al menos, sobrevivió a la guerra, pues fue pretor en el año 63 a.C.[63] El dato más importante es que los soldados enviados por Craso para rodear a los rebeldes aparecieron en el momento de mayor fragor de la batalla, provocando una huida generalizada de los galo-germánicos que, sin duda, se reunieron con el grueso del ejército de Espartaco. Este es el dato que más duda suscita, pues en el relato de Plutarco, todos los espartaquíadas murieron sin huir.

El resto de la campaña contra Espartaco puede ser reconstruido también utilizando las fuentes con cierta imaginación. En primer lugar, Plutarco dice que, tras la derrota en la batalla del Lago, Espartaco se retiró a las montañas de Petelia con su ejército. Petelia está situada un poco al suroeste de Lucania, cerca del lugar donde estalló la rebelión de Espartaco dos años antes. Es posible que el movimiento de

[62] B. Strauss, *La guerra*, p. 211.
[63] Gayo Pomptino o Pomptinio (*MRR* II.125).

Espartaco fuera un intento de replegar sus fuerzas para reorganizarse y para integrar a los supervivientes de la escisión de Casto y Gánico. En este sentido, los dos generales disidentes parece que volvieron a estar bajo el mando de Espartaco, aunque no dejaron de ser díscolos. Plutarco relata los acontecimientos siguientes de esta manera:

> "Quinto, uno de los oficiales de Craso, y el cuestor Escrofa iban siguiéndolo muy de cerca. Pero Espartaco se dio la vuelta y provocó la huida masiva entre los romanos, que a duras penas lograron salvar al cuestor, al que recogieron herido. Esta victoria destruyó a Espartaco, porque los fugitivos se colmaron de soberbia. Los hombres ya no estaban de acuerdo en rehuir el combate ni obedecían a los jefes. Por el contrario, una vez comenzada la marcha, rodearon a los jefes mostrándoles las armas y los obligaron a conducirlos de nuevo al encuentro de los romanos a través de Lucania, de modo que se apresuraron a hacer exactamente lo que Craso deseaba." (Plut. *Cras.* 11.6-7)

Es decir, los romanos, bajo el mando del legado Quinto (quizá el ya conocido Marcio Rufo, quizá un error de cita y se refiera al legado Lucio Quincio que aparecerá más adelante), y del cuestor Escrofa[64], envalentonados tras su victoria parcial en la batalla de Camalatrum/Lago, siguieron demasiado de cerca a Espartaco, quien se volvió contra ellos y los derrotó, aunque sin provocar una matanza, sino solo la huida de las cohortes y la herida del cuestor. Según Plutarco, las disensiones en el bando de los rebeldes volvieron a salir a la luz, como un año antes, pero esta vez con cierta violencia contra Espartaco. Al parecer, sus hombres querían acabar con Craso en una sola batalla campal y no estaban de acuerdo con la estrategia disuasoria de su jefe. El resultado de dicho motín, pues de un motín se trató por las amenazas con las armas a los jefes, fue que Espartaco condujo a su ejército contra Craso "a través de Lucania", es decir, hacia el norte. Claramente,

[64] Gneo Tremelio Escrofa (*MRR* II. 122).

la rebelión iba a decidirse en el mismo lugar donde había estallado: en las campiñas de Campania.

En este momento se mostró la prisa de Craso por acabar con la guerra. Si al principio había escrito al Senado para que le enviara como ayuda a Pompeyo y a Lúculo[65], en estos momentos quería atribuirse la victoria solo a él. Varias fuentes son muy claras al respecto. La más evidente la encontramos en Plutarco:

> "En efecto, se anunciaba ya la llegada de Pompeyo y en las asambleas electorales no eran pocos los que decían que la victoria de esta guerra le correspondía, pues en cuanto llegara, presentaría batalla y le pondría fin. Por ello, Craso tenía prisa por combatir." (Plut. *Cras.* 11.7)

Otros autores confirman esta necesidad de Craso de vencer él solo a Espartaco, con una finalidad electoral clara: presentarse al consulado del año 70 a.C. y conseguir el ansiado cargo. Así, por ejemplo, Salustio dice que Craso "se volvió luego un poco maniático en su avidez por ponerle fin (a la guerra)" (Sal. *Hist.* 4.39); y el mismo Plutarco, que fue por la llegada de Pompeyo a Italia "por lo que el general Craso se apresuró temerariamente a combatir" (Plut. *Pomp.* 21). Es posible que fuera esta prisa de Craso por derrotar definitivamente a Espartaco la que le llevó a cometer estos avances estratégicos apresurados.

Derrotada y puesta en fuga la vanguardia de Craso, Espartaco avanzó algo más hacia el norte, quizá apartándose de la Vía Popilia, y por el valle del Tanagro, hasta llegar a la ribera de un río, el Silaro, que desemboca a unos 7 km al norte de Paestum, en pleno golfo de Salerno, río que servía de frontera entre Campania y Lucania[66]. Es posible que Espartaco quisiera alcanzar la Vía Apia, para dirigirse hacia Roma. Pero Craso se

[65] Plut. *Cras.* 11.3: "Con anterioridad, Craso había escrito al Senado que era necesario hacer venir a Lúculo de Tracia y a Pompeyo de Hispania; pero ya se había arrepentido y se esforzaba en terminar la guerra antes de que ellos llegaran, porque sabía que no se atribuiría a él la victoria, sino a quien acudiera en su ayuda".

[66] E. Sánchez Sálor, *Orosio: Historias,* Madrid, Gredos, vol II, 1982, p. 82, nota 166. El rio Silaro nace en los montes Paflagone, justo encima de Calabritto, y fluye hacia el golfo de Salerno para desembocar al norte de Paestum. Según N. Fields, *Spartacus*, p. 74, la batalla entre Craso y Espartaco debió de producirse más cerca del nacimiento del río que de la desembocadura.

interpuso en su camino. La batalla final entre Espartaco y Craso debió de llevarles algunos días, si no semanas. Hay que reconstruirla con varias fuentes, pues Plutarco habla de una sola batalla, otras fuentes solo reportan la última de estas, pero Frontino y Orosio se refieren claramente a una primera batalla contra el contingente dirigido por Casto y Gánico, en la que murieron treinta y cinco mil hombres, y una segunda, contra el grueso del ejército de Espartaco, en la que murieron unos setenta mil. Incluso podríamos utilizar como fuente arqueológica de esta batalla de trincheras el hallazgo de miles de proyectiles de barro cocido, utilizados por los honderos, en las proximidades de Paestum[67], lo cual indicaría una lluvia de proyectiles que duró días. Esta guerra de posiciones es mencionada brevemente por Plutarco y por Frontino:

> "Por ello, Craso tenía prisa por combatir; de modo que acampó cerca de los enemigos y excavó un foso contra el que se lanzaron los esclavos, atacando a los hombres que estaban trabajando allí. Cada vez acudían más refuerzos de ambos bandos, hasta que Espartaco comprendió la necesidad en que se encontraba y puso en línea de batalla a todo su ejército." (Plut. *Cras.* 11.8)

> "En la guerra contra los esclavos fugitivos, Craso construyó estacadas defensivas alrededor de sus dos campamentos que estaban localizados cerca del del enemigo, muy próximo al monte Cantenna." (Front. *Strat.* 2.5.34)

En estos textos, los únicos que mencionan esta guerra de posiciones en la que, por enésima vez, los romanos intentaron cercar a los rebeldes con una maraña de trincheras, fosos y estacadas, se ve cómo Craso intentaba minar la resistencia de Espartaco e incitarle a la lucha frontal, la única en la que los romanos tenían ventaja. Como un dato complementario, Frontino sitúa la escena de los fosos y los campamentos en el monte Cantena, cerca del pueblo actual de Giungano.

[67] B. Strauss, *La guerra*, p. 199; N. Fields, *Spartacus*, p. 74, reproduce en una fotografía algunos de estos proyectiles de honda localizados bajo la basílica de Paestum, y conservados en el Museo Arqueológico de dicha localidad.

En definitiva, la impaciencia de los hombres de Espartaco, y la propia necesidad de salir de un cerco en el que sus más de cien mil hombres podían quedarse sin víveres, hizo que Espartaco reaccionara y sacara a sus hombres a campo abierto para intentar batir a los romanos y seguir su marcha hacia el norte. El único que relata esta batalla del monte Cantena con detalle es Frontino, pues Plutarco o Apiano no la mencionan:

> "Entonces, una noche, (Craso) avanzó con sus tropas para situarlas en la base de la montaña mencionada, dejando su tienda de general en el campamento más grande, para engañar al enemigo. Entonces, dividiendo su caballería en dos secciones, ordenó a Lucio Quincio que atacara a Espartaco con una parte de sus tropas, para confundirle con un ataque frontal. Con la otra parte atrajo al combate a los galos y a los germanos, liderados estos por Casto y Gánico. Se trataba de fingir una retirada para atraerlos a todos al lugar donde Craso había colocado a sus tropas en orden de batalla. Cuando los bárbaros persiguieron a las fuerzas de Quincio, la caballería romana atacó sus flancos. Entonces, la línea romana de infantería cargó contra los enemigos con furia y con un terrible griterío. Livio reporta que treinta y cinco mil hombres, entre ellos sus líderes, murieron en aquella batalla. Cinco águilas romanas y veintiséis estandartes fueron recuperados, junto con muchísimo botín, incluyendo cinco fasces con sus hachas." (Front. *Strat.* 2.5.34)

El relato de Frontino es detallado y precioso. En él, se asigna la iniciativa del combate, no a Espartaco, sino a Craso, quien engañó a los rebeldes dejando su tienda en el campamento más grande. Lo que pretendía Craso era atraer a una parte del ejército de Espartaco para derrotarlo por separado. Por eso, ordenó a su caballería, es decir, a sus tropas con más movilidad, atacar frontalmente a los galo-germanos de Casto y Gánico. En época romana, la caballería no cargaba frontalmente, solo se utilizaba en movimientos envolventes para atacar los flancos o para desbaratar a las vanguardias y a los rezagados. Por eso,

es creíble que los rebeldes cayeran en el engaño y persiguieran a esas fuerzas de caballería... hasta encontrarse con el frente impenetrable de la infantería legionaria. En esta ocasión, el resto de la caballería romana sí hizo lo que solía: atacar los flancos del contingente rebelde, mientras el frente legionario avanzaba para destruir al ejército enemigo. En esta primera batalla cayeron treinta y cinco mil rebeldes, incluidos Casto y Gánico y, algo muy importante para los romanos, se recuperaron cinco águilas romanas (las enseñas de cinco legiones, quizá las de los ejércitos consulares y proconsulares) y las insignias de cinco magistrados romanos, quizá los pretores y el procónsul. Esta cifra la toma Frontino de Tito Livio, como él mismo dice. Un relato parecido de esta primera batalla y una cifra similar, aunque algo más baja, lo proporciona Orosio:

> "Luego, antes de atacar con sus tropas a Espartaco, que se disponía a colocar su campamento junto al nacimiento del río Silaro, derrotó a los galos, que habían ayudado a este, y a los germanos, de los cuales perdieron la vida treinta mil hombres con sus propios jefes." (Oros. *Hist.* 5.24.6)

Orosio especifica que el teatro de operaciones había sido el nacimiento del río Silaro, que probablemente fuera el ya citado monte Cantena, en todo caso al sur de Campania[68]. No parece importante la disensión entre los treinta y cinco mil muertos de Livio y Frontino y los treinta mil de Orosio. Algo menos de la tercera parte, en todo caso, de las fuerzas de Espartaco había sido aniquilada. El desenlace definitivo estaba cerca. Espartaco comprendió que no podía seguir arriesgándose a perder batallas parciales, porque la sangría que había comenzado unos meses antes con las derrotas en Picentia, y con las bajas sufridas en la intentona de pasar a Sicilia o en la rota del cerco de Craso en el Bruzzio, no podía continuar. En todas esas derrotas parciales, Espartaco había perdido más de sesenta mil hombres. Le quedaban, no obstante, unos ochenta mil hombres desesperados, lo

[68] Solo hay una fuente que no sitúa la batalla final en Lucania o en el Silaro: Eutr. 6.7.2, quien la sitúa en Apulia.

cual equivalía a más de doce legiones. Frente a él, Craso solo contaba con un máximo de ocho legiones, pero perfectamente entrenadas y sometidas a la dura y rígida disciplina establecida por este general.

No hay relatos detallados de la batalla final en ninguna fuente, o al menos no tan detallados como los de Frontino. A los historiadores antiguos no les importaba tanto relatar el final de los rebeldes como relatar el final de Espartaco, pues fue decepcionante que no se le pudiera coger vivo, ni siquiera exhibir su cuerpo. La narración más completa del final de Espartaco y de su rebelión está en Plutarco:

> "En primer lugar, cuando le llevaron su caballo, desenvainó su espada, dijo que como vencedor obtendría de los enemigos muchos hermosos caballos; y que, de ser vencido, no lo necesitaría. Entonces lo degolló. Luego trató de abrirse paso hasta el propio Craso entre la multitud de armas y heridos, pero no lo encontró. Mató, no obstante, a dos de sus centuriones que se habían lanzado contra él. Finalmente, los que estaban con él huyeron; pero él resistió frente a los muchos enemigos que lo rodearon y se defendió hasta la muerte." (Plut. *Cras.* 11.9-10)

Más adelante hablaremos del mito de que Espartaco no murió en la batalla, porque todos los autores confirman este dato. El relato de Apiano, no obstante, arroja cierta indeterminación al mencionar que no se halló el cadáver de Espartaco, quizá un recurso retórico o literario del abogado alejandrino. Este relato es también bastante minucioso:

> "En el curso de la batalla, que fue larga y sangrienta como cabía esperar de tantos miles de hombres desesperados, Espartaco resultó herido en el muslo por una lanza y, doblando la rodilla en tierra y cubriéndose con el escudo, se defendió de sus atacantes hasta que él y una gran masa de partidarios suyos fueron cercados y perecieron. Entonces el resto de su ejército huyó en desbandada y cayó en masa, hasta el punto de ser imposible contar el número de muertos. Los romanos perdieron mil hombres, y no se encontró el cadáver de Espartaco." (App. *BC* 120)

El último relato, mucho más reducido y menos creíble en general, de la batalla del río Silaro, es el de Floro:

> "Lanzándose finalmente al ataque, se arrojaron a una muerte digna de hombres valientes y, cual convenía con un gladiador por jefe, se luchó sin cuartel. El propio Espartaco, luchando en primera fila con gran valor, cayó como un general." (Flor. *Ep.* 2.8.13-14)

Vamos a comentar estos tres textos. Los rasgos comunes son la valentía de los rebeldes, su muerte en masa, y cómo Espartaco luchó en primera fila en el relato de Floro, intentando acercarse a Craso en el texto de Plutarco, o luchando a la desesperada hasta ser despedazado por los romanos en el de Apiano. Pero hay algunas diferencias que conviene esclarecer.

En Plutarco, Espartaco mata a su caballo antes de comenzar la batalla. Esto ha sido interpretado de dos maneras. Según Plutarco, quería mostrar ante sus hombres que no necesitaría su caballo en la batalla. Lo más probable es que quisiera combatir como un infante para morir si la batalla se torcía, y para no utilizar el caballo en la huida del campo del honor. Si un general combatía pie en tierra, sus hombres se sentirían enardecidos por el ejemplo y difícilmente le abandonarían. Sin embargo, algunos autores han señalado que el degüello del caballo de Espartaco podría tener un significado ritual, pues el sacrificio de caballos está documentado como un rito indoeuropeo presente también en la cultura tracia de la que provenía el propio Espartaco[69].

Otra diferencia es que Plutarco y Apiano señalan que, tras la muerte de Espartaco, su ejército huyó a la desbandada. Floro, sin embargo, nada dice al respecto. Es más probable que la huida de los restos del ejército de Espartaco, pues huida hubo, se iniciase antes de la muerte de su general, y no tuviera nada que ver con ella. Entre una multitud de más de ciento veinte mil hombres combatiendo (entre romanos y

[69] R. Kamienik, "Über das angebliche Rossopfer des Spartakus", *Eos* 57, 1967-1968, pp. 282-287. En Flor. *Ep.* 2.26.13-16 aparece un líder tracio, hacia el año 29 a.C., sacrificando su caballo antes de la batalla.

rebeldes), en un frente de miles de metros cuadrados, es difícil saber si un hombre en particular, y más si no estaba claramente identificado por estar montado a caballo, había caído o no.

Porque la otra conclusión que se puede obtener de los tres relatos es que Espartaco murió en la batalla. Aunque la mención de Apiano a que no se encontró su cadáver alimentara el mito de Espartaco mucho después, casi todas las fuentes confirman el hecho de que el líder tracio cayó en la batalla del río Silaro. Así, por ejemplo, Salustio dice que Espartaco "fue muerto mientras se defendía encarnizadamente, vendiendo cara su vida" (Sal. *Hist.* 4.41); Livio confirma el mismo hecho con las palabras "después terminó la guerra contra Espartaco, siendo muertos sesenta mil hombres y el propio Espartaco" (Liv. *Per.* 97.2). Ateneo reflexiona sobre que "si no hubiera sido muerto en la batalla en la que luchó contra Licinio Craso, hubiera supuesto un serio peligro para mis conciudadanos" (Aten. *Deiph.* 6.273). Y Orosio, que "por último, (Craso) abatió a Espartaco enfrentándose a él en combate abierto y, juntamente con él, a la mayor parte de las tropas de los desertores" (Oros. *Hist.* 5.24.7). Si tan seguros se muestran todos estos autores, con la autoridad además de que las primeras noticias de la muerte de Espartaco están en las fuentes primarias, Salustio y Livio, es porque el cadáver apareció y se pudo comprobar fehacientemente que Espartaco estaba muerto. Ni su cadáver desapareció ni, como aparece en la novela de Fast y en la película de Kubrick, Espartaco fue crucificado a las puertas de Roma.

Queda claro, pues, que Espartaco murió en la batalla. Pero, ¿cuántos murieron con él? Las cifras en este caso también son confusas. La mayoría de las fuentes hablan de una enorme cantidad de muertos, por lo menos setenta mil[70]. También hay referencias a unos seis mil prisioneros[71] y a más de cinco mil que consiguieron escapar[72]. Pero otras fuentes hablan de menos muertos. Plutarco, por ejemplo, en su relato de la vida de Craso, no menciona la cifra de rebeldes muertos. Pero en la vida de Pompeyo dice que fueron doce mil trescientos, lo

[70] Liv. *Per.* 97.2, Oros. *Hist.* 5.24.7.
[71] App. *BC* 2.120, Oros. *Hist.* 5.24.7.
[72] Plut. *Cras.* 11.11, Plut. *Pomp.* 21.

cual claramente es una confusión con los caídos en una batalla anterior, ya mencionada. Hay fuentes que hablan incluso de cifras sin referencias anteriores, como los cuarenta mil ochocientos que cita Veleyo Patérculo[73]. Lo más probable es que la cifra de muertos fuera imposible de contabilizar, que es lo que dice Apiano, pero que se acercara a los setenta mil de Livio, el autor más próximo a los acontecimientos de los que han dejado escrito algo sobre el tema.

Sin embargo, la rebelión no acabó totalmente aquí. Además de los seis mil prisioneros tomados en el campo de batalla citados por dos fuentes tan diferentes como Apiano y Orosio, hemos visto en los textos que una parte de los rebeldes logró escapar. La cifra de los fugados también es motivo de controversia. Plutarco, en los pasajes citados anteriormente, se refiere solo a los cinco mil que logró aniquilar Pompeyo cuando llegó al teatro de operaciones. Apiano dice algo más interesante:

> "Sin embargo, todavía quedaba en las montañas un gran número de sus hombres que había huido de la batalla, contra los cuales se dirigió Craso. Estos se dividieron en cuatro partes y continuaron luchando hasta que perecieron todos a excepción de seis mil." (App. *BC* 2.120)

Es decir, los fugados debieron de ser muchos más, pues Apiano dice que a todos los aniquiló Craso, y que estos se habían dividido en cuatro partes. También Apiano refiere que los seis mil prisioneros procedían de estos fugados, y no de los del campo de batalla. Sin duda, Apiano no cita a los rebeldes muertos por Pompeyo de manera consciente, pues esta acción del joven general fue muy famosa en su tiempo, ya que le quitó parte del mérito a Craso. La clave de todo esto está en Orosio:

[73] Vel. Pat. 2.30.4.

> "Los restantes gladiadores que, escapados en esta guerra andaban errantes, fueron eliminados en persistentes persecuciones por distintos generales." (Oros. *Hist.* 5.24.8)

Es decir, que los grupos de fugados fueron varios, y algunos de ellos no fueron eliminados ni por Craso ni por Pompeyo después. Hubo rebeldes de Espartaco que sobrevivieron convirtiéndose en bandoleros montaraces y cimarrones, hasta el año 60 a.C. por lo menos. El último grupo, al parecer, fue eliminado por Octavio, el padre del posterior emperador Augusto, en ese año:

> "(Octavio) al término de su pretura, obtuvo por sorteo Macedonia y, en su viaje de camino a esta provincia, aniquiló a los esclavos fugitivos restos de las tropas de Espartaco y Catilina, que ocupaban el territorio de Turio, misión que se le había confiado en el Senado con carácter extraordinario." (Suet. *Aug.* 3.1)

Por ese triunfo, Octavio recibió el sobrenombre de Toranio, lo que está atestiguado por la epigrafía[74], sobrenombre que heredó su famoso hijo, al menos durante su infancia[75]. Llamo la atención, finalmente, sobre Turios, que no solo fue, posiblemente, la *capital* de los rebeldes, sino su último refugio.

En conclusión, si sumamos los fugados eliminados por Craso a los seis mil prisioneros, más los cinco mil aniquilados por Pompeyo y a los que pudieron eliminar los diferentes oficiales romanos a lo largo de los once años siguientes, hasta la época de Octavio (quien tuvo que acabar con bastantes para recibir un sobrenombre derivado de tal victoria), podemos suponer que casi veinte mil rebeldes escaparon de la batalla con vida.

La rebelión iniciada en Capua dos años antes, en la primavera del año 73 a.C. (o en el verano), había acabado a menos de cien kilómetros

[74] *CIL* 6.41026: "C[aio] Toranio".

[75] Suet. *Aug.* 7.1: "Le pusieron en su infancia el sobrenombre de Turino *(Thurinus)* en memoria del origen de sus antepasados, o bien porque fue en la región de Turio donde su padre Octavio, a poco de nacer él, llevó a cabo felizmente su empresa contra los esclavos fugitivos".

de allí. Los rebeldes llegaron a movilizar cientos de miles de hombres, mujeres y niños. Muchos de ellos cayeron en la docena de batallas acontecidas en la guerra. El resto fue aniquilado en la última y más sangrienta de todas, la del río Silaro. Y algunos acabaron siendo "cazados" en los montes, o hechos prisioneros. Ahora bien, ¿qué fue de estos?

Lo normal tras una guerra servil, había pasado en la primera y en la segunda, y, en general, tras "cazar" a los grupos de esclavos fugitivos que se escapaban de sus haciendas, era devolverlos a sus propietarios para que ellos hicieran justicia. Hay innumerables ejemplos de ello en la epigrafía de los papiros de Oxirrinco, en Egipto[76]. Otro ejemplo es el de un pretor romano en Sicilia en el año 130 a.C., quien no solo dejó grabado en piedra las millas de vías que construyó, sino cómo "cazó" a novecientos fugitivos y los devolvió a sus propietarios[77]. Los que no pudiesen ser identificados o sus propietarios no apareciesen, podían ser vendidos o, en caso de haber participado en acciones violentas contra Roma, ser crucificados[78]. Que es lo que ocurrió en las guerras serviles de Sicilia.

La crucifixión de los seis mil rebeldes en la Vía Apia desde Capua hasta Roma es, sin duda, la imagen más potente que muchos tienen de la rebelión de Espartaco. Las novelas y la película de Kubrick insistieron mucho en esto[79]. Curiosamente, si volvemos la mirada a las fuentes, ni Plutarco, ni Livio, ni Orosio ni Floro aluden a este episodio. Solo Apiano:

> "Continuaron luchando hasta que perecieron todos a excepción de seis mil, que fueron capturados y crucificados a lo largo de todo el camino que va desde Capua a Roma." (App. *BC* 2.120)

[76] Véase los que documenta B.D. Shaw, *Spartacus*, pp. 55-60.

[77] *CIL* 10.6950: "Cuando fui pretor en Sicilia di caza a esclavos fugitidos que pertenecían a itálicos y devolví novecientos diecisiete hombres a sus propietarios".

[78] S.R. Llewelyn, "The Government's Pursuit of Runaway Slaves", en S.R. Llewelyn, *New documents illustrating early Christianity*, Grand Rapids, 1998, pp. 9-46.

[79] En general, la historiografía contemporánea no pone en duda la historia: A.M. Ward, *Marcus Crassus*, p. 97; N. Fields, *Spartacus*, pp. 79-81; B. Strauss, *La guerra*, pp. 231-237.

No dudo de que hubo crucificados entre los supervivientes, pero el hecho de que solo sea Apiano, un abogado muy posterior a los hechos, quien transmite el dato, y de que Apiano no mencione para nada los fugitivos derrotados por Pompeyo, o los supervivientes que siguieron en la zona, incluso que no mencione que hubo rebeldes que escaparon, hace que este testimonio de las seis mil cruces de Capua a Roma sea bastante inverosímil. Es más factible que los supervivientes que no fueron reclamados por sus dueños fueran sometidos al suplicio de la cruz, pero en el campo de operaciones, no a lo largo de un camino tan transitado como el que discurría entre Capua y Roma, un camino de más de doscientos kilómetros en el que crucificar a seis mil prisioneros supondría instalar una cruz cada treinta y tres metros. Un espectáculo así tendría que haber dejado algún testimonio literario, como el que hemos visto en Horacio referente a la reputación como ladrón de Espartaco.

La rebelión de los setenta y cuatro gladiadores de Capua, liderados por Espartaco, Crixo y Enomao, había acabado. Durante dos años, entre la primavera-verano del 73 a.C. y la primavera del 71 a.C., más de doscientos mil rebeldes (esclavos, pastores, vaqueros, campesinos) se habían sumado a Espartaco y habían cruzado Italia de sur a norte y de norte a sur en dos viajes de ida y vuelta. Habían devastado aldeas y pueblos, aunque solo pudieron tomar dos o tres ciudades de tamaño medio. Los rebeldes llegaron a amenazar la propia Roma. En el camino habían quedado ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños, y varios miles de romanos[80]. Los rebeldes habían derrotado a tres pretores, dos cónsules, un procónsul, para ser vencidos a su vez por un promagistrado semiprivado, Marco Licinio Craso. Los supervivientes, que los hubo, a pesar de la cruel persecución contra los huidos de la batalla, se dedicaron al bandidaje en el sur de Italia durante al menos otros diez años. Algunos otros, los que pudieron, quizá escaparon a Roma para unirse al proletariado urbano. Otros líderes se pondrían a la cabeza de su desesperación en los años siguientes: Catilina y, sobre todo, Julio César.

[80] N. Fields, *Spartacus*, p. 75.

Como ha ocurrido en tantas ocasiones a lo largo de la historia, la muerte del hombre solo fue el final de su historia, pero también el comienzo de su leyenda. Si ese hombre había tenido una significación mística o política especial, la leyenda podía llegar a convertirse en mito. Sin duda, los vencedores de Espartaco, Craso y Pompeyo (lo veremos más adelante) obtuvieron un importante rédito de su victoria, transformándola en votos para las elecciones al consulado del año siguiente, y en prestigio personal, en *auctoritas,* una fuente inagotable de clientelas políticas y de amistades personales que constituía la base del poder en la Roma republicana. Pero Craso y Pompeyo no llegaron, ni mucho menos, a ser leyendas o mitos.

Como he mencionado, Craso y Pompeyo utilizaron su victoria sobre Espartaco inmediatamente después de su victoria frente a los rebeldes. En primer lugar, al triunfo de Pompeyo sobre Sertorio (y también por haber acabado de raíz con Espartaco, como él mismo se jactó ante el Senado[1]), solo pudo oponer Craso una ovación. Este "triunfo menor" consistía en lo siguiente:

> "En este el que triunfa no va en carroza de cuatro caballos, ni se le corona de laurel, ni se le tañen trompas sino que marcha a pie con calzado llano acompañado de flautistas en gran número y coronado de mirto, como para mostrarse pacífico y benigno, más bien que formidable." (Plut. *Marcel.* 22.2)[2]

El insulto a la dignidad de Craso era evidente: Pompeyo, que ni siquiera era senador ni había ostentado cargo alguno en la República

[1] Plut. *Cras.* 11.8; Plut. *Pomp.* 21.3. Apiano no dice nada de esto.
[2] Traducción de A. Ranz Romanillos, *Plutarco: Vidas paralelas,* Barcelona, Iberia, vol. 2, 1979, p. 118.

más que el que él se había otorgado a sí mismo con la fuerza de las armas, desfilaría en triunfo por Roma; y él, un propretor con imperio proconsular, solo obtendría una ovación. Aún así, parece que a Craso le repugnaba incluso eso, pues consideraba poco digno triunfar en una guerra contra esclavos. Eso dice Plutarco, pero sabemos por otras fuentes que Craso intentó adornar su ovación para hacerla pareja al triunfo de su rival Pompeyo: solo consiguió del Senado que la corona de mirto fuese sustituida por una de olivo, igual a la corona triunfal de Pompeyo[3].

Tras el triunfo y la ovación, ambos presentaron su candidatura al consulado del año 70 a.C., y ambos obtuvieron dicho cargo, pese a que solo Craso cumplía con los requisitos constitucionales para ello. Craso no sobrevivió más que dieciocho años a Espartaco. Murió en Carras (Harran, Turquía), combatiendo a los partos, y su cadáver fue profanado y vilipendiado por sus ejecutores. Pompeyo vivió un poco más, hasta el año 48 a.C., pero también murió malamente en Oriente, decapitado por un romano al servicio de un rey egipcio. Curiosamente, los asesinos de Pompeyo y de Craso cortaron la cabeza a estos generales y la utilizaron para fines edificantes (para sus enemigos). Espartaco compartió, pues, el carácter moralizador de su muerte con sus matadores.

Pero Espartaco murió solo como ser vivo, como hombre. Su muerte dio paso a varias tradiciones historiográficas, por un lado, de las que los relatos de Salustio y de Tito Livio son herederos; y a otros relatos populares, de los que, quizá, el *graffito* de Pompeya y los poemas de Horacio son ecos.

En esta construcción de la leyenda de Espartaco, Cicerón parece ser una buena muestra. Sus discursos contra Verres, pronunciados un año después de la muerte de Espartaco, no mencionan a este por su nombre en ninguna ocasión. La rebelión por él protagonizada solo recibe en estas *Verrinas* el nombre de "guerra de los fugitivos". Será más adelante cuando Cicerón utilice el nombre de Espartaco, pero solo como sinónimo de bandido, de asesino, de perturbador de la paz,

[3] Pomp. *Cras.* 11.8 no dice nada al respecto. Sí lo hacen Cic. *Pis.* 58, Plin. *NH* 15.125 y Gel. *NA* 5.6.23.

para lanzárselo, como insulto, a su enemigo Marco Antonio durante los meses posteriores a la muerte de César. Entre el año 70 a.C. de las *Verrinas* y los años 44-43 a.C. de las *Filípicas*, es decir, entre no mencionar a Espartaco y hacerlo como sinónimo de bandido, pasaron veintiséis años. Fue en esa época, sin duda, en que la leyenda de Espartaco, la representada por la tradición popular, se fue haciendo realidad. Porque es a esa leyenda de Espartaco como ladrón, la misma a la que hizo alusión Horacio en el texto ya comentado en su momento, a la que se refiere, sin duda, Cicerón. Otro autor que puede considerarse heredero de esta tradición popular favorable a Espartaco es Varrón, quizá ya en los años 60 o 50 a.C. Varrón se refiere a él con simpatía, mostrándole como injustamente condenado *ad gladiatorium*. Es posible, pues, que de esta época daten los aspectos positivos de la personalidad de Espartaco, su valentía, su generosidad, su vida azarosa, su muerte ejemplar. Una tradición de la que, como veremos, también bebieron historiadores posteriores como Plutarco o Apiano.

A la vez que los desposeídos de Italia, de los que Horacio y el anónimo dibujante de paredes en Pompeya eran buenos ejemplos, construían su mito del buen ladrón, del Robin Hood, los analistas y los cronistas de la Roma republicana comenzaban a escribir sus historias sobre Espartaco. El hecho de que el primero cronológicamente que se nos ha conservado parcialmente sea Salustio, quien escribió unos treinta y tres años después de la muerte de Espartaco, no significa que no hubiera textos anteriores sobre la rebelión. Gayo Licinio Macro, un analista contemporáneo de la rebelión y que escribió unas *Historias* que llegaban hasta su muerte en el año 66 a.C., tuvo que referirse ampliamente en su obra perdida a esta rebelión[4]. Licinio Macro fue un tribuno de la plebe precisamente en los años de la rebelión de Espartaco (o un poco antes), y sus intereses estaban con la facción popular. Su vinculación, pues, estaba más con Pompeyo que con su enemigo

[4] Sobre Licinio Macro, véase a H. Peter, *Historicorum romanorum Reliquiae*, Leipzig, Teubner, 1914, vol. I, pp. 350-365. Sus fragmentos están recogidos en la misma obra, vol. II, pp. 298-307. Hay un fragmento no recogido por Stampacchia en su recopilación de textos sobre Espartaco, el 23 Peter, del libro XXI de Licinio Macro, que puede hacer referencia a la crucifixión de los espartaquístas: *Deligata ad patibulos deligantur et circumferuntur, cruci defiguntur.*

Espartaco. No esperemos, pues, de los analistas tardíos simpatía por el rebelde tracio o por su causa. De estas fuentes hostiles a la rebelión bebieron los historiadores posteriores, como Salustio o Tito Livio.

A esta doble tradición sobre Espartaco, la popular y la analística, podríamos añadir la circunstancia coincidente de que casi todos los autores que han llegado a nosotros con relatos sobre Espartaco procedían geográficamente de zonas afectadas por la rebelión, o cercanas a los lugares por donde los rebeldes pasaron en algún momento en sus viajes de saqueo y destrucción y, por tanto, no podían compartir con estos ni sus fines ni sus métodos. Cicerón era de Arpino, Salustio de Amiterno, Horacio de Venusia, Livio de Padua (adonde no llegaron los rebeldes, ya que se quedaron en la cercana Módena), Veleyo de Campania... Esta característica biográfica de las fuentes influyó, sin duda, en su animosidad contra Espartaco, de la que también beberían autores posteriores a los acontecimientos como Plutarco, Apiano, Floro u Orosio. Es curioso, por otra parte, que Horacio o Veleyo, hombres procedentes de las clases bajas o medias de la población de Lucania y Campania, transmitan una imagen no muy negativa de Espartaco: ¿fue porque este perjudicó más a los ricos que a los pobres, muchos de los cuales se le unieron?

El caso, pues, es que se conformó una doble tradición: una favorable a Espartaco formada por relatos populares, mitos y leyendas, y quizá también por algunos autores e historiadores; y una desfavorable a los rebeldes, aunque no tanto a su líder, formada por los propietarios afectados por las destrucciones, de los que Cicerón sería un ejemplo inmejorable, y por historiadores y escritores procedentes de las zonas que sufrieron el paso destructivo de los rebeldes.

Durante los siglos siguientes, ambas tradiciones se desarrollaron en paralelo. Los autores del siglo II d.C., Plutarco, Apiano y Floro, compartían, en general, su repulsa a la rebelión, pero mezclaron esta posición historiográfica con su admiración por la personalidad de Espartaco y por la ejemplaridad de su muerte. Apiano, en este caso, es fundamental. Su relato de la crucifixión de los supervivientes en el camino de Capua a Roma calaría en el imaginario popular. El hecho de que las siguientes fuentes sobre Espartaco, sobre todo Paulo Orosio,

sean del siglo v d.C., y de carácter cristiano, indica que la posibilidad de que Espartaco compartiera la misma muerte en la cruz con el propio Jesús hizo de él una especie de precedente de Jesús: a la vez que estos autores deploraban las muertes y sufrimientos provocados por la rebelión, transmitieron una imagen heroica de Espartaco. Esta, a la postre, ha llegado hasta nosotros gracias a la novelística interesada de Fast y a la filmografía de Kubrick[5].

Pero la verdad sobre Espartaco no se sabrá nunca, por más que nos esforcemos los historiadores en desvelarla. La verdad fue en esta guerra, como en todas, la primera víctima de la misma. Ni sabemos el origen de Espartaco, ni su edad, ni sus peripecias vitales antes de la rebelión, ni por qué se convirtió en su líder, ni si tuvo mujer o descendencia, ni siquiera si realmente murió en la batalla o si fue crucificado o incluso si escapó con vida a la masacre. Poco más sabemos de sus compañeros en la guerra: los esclavos, los pobres campesinos y los que se les unieron. Ni siquiera hay rastros arqueológicos claros de la existencia de la rebelión. Si los historiadores no la hubieran recogido, podría incluso dudarse de ella. Lo que sí sabemos es que la rebelión de los esclavos y los pobres de Italia del sur no se repitió durante el resto de historia de la República. Y también que la región tardó años, si no siglos, en reponerse de esta guerra. El Estado romano había vencido y sus victoriosos generales obtuvieron en premio un año de gobierno como cónsules. Pero ellos pasaron simplemente a la historia. Espartaco y sus rebeldes pasaron a ser leyenda y, todavía más, mito.

[5] Precisamente, el comienzo de *Espartaco* hace referencia al inicio de la rebelión años antes de la muerte en la cruz de Jesús como medio de salvación de los oprimidos.

Repertorio de textos (por orden cronológico)

La lista de menciones a Espartaco en los autores clásicos es enorme. En este repertorio solo vamos a transcribir las más importantes pero a ellas habría que añadir varias más de Cicerón, Diodoro, Horacio, Cecilio, Lucano, Plinio el Viejo, Tácito, Floro, Ampelio, Frontón, Gelio, Porfirio, Julio Capitolino, Juliano el apóstata, Temistio, san Jerónimo, Pacato, Amiano Marcelino, Símaco, Sinesio de Cirene, Claudiano, san Agustín y Sidonio Apolinar[1]. Algunos de estos textos han sido citados en los capítulos precedentes con sus traducciones.

Siglo I a.C.

Cicerón: *Verrinas* 5.2.5-6 (traducción de J.M. Requejo Prieto, *M. Tulio Cicerón: Discursos, Verrinas,* Madrid, Ediciones Clásicas, vol. II, 1990, p. 225).

¿Qué dices? ¿Que Sicilia se libró de la guerra de los esclavos fugitivos por tu valentía? Gloria insigne y honrosas palabras, pero, ¿qué guerra, al cabo?, pues nosotros tenemos noticia de que, después de aquella guerra que liquidó Manio Aquilio, no hubo en Sicilia ninguna guerra de esclavos fugitivos. Pero la hubo en Italia. De acuerdo, y grave por cierto, y violenta. ¿Conque pretendes obtener alguna porción de gloria de aquella guerra? ¿Acaso crees que la aureola de aquella victoria está compartida por ti con Marco Craso o Gneo Pompeyo? No creo que le falte a tu descaro el que te atrevas a decir algo semejante. Impediste, sin duda, que los contingentes de fugitivos pudieran pasar de Italia a Sicilia. ¿Dónde, cuándo, de qué parte? ¿Cuándo intentaban

[1] La relación exhaustiva de todos estos testimonios en sus lenguas originales puede consultarse en G. Stampacchia, *La tradizione*, pp. 163-199.

acercarse con balsas o con naves? Nosotros, desde luego, no hemos oído nada en absoluto, excepto aquello de que gracias al valor y a la estrategia de un hombre esforzadísimo, Marco Craso, se logró que los esclavos fugitivos no pudieran pasar a Mesina por el estrecho con barcas unidas, intento del que aquellos no hubieran tenido por qué ser rechazados con tanto esfuerzo si se hubiera creído que se había colocado en Sicilia alguna guarnición para oponerse a su llegada.

Pero, aunque había guerra en Italia tan cerca de Sicilia, en Sicilia, en cambio, no hubo. ¿Qué tiene de extraño? Ni siquiera cuando la hubo en Sicilia, con la misma distancia, ningún chispazo de esa guerra pasó a Italia. En efecto, ¿en qué sentido se aduce en esta ocasión la proximidad geográfica? ¿En que el acceso era fácil para los enemigos o peligroso el contagio de una guerra susceptible de imitación? Todo acceso resultaba a los hombres, no ya dificultoso, sino impracticable sin contar con naves, de forma que a aquellos a quienes dices que Sicilia estaba próxima les era más fácil llegar al Océano que acercarse a Peloro.

Por otra parte, el contagio ese de una guerra de esclavos, ¿por qué se pregona por tu parte más que por la de todos aquellos a quienes correspondió el gobierno de las demás provincias? ¿Tal vez porque en Sicilia ya hubo antes guerra de esclavos fugitivos? Pero esta es precisamente una causa por la que esa provincia está y ha estado en el menor peligro, pues, tras marcharse de allí Manio Aquilio, las disposiciones y edictos de todos los pretores fueron del tenor de que no hubiera ningún esclavo con armas.

Varrón: *Obra desconocida,* citado por Carisio 1.133 ed. Keil (traducción propia).

Aunque era inocente, Espartaco fue condenado a ser gladiador.

César: *Guerra de las Galias* 1.40.4-6 (traducción de J. Calonge-H. Escolar-V. García Yebra, *Julio César: La guerra de las Galias,* Madrid, Gredos, 2010, pp. 60-61).

Y si, movido por un furor demente, hacía la guerra, ¿por qué habían de temer?, ¿o por qué desconfiaban de su propio valor o de la vigilancia de César? Ya se había probado a este enemigo en tiempo de nuestros padres, cuando, derrotados por Gayo Mario los cimbrios y teutones, había cosechado el ejército laureles no inferiores a los de su general; y recientemente en Italia, en la sublevación de los esclavos, los cuales, sin embargo, tenían a su favor la pericia y disciplina que habían aprendido de nosotros. De lo cual podía deducirse cuán grandes eran las ventajas que la constancia llevaba consigo, pues a los mismo que al principio habían temido, a pesar de estar sin armas, habíanlos vencido más tarde armados y victoriosos.

Salustio: *Historias* 3.90-106, 4.20-41 y 5.1-2 (traducción de J.L. Posadas, *Gayo Salustio Crispo: Fragmentos de las Historias,* Madrid, Ediciones Clásicas, 2006, pp. 168-175, 183-187 y 207).

3.90: Espartaco, príncipe de los gladiadores escapados de los juegos, en número de setenta y cuatro.

3.91: Estaba dotado de una fuerza y un ánimo ingentes.

3.92: Alcanzó los pies del monte.

3.93: Si encontraran resistencia, sería preferible morir por el hierro que por hambre.

3.94: Cosinio se lavaba en la fuente de una villa cercana.

3.95: En ese momento, como sucede en los más graves, sobre todo, cada uno recordaba a sus seres más queridos, a los que aguardaban en casa, y todos, cada cual en su fila, hacían los últimos preparativos.

3.96: Afilaban y endurecían al fuego las pértigas que, además de presentar una forma adecuada para el combate, podían herir igual que las armas de hierro. Mientras los fugitivos se ocupaban de tales cosas, una parte de los soldados romanos estaban enfermos por aquel otoño malsano, y no se había alistado nadie más, a pesar de la dureza del edicto del pretor, tras las recientes deserciones. Dado que los que aún quedaban se rebelaban ya de forma criminal contra la disciplina, Varinio mandó a su cuestor G. Toranio a Roma para que expusiera la situación real de la campaña. Mientras tanto, instaló su campamento

con cuatro mil voluntarios muy cerca de los enemigos, protegiéndolo con una trinchera y un foso, y con robustas fortificaciones.

Los rebeldes, agotados ya todos sus víveres, para no dejarse sorprender por un ataque sorpresa de parte de un enemigo tan cercano, y dado que estaba este ocupado en montar la guardia y en llevar a cabo todo lo acostumbrado en la milicia, tras la medianoche salieron todos con un gran silencio, dejando solo a un bocinero. Antes de todo ello, habían plantado delante de la puerta, izados sobre palos, los cadáveres de los últimos caídos, de tal forma que parecieran centinelas a la vista de cualquier observador lejano, y habían encendido muchas hogueras, para asustar y alejar a los soldados de Varinio [...] Luego se alejaron por lugares impracticables. Pero Varinio, cuando había ya amanecido, advirtiendo que habían cesado los gritos de la parte de los fugitivos y, con ellos, el lanzamiento de piedras a su campamento, así como que el alboroto, la agitación y el estrépito del enemigo venían ahora de todas partes, envió unos jinetes a una colina cercana para que explorasen y siguiesen cualquier pista. Sin embargo, creyendo que los fugitivos se habían alejado, y temiendo cualquier emboscada, se retira en formación cerrada para reforzar su ejército con nuevos reclutas. Pero, en Cumas [...] algunos días, los nuestros, en contra de la tradición, comenzaron a volverse atrevidos y a soltar la lengua. Y Varinio, contra todo lo esperado, se dejó arrastrar incautamente por esa actitud y condujo en marcha silenciosa contra los campamentos de los fugitivos a aquellos soldados recién enrolados, inexpertos y desmoralizados por los males de sus compañeros: en efecto, ahora estaban callados y no parecían desear el combate que habían solicitado de forma tan entusiasta. De su parte, los gladiadores estaban en un tris de la discordia a causa de ciertas diferencias sobre qué consejo seguir, ya que Crixo, con sus paisanos galos y con los germanos, quería descender a campo abierto y tomar la iniciativa del ataque, mientras que Espartaco (lo desaconsejaba encendidamente).

3.97: Se encontraron con colonos de Abella, propietarios de sus campos.

3.98: [...] En el temor de que, dedicándose a las correrías que estaban haciendo [...] fueran rodeados y exterminados [...] por lo que

debían partir apresuradamente. Unos pocos hombres prudentes, de ánimo liberal y noble, pensaban que era preciso retirarse en el modo que Espartaco aconsejaba, por lo que aprobaban su parecer. Otros, en cambio, confiaban estúpidamente en los refuerzos que llegaban y en su propio carácter belicoso; y los últimos y más numerosos, olvidados vergonzosamente de su patria, nada alejados de su mentalidad servil, no querían sino robos y sangre [...] parecía el mejor partido. Además, les exhorta a ir hacia tierras más espaciosas y más ricas en ganados, donde pudieran aumentar sus efectivos de combatientes antes de la llegada de Varinio a la cabeza de un ejército renovado; y consigue a toda prisa los servicios de un buen guía, un prisionero picentino, atraviesa los montes Eburinos y llega a Nares de Lucania, entrando secretamente y al alba en Foranio, sin la más mínima sospecha de los habitantes del lugar. Y, enseguida, los fugitivos, en contra de las órdenes de sus jefes, comenzaron a violar a las jóvenes y a las viejas y otros hacían burla de los que aún vivían, les hurgaban en sus heridas de un modo atroz, sin cuidarse tampoco de los que agonizaban con el cuerpo mutilado. Otros aplicaban fuego a las casas, y muchos esclavos de aquel lugar, aliados de los invasores en virtud de su índole servil, sacaban fuera de sus escondrijos los tesoros de sus señores, y a los señores mismos: nada, en suma, parecía inviolable o sacrílego al furor y a la bajeza servil de aquellos bárbaros. Espartaco, imposibilitado para evitar esos excesos, aún les rogaba de todas las formas posibles para que se dispusieran a la fuga [...] los mensajeros [...] atraerse su odio. Y ellos, ocupados en crueles carnicerías [...] Tras haber descansado allí durante un día y una noche, redoblados sus secuaces, dejó el campamento al despuntar el alba y se instaló en una campiña bastante cercana, donde (puso en fuga) a los colonos que habían salido fuera de sus casas, dándose todos a cultivar los campos trigueros en aquellos meses otoñales. Los habitantes de la zona, en pleno día, y viendo huir a sus vecinos, comprendieron que los rebeldes se aproximaban y, con todos los suyos, se refugiaron (en los montes cercanos).

3.99: En todo el territorio lucano, solo había un hombre que conociera aquellos lugares, un cierto Publípor.

3.100: Estarían seguros solo en aquellos lugares en que se encontrasen armados.

3.101: Despojaron (a los muertos) de sus armas y caballos.

3.102: Estos, habituadísimos a la práctica de aquellos lugares y a trenzar recipientes rústicos con mimbres, en aquella circunstancia –dada la carencia de escudos– recurrieron a aquel artificio y se fabricaron escudos similares a los de los jinetes.

3.103: Las pieles apenas desgarradas se adherían (al enrejado) casi como una cola de pegar.

3.104-105: Los germanos cubrieron sus cuerpos desnudos con *renones*. [...] llaman *renones* a vestimentas hechas con pieles.

3.106: En el mismo tiempo, Léntulo, que defendía en doble fila con gran ardor un lugar elevado al precio de graves pérdidas, cuando comenzaron a llegar los bagajes y a ver los mantos de los soldados, comprendió que se trataba de las cohortes de vanguardia.

4.20: Tras haber reunido aquellos jumentos, se dispusieron a volver a la ciudad.

4.21: [...] todos a los que su cuerpo anciano no contribuía a disminuir su ánimo militar.

4.22: Hizo matar a bastonazos a los que designó la suerte.

4.23: Toda (aquella zona de) Italia, en resumen, está dividida por dos alturas, el Bruttio y el Salentino.

4.24: [...] de Italia planas o levemente onduladas.

4.25: Yendo hacia Sicilia, (Italia) tiene una amplitud máxima de 35 millas.

4.26: Es sabido que, en cierta época, Sicilia estuvo unida a Italia pero, sucesivamente, la zona intermedia o bien quedó sumergida por la escasa elevación del terreno o bien se hundió por su excesiva debilidad. La curvatura del estrecho se debe a la mayor suavidad de la costa itálica, quebrada por los ásperos y altos precipicios de la costa de Sicilia.

4.27: Los indígenas llaman Escila a un escollo que se eleva sobre el mar, el cual presenta a distancia una forma similar a la de aquella legendaria criatura, encontrándose en ella las características del ser mítico, cuerpo humano con cabezas de perro, las cuales emiten una especie de ladrido, dada la acción de las olas.

4.28: Caribdis es un vórtice marino que engulle a las naves que pasan cerca y las traslada, por medio de corrientes submarinas, a más de sesenta millas de distancia, hasta la playa de Tauromenio, en donde emergen del fondo del mar sus restos.

4.29: El promontorio Peloro, de Sicilia, recibió su nombre del timonel de Aníbal, enterrado cerca de aquel lugar.

4.30: Bajo los maderos colocaron barriles, atándolos con cordajes hechos con sarmientos o tiras de piel.

4.31: Las balsas, chocando unas con otras, obstaculizaban la maniobra.

4.32: C. Verres fortificó las costas cercanas a Italia.

4.33: Se ocultaron en el bosque Sila.

4.34: Noche y día trabajaban sin tregua.

4.35: [...] en una noche gélida.

4.36: Un destacamento de los nuestros poco numeroso y despreocupado, en aquel momento, de la guerra.

4.37: Comenzaron a discutir entre ellos y a no consultarse nada.

4.38: El sabor de aquel agua no se diferenciaba en nada del de las fuentes más dulces.

4.39: Se volvió luego un poco maniático en su avidez por ponerle fin (a la guerra).

4.40: Mientras, entre que amanecía, dos mujeres galas salieron al monte para recorrerlo pidiendo que no les viniese su menstruación.

4.41: Fue muerto mientras se defendía encarnizadamente, vendiendo cara su vida.

5.1: Invadió de repente aquellos campos indefensos.

5.2: Un número inmenso de hombres de muchos lugares se juntó entonces contra la ciudad indefensa y llena de gente como en época de paz[2].

Tito Livio: *Periocas* 95-97 y *Fragmento* 97.25 (traducción de J.A. Vidal Villar, *Tito Livio: Periocas-Periocas de Oxirrinco-Fragmentos*, Madrid, Gredos, 1995, pp. 156-157 y 245).

[2] Ubico aquí este fragmento que Maurenbrecher creyó una alusión a la guerra de Lúculo, pero que G. Stampacchia, *La tradizione*, p. 174, sitúa en el contexto de la guerra de Espartaco.

Per. 95.2: Setenta y cuatro gladiadores de la escuela de Léntulo en Capua se escaparon y, después de reunir una multitud de esclavos y de presos de los ergástulos, capitaneados por Crixo y Espartaco, desencadenaron una guerra y vencieron en una gran batalla al legado Claudio Pulcro y al pretor Publio Vareno.

Per. 96.1: El pretor Quinto Arrio aplastó a Crixo, jefe de los esclavos fugitivos, y a veinte mil hombres.

Per. 96.2: El cónsul Gneo Léntulo sufrió una derrota frente a Espartaco.

Per. 96.3: Este mismo venció en una batalla campal al cónsul Lucio Gelio y al pretor Quinto Arrio.

Per. 96.6: El procónsul Gayo Casio y el pretor Cneo Manlio sufrieron reveses en su lucha contra Espartaco, y esta guerra fue confiada al pretor Marco Craso.

Per. 97.1: El pretor Marco Craso primero combatió con éxito contra un sector de los esclavos fugitivos que estaba integrado por galos y germanos, dando muerte a treinta y cinco mil enemigos y a sus jefes Casto y Gánico.

Per. 97.2: Después terminó la guerra contra Espartaco, siendo muertos sesenta mil hombres y el propio Espartaco.

Frag. 97.25: (De Frontino, *Estratagemas* 2.5.34) Cuenta Livio que en aquel combate resultaron muertos, junto con sus jefes, treinta y cinco mil hombres armados (esclavos fugitivos derrotados por Craso), y que fueron recuperadas cinco águilas romanas y veintiséis enseñas y muchos despojos, entre ellos cinco fasces con sus hachas.

Siglo I d.C.

Veleyo Patérculo: *Historia romana* 2.30.4 (traducción de M.A. Sánchez Manzano, *Veleyo Patérculo: Historia romana,* Madrid, Gredos, 2001, pp. 129-130).

En tanto que se libraba en Hispania la guerra contra Sertorio, sesenta y cuatro fugitivos que habían escapado de la escuela de gladiadores

de Capua, guiados por Espartaco, con las armas que habían sacado de allí se dirigieron en primer lugar hacia el monte Vesubio, y más tarde, al irse uniendo con ellos una gran muchedumbre de día en día, causaron grandes desgracias en Italia. El número de ellos creció hasta el punto de que en la última batalla se enfrentaron cuarenta mil ochocientos hombres al ejército romano. La gloria de este episodio recayó en Marco Craso, que después sería el primer ciudadano en la república [por consenso] de todos.

Frontino: *Estratagemas* (traducción propia a partir de la edición de Ch. Bennet, Loeb Classical Library, 1925).

1.5.20-22: Cuando Marco Craso construyó una zanja alrededor de las fuerzas de Espartaco, este por la noche la llenó de los cuerpos de los prisioneros y del ganado que él había matado, y así marchó a través de ella. El mismo Espartaco, sitiado en las cuestas de Vesubio en el punto donde la montaña es más escarpada y que por eso no estaba custodiado, trenzó cuerdas de los mimbres de los bosques. Deslizándose por estas, no solo escapó del asedio, sino que apareciendo por otro lugar, golpeó con tal terror sobre Clodio que varias cohortes cedieron el paso ante una fuerza de solo setenta y cuatro gladiadores. Este mismo Espartaco, estando acorralado por las tropas del procónsul Publio Varinio, colocó estacas a intervalos cortos antes de la entrada al campamento; luego colocó cadáveres, vestidos con ropa y armados, y los ató a las estacas para dar el aspecto de centinelas, vistos a la distancia. También encendió fuegos en todas partes del campamento. Engañando al enemigo con este espectáculo vacío, Espartaco al finalizar la noche condujo silenciosamente a salvo a sus tropas.

2.4.7: Cerca de la ciudad de Camalatrum, durante la guerra contra los esclavos fugitivos, Licinio Craso planeó conducir sus tropas contra Casto y Gánico, los líderes de los galos. Envió doce cohortes bajo el mando de sus legados Gayo Pomptinio y Quinto Marcio Rufo para rodear por detrás la montaña. Cuando la batalla ya había comenzado, esos hombres aparecieron de repente a espaldas del enemigo con tal

estruendo aterrorizador que los fugitivos se escaparon en todas direcciones del campo de batalla y no pudieron terminar la lucha.

2.5.34: En la guerra contra los esclavos fugitivos, Craso construyó estacadas defensivas alrededor de sus dos campamentos que estaban localizados cerca del enemigo, muy próximo al monte Cantena. Entonces, una noche, avanzó con sus tropas para situarlas en la base de la montaña mencionada, dejando su tienda de general en el campamento más grande, para engañar al enemigo. Entonces, dividiendo su caballería en dos secciones, ordenó a Lucio Quintio que atacara a Espartaco con una parte de sus tropas, para confundirle con un ataque frontal. Con la otra parte atrajo al combate a los galos y a los germanos, liderados estos por Casto y Gánico. Se trataba de fingir una retirada para atraerlos a todos al lugar donde Craso había colocado a sus tropas en orden de batalla. Cuando los bárbaros persiguieron a las fuerzas de Quintio, la caballería romana atacó sus flancos. Entonces, la línea romana de infantería cargó contra los enemigos con furia y con un terrible griterío. Livio reporta que treinta y cinco mil hombres, entre ellos sus líderes, murieron en aquella batalla. Cinco águilas romanas y veintiséis estandartes fueron recuperados, junto con muchísimo botín, incluyendo cinco fasces con sus hachas.

Siglo II d.C.

Suetonio: *Augusto* 3.1 (traducción de R.M. Agudo, *Suetonio: Vidas de los doce Césares,* vol. I, Madrid, Gredos, 1992, p. 178).

(El padre de Augusto, Octavio) al término de su pretura, obtuvo por sorteo Macedonia y, en su viaje de camino a esta provincia, aniquiló a los esclavos fugitivos restos de las tropas de Espartaco y Catilina, que ocupaban el territorio de Turio, misión que se le había confiado en el Senado con carácter extraordinario.

Plutarco: *Vida de Craso* 8-11 (traducción de A. Ledesma, *Plutarco: Vidas paralelas,* vol. V, Madrid, Gredos, 2007, pp. 353-361).

La sublevación de los gladiadores y el pillaje de Italia que se conoce, en general, como guerra de Espartaco comenzó por el motivo que voy a explicar a continuación. Un cierto Léntulo Batiato adiestraba en Capua gladiadores, en su mayoría galos y tracios, que no eran culpables de delito alguno, sino que por la injusticia de quien los había comprado se hallaban allí reunidos a la fuerza para pelear en la arena. Doscientos de estos gladiadores decidieron escaparse, pero se produjo una delación y hubo setenta y ocho que se enteraron de ello a tiempo, cogieron de una cocina cuchillos y pinchos y lograron huir. Por el camino se encontraron con carros que transportaban armas de gladiadores a otra ciudad, se apoderaron de ellas y se armaron. Luego ocuparon un lugar más seguro y eligieron a tres jefes. El primero de ellos era Espartaco, un tracio de la tribu meda que no solo poseía gran valor y fuerza, sino que incluso, por su inteligencia y buen carácter, merecía mejor suerte que la que corría y era más griego que de su propia estirpe. Según se cuenta, cuando fue llevado a Roma por primera vez para ser vendido, se le apareció mientras dormía una serpiente y se enroscó alrededor de su cara. Una mujer que era de su misma estirpe, profetisa e inspirada en los misterios dionisíacos, anunció que era presagio de que en torno a él surgiría un poder grande y terrible que tendría un fin desgraciado. Esta mujer también estaba con él en aquel momento y lo acompañaba en la huida.

Primero rechazaron a las tropas procedentes de Capua, se apoderaron de muchas armas de guerra y con estas sustituyeron, satisfechos, las armas de gladiadores, de las que se despojaron como de algo deshonroso y bárbaro.

Después, el pretor Clodio fue enviado desde Roma con tres mil hombres y los sitió en un monte que tenía un único acceso, difícil y estrecho, que Clodio sometió a vigilancia. En todas partes había precipicios escarpados y lisos; pero en la cima crecían muchas vides silvestres. Los gladiadores cortaron la parte útil de los sarmientos y trenzaron con ellos unas escalas tan fuertes y largar que se podían suspender desde la cima a lo largo del precipicio y llegaban hasta la llanura. Con ellas bajaron de una forma segura todos los fugitivos, excepto uno. Este, que se había quedado a cargo de las armas, las lanzó precipicio abajo, una vez que los demás hubieran descendido,

y, finalmente, cuando terminó de arrojarlas todas, él mismo se salvó también. Los romanos no se habían enterado de lo ocurrido; por ello los fugitivos lograron rodearlos por sorpresa y aterrorizarlos. Los romanos huyeron, y los gladiadores se apoderaron del campamento. Se les unieron, además, muchos vaqueros y pastores del lugar, hombres belicosos y ágiles, que, o bien recibieron el armamento pesado, o bien fueron usados como tropas de vanguardia y de infantería ligera.

En segundo lugar, los romanos enviaron contra ellos al pretor Publio Varinio. En un primer momento, los gladiadores atacaron y pusieron en fuga a su lugarteniente, un cierto Furio que tenía dos mil[3] soldados. Después, cuando Cosinio fue enviado con un gran ejército como consejero y colega de Publio, Espartaco estuvo espiándolo y, mientras Cosinio se estaba bañando cerca de Salinas, estuvo a punto de capturarlo. Cosinio logró escapar a duras penas y con dificultad; pero Espartaco se apoderó inmediatamente de su bagaje, lo siguió de cerca y lo persiguió; se adueñó de su campamento y mató a muchos de sus hombres. Cosinio también cayó. Espartaco venció al propio pretor en muchas otras batallas y finalmente capturó a sus lictores y su caballo. Ya para entonces Espartaco se había hecho fuerte y temible, pero se mantenía prudente y razonable. Como no esperaba poder sobrepasar el poder de los romanos, trataba de llevar a su ejército hacia los Alpes porque pensaba que debían cruzarlos y regresar a casa, unos a Tracia y otros a Galia. Pero sus hombres, que se creían fuertes por ser muchos y se habían llenado de soberbia, no lo obedecieron, sino que se dedicaron a saquear Italia mientras la recorrían.

Pues bien, el Senado había dejado atrás la turbación ante la indignidad y la vergüenza de la rebelión. Es más, a causa del peligro y del temor enviaron ya a los dos cónsules, como si se tratase de una de las guerras más difíciles y de mayor envergadura. Gelio, uno de los cónsules, cayó por sorpresa sobre el ejército germánico, que por soberbia y presunción se había separado de las tropas de Espartaco, y lo aniquiló totalmente. Léntulo, el otro cónsul, rodeó a Espartaco con gran número de tropas; pero Espartaco se lanzó contra ellos y, en la batalla que

[3] Ya he señalado en el capítulo 3 que hay un error en la traducción, son "dos mil soldados", no "tres mil".

entabló, venció a los lugartenientes de Léntulo y se apoderó de todo el bagaje. Cuando se dirigía hacia los Alpes, salió a su encuentro Casio, el procónsul de la Galia próxima al Po, con diez mil hombres. En la batalla que se libró, Casio resultó vencido, perdió a muchos hombres y a duras penas logró salvarse él mismo.

Cuando el Senado se enteró de estos hechos, en su cólera contra los cónsules les ordenó que permaneciesen inactivos y eligió a Craso como comandante de la guerra. Muchos hombres ilustres se unieron a su ejército gracias a su fama o a la amistad que había entre ellos. Pues bien, él mismo se situó delante del Piceno, pues esperaba que Espartaco pasara por allí, y, además, envió a su lugarteniente Mummio con dos legiones, en un movimiento envolvente, ordenándole que siguiera a los enemigos, pero que no entablara batalla ni provocara ninguna escaramuza. Sin embargo, tan pronto como cobró esperanzas, Mummio entabló batalla y resultó vencido. Cayeron muchos hombres y muchos otros lograron salvarse huyendo sin sus armas. Craso recibió con dureza al propio Mummio y, en el momento de armar de nuevo a sus soldados, les exigió una garantía de que protegerían sus armas: dividió en cincuenta grupos de diez a los quinientos que habían sido los primeros y los que habían sentido más pánico, y, echándolo a suertes, mató a un hombre de cada grupo. Después de mucho tiempo, recuperaba así para sus soldados este castigo tradicional. A este tipo de muerte se añade la vergüenza, pues en torno al castigo se realizan actos siniestros y terribles a la vista de todos los hombres.

Tras aplicar este correctivo al comportamiento de sus hombres, los condujo contra los enemigos. Pero Espartaco se retiró hacia el mar a través de Lucania; se encontró en el estrecho con las naves de unos piratas cilicios y se propuso atacar Sicilia. Pretendía desembarcar en la isla con dos mil hombres y reavivar allí la guerra de los esclavos, apagada no hacía mucho tiempo todavía, por lo que se necesitaba solo una pequeña llama para inflamarse de nuevo. Sin embargo, después de ponerse de acuerdo con él y de aceptar sus regalos, los cilicios lo engañaron y se marcharon. Así que Espartaco se alejó de nuevo del mar y estableció su ejército en la península de Regio. Cuando Craso llegó y vio que la naturaleza del terreno indicaba lo que había que

hacer, se dispuso a cerrar el istmo con un muro, con lo que impedía al mismo tiempo la ociosidad de sus soldados y el libre paso de los enemigos. Pues bien, lo cierto es que la obra era grande y difícil, pero la realizó y la terminó, sorprendentemente, en poco tiempo. De mar a mar, a través del istmo, abrió un foso de trescientos estadios de largo, y de quince pies por igual de anchura y profundidad. Por encima del foso levantó un muro extraordinario tanto por su altura como por su solidez. Espartaco, al principio, no se preocupaba de esta obra y la desdeñaba, pero cuando el botín escaseaba y quiso salir, se dio cuenta del bloqueo. Como no había nada que rapiñar en la península, esperó a una noche de nieve y de tormenta, llenó una parte no muy grande del foso con tierra, madera y ramas de árboles, y así abrió el paso a un tercio de su ejército.

En estas circunstancias, Craso temió que Espartaco sintiera el impulso de marchar contra Roma, pero lo tranquilizó el hecho de que por desavenencias con él muchos hombres lo habían abandonado y habían establecido un campamento por su cuenta al pie del lago de Lucania, cuya agua, según dicen, cambia con el paso del tiempo, ya que se hace dulce y luego de nuevo salada y no potable. Contra estas tropas se dirigió Craso y logró apartarlas del lago, pero no pudo matar ni perseguir a los hombres porque Espartaco apareció súbitamente y detuvo la huida. Con anterioridad, Craso había escrito al Senado que era necesario hacer venir a Lúculo de Tracia y a Pompeyo de Hispania; pero ya se había arrepentido y se esforzaba en terminar la guerra antes de que ellos llegaran, porque sabía que no se atribuiría a él la victoria, sino a quien acudiera en su ayuda.

Así pues, decidió atacar en primer lugar a los que habían abandonado a Espartaco y luchaban por su cuenta, guiados por Cayo Gánico y Casto. Envió a seis mil hombres para que se apoderaran de una colina y les dio orden de que pasaran desapercibidos. Ellos trataron de ocultarse a la vista tapando sus cascos, pero dos mujeres que estaban haciendo un sacrificio para los enemigos los vieron; y habrían corrido peligro, si no llega a ser porque Craso apareció repentinamente y entabló una batalla, la más encarnizada de todas, en la que abatió a doce mil trescientos hombres, de los cuales solo se encontró a dos que

hubieran sido heridos por la espalda. Todos los demás murieron en su posición de batalla luchando contra los romanos.

Tras la derrota de estos hombres, Espartaco se retiró a las montañas de Petelia. Quinto, uno de los oficiales de Craso, y el cuestor Escrifa iban siguiéndolo muy de cerca. Pero Espartaco se dio la vuelta y provocó la huida masiva entre los romanos, que a duras penas lograron salvar al cuestor, al que recogieron herido. Esta victoria destruyó a Espartaco, porque los fugitivos se colmaron de soberbia. Los hombres ya no estaban de acuerdo en rehuir el combate ni obedecían a los jefes. Por el contrario, una vez comenzada la marcha, rodearon a los jefes mostrándoles las armas y los obligaron a conducirlos de nuevo al encuentro de los romanos a través de Lucania, de modo que se apresuraron a hacer exactamente lo que Craso deseaba. En efecto, se anunciaba ya la llegada de Pompeyo y en las asambleas electorales no eran pocos los que decían que la victoria de esta guerra le correspondía, pues en cuanto llegara, presentaría batalla y le pondría fin. Por ello, Craso tenía prisa por combatir; de modo que acampó cerca de los enemigos y excavó un foso contra el que se lanzaron los esclavos, atacando a los hombres que estaban trabajando allí. Cada vez acudían más refuerzos de ambos bandos, hasta que Espartaco comprendió la necesidad en que se encontraba y puso en línea de batalla a todo su ejército. En primer lugar, cuando le llevaron su caballo, desenvainó su espada, dijo que como vencedor obtendría de los enemigos muchos hermosos caballos; y que, de ser vencido, no lo necesitaría. Entonces lo degolló. Luego trató de abrirse paso hasta el propio Craso entre la multitud de armas y heridos, pero no lo encontró. Mató, no obstante, a dos de sus centuriones que se habían lanzado contra él. Finalmente, los que estaban con él huyeron; pero él resistió frente a los muchos enemigos que lo rodearon y se defendió hasta la muerte. Craso se aprovechó de la suerte, dirigió la guerra de forma excelente y arriesgó su propia vida; sin embargo, la victoria contribuyó a la gloria de Pompeyo. Efectivamente, los cinco mil hombres que huyeron de la batalla se toparon con Pompeyo y este los aniquiló. De manera que escribió al Senado diciéndole que era evidente que Craso había vencido a los esclavos en la batalla; pero que había sido él mismo, sin embargo, quien

había arrancado la raíz de la guerra. Lo cierto es que Pompeyo había triunfado de forma visible sobre Sertorio también en Hispania. Craso, en cambio, ni siquiera trató de reclamar el gran triunfo, e incluso el triunfo llamado ovación, parecía poco digno y cobarde tratándose de una guerra contra esclavos.

Plutarco: *Comparación de Nicias y Craso* 3-4 (traducción de S. Bueno Morillo, *Plutarco: Vidas paralelas,* Madrid, Gredos, vol. 6, 2007, pp. 400-402).

Desde luego, yo no elogio a Craso por haberse lanzado a luchar en la guerra de Espartaco con más premura que seguridad. No obstante, el temor de que llegase Pompeyo y le arrebatase la victoria, como se la arrebató Mumio a Marcelo en Corinto, era un temor propio de la ambición política. [...] En cambio, Craso, que todo el tiempo deseó conseguir el mando militar, no lo obtuvo más que en el caso de la guerra de los esclavos y por necesidad, ya que Pompeyo, Metelo y los dos Lúculos estaban ausentes, y eso que entonces disfrutaba del máximo prestigio y del poder más amplio. Lo cierto es, según parece, que incluso sus partidarios lo consideraban un hombre, según dice el poeta cómico, "excelente en todo menos en el escudo". Y esa situación no benefició en absoluto a los romanos, ya que resultaron violentados por el afán de poder y la ambición de Craso.

Plutarco: *Vida de Pompeyo* 21 (traducción de S. Bueno Morillo, *Plutarco: Vidas paralelas,* Madrid, Gredos, vol. 6, 2007, pp. 315-316).

Tras estos acontecimientos, y después de permanecer en Hispania el tiempo suficiente para apagar los desórdenes más peligrosos, calmar y acabar con las dificultades más acuciantes, condujo su ejército hacia Italia, donde por azar llegó cuando la guerra de los esclavos estaba en su punto de máxima tensión. Fue por esto por lo que el general Craso se apresuró temerariamente a combatir; la suerte le sonrió y mató a doce mil trescientos enemigos. Sin embargo, la fortuna, sea como sea, introdujo a Pompeyo en esta acción, pues cinco mil fugitivos de la

guerra se toparon con él; tras matarlos a todos, tomó la delantera y escribió al Senado diciendo que Craso había vencido a los gladiadores en una batalla campal, pero que él había atajado por completo la guerra desde la raíz.

Plutarco: *Vida de Catón el joven* 8 (traducción de A. Ranz Romanillos, *Plutarco: Vidas paralelas,* Madrid, Iberia, vol. 4, 1979, pp. 37-38).

Sobrevino en esto la guerra civil, llamada de Espartaco, en la que iba Gelio de general, y de la que voluntariamente quiso participar Catón, a causa de su hermano, que ejercía el cargo de tribuno militar. Y aunque no le fue dado llenar sus ideas en cuanto al ejercicio y decidida manifestación de su valor, por no haberse hecho como convenía aquella guerra, con todo, en las pruebas que, al lado de la cobardía y lujo de los que con él militaban, dio de disciplina y de osadía templada con prudencia, pudo conocerse que no desdecía en nada del otro Catón, su antepasado, así es que Gelio le asignó premios y distinciones honoríficas, pero él no las admitió ni creyó le correspondían, diciendo que nada había hecho digno de tales honras.

Apiano: *Guerras civiles* 1.116-121 (traducción de A. Sánchez Royo, *Apiano: Historia romana,* Madrid, Gredos, vol. II, 1985, pp. 148-154).

Por este mismo tiempo, en Italia, entre los gladiadores que se entrenaban para el espectáculo en Capua, Espartaco, un hombre de Tracia que había servido en cierta ocasión con los romanos como soldado y que, a causa de haber sido hecho prisionero y vendido, se encontraba entre los gladiadores, convenció a unos setenta de sus compañeros a arriesgarse por la libertad más que por la gala de un espectáculo y, después de violentar en compañía de ellos a los guardias, escapó. Se armaron con las porras y espadas de algunos viandantes y huyeron al monte Vesubio. Allí dio acogida a muchos esclavos fugitivos y a algunos campesinos libres y saqueó los alrededores teniendo como lugartenientes a los gladiadores Enómao y Crixo. Puesto que él repartía el botín en partes iguales, tuvo pronto una gran cantidad de hombres.

En un primer momento, fue enviado contra él Varinio Glabro, y después Publio Valerio, no con ejércitos regulares sino con fuerzas reunidas con precipitación y al azar –pues los romanos no la consideraron jamás una guerra, sino una incursión y una acción semejante a un acto de bandidos–, y al atacar fueron derrotados. Espartaco incluso capturó el caballo de Varinio. Tan gran peligro corrió el general romano de ser capturado por un gladiador.

Después de este episodio se unieron todavía muchos más a Espartaco. Su ejército contaba ya con setenta mil hombres y fabricaba armas y hacía acopio de material de guerra, entretanto los romanos enviaron contra él a dos legiones bajo el mando de los cónsules.

Crixo, al frente de treinta mil hombres, fue derrotado por uno de los cónsules cerca del monte Gargano, y perecieron él en persona y los dos tercios de su ejército. Espartaco se apresuró a través de los montes Apeninos hacia los Alpes y el país de los galos, pero uno de los cónsules se le anticipó y le impidió la huida, en tanto que el otro le perseguía. Entonces se volvió contra cada de uno de ellos y los derrotó sucesivamente. Ellos se retiraron en medio de la confusión y Espartaco sacrificó a trescientos prisioneros romanos en represalia por la muerte de Crixo. Después se apresuró a marchar hacia Roma con veinte mil soldados de infantería, tras quemar los enseres inútiles, matar a todos los prisioneros y degollar a los animales de carga para que el ejército tuviera libertad de movimiento. No admitió a ninguno de los muchos desertores que trataron de unirse a él. Los cónsules le hicieron frente, de nuevo, cerca del territorio del Piceno y tuvo lugar aquí otra gran batalla, y grande también entonces fue la derrota de los romanos. Espartaco cambió su plan de marchar contra Roma, pues pensaba que no estaba aún en condiciones de luchar y que no tenía todo su ejército con armamento adecuado –pues no se le había unido ninguna ciudad, sino esclavos, desertores y chusma–. Sin embargo, se apoderó de las montañas que rodeaban Turios y de la misma ciudad, e impidió que los mercaderes introdujeran oro o plata y que sus hombres los adquirieran, pero compró gran cantidad de hierro y bronce y no puso obstáculo a los que llevaban estos artículos. Por lo cual, como disponían en abundancia de madera, se pertrecharon bien e hicieron frecuentes

correrías. Habiendo trabado combate, de nuevo, con los romanos, los vencieron también en esta ocasión y regresaron cargados de botín.

Se prolongaba ya por tres años, y de manera temible para los romanos, esta guerra que había sido ridiculizada en sus comienzos y menospreciada como cosa de unos gladiadores. Cuando se propuso la elección de otros generales, les entró miedo a todos y nadie se presentó como candidato hasta que Licinio Craso, hombre destacado por su alcurnia y riqueza entre los romanos, asumió el generalato y marchó con otras seis legiones contra Espartaco. Al llegar a su destino se hizo cargo, además, de las dos de los cónsules. De estas últimas hizo diez lotes y, tras echar las suertes, dio muerte a una décima parte, porque habían sido derrotadas muchas veces. Algunos piensan que no fue así, sino que atacó con todo el ejército y, al ser también derrotado, echó las suertes entre todos y dio muerte a la décima parte, unos cuatro mil hombres, sin ceder por causa de tan elevado número. Sea cual fuera su proceder, apareció más terrible para los soldados que una derrota ante los enemigos, y venció de inmediato a diez mil hombres de Espartaco que estaban acampados en una posición avanzada, mató a las dos terceras partes y avanzó con desprecio contra el mismo Espartaco. Y, venciendo también a este con brillantez, lo persiguió cuando huía en dirección al mar con la intención de navegar a Sicilia, le cortó el paso, y lo rodeó con un foso, un muro y una empalizada.

Al tratar Espartaco de romper el cerco en dirección al territorio samnita, Craso mató a otros seis mil hombres al amanecer, y por la tarde a otros tantos, sufriendo el ejército romano tan solo tres bajas y siete heridos. Tan grande fue el cambio en su moral de victoria a causa del castigo. Entretanto, Espartaco, que estaba a la espera de que le llegasen de algún lugar jinetes de refuerzo, ya no entabló combate con todo el ejército, sino que incordiaba a los sitiadores, en numerosas ocasiones, aquí y allá. Caía sobre ellos de improviso y continuamente y, arrojando en el foso haces de leña, les prendía fuego dificultando el trabajo. Crucificó a un prisionero romano en el espacio que mediaba entre los dos ejércitos, mostrando a los suyos la suerte que iban a correr en el caso de que no vencieran. Pero, cuando los romanos de la ciudad se enteraron del asedio, se indignaron de

que una guerra de gladiadores se prolongase y encargaron también de la campaña a Pompeyo, que acababa de regresar de España, pues estaban convencidos ya de que la acción contra Espartaco era difícil y de envergadura.

A causa de esta votación, Craso, para que la gloria de la guerra no fuera de Pompeyo, se dio prisa y trató de atacar a Espartaco a cualquier precio. Y Espartaco, a su vez, juzgando conveniente anticiparse a Pompeyo, invitó a Craso a llegar a un acuerdo. Mas, al ser rechazada por este su propuesta con desprecio, decidió arriesgarse y, como estaban ya presentes los jinetes, cargó con todo el ejército a través de la línea de cerco y huyó a Brindisi, bajo la persecución de Craso. Sin embargo, tan pronto como Espartaco supo que Lúculo estaba en Brindisi de regreso de su victoria sobre Mitrídates, perdió todas sus esperanzas y trabó combate con Craso con sus fuerzas, a la sazón muy numerosas. En el curso de la batalla, que fue larga y sangrienta como cabía esperar de tantos miles de hombres desesperados, Espartaco resultó herido en el muslo por una lanza y, doblando la rodilla en tierra y cubriéndose con el escudo, se defendió de sus atacantes hasta que él y una gran masa de partidarios suyos fueron cercados y perecieron. Entonces el resto de su ejército huyó en desbandada y cayó en masa, hasta el punto de ser imposible contar el número de muertos. Los romanos perdieron mil hombres, y no se encontró el cadáver de Espartaco. Sin embargo, todavía quedaba en las montañas un gran número de sus hombres que había huido de la batalla, contra los cuales se dirigió Craso. Estos se dividieron en cuatro partes y continuaron luchando hasta que perecieron todos a excepción de seis mil, que fueron capturados y crucificados a lo largo de todo el camino que va desde Capua a Roma.

Como quiera que Craso realizó esta empresa en seis meses, entró de inmediato por este motivo en rivalidad con la fama de Pompeyo, y no licenció a su ejército porque tampoco lo había hecho aquel.

Floro: *Epítome de la Historia de Tito Livio* 2.8 (traducción de G. Hinojo Andrés-I. Moreno Ferrero, *Floro: Epítome de la Historia de Tito Livio,* Madrid, Gredos, 2000, pp. 266-269).

Realmente, se puede tolerar incluso la deshonra de la guerra de los esclavos, pues, pese a verse sometidos a todo por su suerte, no obstante, son, por así decirlo, una clase de hombres de segunda categoría y llegan a ser admitidos en los privilegios de nuestra libertad: la guerra promovida por Espartaco no sé con qué nombre designarla, puesto que los esclavos fueron soldados y los gladiadores jefes; aquellos de ínfima condición, de pésima estos, con sus ultrajes aumentaron la desgracia de Roma.

Espartaco, Criso y Enomao, tras descerrajar el gimnasio de Léntulo, huyeron de Capua con treinta o más hombres de su misma condición; y, después de convocar a los esclavos para que se alistaran bajo sus enseñas, congregándose rápidamente más de diez mil, unos hombres hasta hace poco contentos con haberse fugado querían ya incluso vengarse. Decidieron asentarse en primer lugar en la cima del Vesubio como sobre un altar de Venus. Cuando allí se vieron asediados por Clodio Glabrón, descolgándose con cuerdas formadas por sarmientos a través de las gargantas de la hueca montaña, descendieron hasta su misma falda y por un camino oculto con un rápido ataque se apoderaron del campamento de nuestro general, que no esperaba nada semejante; después, de otro campamento, el de Varinio; luego, el de Toranio; y se esparcen por toda la Campania; y, no contentos con devastar villas y aldeas, saquean también con terribles matanzas Nola y Nuceria, Turio y Metaponto. Al haberse reunido el número adecuado para un ejército regular, toda vez que sus tropas se habían acrecido día a día, fabricaron unos toscos escudos de mimbres y pieles de animales, y del hierro de sus cadenas fundido, espadas y dardos y para que no faltara ornato alguno a un ejército regular, tras domar, incluso, las manadas que encontraban en su camino, se organiza una caballería, y las insignias y las fasces arrebatadas a los pretores las entregaron a su jefe. Él, convertido de mercenario tracio en soldado, de soldado en desertor, después en bandolero, luego por gracia de la fuerza física, en gladiador, no las rehusó. Incluso llegó a celebrar con la pompa propia de las exequias de los generales los funerales de sus jefes caídos en la batalla y ordenó que los soldados prisioneros lucharan a muerte alrededor de la pira, como si quisiera expiar por completo toda su infamia

anterior, si de gladiador se convertía en organizador de juegos de gladiadores. A continuación, lanzando su ataque hasta ya contra consulares, aplastó en el Apenino el ejército de Léntulo y, junto a Módena, destruyó el campamento de Gayo Casio. Engreído por tales victorias proyectó –suficiente es esto para nuestra deshonra–, invadir la ciudad de Roma. Finalmente, se alza con todas las fuerzas del Imperio contra el mirmilón, y Licinio Craso defendió el honor romano; derrotados y puestos en fuga por él, los enemigos –avergüenza concederles este nombre– se refugiaron en los confines de Italia. Allí, encerrados en el rincón del Brucio, tras preparar la huida a Sicilia y, por no tener barcos a su alcance, intentarlo sin éxito en un estrecho de corrientes muy rápidas con balsas hechas de maderos y toneles unidos con juncos, lanzándose finalmente al ataque, se arrojaron a una muerte digna de hombres valientes y, cual convenía con un gladiador por jefe, se luchó sin cuartel. El propio Espartaco, luchando en primera fila con gran valor, cayó como un general.

Ateneo: *Banquete de los eruditos* 6.272-273 (traducción de L. Rodríguez-Noriega, *Ateneo de Náucratis: Banquete de los eruditos,* Madrid, Gredos, vol. III, 2006).

El gladiador Espartaco, fugitivo de la ciudad italiana de Capua en la época de las guerras contra Mitrídates, incitó a la rebelión a un gran número de esclavos. Él mismo era un esclavo de origen tracio. Los esclavos recorrieron toda Italia durante un largo tiempo. Gran número de esclavos se apresuraban a unirse a él cada día. Si no hubiera sido muerto en la batalla en la que luchó contra Licinio Craso, hubiera supuesto un serio peligro para mis conciudadanos, tal y como Euno hizo en Sicilia.

Siglo iv d.C.

Eutropio: *Breviario* 6.7 (traducción de E. Falque, *Eutropio: Breviario,* Madrid, Gredos, 2008, p. 91).

En el año 678 desde la fundación de la ciudad, Marco Licinio Lúculo, el primo de Luculo, que luchaba contra Mitridates, tomó la provincia de Macedonia. Y en Italia de repente surgió una nueva guerra, pues setenta y cuatro gladiadores, bajo el mando de Espartaco, Crixo y Enómao, después de romper las puertas de su escuela de Capua, se escaparon y recorriendo Italia organizaron una guerra casi tan importante como la que Aníbal había promovido. Pues después de vencer a muchos generales y a dos cónsules romanos al mismo tiempo, reunieron un ejército de casi sesenta mil hombres armados; pero fueron vencidos en Apulia por el procónsul Marco Licinio Craso y, después de haber causado muchos desastres en Italia, se puso fin a esta guerra al tercer año.

Siglo v d.C.

Orosio: *Historias* 5.24.1-8 y 18-19 (traducción de E. Sánchez Sálor, *Orosio: Historias,* Madrid, Gredos, 1982, pp. 81-82 y 84).

De la rebelión de los gladiadores que escaparon de Capua, los cuales, dirigidos por Criso y Espártaco y ayudados por desertores, se enfrentaron al ejército romano, y de cómo fueron finalmente reprimidos no sin gran esfuerzo por los cónsules, aunque fue Craso el que con mayor esfuerzo y mejor suerte derrotó, sobre todo, a Espártaco, aniquilando al ejército de seguidores de este.

En el año 679 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Lúculo y Casio, setenta y cuatro gladiadores huyeron en Capua de la escuela de gladiadores de Gneo Léntulo; bajo el liderazgo (de los galos)[4] Criso y Enomao y del tracio Espártaco, ocuparon inmediatamente el monte Vesubio; lanzándose desde allí, tomaron al asalto el campamento del pretor Clodio, que los había asediado y, poniéndole en fuga, lo convirtieron todo en botín. Dando después la vuelta por Consentia y Metaponto, reunieron en breve tiempo enormes bandas.

[4] Incomprensiblemente, el *Crixo et Oenomao Gallis* del original latino no ha sido traducido en esta edición por "los galos Crixo y Enomao".

Se dice, en efecto, que bajo el mando de Criso había una multitud de diez mil hombres y bajo el de Espártaco el triple número de ellos; y es que Enomao había ya perdido la vida en la batalla anterior. Pues bien, tras haberlo arrasado todo con matanzas, incendios, robos y violaciones, con ocasión de las exequias de una matrona prisionera que se había suicidado ante el dolor de la pérdida de su pudor, organizaron, como entrenadores de gladiadores que eran más que jefes militares, un espectáculo de gladiadores con cuatrocientos prisioneros, disponiéndose a ser espectadores los que antes habían sido el objeto del espectáculo.

Posteriormente fueron enviados contra ellos los cónsules Gelio y Léntulo con el ejército; de ellos, Gelio derrotó en un combate a Criso, que resistió con gran dureza; Léntulo, derrotado por Espártaco, tuvo que escapar. Unidas después, aunque en vano, todas las tropas, ambos cónsules tuvieron que huir tras sufrir una gran derrota. A continuación el mismo Espártaco quitó la vida al procónsul Gayo Casio tras derrotarle en el campo de batalla. Aterrorizada, pues, la ciudad con un miedo casi igual que el que conoció temblorosa cuando Aníbal bramaba a las propias puertas de Roma, el senado envió a Craso con los ejércitos consulares más un nuevo suplemento de tropas. Este, luego que entró en combate con los desertores, aniquiló a seis mil de estos y capturó a novecientos. Luego, antes de atacar con sus tropas a Espártaco, que se disponía a colocar su campamento junto al nacimiento del río Silaro, derrotó a los galos, que habían ayudado a este, y a los germanos, de los cuales perdieron la vida treinta mil hombres con sus propios jefes.

Por último, abatió a Espártaco enfrentándose a él en combate abierto y, juntamente con él, a la mayor parte de las tropas de los desertores. Se dice en efecto que murieron setenta mil gladiadores y fueron hechos prisioneros seis mil. Los restantes gladiadores que, escapados en esta guerra andaban errantes, fueron eliminados en persistentes persecuciones por distintos generales.

Posteriormente, cuando todavía no había terminado la guerra en Hispania con Sertorio, es más, cuando todavía estaba vivo Sertorio, estalló con horror la sublevación de los desertores o, por hablar con

propiedad, de los gladiadores, sublevación que fue, no como las que solían hacer como espectáculo para unos pocos, sino terrible para todo el mundo. Y que nadie, por el nombre que se le da, es decir, porque se llame guerra de fugitivos, piense que fue insignificante; muchas veces fueron derrotados en ella los cónsules, uno por uno e incluso algunas veces juntos tras haber reunido en vano sus tropas, y desaparecieron muchos personajes importantes. Y los propios fugitivos que murieron fueron más de cien mil.

Adcock, F.E., *Marcus Crassus: Millionaire,* Cambridge, Heffer & Sons, 1966.

Alföldy, G., *Storia sociale dell' antica Roma,* Bolonia, Il Mulino, 1987.

Azmanov, I., "Sklave: the birthplace of Spartacus", *Kodai* 8-9, 1997-98, pp. 57-63.

Badian, E., "Additional notes on Roman Magistrates", *Athenaeum* 48, 1970, pp. 6-7.

Balasch, M., *Juvenal-Persio: Sátiras,* Madrid, Gredos, 1991.

Baldwin, B., "Two aspects of the Spartacus slave revolt", *CJ* 62, 1967, pp. 289-294.

Beard, M., *Pompeya. Historia y leyenda de una ciudad romana,* Barcelona, Crítica, 2009.

Boardmann, J. *et alii* (eds.), *The Prehistory of the Balkans, and the Middle East and the Aegean world, tenth to eighth centuries B. C,* Cambridge, Cambridge Ancient History, vol. 3, 1982, parte 1.

Bodor, A., "Contribution to the history of the slave revolt led by Spartacus", *StudClas* 8, 1966, pp. 131-141.

—, "The ethnic and social composition of the participants in the slave uprising led by Spartacus", en C.M. Danov-A. Fol (eds.), *Spartacus: Symposium rebus Spartaci gestis dedicatum,* Sofía, 1981, pp. 85-94.

Bradley, K.R., "Slave Kingdoms in ancient Sicily", *HR/RH* 19, 1983, pp. 435-451.

—, *Slavery and rebellion in the Roman world, 149-70 B. C.,* Bloomington, Indiana University Press, 1989.

—, *Slavery and society at Rome,* Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

Brisson, J.-P., *Spartacus,* París, Le club français de livre, 1959.

Broughton, T.R.S., *The Magistrates of the Roman Republic* Cleveland, American Philological Association, vol. II, 1952.

Burian, J., "*Eléutheroi ek tón agrón* und der Aufstand des Spartacus", *LF* 5, 1957, pp. 197-203.

Calonge, J.; Escolar, H.; García Yebra, V., *Julio César: La guerra de las Galias,* Madrid, Gredos, 2010.

Cano Cuenca, J. *et alii, Plutarco: Vidas paralelas,* Madrid, Gredos, vol. V, 2007.

Deman, A.; Raepsaet-Charlier, M.-Th., "Notes sur la guerre de Spartacus", *ACD* 17-18, 1981-1982, pp. 83-97.

—, "Notes sur la révolte de Spartacus (73-71 av. J.-Chr.): Les problèmes d'itinéraires", en G. Viré, *Grec et latin en 1982: études et documents dédiés à la mémoire de Guy Cambier,* Bruselas, Univ. Libre de Bruxelles, 1982, pp. 59-103.

Des'atikov, J.M., "L'origine de la dynastie des Spartocides", *KSIA* 182, 1985, pp. 15-18.

Doer, B., "Spartacus", *Altertum* 6, 1960, pp. 217-233.

Doi, M., "La rivolta di Spartaco e l'antica Tracia", *AIGC* 17, 1980-1981, pp. 7-20.

—, "On the negotiations between the Roman state and the Spartacus army", *Klio* 66, 1984, pp. 170-174.

—, "Female slaves in the Spartacus army", en M. Mactoux-É. Geny (eds.), *Mélanges Pierre Lévêque, II : Anthropologie et société,* Besançon, Université de Besançon, 1989, pp. 161-172.

—, "Spartacus' uprising in Cicero's works", *Index* 17, 1989, pp. 191-203.

—, "Révoltes serviles et problèmes agraires: l'exemple sicilien", en J. Annequin-P. Lévêque, *Le monde méditerranéen et l'esclavage: recherches japonaises,* París, Les Belles Lettres, 1991, pp. 113-145.

—, "Luttes de classes à la fin de la République romaine : caractères de la révolte de Spartacus", en J. Annequin-P. Lévêque, *Le monde méditerranéen et l'esclavage: recherches japonaises,* París, Les Belles Lettres, 1991, pp. 147-168.

—, "The origins of Spartacus and the anti-roman struggle in Thracia", *Index* 20, 1992, pp. 31-40.

Etienne, R., *La vida cotidiana en Pompeya,* Madrid, Temas de Hoy, 1996.

Fast, H., *Spartacus,* Berlín, Dietz, 1956.

Fernández-Galiano, M., *Horacio: Odas y epodos,* Barcelona, Círculo de Lectores, 1997.

Fields, N., *Spartacus and the slave war 73-71 BC,* Nueva York, Osprey Publishing, 2009.

Fol, A.; Marazov, I., *Thrace and the thracians,* Nueva York, St. Martin's, 1997.

Forrest, W.G.G.; Stinton, T.C.W., "The First Sicilian Slave War", *P&P* 21, 1962, pp. 87-93.

Gabba, E., *Appiani Bellorum Civilium liber primus,* Florencia, La Nuova Italia, 1958.

Gallo, M., *Espartaco, la rebelión de los esclavos,* Madrid, Alianza, 2008.

Grant, M., *Gladiators,* Nueva York, Barnes & Noble, 1995.

Green, P., "The First Sicilian Slave War", *P&P* 20, 1961, pp. 10-29.

Guarino, A., *Spartaco: analisi di un mito,* Nápoles, Liguori, 1979.

Guenther, R., *Der Aufstand des Spartacus; die grossen sozialen Bewegungen der Sklaven und Freien am Ende der römischen Republik,* Berlín, Dietz Verlag, 1979.

Guzmán Armario, F.J.; Lapeña Marchena, O., "Espartaco: un paradigma de barbarie en la literatura grecolatina de época imperial", *Latomus* 66, 2007, pp. 99-109.

Havas, L., "Verrès et les cités de Sicile", *ACD* 5, 1969, pp. 63-75.

Hill, H., "Sulla's new senators", *CQ* 26, 1932, pp. 170-177.

Hinojo Andrés, G.; Moreno Ferrero, I., *Floro: Epítome de la Historia de Tito Livio,* Madrid, Gredos, 2000.

Hooff, A.J.L. van, "Spartakeeërs en Spartacisten. De antieke Spartacus-traditio met blikken op de moderne mythevorming", *Lampas* 17, 1984, pp. 335-353.

Kamienik, R., "Über das angebliche Rossopfer des Spartakus", *Eos* 57, 1967-1968, pp. 282-287.

—, "Gladiatorial games during the funeral of Crixus. Contribution to the revolt of Spartacus", *Eos* 64, 1976, pp. 83-90.

—, "Spartacus und die Seeräuber", *Altertum* 27, 1981, pp. 119-121.

—, "Beiträge zur Geschichte des Spartacusaufstandes", *ACD* 23, 1987, pp. 31-41.

Khaldejev, V.V., "The Spartacus revolt as treated by Masaoki Doi", *VDI* 4, 1984, pp. 171-177.

Koestler, A., *Spartacus,* París, Editions d'hier et d'aujourd'hui, 1946.

Kolendo, J., "Uno Spartaco sconosciuto nella Pompei osca. Le pitture della casa di Amando", *Index* 9, 1980, pp. 33-40.

Kovalev, S.I., "Sur la date du début de la révolte de Spartacus", *VDI* 56, 1956, pp. 12-17.

Kunisz, A., "De servorum seditione anno 73 a. Chr. n. facta eiusque ducibus", *Meander* 13, 1958, pp. 3-14.

Levi, M.A., "Schiavitù e rivoluzione nella Repubblica romana", *Index* 3, 1972, pp. 168-174.

Lillo Redonet, F., *El cine de romanos y su aplicación didáctica,* Madrid, Ediciones Clásicas, 1994.

Llewelyn, S.R., "The Government's Pursuit of Runaway Slaves", en S. R. Llewelyn, *New documents illustrating early Christianity,* Grand Rapids, Eerdmans, 1998, pp. 9-46.

López Delgado, C., *Annales ab Urbe condita usque ad Augustinum mortem. Apuntes de cronología romana,* Madrid, Ediciones Clásicas, 2006.

Lucas, G., "Crixus le Gaulois", en G. Lachenaud-D. Longrée (dirs.), *Grecs et Romains aux prises avec l'histoire: représentations, récits et idéologie,* Rennes, Pr. Universitaires de Rennes, 2003, vol. 2, pp. 447-458.

Maiuri, A., *Le pitture della case di M. Fabius Amandio, del Sacerdos Amandus, e di P. Cornelius Tege (Reg. I, Ins. 7),* Roma, Monumenti della Pittura Antica scoperti in Italia, vol. 3, 1939.

Maróti, E., "Das Piratenunwesen um Sizilien zur Zeit des Proprätors C. Verres", *AAntHung* 4, 1956, pp. 197-210.

—, "De suppliciis. Zur Frage der sizilianischen Zusammenhänge des Spartacus-Aufstandes", *AAntHung* 9, 1961, pp. 41-70.

—, "Bemerkungen zur späten Periode des Aufstandes des Spartacus: zur Problematik des Durchbruchs der Festungslinie von Crassus", *Helikon* 28, 1988, pp. 311-314.

—, "Zum Scheitern des ersten Übersetzversuches des Spartacus nach Sizilien", *Klio* 71, 1989, pp. 442-445.

—, "Zur Problematik des Gladiatorenkampfes zur Ehrung des Andenkens des Crixus", *ACD* 28, 1992, pp. 41-44.

Marshall, B.A., "Crassus' ovation in 71", *Historia* 21, 1972, pp. 669-673.

—, "Crassus and the cognomen Dives", *Historia* 22, 1973, pp. 459-467.

—, "Crassus and the command against Spartacus", *Athenaeum* 51, 1973, pp. 109-121.

—, *Crassus: a political biography,* Ámsterdam, Hakkert, 1976.

Masiello, P., "L'ideologia messianica e le rivolte servili", *AFLB* 11, 1966, pp. 179-196.

Matyszak, Ph., *Legionario. El manual del soldado romano,* Madrid, Akal, 2010.

Mayer-Maly, Th., "Spartacus und Paulus", *ZRG* 121, 2004, pp. 336-338.

Millar, F., *A study of Cassius Dio,* Oxford, Oxford University Press, 1964.

Motus, A.A., "Sur la date du commencement de la révolte de Spartacus", *VDI* 57, 1957, pp. 158-167.

Muñoz Jiménez, M.J., *Cicerón: Discursos,* Madrid, Gredos, vol. VI, 2006.

Novillo López, M.Á., *Breve historia de Julio César,* Madrid, Nowtilus, 2011.

Oliva, P., "Die charakteristischen Züge der grossen Sklavenaufstände zur Zeit der römischen Republik", en H.J. Diesner e. a. (eds.), *Neue Beiträge zur Geschichte der alten Welt. Zweite Internationale Tagung der Fachgruppe Alte Geschichte der Deutschen Historiker-Gesellschaft vom* 4. *bis* 8, Berlin, Akad-Verl., 1964, pp. 75-88.

Orsi, P., "Templum Apollinis Alaei ad Crimisa-Promontorium", *ASMG* 1932, pp. 7-182.

Pacheco López, C.J., *La rebelión de Espartaco y la III Guerra servil (73-71 a.C.),* Zaragoza, Sátrapa, 2009.

Paternoster, G., *Malte e tecniche edilizie del Rione Terra di Pozzuoli. L'etá romana,* Nápoles, Universitá degli Studi di Napoli, 2007.

Pavolini, C., *La vita quotidiana a Ostia,* Roma-Bari, Laterza, 2ª edición, 2005.

Piccinin, P., "Les Italiens dans le Bellum Spartacium", *Historia* 53, 2004, pp 173-199.

—, "Les Alpes, l'Étrurie et le Picenum dans le Bellum Spartacium", *REA* 108, 2006, pp. 559-580.

—, "Le Dionysisme dans le Bellum Spartacium", *PP* 56, 2011, pp. 272-296.

Posadas, J.L., *Gayo Salustio Crispo: fragmentos de las Historias,* Madrid, Ediciones Clásicas, 2006.

—, "Floro, Lucio Anneo ", *Diccionario Biográfico Español,* Madrid, Real Academia de la Historia, vol. XX, 2009, pp. 304-305.

—, "Las mujeres en la acción y la narración de César, los cesarianos y Salustio", *SHHA* 29, 2011, pp. 249-274.

Ridley, F.A., *Spartacus,* Kenardington, Maitland, 1963.

Rubinsohn, W.Z., "A note on Plutarch Crassus X.1", *Historia* 19, 1970, pp. 625-626.

—, "Was the Bellum Spartacium a servile insurrection?", *RFIC* 99, 1971, pp. 290-299.

—, "Some remarks on the causes and repercusions of the so-called Second Slave Revolt in Sicily", *Athenaeum* 60, 1982, pp. 436-451.

Salles, C., Spartacus et la révolte des gladiateurs, Bruselas, Ed. Complexe, 1990.

Sánchez Manzano, M.A., *Veleyo Patérculo: Historia romana,* Madrid, Gredos, 2001.
Sánchez Royo, A., *Apiano: Historia romana,* Madrid, Gredos, vol. I, 1980.
Sánchez Sálor, E., *Orosio: Historias,* Madrid, Gredos, vol II, 1982.
Santa Cruz Teijeiro, J., *Marco Tulio Cicerón: Tratado de los deberes,* Madrid, Editora Nacional, 1975.
Scarborough, J., "Reflections on Spartacus", *AncW* 1, 1978, pp. 75-81.
Segura Ramos, B., *Salustio: Conjuración de Catilina, Guerra de Jugurta, fragmentos de las Historias,* Madrid, Gredos, 1997.
Shatzman, I., "Four notes on Roman Magistrates", *Athenaeum* 46, 1968, pág. 349.
Shaw, B.D., *Spartacus and the slave wars. A brief history with documents,* Boston-Nueva York, Bedford St.Martin's, 2001.
Siciliano, A., "Ripostiglio di monete repubblicane da Policoro", *AIIN* 21-22, 1974-1975, pp. 103-154.
Sierra, A.; Villar Vidal, J. A., *Tito Livio: Historia de Roma desde su fundación,* Madrid, Gredos, vol. I, 1990.
Stampacchia, G., *La tradizione della Guerra di Spartaco di Sallustio a Orosio,* Pisa, Giardini, 1976.
—, "La rivolta di Spartaco come rivolta contadina", *Index* 9, 1980, pp. 99-111.
—, "Spartacus acer. A proposito di Hor. epod. 16,5 e carm. 3,14,19-20", *Klio* 63, 1981, pp. 331-346.
Stanojevi, O., "Da Spartaco ad Augusto", *Labeo* 26, 1980, pp. 364-373.
Strauss, B., *La guerra de Espartaco,* Barcelona, Edhasa, 2010, pp. 19-20
Szulczyk, J., "Intensification of the economic-political crisis in the seventies of the first century B.C. War against Sertorius, insurrection of Spartacus", *Eos* 71, 1983, pp. 73-83.
Toynbee, J., *Hannibal's Legacy: the Hannibalic War's Effects on Roman Life,* Londres, Oxford University Press, vol. 2, 1965.
Trow, M.J., *Spartacus: the myth and the man,* Stroud, Sutton Pub., 2006.
Urbainczyk, Th., *Spartacus,* Londres, Bristol Classical Press, 2004.
Verbrugghe, G.P., "Slave rebellion or Sicily in revolt?", *Kokalos* 20, 1974, pp. 46-60.
Wallinga, H.T., "Bellum Spartacium: Florus' text and Spartacus' objective", *Athenaeum* 80, 1992, pp. 25-43.
Ward, A.M., *Marcus Crassus and the late roman Republic,* Columbia-Londres, University of Missouri Press, 1977.

Whitehead, D., "The measure of a millionaire. What Crassus really said", *LCM* 11, 1986, pp. 71-74.

Wilkinson, L.P., "Cicero and the relationship of oratory to literature", en E.J. Kenney (ed.), *The Cambridge History of Classical Literature,* Cambridge, Cambridge University Press, vol. II, 1982, pp. 56-93.

Willing, M., "Spartacus und der Heimkehrplan der Sklaven", *Altertum* 38, 1992, pp. 29-38.

Yavetz, Z., *Slaves and slavery in Ancient Rome,* New Brunswick, Transaction Publishers, 1988.

Ziegler, K., "Die Herkunft des Spartacus", *Hermes* 83, 1955, pp. 248-250.

Títulos de la colección Serie Historia Antigua

Constantino. Crear un emperador
Santiago Castellanos

Los emperadores romanos y el sexo
Juan Luis Posadas

Títulos de la colección Serie Historia Medieval

Isabel I de Castilla y la sombra de la ilegitimidad.
Propaganda y representación en el conflicto sucesorio (1474-1482)
Ana Isabel Carrasco Manchado

Un crimen en la Corte.
Caída y ascenso de Gutierre Álvarez de Toledo, señor de Alba (1376-1446)
José Manuel Nieto Soria

Sacerdocio y Reino en la España Altomedieval.
Iglesia y poder político en el Occidente peninsular, siglos VII-XII
Carlos de Ayala Martínez

El rey y el papa.
Política y diplomacia en los albores del Renacimiento
(el siglo XV en Castilla)
Óscar Villarroel González

Beltrán de la Cueva, el último privado.
Monarquía y nobleza a fines de la Edad Media
María del Pilar Carceller Cerviño

De la convivencia a la exclusión.
Imágenes legislativas de mudéjares y moriscos. Siglos XIII-XVII
Ana Isabel Carrasco Manchado